

MACA FERREIRA



NO DEJES PARA MAÑANA
LAS GANAS QUE
ME TIENES HOY



zafiro[♥]

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

¿Te gustan las historias de amor, tan reales como la vida misma?

Si la respuesta es afirmativa, sigue leyendo.

¿Y si a eso le añadimos un toquecito de humor, de ese que se paladea tras una carcajada espontánea?

¿He oído sí a eso? De acuerdo, continúa.

Como condimento había pensado aderezarlo todo con algo picante, como ese gustito tan interesante que provoca el sexo.

¿Te sigue apeteciendo? Ya me imaginaba, ya.

Para rematar, lo cocinaré a alta temperatura y lo sazonaré con una buena dosis de pasión, algo de superación personal, una madre un poquito especial, un italiano seductor dispuesto a enredarlo todo, unos vecinos algo escandalosos en la alcoba, una hermana que se convierte en compañera de piso, un descubrimiento masculino sumamente interesante y unas amigas candidatas a formar parte del manicomio más próximo...

Y como guinda del pastel, un viaje loco y totalmente atípico en un barco donde la poca ropa y el placer son los protagonistas.

¿Alguna vez se te ha pasado por la cabeza coger a tu grupo de amigas íntimas y embarcarte en un crucero liberal? A las protagonistas de esta novela, sí.

Si te sigue picando el gusanillo por descubrir qué esconden estas páginas, Cristina te espera para contarte todos los detalles jugosos de su vida... Porque ¿quién no encuentra satisfacción en mirar por una rendija y ponerse en la piel de otra persona, aunque sólo sea durante unas horas?

NO DEJES PARA MAÑANA LAS GANAS QUE ME TIENES HOY

Maca Ferreira

zafiro[♥]

Para mis amigas.

No hacen falta nombres, vosotras sabéis quiénes sois

No debemos tener miedo a equivocarnos, hasta los planetas chocan y del caos nacen las estrellas.

CHARLES CHAPLIN

Capítulo 1

—Caca, mami.

Dirigí la mirada hacia abajo y sonreí al pequeño, que me miraba con una expresión angustiada en la cara debido a su situación.

—Ven aquí, campeón. —Lo aupé en mis brazos y le di un beso en su regordeta mejilla, apreciando el olor que despedía su cuerpecito—. Vamos a quitarte ese pañal y a convertirte de nuevo en un príncipe que huele fenomenal.

—¡Príncipe no! —exigió el niño de forma contundente—. Soy un dragón.

Contuve la sonrisa y, haciendo gala de toda la solemnidad que las circunstancias me permitían, le hablé mientras comenzaba con la labor de limpieza.

—¡Oh...! Serás entonces mi dragón guardián, que me protegerá de los príncipes que vengan a rescatarme. Porque yo soy la princesa que está encerrada en la torre del castillo.

El pequeño, tumbado en la superficie y con las piernecitas hacia arriba, asomó la cabeza hacia un lado y me miró confundido.

—A las princesas les gustan los príncipes...

Puse un gesto reflexivo y, terminando de colocarle el pantaloncito, obvié la punzada que me había dado en el estómago al hablar sobre cuentos de hadas. Me acerqué a su cara y le dije sonriendo:

—Yo prefiero a los dragones grandes y fuertes como tú. —Besé su barriguita por encima de la camiseta roja que llevaba puesta y él sonrió orgulloso—. Y ahora, mi dragón custodio, vamos a recoger tus cosas, que tu mamá está al llegar.

Lo bajé del cambiador y me acerqué a la pared, donde las cabecitas de los niños, a través de sus fotografías, señalaban la percha de cada uno de ellos. Noté entonces un tirón en mi bata de lunares de colores y miré hacia abajo mientras agarraba su mochila.

—Mami, ¿qué es custodio? —preguntó desde su escasa estatura.

Me agaché hasta quedar a su altura y lo miré con cariño a sus expresivos

ojos marrones. Me encantaba estar en la clase de los mayores, aunque ese término resulte algo cómico para describir a los chiquitines de apenas tres años que asistían al último curso de la escuela infantil en la que trabajaba. Sobre todo me gustaban mis turnos en la clase Ciempiés, porque podía interactuar con ellos como si fueran pequeños adultos, y Nicolás era un chiquillo con una gran imaginación que hablaba cuidadosamente bien para su edad.

—Custodio significa defensor, y tú serás el que proteja mi castillo para que ningún príncipe se acerque a él, ¿vale? —Le besé la cabecita al ponerme de pie y asintió, satisfecho con su nuevo cargo—. Ah..., y los dragones más fuertes y valientes me llaman «seño» —le susurré cómplice, para ver si así conseguía que no me llamase «mami», como había hecho más de un niño desde que entré de auxiliar en el centro infantil Piececitos, hacía ya dos años.

—¡Soy el más fuerte y valiente, seño!

Le sonreí y eché la cabeza hacia atrás, fingiendo asombro.

—¡Qué suerte he tenido entonces! —Agarré su manita al oír el timbre de la entrada, apagando la luz tras nosotros, ya que éramos los últimos en abandonar las aulas.

Nicolás se soltó de mí al ver a su madre a través del cristal de la puerta y corrió a su encuentro, esperando que yo llegase hasta él dando nerviosos saltitos y saludando con la mano. Al acercarme y abrir, éste chilló entusiasmado, brincando hacia ella, que lo recibió con los brazos abiertos para abrazarlo y besarle la cara repetidas veces.

—Hola, peque —lo saludó con cariño—. ¿Qué tal el día?

—¡Bien, mami! —Se soltó de su agarre, exaltado—. Soy un dragón *custodio* y protejo a la seño de los príncipes.

Su gesto de suficiencia infantil nos hizo reír a las dos y la madre del pequeño se puso de pie, saludándome y dándome las gracias al entregarle la mochila.

—Hola, Cristina. ¿Todo bien? —me preguntó con una radiante sonrisa que aumentaba el atractivo de su cara, enmarcada por una corta melena rubia espectacular.

—Muy bien. —Asentí—. Ha sido un campeón hoy. ¡Hasta mañana, Nicolás!

Nos despedimos oyendo la retahíla de explicaciones del chiquillo y cerré la puerta al fin, sonriendo al verlos caminar hacia la salida del recinto.

Recorrí el pasillo revisando las clases a ambos lados, comprobando que estuviesen todas recogidas y arregladas tras la visita, después del mediodía, de las dos chicas que se encargaban de la limpieza del centro. Entré en el comedor para apagar las luces y cerrar las ventanas, sintiendo al traspasar la puerta el olor particular que dejaba la comida infantil que, cada día, nos hacían llegar desde la empresa de *catering* para los niños. No importaba el menú que tocase; cuando finalizaba la jornada, esa mezcla de olores característica se impregnaba en mi ropa y en mi pelo.

Al contrario de lo que podría parecer, me encantaba esa marca que mi trabajo dejaba en mí. Había luchado mucho para conseguir estar donde estaba, estudiando mientras trabajaba de teleoperadora en un departamento de incidencias telefónicas que agotaba mi paciencia y minaba mi moral, y compaginándolo además con los contratos temporales de guía turística que me mataban físicamente. Mi vocación eran los niños y siempre había querido trabajar con ellos. Ya desde bien jovencita me encargaba de cuidar a los hijos de los vecinos de mis padres en épocas de vacaciones.

Y no fue fácil conseguir la titulación...

Siempre había sido una persona independiente y que requería su espacio; por eso, cuando mi novio de aquel entonces, que con el tiempo pasaría a ser mi ex, me propuso compartir piso, vi el cielo abierto para marcharme de casa de mis padres y no me paré a pensar en que la propuesta no era todo lo romántica que quizá debería haber sido o que toda mujer recién estrenada en su etapa adulta hubiese esperado.

La expresión *compartir piso* parece una broma de mal gusto para describir lo que hicimos Iván y yo durante los años que duró nuestra convivencia.

Un par de meses después de terminar la carrera de turismo en la que lo había conocido y gracias a la cual habíamos iniciado nuestra relación, me embarqué en la apasionante e impredecible vida en pareja —nótese la ironía en mi tono—. A mí me acababan de admitir en una empresa de rutas turísticas en autobús por la ciudad, donde me tenían prácticamente explotada y cobrando una miseria. Iván tuvo más suerte y entró a trabajar en la agencia de su tía, con un horario más digno y menos responsabilidades.

Y, puestos a pensar en ese período de mi vida, habría cabido esperar que fuese él quien, pasando más tiempo en el limitado piso que compartíamos, se hubiese encargado de las labores básicas para mantener aseados y adecentados los escasos cincuenta metros cuadrados que tenía la vivienda.

Craso error.

Cuando llegaba a las tantas de la noche, cansada, con los pies en carne viva por los tacones que me hacían usar, quemada por el sol o congelada de frío según la época, y con el único deseo de llevarme algo a la boca y acostarme a dormir, me lo encontraba o con la consola y un par de amigos, o viendo un partido de fútbol con toda la mesa como un estercolero, o, en el mejor de los casos, dormido en el sofá con una caja de pizza vacía a sus pies, de la que no se había dignado ni dejarme un mísero trozo.

Sin embargo, aguanté...

Pasamos así más de cuatro años, en los que las discusiones fueron creciendo conforme el pasotismo de Iván se iba haciendo cada vez más evidente, y mi paciencia, cada vez más limitada. Pero lo quería, o al menos eso creía.

Por eso, el mérito de haber conseguido trabajar en lo que de verdad me llenaba era mayor para mí, una persona a la que no le importaba percibir la burla en el tono despectivo con el que su pareja, esa persona que supuestamente debía apoyarme en todo lo que me hiciese feliz, utilizaba cuando decía que era auxiliar de guardería... o la manera en la que, cuando me acercaba a él para darle un beso al llegar de trabajar a una hora más decente de la que nunca había tenido, me repelía por mi supuesto olor a caca de bebé.

Yo no apestaba a caca de bebé.

Olía a mis niños; a inocencia y ratos de diversión; a manchas de comida y pintura de dedos... y, bueno, puede que también un poco a pañal... Pero, ¡leches!, no comprendía cómo no respetaba el hecho de que me sintiese realizada profesionalmente y feliz, aunque mi olor no fuese el más atractivo para él.

Pero eso Iván no podía entenderlo, porque simplemente no era el indicado para mí. Y aunque había motivos para que cambiase mi situación y empezase a hacerme querer algo más, no podía cortar con todo. Simplemente no me veía capaz.

Así fue cómo la incómoda comodidad de nuestra relación me había estancado en una situación que se me vino encima el día que llegué a casa y lo encontré con otra en nuestro sofá.

El maldito sofá que había comprado con mi primer sueldo en la guardería.

El puñetero sofá en el que la noche anterior habíamos mantenido una conversación algo más profunda de la cuenta, en la que le pedí que se

involucrarse más en nuestra relación, ya que no era ni su madre ni su criada, y él me prometió que iba a cambiar e intentarlo.

Yo le creí... y él se la estaba tirando encima de esos cojines.

Definitivamente iba a cambiar, sí... pero de condición sexual, porque en ese momento lo que más me apeteció fue meter sus testículos en la boca a la otra chica y hacerla masticar muy fuerte, hasta hacerlos puré.

Maldito mentiroso.

Terminado el repaso de toda la escuela, cerré con llave y salí. Arranqué mi moto y me puse el casco mientras seguía dándole vueltas al fin de mi relación, hacía ya varios meses.

Había varias cosas que me echaba en cara a mí misma con respecto a ello, pero lo que más me molestaba era el hecho de no haber tenido la confianza necesaria y el coraje suficiente para cortar por lo sano cuando supe que no iba a tener solución. Porque, saberlo, lo sabía, aunque siempre intentaba encontrar motivos para seguir luchando por lo nuestro.

Uno de esos porqués era mi madre.

Para ella, Adela, Iván era su debilidad desde que lo conoció. En las señaladas ocasiones en las que le contaba alguna discusión o pelea que hubiésemos tenido, ella se posicionaba en el bando de él. La tenía más engañada que a mí, eso estaba claro... pues, incluso tras explicarle lo que había ocurrido ese día al llegar a casa y encontrarlo en una actitud comprometida con otra mujer, mi madre intentó excusarlo diciendo que quizá había sido yo la que había desatendido la relación y no le había dado lo que él necesitaba como hombre.

Tócate las narices...

A pesar de que, después de cinco meses, parecía que había cesado un poco el acoso y derribo hacia mí, reprochándome haberlo dejado escapar a la más mínima oportunidad, convivir bajo su mismo techo de nuevo me tenía en un constante estado de colapso mental.

Mi madre era agotadora.

—Ya estoy aquí —anuncié, dejando las llaves y el casco de la moto encima del mueble de la entrada y quitándome el chaquetón que me había resguardado en mi viaje.

—Hola, hija —me saludó mi padre desde su rincón del salón, dejando un libro encima de la mesita auxiliar que tenía al lado—. ¿Qué tal ha ido el día?

Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla perfectamente afeitada y que

olía a él. Desvié la vista hacia la mesa y miré el título del libro, para sonreír seguidamente: *Crepúsculo*.

—¿Han vuelto a ganar las chicas?

—Por poco se me forma una rebelión en clase cuando ha salido elegido. — Miró la portada y se encogió de hombros, levantándose de la butaca—. Pero reconozco que no es de lo peor que hemos leído este año. La novela del mes pasado aún me tiene los pelos de punta.

Mi padre era un firme defensor de la lectura y abogaba por leer lo que apeteciese a cada edad. No creía en el método impuesto por el sistema educativo, en el que los títulos no llamaban la atención de sus chicos sobrehormonados. Desde hacía varios años, tenía carta blanca para que, una vez al mes, eligiesen una lectura libre entre los alumnos y la pusieran a debate en la clase de literatura, analizando no sólo la historia, sino la manera de contarla, su vocabulario, fallos, términos que habían tenido que buscar para entender y demás.

Él quería que el placer de leer se amasase desde pequeños, y la verdad era que no le iba nada mal con el procedimiento.

Para mi padre, no importaba el libro, siempre que fuese adecuado a sus edades. Leonardo los leía a la misma vez que sus alumnos, e incluso nos había recomendado algunos en casa tras descubrirlos.

Me reí y fui con él hasta la cocina, donde Teresa y mi madre estaban delante de los fogones.

—Hola, pitufa —saludé cariñosamente a mi hermana pequeña con un beso, arrimando luego la nariz a la cazuela en la que algo estaba cociéndose—. Humm, esto huele que alimenta. ¿Qué es?

—Cristina, saca la cabeza inmediatamente de la cena y ve a lavarte las manos —me reprendió mi madre como si tuviese doce años.

—Te acompaño —me dijo Teresa, cariñosa.

Las dos salimos y subimos la escalera mientras yo resoplaba hastiada.

—No sé cómo aguantas esto todo el día —dije admirándola—. Mamá está en un plan que cada día se me hace más cuesta arriba estar aquí.

—Ya sabes cómo es —me contestó dulce—, pero a ella, que vuelvas a vivir con nosotros, la hace muy feliz.

Bufé irónica.

—Pues no se nota nada de nada. —Entré en mi cuarto con ella detrás y me comencé a desnudar, para ponerme luego un pantalón deportivo y una sudadera

más cómoda para estar en casa—. Estoy buscando piso, pero la verdad es que no encuentro nada. Lo que me gusta es demasiado caro para mí sola y lo que es barato se cae a pedazos o la zona no me parece del todo segura...

Me acerqué al espejo mientras hablaba y me fui haciendo una trenza, recogiendo mi melena morena en un lateral. Teresa se apoyó en el tocador y me observó mientras lo hacía, sonriendo.

—He estado pensado en algo, pero no sé qué opinarás tú —anunció en su habitual tono calmado de voz.

—Eres la más lista de las dos, aunque tengas cinco años menos que yo, así que seguro que me parece bien —le contesté, revolviéndole el pelo cuando acabé con el mío.

—¿Qué te parecería irnos a vivir juntas?

La miré con las cejas alzadas, procesando la información.

Mi hermana aún estaba cursando el último año de carrera y no disponía de ingresos para poder emanciparse.

—Pues me encantaría, pero lo cierto es que, con mi sueldo, a duras penas subsisto yo —contesté con pesar—. Dudo que pueda mantenernos a las dos.

Teresa me colocó un mechón del largo flequillo por detrás de la oreja.

—Bueno, hablé con papá hace unos días sobre este asunto... Me vendría muy bien estar en una zona más cercana a la facultad y así no tener que perder tanto tiempo en el trayecto. Sin carné de conducir es complicada la combinación desde aquí y estoy cansada de que mamá me lleve y me traiga cada día. —Respiró vacilante—. Tengo veinticinco años, quizá sea hora de volar...

Mi hermana me sonrió, encogiéndose de hombros.

—¿Y qué les ha parecido la idea? —dudé, mirándola.

—Papá me ha dicho que me apoya y que costeará mi parte del alquiler y la comida —aclaró—... siempre que sea contigo con quien viva, claro. Dice que, aunque sabe que soy responsable, no quiere que haya otros factores que me despisten en esta recta final de la carrera por la que tanto me he esforzado.

Me reí.

—Por *factores* se refiere a chicos o amigas que te saquen continuamente...

—Lo sé —se rio conmigo.

—¿Y mamá?

—Papá me dijo que se encargaría de ella si aceptabas. —Juntó las manos delante de su cara a modo de rezo y me miró con sus preciosos ojos de largas

pestañas como un cachorrito abandonado.

Le di un pequeño y divertido empujón.

—¡No me mires así, pitufa! Sabes que consigues conmigo lo que quieres cuando me pones esa cara de gatito de *Shrek*.

—¿Eso es un «sí, quiero»? —preguntó esperanzada.

Analiqué los pros y los contras a una velocidad de vértigo y sentí que la decisión que iba a tomar iba a ser acertada. No podía ser peor de lo que ya era, por lo que me lancé a la aventura sin dudar.

—Es la propuesta más romántica que me han hecho en los últimos años, así que... sí, quiero.

Teresa me dio un abrazo y dejó escapar un pequeño grito eufórico, saliéndose de su habitual comedimiento. Solté una carcajada y respiré hondo, sabiendo que el tiempo en casa de mi madre estaba a punto de llegar a su fin...

Nunca quise volver a vivir allí, en ese chalet a las afueras de Sevilla en el que habíamos crecido, y no porque no quisiera a mi familia, sino porque mi progenitora podía resultar demasiado cargante e intensa, y odiaba tener que estar continuamente excusando mi comportamiento a mis treinta años recién cumplidos.

La propuesta de Teresa me había cogido por sorpresa, pero realmente iba a ser interesante convivir con mi hermana. Era responsable, ordenada y nos conocíamos más que bien. Además, se pasaba el día estudiando en su habitación o en la biblioteca de su facultad de derecho, así que la convivencia seguro que resultaría fácil.

Lo menos fácil iba a ser comunicárselo a mi madre y que ésta aceptase que sus dos hijas volasen del nido...

Capítulo 2

La tarde anterior había sido agotadora. Teresa y yo habíamos visitado, junto con el agente de la inmobiliaria con la que habíamos contactado, varios pisos que no habían acabado de convencernos, y ese cansancio se había reflejado en mí esa mañana de viernes en la escuela. Había estado lenta de reflejos, trayendo como consecuencia que una de las pequeñas de la clase de los bebés se hubiese hecho daño al caer contra una de las puertas del armario cuando intentaba caminar más de tres pasos seguidos.

Me sentía fatal por ello...

—¿Puedes cambiar esa cara de ajoporro que tienes desde que has llegado? —me pidió mi amiga Inma con su habitual y marcado acento—. Cualquiera diría que te encuentras en un velatorio en lugar de ser viernes y estar en la reunión del convento.

—No he tenido un buen día —aclaré desganada, apoyándome sobre el mostrador y soltando el aire sonoramente.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó María, acariciándome la espalda de forma reconfortante.

Mis amigas intentaban entenderme y lo comprendía, pero no me apetecía hablar... María era la más fraternal del grupo y siempre tenía unas palabras cariñosas para las demás, aunque no siempre las mereciéramos.

—Será que llevas demasiado tiempo metida en la despensa, como las uvas pasas que intentó hacer Erika hace un par de meses y le acarrearón una plaga de mosquitos en su cocina... —comentó Rosa, dándole luego un bocado a la pizza.

Reí sin demasiado entusiasmo, recordando los hechos que había mencionado. Ese día, como cada viernes, seguimos nuestra tradición; nos reuníamos en la librería de Inma cuando llegaba la hora de comer y cometíamos varios pecados, porque nuestro grupo, que se hacía llamar «el convento», tenía una dispensa papal gracias a la cual ese día se nos permitía comer comida basura, hablar acerca de pecados, sexo y hombres, y decir todo

tipo de burradas a puerta cerrada y fuera del horario de apertura del establecimiento.

—Pues sigo pensando que el problema de mi experimento vino cuando Pablo dejó abierta la alacena toda la tarde mientras yo estaba en casa de mi madre. Esas uvas estaban haciendo el proceso de conversión a pasa estupendamente hasta entonces —contestó Erika convencida, sin querer bajarse del burro.

Jessica, la más joven de todas, entró por la puerta justo cuando estaba hablando de eso y puso los ojos en blanco; a continuación soltó el bolso en la silla y se sirvió un vaso de Coca-Cola.

—Eri, cariño... Ya te dijimos que tu marido no había tenido la culpa..., que lo que les hacía falta era sol... y encerradas en el armario de la cocina lo que estaban era descomponiéndose.

La aludida hizo un gesto con la mano, restándole importancia al hecho.

—Me niego a debatir otra vez sobre esto —se quejó Rosa—. No nos desviemos del tema... ¿Qué te pasa, Cris?

Jugueteeé con el trozo de bacón de mi pizza y hablé apática.

—Me voy a ir a vivir con mi hermana Teresa y ayer estuvimos toda la tarde buscando piso por la zona de su facultad —comencé a contar—. Estoy cansada, agotada en realidad, y no ha hecho más que empezar. Y, sólo de imaginarme otra tarde acompañada del bigote del agente inmobiliario, me da una grima que se me quitan las ganas hasta de comer. —Miré mi plato con cierta repulsión.

—Aj... —exclamó Inma con asco—. A mí, los pelos de los tíos, en la cabeza. El resto del cuerpo bien rasuradito, por favor.

Nos reímos por su obsesión en cuanto a las cabezas masculinas plagadas de pelo y María me miró cariñosa.

—No te preocupes, cielo. Seguro que lo encontrarás pronto. Nosotras, si nos enteramos de algo, te avisaremos para que vayáis a verlo, ¿vale?

Asentí no muy convencida pero queriendo cambiar de tema. Cuando estaba así, no me gustaba ser el centro de atención; prefería despejarme escuchando las batallitas de las demás durante esa semana, así que recordé algo que aún no habíamos mencionado.

—Jessica, ¿qué ha pasado al final con el examen?

Al hacer la pregunta, todas las demás lo recordaron y se lanzaron a intervenir.

—¡Eso!

—Ah, es verdad.

—¿Ha habido suerte?

La mencionada masticó el trozo de comida que tenía en la boca y se limpió con la servilleta. Cuando acabó, nos miró con una sonrisa y dio un grito triunfal.

—¡Lo tengo! ¡Ya soy una mujer motorizada!

Todas la felicitamos, contentas, pues sabíamos lo que había tenido que pasar para conseguir el carnet de conducir, ahorrando desde hacía tiempo y teniendo la mala suerte de suspender en tres ocasiones por los nervios que el momento le ocasionaba.

—Ea, pues ahora ya tenemos quien nos lleve por las noches durante los próximos doce meses como mínimo, y así podremos beber el resto —soltó Inma, resuelta.

—¡Eh! Eso no vale... —protestó Jessica.

—Hombre, con la tontería de que no tenías carnet, no te has privado ni un fin de semana de beber como una cosaca, bonita..., así que ahora te toca joderte y hacer de chófer una buena temporada.

Refunfuñando, terminó por aceptar, aunque reticente, después de pedir que al día siguiente hubiese salida del convento y ella no fuera la que condujese, para poder disfrutar así de la celebración de su aprobado. Accedimos y continuamos hablando de otros temas hasta que llegó la hora de abrir la librería.

* * *

Esa noche, la del sábado, el punto de quedada sería el piso de Rosa, donde iría a arreglarme para salir directamente desde allí, pudiendo dejar mi moto en su garaje. Mi Vespa roja modelo VXL 150 no era lo más adecuado para salir de noche si pretendía beber, así que, tanto ella como yo, nos quedaríamos a dormir en casa de Rosa si no había un plan más succulento.

Pasé por casa de mi madre para darme una ducha y arreglarme el pelo antes de marcharme a la de mi amiga. Estuve tentada a dejarle caer algo sobre nuestra pronta emancipación cuando hizo referencia a que utilizaba su vivienda como un hotel, pero me mordí la lengua, porque sabía que iba a tener una discusión con ella y, además, le había prometido a Teresa que le daríamos

la noticia juntas después de que mi padre le hubiese comentado algo. Mi hermana quería tener el piso elegido para que así no tuviéramos que aguantar sus comentarios autodestructivos, lamentándose porque sus propias hijas no quisieran estar con ella, blablablá.

Recogí todas las cosas que iban a hacerme falta para arreglarme y pasar la noche fuera de mi cama, y me despedí de mis padres, que fingían ver una película en el salón, aunque mi madre estaba enfrascada en una de sus labores de costura y mi padre se había dormido hacía rato.

Cuando monté en la moto y aceleré, noté el frío de la noche en mis mejillas, pues había tenido que coger el casco calimero que únicamente cubría mi cabeza por no encontrar el integral que siempre utilizaba.

Al llegar a la puerta del garaje del piso de Rosa, me detuve y la llamé por teléfono. A los pocos segundos el gran portón se hizo a un lado y pude entrar para guardar la moto y subir. Antes de poner un pie en su casa, ya se oían las voces de Inma y Rosa desde el rellano. Sonreí y empujé la puerta, que estaba entornada, accediendo a un recibidor color naranja muy moderno y alegre.

—¿Chicas? —pregunté, para ubicarlas dentro del espacio—. Se os oye desde la calle...

—Los vecinos tienen que estar contentos con ésta cuando se trae a algún maromo. —Me llegó la voz de Inma desde el dormitorio.

—Cuando quiero, puedo ser muy silenciosa —replicó la aludida.

Entré y vi a Rosa encima de la cama, sentada con las piernas en posición de loto, y a Inma delante del tocador, aplicándose mil potingues en la cara.

—Deberías cobrarnos por eso —señalé con la cabeza a Inma cuando solté mi bolsa a los pies del armario—. ¿Tu jefe no se extraña de que gastes tantas muestras?

—Mi jefe no se queja porque soy la que más vendo a nivel nacional, así que, todo lo que pido, le parece bien —aclaró Rosa, segura de sí misma.

Trabajaba de comercial para una marca de cosméticos y productos para el cuidado de la piel. Tenía que viajar a menudo por toda España, pues tenían un acuerdo con una cadena de hoteles de lujo tanto para comercializar sus productos como para impartir cursos de maquillaje, cuidados y cosmética en general, pero todos sabíamos que Rosa era capaz de venderle arena a alguien en el desierto; todos lo teníamos claro, incluido su jefe, así que a nosotras nos venían geniales sus dotes comerciales para estar a la última en cuanto a maquillaje se refería.

Me senté en la cama junto a mi amiga y revisé mi teléfono móvil; vi un mensaje en el grupo que acababa de llegar, hacía menos de un minuto.

—¿Habéis leído lo que ha puesto Erika? —planteé, y ambas negaron—. Dice que Pablo se ha puesto malo y que no puede venir esta noche porque le da pena dejarlo en casa solo.

Inma resopló y soltó la barra de labios a medio usar.

—Siempre hace igual —se quejó—. Parece que le moleste que su mujer salga a divertirse, joder.

Rosa asintió y agregó:

—Ella se da cuenta de que lo hace adrede, pero en parte se siente culpable por su situación y que decida quedarse con él es totalmente respetable. Pablo no es mal tío.

—¿Qué situación? —pregunté, perdida.

—Pues llevar meses en paro y que tenga que ser él quien se haga cargo de todos los gastos... —explicó—. El mes pasado hablé con ella después de que él le jodiese el viaje que iba a hacer conmigo a Valencia, aprovechando que yo tenía que ir al hotel Las Arenas. Simplemente iba a pasarse por casa de su prima y estar unos días con ella y los niños, pero al final no pudo ser. Cuando le mencioné que no me parecía justo que tuviese que quedarse cuidando a su suegra de un simple catarro por decisión de Pablo, me dijo que se sentía mal cuando salía o entraba porque le tenía que pedir dinero a él y que, aunque no le decía nunca que no de manera directa a ninguno de sus planes, se daba cuenta de que, cada vez que él ponía una pega de ese tipo, era su manera de oponerse a que los hiciese.

—Hombres... —reprochó Inma—. Cada día que pasa estoy más cómoda con mi decisión de vivir de mí misma y darme un homenaje con quien me apetezca en cada momento.

—Es una gran filosofía —acepté convencida—. A mí me está yendo genial.

—¿A que sí? —Asentí sonriendo—. Te lo dije, que te olvidases de Ivanés y maromos fijos y fueses a lo que te apeteciese en cada momento. El cuerpo es sabio, sólo tenemos que escucharlo.

Rosa dejó salir una carcajada estruendosa y algo forzada, y se levantó de la cama moviendo su escote en nuestra dirección.

—¡Pues mi cuerpo dice que esta noche quiere mambo!

Todas nos reímos y continuamos arreglándonos. Cuando nos quisimos dar cuenta, María y Jessica llamaban al telefonillo para que bajásemos y nos

tuvimos que dar prisa en acabar de recomponernos.

Éramos tan diferentes que había variedad donde elegir y eso era lo que debían de pensar varios de los tipos que no nos quitaban ojo al entrar en el local. Admitía que las delanteras de Rosa y Jessica, la primera natural y la segunda pagada con mucho esfuerzo y cortes de pelo en la peluquería, ayudaban mucho.

Sabían sacarse partido y captar la curiosidad sin llegar a ser vulgares. Pero no sólo sus escotes eran los que atraían las miradas y provocaban que se volvieran las cabezas, cada una tenía su encanto.

Por ejemplo, María tenía un cuerpo precioso, aunque a ella no le gustase casi nada de él. De pelo castaño claro y ojos color miel, no era demasiado alta, pero tenía una cintura estrecha y unas caderas anchas que ya le hubiese gustado a más de una poseer. No era el estándar de belleza impuesto por la moda actual..., tenía carne donde debía tenerla; vamos, lo que se llama tener las curvas muy bien puestas y, según palabras de ella misma cuando mencionaba su cuerpo, un culo caribeño muy resultón. Su cara era aniñada, y su temperamento, conciliador y dulce. Era la persona idónea para pedirle consejo si lo que necesitabas era un punto de vista neutral y nada visceral. María era un amor de mujer y, como plus a todo lo positivo que tenía, era cocinera. Cuando teníamos la suerte de que preparase algo para nosotras, nos volvía locas con sus platos, aunque solía hacerlo poco, pues nos decía que no se llevaba el trabajo a casa... una excusa que le venía genial para que no la tuviésemos esclavizada delante de los fogones en cada reunión.

Aparte de delantera, Rosa y Jessica también tenían otros puntos fuertes. Ambas eran rubias y delgadas, aunque nada tenían que ver entre ellas. El pelo de Rosa cambiaba de *look* cada vez que visitaba la peluquería, que era muy a menudo. ¡Hasta lo había llevado del color que hace honor a su nombre e incluso afro! En ese momento lo llevaba largo y ondulado, con un aire sesentero que le quedaba fenomenal. Su sentido del humor y su carisma la hacían la más divertida y alocada de todas, y solía ser la que rompía el hielo con los grupos masculinos si nos llamaba la atención alguno de ellos. Era una mujer optimista al máximo; a pesar de que la vida había sido muy puñetera con ella y su familia, nunca la oías quejarse.

Jessica era la benjamina del grupo. Tenía veintiocho años, era la más aventurera de todas y también la más enamoradiza. No pensaba en las consecuencias y simplemente actuaba por impulsos, pero tenía la suerte de

tener varias voces de la conciencia alrededor que le parábamos los pies cuando veíamos que no echaba el freno y se iba a terminar chocando. Era inocente en muchos aspectos, pero muy madura en otros, y llevaba sacándose las castañas del fuego y manteniendo a su padre enfermo y a su hermano pequeño desde que tenía quince años, cuando comenzó a trabajar en la peluquería de una vecina.

Inma era la mayor de todas. Tenía treinta y dos años, y un negocio montado por ella misma que le apasionaba, pues desde bien pequeña había querido trabajar rodeada de libros y su sueño se cumplió cuando heredó de su abuela un local en el centro de Sevilla donde hacerlo realidad. Era una pura raza, como la llamábamos cariñosamente: temperamental, expresiva, sin pelos en la lengua y con un carácter fuerte con el que no te gustaría cruzarte en caso de tormenta. Pero también era servicial, atenta, generosa y carismática como ella sola. Ella era, para mi gusto, la más llamativa de todas. Morena de piel, pelo negro rizado, expresivos ojos oscuros enmarcados por unas pestañas gruesas y largas...: un bellezón.

Erika era la única emparejada en ese momento del convento. Hacía tres años que se había casado con su novio de toda la vida y, aunque era jovial y alegre, era la más reservada de nosotras en cuanto a hablar de su vida privada. Su pareja, Pablo, era un hombre agradable, casero y con un humor ácido a veces difícil de entender. Adoraba a Erika y Erika lo adoraba a él: era totalmente recíproco. Hacía años que éramos amigas, pero sentía que era a la que menos conocía realmente de ellas, aunque, sabiendo que era feliz y que se sentía satisfecha con su vida, me conformaba. Su aspecto era algo más clásico, con media melena morena, piel muy blanquita y muy expresiva con las manos cuando hablaba. Llevaba gafas que ocultaban, en parte, sus bonitos ojos rasgados y oscuros. Por aquel entonces estaba desempleada, aunque era administrativa. Erika nunca había tenido mucha suerte con los trabajos, la verdad.

Y luego estaba yo.

Sería más beneficioso para mí que me describiesen ellas en lugar de hacerlo personalmente, pues en mi opinión diría que soy algo anodina y normalita: morena de pelo y ojos, alta y delgada... resultona, pero poco más. Por el contrario, ellas alabarían, como han hecho otras veces, mi estatura de un metro setenta y cuatro, o mi complexión física atlética por generación espontánea, porque el deporte nunca ha sido mi fuerte. No sería la primera vez

que mencionasen mis pómulos altos y marcados, mis labios voluptuosos, con una sonrisa expresiva, o mi pelo brillante y castaño que dejaba siempre suelto en un estilo desenfadado.

Nada como unas amigas para subirle a una la moral por las nubes, ¿verdad?

Esa noche nos encontrábamos en un local de moda de la ciudad. En un par de meses comenzaría a abrir su zona de terraza de verano, donde pondrían unas camas balinesas estupendas para pasar el primer rato de tranquilidad antes de desmadrarnos, pero el frío aún no permitía estar a la intemperie de manera cómoda, por lo que nos encontrábamos en una de las mesas que había en una zona lateral interior, con unos pequeños pufs con tela a cuadros blancos y negros en la parte superior y patas de madera blanca.

El establecimiento estaba decorado de forma ecléctica, y nos encantaba porque solía tener público de nuestra edad en su mayoría. A nosotras, ese ambiente de veinteañeros recién salidos del cascarón se nos hacía demasiado pesado y pasado, pues, excepto Jessica, a la que le quedaban dos telediarios para llegar, todas habíamos rebasado la barrera de los temidos treinta, la mayoría recientemente.

Acabando mi cuarta copa y viendo cómo María bailaba con un pelirrojo bastante mono, se me cruzaron por delante unos pantalones que me hicieron seguirlos con la vista. Enmarcaban un trasero demasiado apetecible, pues, si algo llamaba mi atención del sexo contrario, era un culo bien puesto.

Cuando el dueño de semejante cuerpo terminó su recorrido por el local, acercándose al grupo de gente con el que estaba, pude contemplar el resto de su anatomía. Admití que el chico no estaba nada mal. Tenía el pelo de un rubio oscuro que tiraba a cobrizo, y la piel clara. Quizá su cara no era demasiado atractiva —ojos algo pequeños y juntos, fosas nasales un poco prominentes—, pero tenía una sonrisa muy agradable y para un buen rato de diversión tampoco necesitaba que su código genético fuese el idóneo para que mis hijos lo heredasen.

Esperé un rato más para ver si alguna de las chicas que conformaban la reunión en la que se encontraba podía ser su pareja, pero no hubo nada que me lo indicase. Él hablaba con dos hombres más y reía de vez en cuando, bebiendo de su vaso un líquido ambarino.

¡Había llegado el momento de colgarme el escudo y salir a la arena!

Le di un último trago a la bebida y dejé el vaso en la mesa, haciéndole una seña a Jessica con la cabeza para marcarle mi objetivo. Ella me guiñó un ojo y

asintió, dándole un aprobado con el gesto. Entre nosotras no era necesario hablar, nos entendíamos a la perfección... Eran demasiadas noches de práctica y yo había sido testigo durante varios años de los trucos de las demás mientras me quedaba sentadita para guardarle el respeto al imbécil de mi ex.

Me acerqué al grupo donde se encontraba y lo agarré sutilmente del antebrazo, girando mi cabeza para encajarla con su oído y poder hablarle por encima de la música. Me fijé en que, en el lóbulo de su oreja izquierda, tenía un pequeño y discreto pendiente.

—¿Te apetece bailar? —Le sonreí y elevé las cejas insinuantemente.

Él me observó y agarró mi cintura, sonriéndome y aceptando con un «contigo, sí». Nos dirigimos a la zona libre de mesas bajo las miradas de algunos de sus amigos y me contoneé todo lo que mis tacones me permitieron, utilizando la ventaja de la altura del chico, que me sacaba una cabeza, para apoyarme en sus hombros y acercar mi pecho al suyo cada vez que quería decirle algo, moviéndonos al ritmo de la música.

Mientras bailaba con él, que lo hacía bastante bien, y aprovechaba la mínima oportunidad para rozarme intencionadamente, pude ver a María besándose con el pelirrojo y a Rosa hablando con un par de tipos que no le quitaban ojo a su delantera.

—¿Cómo te llamas? —Su voz grave me llegó al oído cuando agachó la cabeza y se acercó para hablarme.

—Cristina. ¿Y tú?

Él volvió a agarrarme de la cintura y se pegó a mí.

—Hugo.

—Encantada, Hugo. Bailas de maravilla. —Rocé mis labios en su oreja perforada al contestarle y su mano bajó, asiéndose con más energía a mi cadera—. ¿Todo lo haces igual de bien?

Se separó de mí y me miró con una intensidad arrolladora. Le sostuve la mirada sonriendo de manera provocativa, esperando su respuesta. ¿Para qué andarnos con rodeos si ambos sabíamos lo que queríamos con tan sólo mirarnos?

—¿Quieres comprobarlo? —Alzó las cejas sugerentemente.

Pasé mi mano por su cuello tirando un poco de él para tenerlo a mi altura y lo acerqué a mí, rozando mis labios con los suyos.

—Me encantaría.

Terminó de recorrer los milímetros que había de separación entre ambas

bocas, y su lengua, caliente, rebasó mi interior, pasándome el sabor de su bebida con su saliva. No me gustaba el whisky y era lo que él estaba bebiendo.

Me deshice del beso y utilicé mis labios para viajar desde su boca hacia su mentón y más abajo, mordiendo y pasando la lengua por la rasposa piel rasurada de su cuello, sintiendo su nuez moverse. Noté su gemido en mi lengua a la vez que presionaba su cuerpo contra el mío, dejando patente una erección bien dura y dispuesta.

—Me gusta tu boca —murmuró agarrando mi cuello y girando mi cabeza para asediar mi oreja—. Quiero tenerla en más sitios de mi cuerpo... ¿Vives cerca?

Negué dejándome hacer y sintiendo el tirón detrás de mi ombligo por las atenciones de mi nuevo amigo Hugo. El chico le ponía empeño y no lo hacía nada mal. Coloqué mis palmas en su abdomen y percibí lo duro que lo tenía, marcándose sus músculos a través de la tela de la camisa.

Sopesé mis opciones y decliné ir a casa de Rosa con él. Una sola vez había tenido esa idea y no había dado buen resultado.

Sus manos recorrieron mi espalda y terminó agarrándome el trasero de manera posesiva, pegándose más a él y moviéndome a su antojo al son de la música, aprovechando esos balanceos para rozarse conmigo.

Me estaba poniendo cardíaca.

Notaba cómo mi ropa interior se iba humedeciendo. Si no salíamos de la pista, iba a cometer una locura allí mismo, movida por el alcohol y la calentura, así que lo tomé de la mano y tiré de él decidida en dirección a los baños, pero al entrar en el cubículo me di cuenta de que el espacio eran tan reducido que a duras penas cabíamos los dos.

—¿Vives solo?

—No, con mis padres. —Mordió mi cuello y me subió la camiseta para dejar al descubierto el sujetador.

Sus dedos agarraron mis pezones sobre la tela perforada y gemí, capturando su labio inferior. Le mordí eróticamente en él y llevé mi mano hacia su pantalón, abarcando el bulto que se aplastaba contra la tela y la cremallera.

Unos golpes en la puerta me hicieron dar un respingo y él aprovechó para darme la vuelta y ponerme de cara a la pared, haciendo caso omiso a las palabras que alguna chica nos había dedicado desde fuera.

—Estás tremenda, Cristina —alabó excitado, metiendo la mano entre la cinturilla de mi pantalón y la piel de mi abdomen.

Llevé mis dedos hasta el botón y me lo desabroché para bajarlos seguidamente por mis muslos, revelando mi ropa interior humedecida. Pegué el trasero a su entrepierna y me froté a la vez que él introducía un dedo por el lateral de mi tanga.

—Y empapada...

—Acaríciame —exigí tras un gemido, sin poder evitar oír las quejas del exterior del aseo—. Hazlo ya.

Su garganta profirió un rugido medio animal cuando un dedo entró en mi interior y me contraje en torno a él. Su potente erección se clavaba en mi trasero desnudo, incrustándose su pantalón y llegando a ser molesto en algunas de sus acometidas.

Los habilidosos dedos se movían sobre mi clítoris, esparciendo mis fluidos desde mi orificio hasta él. Su respiración acelerada en mi oído estaba sofocándose y llevé mis manos hacia atrás, consiguiendo a duras penas desabrocharle el botón y bajarle la cremallera.

Su mano izquierda dejó de sujetar mi cadera y al momento noté la piel tersa de su erección rozarse contra mi trasero.

—¿Te vas a correr, nena? —me preguntó caliente, sin dejar de hacer círculos en mi clítoris, frotando demasiado fuerte para lo sensible que estaba.

—Aún no —contesté con la respiración agitada.

Me di la vuelta y me separé todo lo que pude, aunque tenía la impresión de que estaba emparedada entre la pared y su cuerpo.

Apresé con mi mano su erección, mirando hacia abajo, observando cómo entraba y salía de mi agarre, moviéndola adelante y atrás. Mientras lo masturbaba, él se las arregló para sacar un preservativo de su pantalón y me lo tendió con una sonrisa cómplice. Lo desenrollé a su alrededor y, al terminar, volvimos a oír quejas del otro lado, ya que sólo había dos baños y estábamos ocupando uno de ellos, dejando claro en el hueco bajo la puerta lo que ocurría en él.

No estábamos siendo nada discretos.

Una vez enfundado en el trozo de látex, lo empujé sobre la tapa del inodoro sin querer pensar en la higiene del lugar. Su erección pendía del borde como si fuese a saltar al vacío y se sacudía expectante. En un alarde de elasticidad, subí una pierna a su hombro tras quitarme del todo la ropa interior,

quedándome expuesta ante él. Hugo se relamió y me miró sonriendo antes de agachar el cuello y pasar la lengua por mis pliegues.

Me agarré a ambas paredes abriendo los brazos para sujetarme, pues la pierna que sostenía mi peso comenzaba a fallarme gracias a la pericia de su boca tras unos minutos de atenciones. Sus manos mantenían mi trasero bien firme frente a él a la par que succionaba y lamía hasta llevarme al filo del orgasmo, pese a la postura nada cómoda.

—Méteme un dedo —le supliqué, sintiendo que estaba casi a punto de correrme.

Él obedeció solícito y corrió a complacerme introduciendo no uno, sino dos, moviéndolos para acompañar a su boca.

No hizo falta mucho más para que mis párpados se cerrasen y echase el cuello hacia atrás, intentando contener los gemidos mientras un orgasmo me recorría de pies a cabeza y mi cuerpo vibraba agitado, acompasado al vaivén de su cabeza.

Sus movimientos se fueron ralentizando a medida que yo me quedaba laxa.

—No te duermas, cariño. —Me sonrió al verme abrir los ojos somnolienta—. Aún no hemos acabado.

Su sonrisa lobuna me hizo elevar la comisura derecha del labio. La cuarta copa me había afectado demasiado y ese orgasmo me había dejado totalmente fuera de combate, pero la erección de Hugo no opinaba lo mismo que yo y reclamaba su turno.

—Soy toda tuya —me ofrecí.

—Ya lo creo —murmuró ardoroso, moviéndome hasta ponerme de espaldas a él de nuevo y elevar una de mis piernas agarrándome por el muslo.

Apoyé mis manos en la puerta, frente a mi cara, esperando que aguantase los embistes que iban a venir a continuación y no se abriese de golpe, tirándonos con ella.

Él mojó un par de dedos con su boca y los llevó, desde atrás, a la entrada de mi vagina, humedeciéndola aún más si es que eso era posible. Con la mano en mi zona lumbar, presionó hacia abajo, exponiendo mi trasero. Flexionó las rodillas y guio su miembro hasta mis pliegues, refregándolo con ellos y posicionándose en la entrada, donde comenzó a hacer presión hacia arriba para introducirlo.

—Vamos, nena —farfullaba acalorado—. Déjame entrar... Así... Eso es...

Cuando estuvo por entero en mi interior, tensándome y dilatando mis

paredes, pues su tamaño no era nada desdeñable, volvió a salir y a introducirse hasta el fondo, quedándose quieto unos segundos.

Podía notar las palpitations de su pulso dentro de mí y comencé a exprimirlo comprimiendo para hacerlo reaccionar.

—Dame un segundo, preciosa —solicitó tranquilizándose—. Estás muy apretada, necesito un momento.

—No te corras —le exigí sin dejar de constreñirlo en mi interior en escasos intervalos de tiempo.

—Dame un respiro y deja de hacer eso si no quieres que ocurra. —Lo sentí sonreír y lo hice yo también, concediéndole un instante de calma.

—Hugo...

—Dime —murmuró algo menos exaltado.

—Fóllame.

La mano que mantenía agarrado mi muslo se soltó y eché el trasero hacia atrás, exhibiéndolo. Él agarró por ambos lados mis caderas y comenzó a bombear a un ritmo frenético de fuera hacia dentro, provocando un sonido inconfundible en el pequeño habitáculo que se mezclaba con nuestros propios gemidos.

Teníamos que estar siendo la atracción del aseo.

Intentaba que mis jadeos no saliesen de mi garganta, pero Hugo me estaba follando demasiado duro, demasiado bien, y, en contra de todo lo que creí al inicio por la incomodidad del lugar, estaba disfrutando como una demente.

Él debía de estar haciéndolo también, porque sus manos iban a terminar por dejar marca en mis caderas y en mis tetas de lo fuerte que me pellizcaba.

Tras unos largos minutos, me echó hacia atrás, pegó su pecho a mi espalda, sin dejar de embestir dentro de mí y sus yemas entraron en contacto con mi hinchado clítoris.

Era la primera vez que lo hacía así y estaba resultando toda una delicia.

—Me voy a correr —anunció con la voz afectada.

—Yo también —asentí, sabiendo que me quedaba muy poco para hacerlo.

Mi mano derecha viajó hasta la suya, presionando más fuerte sobre mi centro, añadiéndolo a sus embestidas y sirviendo para comenzar a sentir el segundo orgasmo, que me hizo aplastar la parte posterior de la cabeza contra el hombro de Hugo, escuchando sus gruñidos al correrse él también.

Aún llena pero sin apenas movernos, llevé una de mis manos hacia atrás y la enlacé en los húmedos pelos cortos de su nuca, sintiendo su respiración

acompañada a la mía. Giró la cabeza para depositar un beso en el antebrazo que mantenía elevado y me habló encandilado.

—¿Me darás tu número de teléfono para repetir esto en un lugar más cómodo? —pidió sonriendo y recuperando la respiración, saliendo de mí.

—Cualquier sitio sería mejor que éste, pero no ha estado mal, ¿no? —eludí su pregunta, comenzando a vestirme a la vez que él se ocupaba de tirar el preservativo usado y limpiarse.

—Nada mal.

Me dirigió una mirada admirada, repasando mi cuerpo al terminar de vestirnos, y me agarró de la nuca, besándome.

—Ha sido un verdadero placer, Cristina.

—Lo mismo digo, Hugo —admití, agradeciendo que no insistiera en el tema del teléfono—. Y, respondiendo a mi pregunta..., sí, en el sexo eres igual de bueno que bailando.

Le guiñé un ojo, obteniendo una sonrisa de suficiencia por su parte, y abrí la puerta del baño, sin pararme a observar los varios pares de ojos femeninos de quienes esperaban el fin de nuestro *affaire* en el baño para poder hacer uso de él.

Capítulo 3

—Arriba, bella durmiente.

Abrí el ojo que no tenía aplastado contra la almohada y una cabeza de pelo rubio enmarañado me dio la bienvenida al mundo de los vivos.

—Grrr... —me quejé, volviendo la cara—. No puedo con mi cuerpo.

Tras decirlo, comprobé que mi afirmación no era nada exagerada. Me dolían las caderas, los pechos, sentía una molesta presión íntima en mi interior y mi cabeza parecía haber sido el escenario de una fiesta de fin de curso de adolescentes llena de sangría y cerveza calentorra.

—Qué poco aguante tienes —comentó Rosa divertida, sentándose a mi lado en un trozo del colchón y sorbiendo de la taza que portaba—. ¿Qué bebiste anoche?

—Ron con Coca-Cola —mascullé.

—¿Todavía no te has enterado de que esa bebida de piratas mejor la dejas para cuando quieras esquivar una visita a casa de tu madre? —Lloriqueé y ella se rio, dándome con un cojín en el brazo—. El polvo en el baño, ¿bien?

Elevé la cabeza y la miré estupefacta.

No había comentado con nadie mi escarceo en los aseos del local. ¿Cómo demonios...?

—No me mires así. Soy como una madre..., me entero de todo.

—¿Cómo lo has sabido? —le pregunté realmente intrigada, sentándome y entrecerrando los ojos por el color nada discreto de su camiseta de manga larga, de un tono fosforescente que me dañaba las retinas en esa mañana de resaca.

Olisqueé su café y le arrebaté la taza con energía, bebiendo y sintiendo recorrer el oscuro líquido todo mi interior. Para mi gusto le faltaba azúcar, pero no iba a protestar.

Rosa se atusó el pelo y me miró, dispuesta a explicármelo.

—Bueno, ayer me tocó a mí conducir y lo único bueno de eso es que estás más pendiente de todo lo que ocurre a tu alrededor... —comentó—. Ví que te

perdías de la mano con uno en los baños y, al rato, pasaron dos tías comentando lo que había formado dentro. —Sonrió por mi cara de bochorno y prosiguió—. Grité: «¡Ésa es mi Cristi!», y las dos me miraron como si me hubiese salido una segunda cabeza antes de irse cuchicheando... Las muy lagartas tenían pinta de envidiosas —agregó susurrando.

Utilicé mi dedo índice para repasar mis lagrimales y despejar mis ojos aún somnolientos, procesando la información.

Hugo y yo habíamos dado un verdadero espectáculo y podríamos habernos buscado un problema con los dueños del establecimiento, pero me concedía el ratito tan bueno que habíamos pasado juntos.

Dejé la taza vacía encima de la mesilla de noche de su cuarto de invitados y bostecé.

—No sé qué se me cruzó por la mente para llevarlo allí. —Recapacité—. Bueno, sí que lo sé. —Ella asintió, sonriendo—. Estaba como una moto después de un rato bailando con él y no quise traerlo a tu piso... Ya acabé escarmentada la otra vez...

Ella negó con la cabeza, recordando ese suceso con una mueca de asco.

—Es que ese tío daba grima —se sinceró—. Parecía una copia mala de Severus Snape, el profesor raro de Harry Potter, con ese pelo grasiento y largo, desfasado y nada a la moda. Matar a tu abuela no estuvo nada bien, pero seguro que te habría perdonado que fingieses su muerte para sacar a semejante bicho de tu cama.

Me reí con su comentario.

—Con Hugo he subido el listón.

—Hugo, ¿eh? —indagó interesada, y yo me reí por su cara tan expresiva.

—La verdad es que pasamos un rato bastante bueno, pero el lugar era como para olvidarlo —reconocí—. Lo hicimos de pie y algo incómodos, aunque fue tremendo...

Ella me miró y chistó con la lengua, reprobándome por algo que desconocía.

—Para hacerlo en unos baños públicos hay que seguir una serie de pautas...

Alcé las cejas, entretenida.

—Perdone usted, experta en polvos exprés en zonas inverosímiles —me cachondeé—. La próxima vez te llevo con nosotros para que nos vayas indicando los pasos que seguir.

Dio un manotazo sobre el edredón, a la altura de mi pierna, fingiéndose

ofendida, y levantó el mentón.

—No te rías, idiota. Te voy a dar un par de consejos para otra ocasión que te dé el calentón y tengas que echar mano de un aseo cochambroso de bar. Acuérdate de esta palabra mágica: *difaba*.

Mi ceja derecha se levantó, extrañada.

—Y, eso, ¿qué demonios es?

—Discapacitados, falda, básico —aclaró, y me dejó igual de perdida—. Cuando salgas, utiliza falda, pues ayudará a que el acceso a la zona sea más fácil —dirigió sus ojos a mi entrepierna elocuentemente—, utiliza el baño para discapacitados, que es más grande y cómodo, y ve a lo básico... perrito, cucharita; no te metas en innovar y empezar a hacer las pruebas para contorsionista del Cirque du Soleil, porque te puedes meter un carajazo o acabar abriéndote la cabeza con el soporte del papel higiénico... y no es broma.

No pude contener una carcajada, a la que ella terminó uniéndose.

Dios, ¿cómo podía tener tanta gracia sin ni siquiera proponérselo?

—Lo tendré en cuenta.

—Así me gusta. —Se levantó de la cama, divertida—. La primera clase es gratis; si tengo que darte más, ya acordaremos un precio. Por cierto, ¿te enteraste de lo de Jessi?

Negué con la cabeza, levantándome tras ella y poniéndome los pantalones en mis piernas desnudas, que había arrastrado fuera del confort de la cama calentita.

—Lee el grupo e intenta no reírte. —Me señaló el teléfono con la cabeza—. La pobre tiene más mala suerte... Se fue con un chico a casa de éste, se lo estaban montando en la habitación y, cuando estaban en pleno apogeo, entró la madre del susodicho y se puso a sermonearlos sobre el sexo seguro mientras ella no sabía dónde meterse.

—Madre mía —me reí, compadeciéndome de mi amiga—. Lo que no le pase a esta chica...

—Cuando el peluche se le pone tierno, no hace las preguntas adecuadas, y así se lleva las sorpresas que se lleva. Aunque, ¿a quién no le ha pasado algo así alguna vez?

—A mí...

—Tú eras una sosa insípida hasta que dejaste al idiota de tu ex y empezaste a desmelenarte, así que todavía eres cascarón de huevo.

Justo cuando iba a replicar a su comentario, mi teléfono comenzó a sonar y ella salió de la habitación, comentando que iba a darse una ducha.

Antes de poder descolgar, la llamada finalizó y, acto seguido, sonó el tono de notificación de la aplicación de mensajería instantánea.

¡Hola! Soy Teodoro, de la inmobiliaria. Espero no molestar, pero tengo que comentarte algo y no quiero dejarlo pasar.

Miré el teléfono extrañada y escribí mi respuesta, recordando su bigote nada atrayente.

Hola. Sí, tengo tu número guardado. ¿Ocurre algo?

Claro, qué tonto... Quería hablarte de un piso que acaba de llegarme para alquilar y creo que es perfecto para ti.

Ah, ¿sí? Genial... Se lo diré a mi hermana para ir a verlo la semana que viene.

Sería interesante verlo hoy mismo, no me gustaría que lo perdiéseris.

Es domingo...

¡Lo sé! Je, je, je. Es que me he tomado como algo personal encontrar uno perfecto para ti y creo que lo he conseguido. Aunque, si no puedes quedar hoy, lo entenderé... Es algo precipitado y los fines de semana se suelen hacer planes.

Tanteé las opciones que habíamos visto y lo poco que nos habían gustado los pisos anteriores, llegando a agobiarme con la búsqueda. Aunque me diese un poco de grima a cuenta de los pelos bajo su nariz nada agradables, reconocía que Teo se había volcado con nosotras y esos mensajes me lo demostraban.

Está bien, déjame hablar con Teresa y concretamos.

Estupendo. Si no tienes planes para comer

después, cerca del piso que te voy a enseñar hay una zona de tapas muy interesante.

Empezaba a notar que su labor como agente inmobiliario estaba dando paso a una extralimitación que bajo ningún concepto iba a aceptar, sobre todo teniendo en cuenta que se dirigía a mí en singular cuando éramos dos las interesadas, así que decidí ignorar su último mensaje y limitarme a concretar con mi hermana la visita al piso tan especial que supuestamente nos había encontrado.

Ojalá fuese cierto.

Fui al baño cuando oí que Rosa había salido y entré a adecentarme un poco. Al mirar la taza del inodoro, sonreí sin poder evitarlo, recordando la erección de Hugo colgando de su cuerpo cual suicida al borde de un abismo la noche anterior.

Tras asearme, vestirme y despedirme de mi amiga, que salió conmigo del piso para ir a casa de su cuñada y estar un rato con sus sobrinos, monté en mi moto y conduje durante unos quince minutos hasta el chalet familiar. Mi padre estaba sentado en el porche con mi vecino adolescente, repasando algo en un libro de texto. La temperatura era agradable si se estaba al sol. Llevaba un par de meses sirviéndole de apoyo al chico, ya que la madre estaba sola y trabajaba los fines de semana, por lo que necesitaba que alguien le echase un cable. Sin duda mi padre era ese cable tan necesario para el muchacho.

—Hola, papá. Hola, Sergio —los saludé al pasar, sin querer inmiscuirme mucho en la explicación que se estaba llevando a cabo.

—Hola, cariño.

—Hola.

Recibí ambos saludos cuando agarraba el pomo de la puerta y les sonreí, abriendo y entrando en casa a continuación. Un olor a guiso me recibió y mi estómago se contrajo de hambre. Llevaba malcomiendo desde hacía casi dos días y empezaba a notarlo.

—Qué bien huele. —Inspiré al abrir la puerta de la cocina.

Mi madre estaba cortando verduras en la isla, sobre la tabla, y me sonrió escueta al verme aparecer. Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla. La ducha que me había dado en casa de Rosa me había devuelto el buen humor.

—Hola, hija. ¿Te quedarás a comer?

Su pregunta esperanzada me ablandó.

—No puedo negarme... —Le sonreí, robándole un trozo de pimienta roja del montoncito que había cortado para llevármelo a la boca—. Si cocinas tan bien, no puedo resistirme.

—Anda, ve a despertar a tu hermana —me dijo cálida, dándome un cachete en la mano al ir a sisarle otro trozo de verdura.

—¿Aún sigue acostada?

—Anoche estuvo estudiando hasta bien tarde —contestó orgullosa.

No sentí celos de su tono ni de sus palabras dichas entre líneas. Yo también estaba muy orgullosa de todo lo que hacía mi hermana pequeña, así que asentí y salí de la cocina, para subir seguidamente la escalera para llegar a su dormitorio.

Llamé con los nudillos de forma sutil y entré sigilosamente. Estaba todo a oscuras y su respiración acompasada se percibía en el silencio reinante.

Me aproximé hasta la cama y vislumbré su cuerpo acurrucado, agarrada a la almohada en una posición infantil. Sonreí, me quité los zapatos y me metí silenciosamente bajo la manta, abrazándola con cariño.

—Peque... —susurré—. Pitufa...

Ella se removió sin llegar a despertar y cambió de postura. Volví a acomodarme a su lado y comencé a hacerle cosquillas con un mechón de su pelo en la nariz y la boca. Sus muecas y morritos me hicieron tener que contener la risa para no terminar de despertarla.

—Soy el fantasma de la despensa y vengo a robarte tu dulzura... —murmuré tenebrosa, recordando lo que le decía de pequeña cuando abría los muebles de la cocina para coger chocolate y yo le metía miedo para que no lo hiciese.

Teresa al fin sonrió, despertando del todo y mirándome.

—¿Qué haces aquí? —preguntó amodorrada—. Creía que te ibas a quedar con tus amigas todo el día.

—Cambio de planes. —Me levanté y abrí la persiana. Ella se cubrió los ojos con el antebrazo y resopló—. Me ha escrito el chico de la inmobiliaria y me ha dicho que ha encontrado *nuestro piso*. —Hice énfasis en las dos últimas palabras, recibiendo su total atención.

—¿De verdad?

—De la buena... También me ha invitado a comer, pero eso he decidido resetearlo para eliminarlo de mi mente. Al imaginarme esa tira de pelo moviéndose mientras mastica me veo vomitando en el acto. —Puse un gesto de

aversión y ella se rio comedido—. Así que levántate, ponte algo cómodo y vámonos, que mamá nos espera después para comer.

Ella me hizo caso y comenzó a peinarse con los dedos, poniéndose las zapatillas.

—¿Te ha dicho dónde es?

—No, pero ahora le voy a escribir para quedar con él y lo averiguo.

Tecleé en mi teléfono y a los pocos segundos recibí la entusiasmada respuesta.

La zona de Nervión me parecía bastante buena: cerca de la facultad de Cristina, bien conectada, céntrica, no quedaba demasiado lejos de la guardería..., pero dudaba de que hubiese algo potable y adaptado a nuestro presupuesto por allí.

Cuando Teresa salió del baño, le enseñé el mensaje y se mostró bastante optimista. Salimos de casa asegurándole a mamá que volveríamos para el almuerzo, sin darle opción a hacer demasiadas preguntas. Si resultaba ser el piso ideal para nosotras, ya le comentaríamos algo durante la comida.

Mi hermana y yo nos montamos en mi moto. Habíamos quedado con Teodoro en una de las puertas del estadio de fútbol del Sevilla para ir andando hasta el piso, que se encontraba en una de las bocacalles de la avenida Eduardo Dato; la calle se llamaba Larra.

Al llegar, ya nos estaba esperando.

—¡Hola! —saludó eufórico—. Disculpad por haberos hecho venir un domingo, pero acaba de entrar este piso en la web de la inmobiliaria y no quería perder ni un minuto. Es el idóneo para vosotras, ya lo veréis.

Mientras hablaba, me miraba continuamente a mí. Me estaba empezando a resultar un poco molesto, porque no podía apartar los ojos del movimiento de su ridículo bigotillo, que danzaba al hablar.

—La zona nos viene de fábula —intervino mi hermana—, aunque Cristina está un poco pesimista con la visita.

Ambos me miraron y me encogí de hombros.

—Es que llevo el suficiente tiempo buscando piso como para saber que por aquí no son demasiado baratos.

—Eso es porque antes no tenías un asesor tan bueno como yo —replicó sin una pizca de humildad y sonriendo. Le devolví la sonrisa, poco convencida—. ¿Vamos?

—¡Claro! —contestó Teresa, y yo seguí la corriente de sus pasos.

Cruzamos la ancha avenida por el paso de peatones. La verdad es que era extraño verla tan tranquila, pues entre semana era un hervidero de personas, coches, autobuses y comercios abiertos, pero en domingo se transformaba y reinaba una relativa calma muy agradable.

Teodoro hablaba con mi hermana un par de pasos por delante de mí. La calle Larra resultó ser una calle estrecha sin salida que daba a la avenida, presidida por un kiosco de prensa y con estacionamientos a ambos lados. No daba la sensación de agobio que podía parecer al describirlo, sino de una intimidad interesante.

Se detuvieron en el primer portal a la izquierda, el número uno. Nuestro «estupendo asesor» pulsó el timbre del Bajo B y esperó. A los pocos segundos, el sonido de apertura metálica nos permitió el acceso. El dueño de la vivienda, un señor de edad avanzada, nos dio la bienvenida en la entrada y nos explicó que ésta había sido reformada hacía cuatro años, cuando su hijo pequeño había utilizado cuarenta metros cuadrados de la misma, dividiéndola en dos espacios diferentes con una entrada aparte en la misma calle. Su vástago utilizaba esa división como oficina de su empresa de seguros, aunque sin atender directamente allí al público; el resto era el piso que quería alquilar. Con esa reforma, la vivienda había quedado más pequeña, de unos sesenta metros cuadrados, pero no por ello menos coqueta.

Nada más entrar te encontrabas con un salón compuesto por un sofá de tres plazas en tonos beige, una mesita de café y, enfrente, un aparador con una televisión de un tamaño aceptable y una pequeña vitrina a su derecha. En los mismos tonos claros de madera, pasando el sofá, te topabas con una pequeña mesa con cuatro sillas que recibía la luz de una puerta corredera de cristal por la que se accedía a una reducida terraza interior.

Al acercarnos, descubrimos la cocina, emplazada a la izquierda. No llegaba a estar integrada en el salón porque la separaba un muro, pero no disponía de puerta ni pared frontal. No era muy ancha, aunque tenía lo básico e imprescindible, con una larga encimera en el lado izquierdo y, en el opuesto, el frigorífico, un par de muebles de almacenaje bajos y los fogones.

—Todas las ventanas tienen rejas, la puerta es blindada—iba enumerando Teodoro, sacando a relucir sus dotes de agente inmobiliario mientras recorríamos el piso—. El pasillo tiene focos alógenos en el techo, hay aire acondicionado en el salón, y la instalación, tanto eléctrica como de fontanería, es prácticamente nueva.

Mi ánimo había ido mejorando conforme íbamos viendo las estancias. Volvimos sobre nuestros pasos y, a través del lado izquierdo de la pared de la televisión, se accedía al pasillo en forma de ele. En el tramo corto había dos puertas, una que abría un pequeño armario y otra que daba acceso a uno de los dormitorios, el más grande de los dos, con armario empotrado, cama de matrimonio, dos mesillas y una cómoda con cajones.

Me encantó la luminosidad que tenía, pues se reflejaba la luz en las paredes color hueso gracias a las dos ventanas que hacían esquina.

Contaba también con aseo propio con bañera, lo cual era un punto muy a su favor.

Ya podía visualizarme dándome un baño relajante después de un duro día en la guardería...

Adjudicada, ésa tenía que ser mi habitación.

Justo enfrente, al otro lado del pasillo, se ubicaba la otra, la que por descarte tenía que ser para Teresa. Era algo más pequeña que la anterior, tanto en tamaño como en las dimensiones de la cama. También contaba con armario empotrado, aunque sólo disponía de una ventana lateral. Lo bueno era que tenía espacio para poner una pequeña mesa de estudio en la pared frente a la cama... Debía encontrar los puntos positivos para convencer a mi hermana de que ese cuarto era el indicado para ella.

La otra puerta del pasillo contenía otro baño similar al de mi habitación y un par de puertas batientes que escondían la zona de lavadora y secadora.

Al saber el precio, acabé de convencerme.

—Sólo lo ha utilizado mi hijo mayor para vivir con su pareja cuando venían a la ciudad. Ella es de Valencia y viven allí casi todo el año, porque mi consuegro está mal de la cadera —nos explicó el dueño, en tono cordial y con confianza—. Sé que la gente joven no tiene muchos ingresos hoy en día y me conformo con pedir lo que me cuesta mantenerlo y un poco más para los arreglos. La única pega que tiene, y eso que yo no debería decirlo...

—Cualquiera se lo habría callado —comentó nuestro agente, interrumpiéndolo.

—Bueno, yo soy honesto y no quiero engañar a estas señoritas tan guapas.

Miró a Teresa, y mi hermana le devolvió una sonrisa agradecida, esperando sus palabras con la misma curiosidad que yo...

Ahí iba a venir el «pero». No podía ser todo tan bonito.

—¿Cuál es la pega? —pregunté impaciente, atrayendo su atención.

—Los vecinos de la otra escalera. —Alcé una ceja y lo miré intrigada. Él bajó la voz y utilizó un tono confidente que nos acercó a su posición—. Sus ventanas dan a las nuestras por el patio interior y mi nuera se ha quejado más de una vez de que son demasiado ruidosos. He llegado a hablar con otros vecinos del bloque e incluso han especulado con que son actores de películas equis y que graban ahí, por lo que oyen...

Intenté contener una carcajada, pero el resoplido cómico salió por mi nariz y mi boca sin poder retenerlo.

¿Actores porno?

Nunca había llegado a estudiar esa posibilidad como compañeros de convivencia...

—Creo que podremos lidiar con ello —contesté, dispuesta a no dejar pasar ese piso que me había enamorado por unos simples gemiditos en determinados momentos.

—¿Segura? —preguntó mi hermana.

Me acerqué a ella y asentí con la cabeza, animándola.

—No creo que sea para tanto, pitufa. Seguro que ni los oímos, ya verás... —la animé, esperanzada.

Quería ese piso. Quería emanciparme de una buena vez y dejar la casa de mis padres. Quería volver a tener el control sobre mi vida y no depender de nadie. Y quería hacerlo lo antes posible. Unos vecinos algo escandalosos no iban a fastidiar mis planes.

No podía ser tan malo como decían.

—Entonces, ¿nos lo quedamos? —murmuró mi hermana cuando el agente y el propietario nos dieron un poco de intimidad, hablando entre ellos más apartados de nosotras—. ¿Te gusta?

—¡Me encanta! —Asentí repetidas veces—. La zona es fantástica, el tamaño no está nada mal, el alquiler es una ganga... ¿Qué te parece a ti?

—La verdad es que está muy bien y la ubicación es inmejorable. —Pensó durante unos segundos—. ¿Tenemos piso?

Le sonreí y ella me devolvió el gesto, entusiasmada.

El día no había podido empezar peor con mi resaca sexual y alcohólica, pero había mejorado a pasos agigantados. Al final iba a tener que darle las gracias al cosmos por poner en mi camino a Teodoro. Con bigote y todo, en ese instante lo adoraba.

—¡Tenemos piso!

Mi exclamación llamó la atención de los dos hombres, que se acercaron a nosotras mientras les dábamos la noticia.

Al terminar de enumerar los detalles y quedar para firmar el contrato en la próxima semana, asegurándonos que era para nosotras, salimos de allí con algo de prisa por lo tarde que se nos había hecho. A mi madre no le gustaba esperar a la hora de comer.

—Me alegro de que estéis tan contentas —apostilló Teo—. Sabía que iba a encantaros.

Su mano se posó en mi cintura al cederme el paso para cruzar la avenida.

Aunque había admitido adorarlo por habernos conseguido nuestro nuevo hogar, no lo hacía tanto como para permitir un acercamiento de ningún tipo que no fuese profesional.

Cogí el teléfono y llamé a mi madre, para avisarla de que íbamos a retrasarnos un poco porque habíamos pillado atasco.

¿Atasco? ¿Un domingo al mediodía?

Su tono dejó claro que no le había gustado nada la noticia, por lo que nos despedimos rápidamente del agente y quedamos en vernos para la firma en los próximos días.

—Déjame hablar a mí —le pedí a mi hermana al aparcar la moto en la entrada de casa—. Si tiene que cabrearse con alguien, que lo haga conmigo, ¿vale?

—Eso no es justo, la culpa es de las dos.

—La culpa no es de nadie, porque no tenemos doce años como para tener toque de queda. Sólo llegamos media hora tarde a su estricta hora del almuerzo; tampoco pasaría nada si se relajase un poco algún día de su ordenada vida... —murmuré al abrir la puerta y entrar en primer lugar—. Ya estamos aquí.

—Ya era hora.

Su queja llegó desde la mesa del comedor. No había rastro de mi padre..., hombre listo y versado en anteriores batallas.

—Lo siento, he tenido que hacer un par de gestiones y no hemos podido llegar antes.

—¿La excusa no era que os había pillado tráfico? —preguntó inquisidora.

—También —mentí.

—Id al baño para lavaros las manos y vamos a comer.

Resoplé y puse los ojos en blanco al darme la vuelta para cumplir sus

órdenes. Mi hermana me precedía diligente.

En el pasillo nos encontramos a mi padre saliendo de su habitación preferida de la vivienda.

—¿Ya estáis aquí? Menos mal, me he tenido que encerrar en el despacho porque tu madre se ha puesto un poco difícil. —Me sonrió cuando le di un beso en su mejilla perfectamente rasurada.

—Mamá siempre está difícil. Hemos visto un piso y nos ha gustado mucho.

—Eso es estupendo, cielo.

—Sí, lo sé... A ver cómo reacciona la malvada del cuento...

—Vamos, Cristina —me pidió mi hermana, sin querer echar más leña a la hoguera. Mi padre marchó pasillo adelante.

Al entrar en el baño junto a ella y comenzar a lavarme las manos, me miró a través del espejo.

—Quizá deberíamos esperar un poco para decírselo a mamá.

—Esperar, ¿a qué?

—A que esté calmada...

—Mamá nunca está calmada, pitufa.

Cariñosamente, le tiré la toalla a la cara y salí, dispuesta a capear el temporal pero teniendo muy claro mi objetivo. Dentro de muy poco iba a volver a vivir por mis propios medios y sin tener que rendir cuentas a nadie... Si para llegar a ese punto tenía que lidiar con una progenitora algo malhumorada, que así fuese.

Capítulo 4

Conseguimos cuadrar el jueves por la tarde para ir a firmar el contrato de alquiler del piso y pagar la señal junto con el primer mes. Nos costó bastante dar con el día y la hora, pues entre el trabajo, las clases de mi hermana y los compromisos del dueño y del agente, casi estaba empezando a desanimarme al no verlo posible, pero finalmente ése sería el día.

Mi turno terminaba a las cuatro y, mientras picaba algo en el comedor en unos minutos de descanso, le envié un mensaje a las chicas por si alguna quería ir a tomarse un café esa tarde, antes de mi más que esperada cita con mi futuro amor: mi nuevo piso.

La única que estaba disponible era Erika, pues siendo entre semana las demás se debían a sus trabajos. Ella bromeó con que era lo bueno de tener a una amiga en paro, que siempre está dispuesta a un café con tal de salir de su casa.

Quedé con ella directamente en La Sra. Pop, una cafetería bonita, retro y acogedora a la que solíamos ir cuando queríamos darnos un buen festín de dulces y caprichos. Sus tartas artesanales siempre han sido espectaculares y estaban riquísimas...

Cuando el reloj marcó mi hora de salida, me quité la bata y la metí en mi mochila.

Al salir por la puerta me topé con un par de mamás que esperaban a sus pequeños y las saludé amistosamente sin darme cuenta de la figura que aguardaba unos metros más atrás, apoyado en el capó de un coche que reconocí al primer vistazo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté al acercarme, con cara de pocos amigos.

—Hola a ti también, Cris.

—Iván, ¿puedo saber qué es lo que se te ha cruzado por el cerebro para venir hasta mi trabajo?

Mi paciencia con él se agotaba al segundo y, aunque no era la primera vez que me lo encontraba —no intencionadamente o todo lo contrario— durante

esos meses en los que ya no estábamos juntos, no podía evitar ponerme a la defensiva con él.

Aún lo podía ver embistiendo el cuerpo de la otra sobre el sofá.

—Tranquila, fiera —me dijo sonriendo, impulsándose en el coche para incorporarse—. Sólo he venido a ver qué tal estabas... —Pasó su mirada por mi cuerpo lascivamente y me sentí incómoda—. Ya veo que sigues igual de bien que siempre, aunque sigues oliendo a pañal de bebé...

—Si no tienes nada interesante que decir, me marcho. Tengo prisa.

Me encaminé hacia mi moto y comencé a guardar la mochila en el hueco de debajo del asiento, tras sacar el casco y el chaquetón.

Él me siguió, sin rendirse.

—¿No te parece que podrías ser un poco más agradable conmigo después de todo lo que hemos compartido?

Su pregunta me hizo darme la vuelta, furiosa.

—¿Te refieres a compartir piso para hacerte de limpiadora y cocinera, además de orificio cuando te apetecía? —Contuve la voz al estar en la puerta de la guardería y pasar gente continuamente—. ¿O más bien te refieres a compartir el sofá en el que me engañaste?

—¿Aún estás con eso? —planteó aburrido.

Lo señalé con el dedo y me arrimé a él, bajando la voz.

—Sabes que lo único que no soporto son las mentiras y los engaños, y aun así te acostaste con otra sin ningún remordimiento. —Le clavé el dedo en el pecho, con ganas de traspasarlo con él—. ¿Y me preguntas si todavía estoy con eso? ¡Es de locos!

Me monté en la moto y me coloqué el casco, acelerando nada más arrancar y saliendo del aparcamiento de forma precipitada. El resto del camino hasta la zona en la que había quedado con Erika lo hice con una presión en el pecho que me hizo respirar con dificultad.

—¡Hola! —me saludó mi amiga cariñosamente cuando traspasé la puerta de la cafetería, acercándome a la mesa que ocupaba.

Recuerdo que la primera vez que fuimos a ese local nos impactó mucho. Por fuera engañaba a la vista, ya que podía parecer pequeño, pero su interior era bastante espacioso y tenía dos grandes ventanales que dejaban pasar muchísima luz. La decoración era de estilo *pop vintage*, en la que predominaba la madera y cada rincón era muy especial. Incluso tenía un espacio para actuaciones en directo.

—Hola, guapa.

Le di un beso y me senté en el sofá frente a ella, soltando las cosas a mi lado.

—Llevo un buen rato aquí sentada, pensando qué me voy a pedir. Está todo tan rico... —divagó mirando la carta, ajena al maremágnum que sentía desde que había salido del trabajo.

Respiré hondo y la miré sonriendo. No iba a permitir que semejante imbécil empañase el momento, el lugar ni la compañía.

—Yo lo tengo claro: un batido helado de Nutella y tarta de queso.

Ella me miró pensativa y sonrió.

—¿Mal de amores?

—¿Es que una chica no puede pedirse una cantidad ingente de azúcar y calorías sin que tenga que haber un hombre de por medio?

—¿Sinceramente? —preguntó divertida—. No.

Apareció el camarero, al que saludamos porque ya lo conocíamos de otras veces y era sumamente encantador, y nos tomó nota. Cuando se marchó, la miré.

—Iván...

—¿Otra vez? —Asentí asqueada—. ¿Quieres contármelo?

—No hay mucho que contar. Me lo he encontrado al salir de la guardería y no sé exactamente a qué ha venido, pero el muy capullo me ha echado en cara que siga a la defensiva con él por lo que pasó.

Ella negó con la cabeza.

—Ese muchacho no es normal... Muy guapo, pero le falta masa cerebral, al pobre. —Me encogí de hombros, reclinándome en el sofá hacia atrás—. Ya sabes que yo estoy felizmente casada con Pablo, pero a veces me saca de mis casillas también. ¿Sabes lo que me dijo ayer? Es que a veces parecen obtusos...

Elevé las cejas y negué elocuente, notando el cambio de conversación para centrarse en ella. No me molestó; al contrario, lo agradecí. La verdad era que no quería hablar de Iván ni de lo que aún me hacía sentir, pues, aunque me molestara admitirlo, todavía se me movía algo dentro cuando lo veía. No tenía claro si eran las ganas de matarlo con mis propias manos o la de dejarlo eunuco, pero, fuera lo que fuese, también había una pequeña parte que me hacía cosquillas en el estómago.

Era una completa capulla.

Erika continuó hablando durante un rato en el que me limité a soltar algún monosílabo y a asentir o negar cuando la ocasión lo requería. Cuando ya estábamos acabando nuestra merienda y la hora de la visita al piso se acercaba, la invité a venir. Me había estado diciendo que su marido no llegaba a casa hasta bien entrada la noche y que no sabía qué hacer, así que no vi mejor plan que ése. Ella aceptó encantada y nos dirigimos hacia allí, para encontrarnos con mi hermana y Teodoro, que ya nos estaban esperando.

¿Por qué tenía la sensación de que siempre llegaba tarde?

Tras volver a ver el piso, enseñándoselo a mi amiga y sintiéndolo ya mío, nos sentamos a la mesa del pequeño comedor a firmar los documentos que declaraban, oficialmente, que ése era nuestro nuevo hogar.

* * *

—No os podéis hacer una idea de la cara que se le quedó al tío de la inmobiliaria cuando le dije a Cristina que no iba a tener problemas cuando se llevase a algún ligue a casa...

—¿Y eso? —preguntó Inma ese viernes, mientras Erika narraba lo que había sucedido el día anterior.

—Pásame un trozo del plástico ese que se hace pasar por pollo —pidió María desde el otro lado del mostrador de la librería, atenta a la conversación.

—Como las habitaciones están cada una en una punta del pasillo, le dije que podría disfrutar sin tener que pensar en que Teresa lo oyese todo. —Se rio—. Y, no os lo perdáis..., se puso en plan seductor con ella.

—¿Está bueno? —me preguntó Jessica, girando la cabeza hacia mí.

—Es la puñetera antítesis de estar bueno —contesté solemne, y todas rieron.

—El chico es gracioso —concedió Erika—. Además, no paraba de llamar su atención para que le dirigiera, aunque fuese, un mísero parpadeo.

—Lo tienes en el bote —se rio Rosa.

—Sí, seguro. —Puse cara de asco—. Pero a Eri ya le vale..., que un poco más y se pone a gemir encima de mi cama, alabando lo grande que era para poder estar bien cómoda, sola o acompañada.

La aludida se carcajeó y tuvo que beber de su refresco cuando se atragantó con un trozo del empanado del pollo frito que habíamos comprado de camino a

la librería, en una cadena de comida rápida.

—¿Qué pensará tu Pablo de esto, Erika? —la amonestó Inma con sorna—. Él pensando que se ha casado con una estupenda y recatada mujer... y va a resultar que estás igual de zumbada que nosotras.

—Todo lo malo se pega —apuntó, y sacó la lengua, eludiendo la mención a su marido, sin querer entrar en el juego.

La puerta de la librería sonó, alguien intentaba abrirla, y miramos todas hacia allí. Una señora de mediana edad pretendía entrar, haciendo caso omiso al cartel bien grande en el que ponía que estaba cerrado. Inma le hizo unas cuantas señas y finalmente la mujer se fue con gesto airado.

—Cris, cariño, me alegro mucho de que hayas encontrado un piso que te haya gustado. ¿Ves como no había que ponerse en lo peor? —me dijo María.

—Sí. Estoy muy contenta y con muchas ganas de llevarlo todo para allá y comenzar a vivir allí.

—Si necesitas ayuda, tan sólo tienes que avisar y te mando a un par de éstas para que te echen una mano.

—¿Y tú?! —se quejó Jessica cuando oyó a Rosa y la vio señalarlas.

—Yo, bien, gracias.

Nos reímos y ella añadió:

—Además, si la cama es tan grande como dice Eri, siempre puedes alquilar la mitad si te ves muy apurada a fin de mes.

—Claro, no tengo otra cosa en mente que alquilar media cama.

—¿Con derecho a roce?

María coló un trozo de pollo en mi escote, entrando al juego con el comentario que soltó.

—Conociendo tu historial amorio desde hace un tiempo a esta parte, lo deberías de alquilar con derecho a todo.

—¡Oye, cualquiera que te oiga pensará que soy una ligera de cascos!

—¿Y eso es malo? —inquirió Rosa—. Yo no soy ligera, ya he pasado ese nivel y estoy en modo velocidad de la luz... ¡y tan feliz!

El tema dio para un debate sobre los tabúes que había cuando éramos las mujeres las que buscábamos sexo sin compromiso, tachándonos de algo que en el género contrario no era tan malo.

La sociedad era así, pero a ninguna de las seis nos había importado lo que la gente pudiese ir diciendo sobre nosotras o nuestras actitudes. Lo que

primaba era ser feliz y disfrutar de la vida, que a veces era demasiado jodida como para andar poniéndose límites por el qué dirán.

Quizá por eso accedimos a la loca idea que surgió de una de nuestras mentes algo tocadas..., pero para llegar a eso aún quedaban un par de acontecimientos que me tendrían entretenida durante algunos días... y noches.

* * *

Un mes después de trasladar todas nuestras cosas al piso, la convivencia se había establecido y nosotras también nos habíamos centrado, dejando a un lado la euforia que sentimos los primeros días tras la mudanza.

Evidentemente, me salí con la mía y mi hermana accedió a ocupar la habitación que yo no quería.

Era una santa...

Debo mencionar que mi madre aún no había ido a visitarnos, y eso era algo que me molestaba sobremanera, sobre todo por Teresa, pues ella siempre había buscado la aprobación de mamá en todo lo que hacía. En ese caso no se había tomado nada bien que su hija mayor, es decir, yo, incitase a su hermana a tomar una decisión equivocada a menos de un semestre de acabar la carrera.

Según lo que dio a entender, Teresa debería haber seguido bajo la estabilidad del hogar familiar hasta, al menos, haber obtenido el papel de la jubilación anticipada en los juzgados... como mínimo.

Ella no llevaba bien esa situación, porque la que siempre había discutido y estado en guerra con mamá había sido una servidora, pero yo no podía hacer nada por remediarlo. Había mantenido una conversación con mi padre la tarde anterior y me había dicho que no debía preocuparme por Teresa, pues era una chica fuerte y eso la haría florecer, que le vendría bien.

Yo opinaba lo mismo.

Estaba demasiado metida bajo la protección de mi madre, y vivir sola, o relativamente sola, pues yo estaba siempre pendiente de su bienestar, no podía más que ser positivo para ella.

De todas maneras, tampoco difería mucho lo que hacía en casa de mis padres con sus rutinas. Se pasaba el día en la facultad, asistiendo a clases o en la biblioteca estudiando, por lo que coincidíamos para comer y cenar los días en los que yo no tenía turno de cierre en la escuela infantil.

Una tarde cualquiera, mientras ojeaba una revista que había comprado en el

quiosco de mi misma calle al volver del trabajo, me llegó un mensaje al móvil que me descolocó.

Aún le doy vueltas a qué fue lo que me pasó ese día para actuar como lo hice...

Iván me preguntaba si podía ir a la casa que habíamos compartido, alegando que era algo urgente y que no me lo pediría en caso contrario... ¿Y qué hice yo? Pues, en mi estupidez supina, recogí mi pelo en una trenza suelta, agarré el casco de la moto y me planté en el portal que no había vuelto a ver desde que lo abandoné meses atrás, con riesgo a mojarme si se desataba el chaparrón con el que parecía estar amenazando el cielo desde hacía horas, pero que pareció darme una tregua.

Antes de entrar, cerré los ojos e inspiré hondo, intentando calmarme y entender por qué estaba allí.

—¿Hola? —pregunté al acceder, empujando la puerta entornada del piso.

—Hola.

Pegué un respingo al oírlo a mi derecha, saliendo de la habitación que había nada más entrar. Lo miré y aprecié su aspecto; estaba recién duchado y arreglado. Me sonrió y le devolví el gesto algo contrariada. ¿Por qué tenía que ser tan condenadamente atractivo?

—He recibido tu mensaje.

—Ya me lo imagino..., estás aquí.

Alcé los hombros elocuentemente y me pasé el bolso de mano de manera incómoda. Andaba algo perdida.

—¿Qué ocurre?

—Ven, pasa. No te quedes en la puerta.

Agarró mi mano y me condujo hasta el salón, el cual encontré recogido y limpio como cuando me pasaba una mañana de sábado completa de limpieza. Había cambiado un par de cosas de lugar, pero seguía siendo el mismo espacio... y el mismo sofá.

Lo miré mientras me abría la chaqueta, y volví a preguntarle.

—Iván, ¿qué pasa? ¿Por qué necesitabas que viniese?

—¿Quieres una copa? —Se dirigió hasta la mesa del salón que hacía las veces de comedor, dándome cuenta en ese momento de que estaba dispuesta para una cena de dos comensales.

—Sólo agua, por favor.

—Sólo agua. Está bien... —Sonrió y se marchó unos segundos a la cocina,

para volver con un vaso lleno para mí—. ¿Qué te parece?

Su gesto abarcó el espacio en el que nos encontrábamos mientras no dejaba de sonreír, cariñoso. No estaba entendiendo nada.

—¿El salón? Bien, bonito..., el mismo de siempre.

—Me refiero a que todo esté así de ordenado, limpio y preparado al llegar —aclaró con un tono de voz demasiado cálido que tendría que haberme puesto en guardia. Sin embargo, estaba fuera de juego y esa pequeña parte absurda, patética e irrazonable de mi mente lo estaba disfrutando.

—Ah, pues está... bien, sí.

Le dio un sorbo a su copa de vino y se acercó a mí, agarrándome de la mano libre con la suya. Sus dedos giraron el anillo que llevaba en mi dedo anular, jugueteando.

—Rosana viene a encargarse de ello cada dos días —mencionó, refiriéndose a la señora que limpiaba en casa de su madre—. Admito que tenías razón cuando comentaste lo cómodo que sería contar con alguien para esa tarea y no tener que andar preocupándose de este tipo de cosas.

Me reí asombrada, pues realmente creía que no me prestaba atención cuando me quejaba al llegar a casa cansada y desganada, teniendo que ponerme a recoger y limpiar lo que él había ido ensuciando durante el día.

—Es cómodo, sí, aunque resulta gratificante hacerlo por uno mismo cuando se tiene tiempo.

Sin soltar mi mano, se acercó más a mí.

—Siempre es mejor que ese tiempo se dedique a otras cosas más placenteras, ¿verdad, Cris? Sobre todo si escasea...

Soltó su copa alargando el brazo hasta la mesa e hizo lo mismo con mi vaso a continuación. La mano que me rozaba ascendió por mi extremidad y saltó, a la altura del codo, hacia mi cintura, atrayéndome hasta dar con su cuerpo.

—Quizá haya sido tarde, pero he entendido algunas cosas...

Sus labios se pegaron a los míos antes de que pudiese razonar sobre lo que estaba ocurriendo entre nosotros.

Los reconocí al instante, cálidos, evocadores, míos... y le devolví el beso.

Mi brazo se enlazó con su cuello, ahondando en su boca, de la que me conocía cada recoveco. Él gimió en respuesta, llevando la mano a la parte baja de mi espalda, haciendo presión hacia su cuerpo, que me saludaba despierto, dándome la bienvenida.

Mis células se despertaron con su olor y, con los ojos cerrados, enredé mis

dedos en su pelo perfectamente peinado.

Abarcó mis pechos con sus palmas sobre mi chaleco, acunándolos.

—Te he echado de menos —rumió encendido, pasando la lengua por mi barbilla—. He extrañado esto.

Apretó los dedos de nuevo contra mis pezones.

—Y esto.

Volvió a introducir la lengua en mi boca, dejándome hacer, caliente.

Con Iván el sexo siempre había sido bueno...

—Y esto.

Pellizcó mi trasero.

Sabía cómo encenderme... Conocía mi cuerpo a la perfección... aunque un día decidiera dejar de prestarme la atención que necesitaba para brindársela a otra.

—Y, sobre todo, esto.

Con su mano derecha, abarcó todo mi pubis sobre el pantalón e hizo presión con el dedo corazón hacia dentro, comprimiendo la tela vaquera.

Ese movimiento accionó algún botón en mi mente que me devolvió la cordura, bajando de la puñetera nube absurda en la que me había subido y haciéndome caer en la cuenta de dónde me encontraba y, sobre todo, con quién estaba a punto de acceder a acostarme.

Había faltado poco, muy poco.

—No.

Me retiré, pero él no se dio por aludido.

—Iván, para.

Volví a rehusar su boca, odiándome a mí misma por lo que había permitido y sintiendo que daba varios pasos atrás en mi vida.

¿Se podía ser más débil?

—¿Qué te pasa?

—Esto es un error —dije más para mí que para él, a la par que me miraba entre molesto y cachondo—. Me hiciste mucho daño durante mucho tiempo con tu actitud y sentenciaste nuestra relación en el momento en el que te acostaste con otra.

—Cristina, fue un error, supéralo ya —exigió sin ningún derecho.

—Eso es exactamente lo que quiero hacer, superar todo lo que tuvo que ver contigo —admití—. No sé qué demonios hago aquí... No debería haber venido. No debería haber leído tu mensaje siquiera.

Él se acercó a mí cuando cogí mi bolso del suelo, donde había quedado olvidado hacía un rato, con la firme decisión de marcharme.

—Sabes que has leído mi mensaje y has venido porque aún sientes algo por mí... —afirmó quemando su último cartucho.

—Y me voy porque siento algo mucho mayor por mí misma, y es amor propio. Tú no vas a cambiar e intentas comprarme con una limpiadora pagada por horas. —Me reí, agotada pero firme—. No, Iván. Esto..., lo que sea que hubo entre nosotros —nos señalé—, se acabó. Intenta encontrar a alguien que sea feliz con la vida que le puedas dar, pero deja de buscarme a mí, porque no soy la indicada ni estoy dispuesta a serlo.

Salí de su piso más decidida que nunca.

Si algo les debía a mis amigas era ver el lado positivo de las cosas, y el que podía encontrarle a lo que había ocurrido allí dentro con el que había sido mi pareja durante años era que por fin había entendido que no estaba dispuesta a volver a vivir como lo había hecho; que eso que sentía dentro de mí y que me había hecho ir hasta su piso, anulando todo lo negativo e intentando aferrarme a ese clavo ardiendo, se había apagado. Y había ocurrido porque, por encima de cualquier otra cosa, me quería a mí misma y no estaba dispuesta a sufrir de nuevo.

Esa noche me acosté con el convencimiento de unas palabras que me había dicho meses atrás en un mar de lágrimas, cuando se desmoronó todo mi mundo al pillarlo poniéndome los cuernos, y era que no iba a esperar a que nadie me hiciese feliz, porque yo misma podía hacerlo sin necesidad de depender de nadie más.

No, nunca más.

Capítulo 5

El crepitar de la cafetera anunció que había terminado su trabajo, dejando dispuesto el líquido que conseguía hacerme despertar del todo. Con mi taza por delante, cogí el mango del depósito y empecé a verter el oscuro brebaje cuando sonó el timbre de la entrada.

Me extrañé, pues no era normal que sonase éste, sino el del portón del bloque.

Dejé mi café a media preparación y me encaminé hacia la puerta. Al abrir, un chico de mi misma estatura, con el pelo castaño claro perfectamente peinado hacia un lado, unas gafas de pasta que debían darle un aire moderno pero no lo conseguían del todo y los labios apretados en una fina línea, me esperaba al otro lado.

—Hola —saludé.

—... Hola. Siento molestar. ¿Está Teresa?

Asentí con la cabeza y le sonreí, intentando que su rictus fuese algo más relajado y natural. Su voz titubeante lo había delatado, estaba nervioso.

—Sí, la aviso ahora mismo.

—No quisiera importunarla...

Amplíé mi sonrisa, queriendo infundirle ánimos. Se veía que el chico estaba pasándolo mal. Se le notaba retraído y esquivaba mi mirada directa.

—No te preocupes, no lo harás en absoluto. —Abrí del todo la puerta y me hice a un lado, notándolo turbado—. Soy Cristina, su hermana.

—Yo Joaquín, un compañero de la facultad.

—Encantada, Joaquín. Pasa, voy a buscarla.

Dejé la puerta abierta y, cuando me giraba, vi su camisa de cuadros moverse unos pasos hacia dentro del salón.

Al llegar a la puerta de la habitación de Teresa, di un par de toquecitos y abrí. La encontré haciéndose una coleta frente a la ventana.

—Pitufa, un chico muy mono y con pinta de adorable empollón está en el salón.

—¿Joaquín? —preguntó volviéndose extrañada. Asentí—. ¿Qué hace aquí?

—No lo sé. —Me encogí de hombros, divertida—. Está un poco cohibido y no he querido someterlo a un tercer grado.

Eché la cortina y se dirigió hacia la salida. Le cedí el paso y la vi caminar delante de mí. Pensaba dejarles algo de intimidad... aunque en un piso tan pequeño eso resultaba complicado y yo tenía demasiadas ganas de saber quién era ese chico que venía a buscarla y por qué estaba tan atacado.

—Hola, ¿habíamos quedado hoy? —preguntó ella, y yo frené mis pasos antes de girar el pasillo. Desde allí no podía verlos, pero sí escucharlos...

—No, no... —contestó nervioso—. Es que he ido a casa de mi abuela a visitarla y, cuando he pasado por tu portal, salía un vecino. Me he preguntado si quizá querrías ir a dar una vuelta —contestó frenético—. He aprovechado que estaba abierto para entrar, pero ahora creo que no ha sido buena idea molestarte una mañana de sábado en la que ibas a descansar...

—No pasa nada —le dijo mi hermana, cariñosa—. Es sólo que hoy es el cumpleaños de mi madre y me va a ser imposible ir contigo, hemos quedado para comer en su casa.

Bufé silenciosamente, dejando los labios en una mueca desmotivada al recordarlo. No tenía ningunas ganas de ir a casa de mis padres.

Cuando el muchacho balbuceaba una disculpa, comencé a oír unos sonidos que no presagiaban nada bueno.

Lo que faltaba...

—Oh, claro, claro. Lo entiendo —se apresuró a añadir—. Ya nos veremos, entonces.

—Sí, claro.

Un par de gemidos sexuales después, él volvió a hablar.

—¿En la biblioteca?

—Sí, como siempre...

Hubiese dado lo que fuera por verles las caras a los dos mientras nuestros vecinos, esos que tan poco discretos eran siempre y de los que ya nos había advertido el casero, comenzaban con su rutina matinal de sábado.

Sonreí al oír carraspear al amigo de mi hermana, incómodo.

—De acuerdo. ¿Mañana?

—Ya te aviso —contestó Teresa con prisas.

—Está bien... —Se mantuvieron en silencio, y los chillidos, nalgadas y bufidos se oyeron con más nitidez durante unos instantes—. Es... ¿Es tu

hermana la que...?—susurró.

—¡No! No, por Dios... —se apresuró a contestar ella, y yo contuve la carcajada. Yo era escandalosa, pero no sobreactuaba tanto, por favor...—. Son los vecinos, es una larga historia, ya te la contaré.

—¿Los vecinos?... Están... ¿Están...?

—Sí. Están... —contestó incómoda—. Lo siento, Joaquín, pero tengo que prepararme para ir a casa de mis padres.

—¡Oh, sí, sí! —«¡Sí, sí... más... más fuerte. Sí... Métemela hasta el fondo...!», le siguió mi vecina a coro, y él volvió a toser—. Será mejor que me vaya.

«Me voy, me voy...», seguido de gemidos y rugidos varios *in crescendo*.

Se veía que le había llegado la hora de irse a todo el mundo, en el más amplio sentido de la palabra.

—Adiós...

El sonido de la puerta quedó eclipsado por el instante de orgasmo vecinal y mi hermana pasó por mi lado negando con la cabeza, avergonzada.

—Anda que ya les vale...

Contuve la risa a duras penas.

—Ya sabes que son muy fogosos. Mucho habían tardado en empezar hoy... Ya creía que había pasado algo malo en su casa. —Ella resopló sin poder contener la sonrisa—. Muy mono, Joaquín. Compañero de clase, ¿no?

—Sí.

—Es encantador...

—Si tú lo dices. —Esquivó mi mirada—. ¿Nos vamos antes de que empiecen de nuevo? —preguntó sacando del armario su bolso.

—Aún no he terminado de desayunar... —Me encogí de hombros, divertida—. Me temo que vamos a tener que oír el segundo tiempo del partido.

Teresa maldijo y se sentó en el sofá, soltando el bolso a su lado, encendiendo la televisión y subiendo el volumen más de lo necesario.

«Lo siento, hermanita, pero no voy a casa de mamá sin haberme tomado mi dosis de cafeína diaria ni loca, aunque tenga que oír un polvo en estéreo.»

* * *

—¿Le habéis comprado algo a vuestra madre?

—Se ha encargado Teresa —le contesté a mi padre en susurros desde mi

lado de la mesa mientras el objeto de nuestra conversación se acercaba a nosotros con la ensaladera.

—¡Qué bien estar todos juntos! —exclamó ella, entusiasmada..., demasiado eufórica para mi gusto.

Algo estaba pasando.

—Si tantas ganas tenías de vernos, haber venido al piso —murmuré por lo bajo sin que mi madre me oyese, recibiendo una patada de mi hermana desde su asiento frente a mí.

Me encogí de hombros y bebí de mi refresco.

La cerveza estaba vetada en casa de mi madre... ¡Qué bien!

—Ya sabéis que no hace falta que sea mi cumpleaños o una ocasión especial para venir a casa, ¿verdad?

—Claro, mamá —contestó Teresa con voz apaciguadora—. Hemos estado algo liadas con la adaptación al piso y todo lo demás, pero de ahora en adelante seguro que vendremos más a menudo a visitarte.

—Así me gusta —dijo convencida, sin hacer ni una sola mención o pregunta en referencia a nuestra emancipación.

Resoplé y me metí un gran trozo de patata hervida en la boca para mantenerla ocupada y no soltarle alguna de las mías. Le había asegurado a mi hermana que tendría la fiesta en paz con mi madre ese día.

—Muy bueno, el asado —concedió mi padre, cambiando de tema.

—Gracias, cariño. La ocasión lo requería y siempre ha sido el favorito de las niñas.

La alarma que tenía instalada en mi cerebro seguía parpadeando en rojo, sabiendo que tanta sonrisa y buen humor por su parte no presagiaba nada bueno...

Eran demasiados años conociéndola y me temía lo peor.

—Esta mañana me ha llamado la tía Filippa —comentó despreocupada, cortando una rebanada de pan integral.

Mis orejas se estiraron, alerta.

—¿Es con ella con la que te has pasado casi dos horas al teléfono? —preguntó mi padre cariñoso, y ella asintió sonriente.

Mi hermana los miraba a la vez que comía y yo seguía en estado de alerta. Que mi madre hablase con Filippa no era algo raro, pero sí lo era que lo sacase a colación en una conversación.

—¿Y qué tal está? —inquirió, educada, Teresa.

—Sigue con sus problemas de huesos, ya sabes que la pobre nunca se ha cuidado demasiado... El cuerpo se resiente cuando llegamos a una edad y parece que cumplir años le está pasando demasiada factura.

Negó apesadumbrada y yo la imité, incrédula y divertida a la vez.

Mi madre no había trabajado en su vida, no creía que sus achaques se pareciesen en absoluto a los de su amiga italiana, a la que siempre habíamos llamado «tía» por la cercanía que habían tenido desde que se conocieron.

La tía Filippa había sacado adelante sola a sus cinco hijos, porque se había quedado viuda demasiado joven. Su marido había trabajado siempre en el campo y había viajado mucho, debido a las diferentes campañas que se daban en todas partes de Europa. Nunca había dicho que no a una propuesta laboral ni se había quejado por tener que hacerlo de sol a sol para cobrar una miseria. La mayoría de las veces eran empleos no cotizados y eso derivó en que, cuando falleció, la pensión que le quedó a su mujer fuese totalmente escasa para alimentar a las cinco bocas de diferentes edades en crecimiento que tenía en casa, más su suegra, que también convivía con ellos desde que había empezado a tener mayores despistes provocados por la edad.

Nunca quisieron que sus hijos dejasen los estudios ni les negaron el labrarse un futuro con el que formar sus propias familias, así que Filippa no dudó ni por un momento en continuar con el trabajo de temporero que desempeñaba Enrico, su marido, gracias a que, el que había sido el capataz de éste, los conocía desde hacía muchos años y sabía la situación que estaba atravesando la mujer de su difunto amigo tras su falta.

Así fue cómo se conocieron mi madre y ella en el verano en el que yo tenía nueve años.

Mis padres siempre habían viajado a las zonas de la costa de Andalucía para pasar la temporada de vacaciones con mi hermana y conmigo. Gracias a que mi padre ejercía de maestro, el tiempo libre del que disponía era siempre algo mayor que el de los padres de mis amigas, y eso nos permitía disfrutar más tiempo de la playa.

Ese año el destino elegido fue la Costa del Sol, más concretamente la zona de Vélez, en Málaga. Nosotros fuimos atraídos por la oferta vacacional; ellos, porque la recogida de melocotón y albaricoque requería trabajadores en la zona. El destino quiso que, en una de las casas cercanas a la que nosotros habíamos alquilado, se hospedasen Filippa con su suegra y sus cinco hijos.

A ella era difícil verla durante el día, pues estaba trabajando, pero no era

raro ver a alguno de sus chicos ir al mercado o paseando con la abuela por el pueblo. El mayor de ellos, que llevaba el mismo nombre que su padre, Enrico, y que tenía trece años en ese momento, era el que solía hacerse cargo de todo cuando su madre faltaba. Tras él estaban Alessandro, con doce años, Matteo y Amando, los mellizos de diez, y el más pequeño, Renzo, que sólo tenía cuatro años, como mi hermana Teresa, al que mi madre adoptó casi como si fuese suyo.

Recordaba ese verano como si fuese ayer mismo.

Poco a poco se estableció una rutina en la que mis padres se hicieron cargo, por decisión consensuada con la madre de los pequeños, de la seguridad de los mismos. Mi padre solía dedicar las horas de la siesta a darles algunas nociones de español a todos mientras los pequeños Renzo y Teresa dormían en la cuna de viaje que había en el salón. Mi madre acompañaba a Antonella, la abuela, a la plaza por las mañanas y muchos días los llevábamos a todos a la playa con nosotros.

Filippa se deshacía en elogios cada vez que venía a recogerlos a casa cuando se quedaban dormidos en nuestra habitación tras haber estado jugando, o cuando se nos unía en las cenas en la terraza. Era una mujer robusta, con una buena forma física, requisito imprescindible para el duro trabajo que realizaba, pasando demasiadas horas al aire libre, cargando o descargando la fruta y sufriendo las altas temperaturas estivales.

Tras ese verano, mis padres y ella siguieron en contacto y más de un año habían acogido a alguno o algunos de los niños en nuestras vacaciones. Para nosotros, ella era la tía Filippa y sus hijos eran como unos primos con los que nos lo pasábamos estupendamente.

Con el paso de los años, sus hijos fueron creciendo y, gracias al sacrificio de la mujer, pudieron terminar de formarse y encontrar unos trabajos que ayudaron a que su cuerpo dejase de sufrir las campañas agrícolas y se dedicase a descansar en su localidad natal, Procida, una isla del golfo de Nápoles, en Italia, digna de postal, mientras sus hijos se hacían cargo de todo.

—Renzo es uno de los mejores de su promoción y, según me dijo, tiene tres ofertas de trabajo esperando a que tome la decisión —comentó, orgullosa del benjamín.

—Eso es genial —exclamó, sonriendo, mi padre en respuesta—. ¿Y los diablillos cómo están?

—Papá, los diablillos tienen más de treinta años ya... —me reí por el mote

cariñoso con el que siempre había llamado a los mellizos, que solían ser los más revoltosos.

Él me sonrió mientras mi madre contestaba.

—Matteo está a punto de ser padre por tercera vez, y Amando, dedicado a sus bichos, como siempre.

El tono de mi madre dejaba patente su disconformidad con la vida que llevaba este último. Él siempre había tenido debilidad por cualquier ser vivo que se cruzase en su camino y, cuando tuvo la oportunidad, fundó una organización de ayuda y protección animal que se dedicaba a recoger y refugiar a cualquier tipo de mascota abandonada o con problemas.

—Enrico y Alessandro siguen con la empresa de eventos y turismo, imagino —indagó mi padre, terminando de nombrarlos a todos.

—Sí, tienen mucho éxito. —Sonrió enigmática—. Precisamente de Alessandro estuvimos hablando un buen rato.

Su sonrisa se me enredó en el estómago, jugueteando con la comida que acababa de bajar por mi garganta. ¿Por qué mi madre me miraba así? Era imposible que supiese lo que había ocurrido entre Alessandro y yo el verano que pasé en Italia... ¿O no?

—¿Y eso? —Oportunamente, mi hermana puso voz a mi duda—. ¿Ha pasado algo con él?

—Nada malo... pero podréis preguntárselo en persona vosotras mismas dentro de una semana...

Nos miró satisfecha, con una sonrisa presumida que hizo que el tenedor se quedase a medio camino entre mi boca y el plato. ¿Alessandro iba a venir?

—¿Cómo? —conseguí preguntar.

—Van a expandir el mercado y viene a establecer una sede de la empresa aquí mismo, en Sevilla —contestó eufórica, sabiendo que toda nuestra atención estaba dedicada por completo a ella, pues era la única que conocía los detalles—. ¡¿No es maravilloso?!

Mientras mi padre comentaba las ganas que tenía de volver a verlos a todos y mi hermana hacía algún apunte sin mayor relevancia, repasé la última conversación que había tenido con él unas semanas atrás por mensajería instantánea.

El muy cretino debía de traerse ya entre manos en aquel momento lo que mi madre estaba contándonos y no me había dicho nada.

—... Así que le he dicho que lo mejor será que vosotras os encarguéis —

terminó mi madre con lo que estaba diciendo y a lo que no había prestado demasiada atención.

—Mamá... —Teresa me miró, pidiéndome algo con los ojos—. Nosotras sólo tenemos dos habitaciones en el piso y casi no estamos en casa...

¡Un momento!

Empecé a atar cabos de las palabras sueltas que había captado mientras mi madre hablaba y lo que mi hermana acababa de decir, mirándome con cara de cordero degollado.

—¿Te refieres a que se venga con nosotras a nuestro piso?

Mi madre me miró haciendo un gesto elocuente con las cejas.

—Eso es lo que he dicho. Aunque la tía me ha comentado que será algo temporal, claro.

—¿Y ofreces algo así sin consultarnos primero? —repliqué molesta, más por brindar nuestro piso, el cual no había pisado, que por otra cosa—. No me parece normal, mamá. ¿Qué quieres que te diga? Ni siquiera conoces nuestra casa; no tenemos sitio para que Alessandro se quede, a no ser que quiera dormir en el sofá.

—Seguro que no le importa..., es un chico joven —contestó positiva, quitándole importancia.

—Ése no es el caso —respondí cada vez más enfadada—. Lo mínimo que tendrías que haber hecho era hablarlo antes con Teresa y conmigo. No es que nos moleste Aless, ni mucho menos, pero mi hermana se pasa el día en la biblioteca estudiando para los finales y yo trabajo...

—Pues, para no molestarte, estás montándome una escena.

Me levanté de la silla, soltando la servilleta con fuerza sobre la mesa.

—¡Porque lo mínimo que tenías que haber hecho era hablar con nosotras, joder!

—Cristina... —me amonestó mi padre, conciliador.

—Es que siempre haces lo mismo, mamá. Parece que te gusta buscarme las cosquillas y organizar nuestra vida. —La miré encendida mientras ella se agarraba el pecho, compungida—. No paras de quejarte porque nos hemos ido de casa, pero, ahora que te viene bien, utilizas nuestro piso a tu conveniencia. No eres justa.

—Cristina, modera el tono para hablar con tu madre...

—Y ahora te pones a llorar. —Eludí la orden de mi padre cuando vi a mi madre forzar un puchero con sus labios perfectamente pintados—.

Estupendo..., era lo que me faltaba.

Salí de la casa y cogí mi moto, arrancándola y sentándome en ella aún en el garaje.

A otra persona podía parecerle una tontería, pero oír el motor y el ronroneo de mi pequeña Vespa roja con lunares blancos conseguía calmarme. Lo ideal hubiese sido conducirla también, pero no podía irme sin Teresa y, aunque mi enfado estaba más que justificado, tampoco quería dejar las cosas así.

¿Por qué le resultaba tan difícil a mi madre comprenderme?

Nunca habíamos congeniado en ese aspecto. Siempre se había quejado de mi rebeldía y mi manera de ver las cosas en la vida, aunque no creía haberle dado motivos para ello... No tenía malos hábitos y había sido responsable con mis cosas y mi vida.

—¿Por qué no pones un poco de tu parte para entenderme? —murmuré enfadada, apoyada en el manillar y hablando sola.

—¿Lo haces tú con ella? —La voz de mi padre llegó desde mi espalda y respire profundamente, enderezándome en el asiento.

—Se supone que ella debería predicar con el ejemplo.

Apagué el motor, pero no me bajé del asiento. Él se acercó y se apoyó en la pared del garaje, con su habitual mirada amable.

—Cristina, comprendo que tu madre a veces sea un poco difícil de llevar...

—¿Sólo un poco? —le corté.

Sonrió cansado.

—Muy difícil, a veces. Pero es tu madre y, por mucho que pueda parecerle lo contrario, te quiere con locura y daría cualquier cosa por tu bienestar.

—Pues no me hace sentir así...

—Sé que puede sonar demasiado manido, pero, cuando tengas hijos, entenderás muchas cosas.

Resoplé.

—Vamos, papá... no me vengas con ésas. No somos compatibles y ya está. Yo no hago un drama de ello, pero parece que le gusta tocarme las narices a la mínima de cambio.

—Creo que has llegado a un punto con ella en el que cualquier cosa, aunque no la diga o haga con ninguna mala intención, ya te causa rechazo, Cristina. —Me quitó una pestaña de la mejilla—. Y te aseguro que no es así. Hoy estaba especialmente ilusionada con que vinieseis a casa. Os echa mucho de menos, aunque no lo admita. Estoy con ella cada día y la conozco como

nadie, así que te puedo asegurar que la conversación con Filippa y el ofrecimiento no ha sido con mala intención. Imagino que ha intentado que su hijo se sienta cómodo con alguien más de su edad antes que con dos carcamales como nosotros.

Su sonrisa me hizo sonreír en respuesta, ablandándose como siempre conseguía. ¿Era mucho pedir que mi madre se pareciese un ínfimo porcentaje a mi padre?

—Puede que me haya puesto un poco a la defensiva...

—¿Sólo un poco? —Me acarició cariñoso la mejilla con su pulgar, utilizando mi misma pregunta del principio de la conversación.

—Tampoco te pases —le contesté afable y divertida.

—¿Entras conmigo?

—Voy a quedarme un poco más aquí.

—Está bien —me concedió, dándome un beso en la sien—. Cuando quieras, estaremos dentro...

Al marcharse mi padre, suspiré resignada.

Podía tener razón en que, desde que mi relación con Iván llegó a su fin, estuviese más a la defensiva con ella que antes... Tampoco es que ella hubiese contribuido a que la juzgase de otra forma, pues defender a Iván tras lo que había pasado no me parecía lo más normal viniendo de una madre, pero nunca me había parado a hablar con ella como dos personas adultas y civilizadas. Me solía encender como hacía un rato y terminaba por marcharme para no tener que soportar la discusión.

Quizá yo tampoco había contribuido demasiado a que la relación entre las dos mejorase.

—Mamá —la llamé cuando entré en la cocina y me recibió su espalda, moviéndose a la vez que recogía los cacharros. No me contestó, pero no me lo tomé a mal; había entrado con la firme decisión de hablar con ella—. Mamá, siento haberte hablado así antes.

Me acerqué a su lado y pude ver un deje de tristeza en su cara.

—No te preocupes —se limitó a contestar.

—Sé que no lo has hecho con mala intención —continué, haciendo referencia al ofrecimiento del piso—, pero hubiese estado bien que antes nos lo hubieras comentado a alguna de las dos... Esto trastoca un poco nuestra rutina y, ahora que Teresa está cerca de los exámenes, no sé si es lo mejor.

—¿Crees que no pienso en vosotras antes de hacer las cosas? —replicó

ofendida—. Porque sí que lo hago, constantemente.

Inspiré y la miré, calmando mi pronto para poder responder con la misma actitud benevolente con la que había entrado en la cocina.

—No, mamá, no he dicho eso. Es sólo que, la próxima vez que ocurra algo así, estaría bien que lo consultases antes con nosotras, por favor.

—Así lo haré.

—Gracias...

—De nada.

Aunque yo estaba dispuesta a enterrar el hacha de guerra, parecía que mi madre no se encontraba en la misma tesitura. Tampoco iba a culparla por ello, pues todas las veces anteriores yo había sido la que había huido de tener una conversación y en ese momento ella estaba pagándome con la misma moneda.

No era agradable estar en el otro bando.

—Está bien, me marcho. —Me acerqué a su mejilla y le di un beso—. Y puedes venir a nuestro piso cuando quieras, creo que ya lo sabes.

Ella asintió con la cabeza, pero no habló, por lo que decidí darle su espacio.

—Te quiero, mamá. Feliz cumpleaños.

Depositó la pequeña cajita con la pulsera que mi hermana se había encargado de comprar para ella de parte de las dos encima de la barra de la cocina antes de girarme.

—Gracias, hija. Yo también te quiero.

Su tono afectado y más tierno me pegó un pellizco en las entrañas y un remordimiento al que a veces había intentado acallar se abrió paso en mi interior.

Me giré de nuevo y me acerqué a su espalda, dándole un abrazo.

—Lo siento.

Ella llevó su mano hasta las mías, que la agarraban por la cintura, y me las acarició.

—Yo también.

—Ven a casa, por favor.

La noté asentir y le di un nuevo beso en el hombro antes de retirarme y salir de la cocina, sintiéndome bien con una parte de mi interior a la que no le había querido prestar atención desde hacía varios meses.

Cuando arranqué la moto y aprecié que mi hermana se colocaba detrás de mí en el asiento, salí de casa de mis padres en dirección al parque comercial

donde se encontraba la cadena sueca de muebles. Alessandro, con su metro noventa, no iba a poder pegar ojo en nuestro reducido e incómodo sofá, así que un pequeño agujero en mi cuenta corriente iba a sufragar una cama mueble que colocar en cualquier rincón para hacerle su estancia más llevadera... aunque, si hacía caso a mis amigas, podría pensarme alquilarle la mitad de mi cama, ¿no?

En ese momento no sabía cómo iba a cambiar Alessandro mi presente y tampoco el futuro de los que me rodeaban, pero pronto sería consciente de los efectos secundarios que dejaría el paso del huracán italiano en nuestras vidas...

Capítulo 6

—¿Te has tirado a tu primo?

Tosí tras tragar el buche de cerveza helada que acababa de llevarme a la boca.

—Técnicamente no es mi primo —me excusé.

—Te has tirado a tu primo —repitió Jessica.

—El refranero popular es sabio —apuntilló Rosa—. Mientras más primo...

—Más me arrimo —terminó Inma por ella.

Negué con la cabeza, divertida, y pinché un trozo de la exquisita carne que había traído María.

—Creo que deberíamos cambiar el menú de los viernes —eludí el tema, saboreando la salsa—. Esto está de muerte...

La aludida me sonrió y me dio las gracias.

—No os acostumbréis. Si lo he traído es porque ha sobrado demasiada comida de la despedida de Ana.

—Pues siento tu cara de acelga cocida, María, pero me alegro de que se marche si eso significa comer así de bien hoy... —añadió Erika, poniendo los ojos en blanco al relamer el tenedor.

—Yo todavía no me he enterado de qué es lo que hace tan importante a esa chica para que lleves dos meses casi llorando por las esquinas por su marcha... Seguro que hay más cocineros en el restaurante, no vas a morir porque se mude a otra ciudad.

Nuestra chef particular miró a Inma espantada.

—¡Ana es mi mano derecha! —exclamó—. Para un jefe de cocina, su segundo al mando es básico; significa tener una persona en la que depositar su más absoluta confianza cuando no está... Ella lleva conmigo prácticamente desde el principio... Sabe cómo trabajo, cómo hay que hacer las cosas para que funcionen. Me ayuda en las formaciones, en las elaboraciones de los nuevos platos... ¡En todo!

—Seguro que puedes clonar a otro para que haga eso mismo —le dijo

Rosa, cariñosa.

—No es tan fácil... —se quejó apesadumbrada—. Ninguno de los que tengo ahora mismo en cocina está preparado para ello.

—Pues habla con el dueño y contratáis a alguien nuevo —propuse resolutiva.

—No me va a quedar más remedio que hacer eso... Llevo postergando esto desde que me dijo que se marchaba y la semana que viene ya debería tener a alguien ocupando su lugar. Voy a estar enclaustrada en la cocina más horas que los electrodomésticos, entre hacer las entrevistas y realizar todo mi trabajo. Lo mismo no puedo venir en una temporada...

—Pues yo iba a decir lo mismo —agregué, recordando que en unas horas llegaba nuestro invitado a casa y no sabía cómo iba a resultar la experiencia y si me iba a quedar tiempo para acudir a la cita de los viernes en la librería.

—¿Y eso? —se extrañó Inma.

—Alessandro...

Rosa sonrió maliciosa.

—Vamos, que nos vas a sustituir por un buen revolcón con tu primito.

Puse los ojos en blanco.

—Que no voy a acostarme con él, pesada. Eso fue algo que ocurrió en el pasado... En mi nuevo estilo de vida no me puedo permitir convivir con el mismo hombre con el que me acuesto, ¿recuerdas? —le dije resabida.

—Eso dices ahora...

—Mira, lo mismo se lo agencia tu hermana —añadió Jessica, divertida.

—Teresa está un poco rara desde hace días; aunque no ha dicho nada, creo que teme que todo esto perturbe su paz de estudio y todo eso... Ya sabéis que es demasiado responsable para sus cosas.

—A tu hermana le hace falta un buen revolcón, perdona que te diga.

El comentario de Inma me hizo elevar las cejas y contener la sonrisa. Yo también creía que Teresa necesitaba desmelenarse, pero ya tendría tiempo para ello, tampoco era algo que había que forzar.

—Como el que me voy a dar yo este fin de semana...

—¡Uy, Rosa! Qué calladito te lo tenías. ¿A qué incauto has engañado con tus malas artes, guarrona? —le preguntó Erika.

—¿Acaso importa quién es? —contestó superficial—. El caso es que he comprado un arsenal de cositas en un *sex shop* y me voy a dar un homenaje.

—Si la semana que viene os la encontráis andando como si se hubiese

recorrido el desierto de Almería montada en camello, no os extrañéis...

Todas nos carcajearon por el comentario de Jessica.

—Sí, sí... reiros —dijo arrogante mientras seguíamos haciéndolo—, pero, cuando vuelva y os cuente lo que he hecho, aparte de moriros de envidia, seguro que iréis corriendo a comprar lo mismo, ¡viciosas!

—Deberías grabarte y así no te olvidarías de darnos los detalles más jugosos...

—No, si encima querrá que la invite. —Me miró guasona, señalando a Jessica con la cabeza tras su comentario—. Para verme a mí en acción, hay que pagar entrada, bonita.

—Pues no es mala idea —añadí, con un pensamiento rondando por mi mente.

—¿Cobrar entrada? —preguntó Inma—. Con su ritmo, seguro que se forra.

—¿Eso se consideraría prostitución? —consultó María, riendo.

—A ver, mentes sucias, que no me refería a eso —aclaré—. Quería decir que no estaría mal hacer algo juntas.

—¿Te refieres a algo guarro? —se entusiasmó Jessi.

Resoplé divertida.

—Me refiero a algo juntas. A todas nos hacen falta unas buenas vacaciones. ¿Qué tal si nos escapamos unos días de nuestra rutina y nos volvemos locas cuando empiece el buen tiempo?

—Uhh... Me gusta cómo piensas, Cris —gimió Inma.

—Y a mí...

—Me apunto.

—¿Cuándo?

—¿Dónde?

—¿Por dónde? —rebatió Rosa a la última pregunta que había formulado María—. Depende de si nos toca la semana del culito o no.

Todas comenzaron a hablar a la par, entusiasmándose con la idea y riendo. La verdad era que no nos vendría mal desconectar e intentar hacer algo todas juntas.

Después de un rato desvariando, volvimos a centrarnos en el tema.

—Ahora que todas estamos relativamente solteras —dije elevando las cejas mirando a Erika, que era la única emparejada del grupo—, quizá sea el momento idóneo. Quién sabe lo que vamos a estar haciendo o con quién dentro de unos meses...

—Yo sé qué es lo que quiero estar haciendo.

—Tú te pasarías el día dándole trabajo a tu emprendierna, Rosa —contestó Erika a la voz sugerente que había puesto al hablar y que no dejaba lugar a dudas acerca de su intención.

—¿Nos organizamos en los trabajos y vemos qué fecha nos va mejor a todas? —continué diciendo, ilusionada, y recibiendo como respuesta una afirmación general—. Que sea cuanto antes, por favor...

—¿Y qué destino miramos?

—Eso dejádmelo a mí. —Jessica se frotó las manos, conspiradora—. Tengo una clienta en la peluquería que tiene una agencia de viajes y seguro que nos encuentra algo apropiado.

—¡Genial!

—¡Ya vamos a estar de vacaciones!

—Pediré cita con la esteticista para que me vaya quitando la pelusa que me queda del invierno —dijo María.

—Qué asco... —se quejó Inma—. No habléis de pelos en mi presencia. En mi otra vida debí de dedicarme a algo relacionado con ellos, porque no pueden darme más grima.

—Menos en la cabeza —le recordé jocosa.

—Cierto —se rio—; ahí, cuanto más, mejor, que con los calvos hay que utilizar las orejas de *joytick* para guiarlos cuando bajan al pilón.

Su gesto elocuente en dirección a su emprendierna nos hizo reír, imaginando la escena.

—Mejor pelo, sí.

—Mucho mejor...

* * *

Volvía a llegar tarde.

Aunque me propusiese evitarlo, se había convertido en una característica intrínseca en mí y no había manera de conseguir llegar a tiempo a los sitios. En esa ocasión, mi retraso era justificado, pues había tenido que ir al taller con mi pequeña porque no conseguí arrancarla al salir de la librería. Mi padre nos había dejado, el día anterior, su coche aparcado cerca del piso para que pudiésemos movernos los tres, pues mi madre no solía utilizar el suyo, pero aun así no podía dejar mi Vespa tirada en la puerta de la librería; podía

resultar demasiado golosa a ojos ajenos, tan flamenca ella con sus lunarcitos. El resultado había sido otra brecha en mi cuenta bancaria y un retraso considerable en mi llegada al aeropuerto, pero al menos mi moto descansaba tranquila y arreglada para cuando la necesitase.

El resto del mes iba a tener que alimentarme a base del césped recién cortado de mis padres...

Menos mal que mi hermana se había apiadado de mí y había cogido un taxi para recibir a Alessandro. ¿Qué haría sin ella algunas veces?

Conduje saltándome los límites de velocidad, rezando porque ningún radar se cruzase en mi camino. Para cuando aparqué en el estacionamiento del aeropuerto y salí del vehículo, el reloj marcaba las ocho y cincuenta minutos. Vamos, que llegaba una hora y diez tarde.

Me iban a matar.

—¡Cristina! —La llamada de Teresa me hizo girar la cabeza en mi búsqueda por la única terminal de llegadas del aeropuerto abierta.

Cuando los localicé, venían hacia mí con una lata de refresco cada uno en la mano.

—*Ciao, piccola...* —La voz de Alessandro, cariñosa y masculina, me hizo sonreír.

Anduve hacia ellos y me disculpé, dándole un fuerte abrazo a la torre humana que tenía delante. Su aspecto no daba muestras de cansancio alguno, más bien parecía sacado de una tarde en un balneario, con su cabello desenfadado y su barba poco poblada en las mejillas.

—Hola, Aless. —Le sonreí cariñosa al apartarme de él—. ¿Crees que dejarás de crecer algún día?

Su profunda carcajada resonó con eco a nuestro alrededor y varios pares de ojos se volvieron hacia nosotros. Teresa se mantenía en un discreto segundo plano, mirándonos.

—Seguro que sí. —Me sonrió, revolviéndome el flequillo.

—¿Cómo ha ido el vuelo?

—Me tocó una *bella ragazza* en el asiento de al lado, así que ha sido... interesante.

Me guiñó un ojo y reí divertida. No tenía remedio.

—Tan conquistador como siempre...

—Hay Alessandro para todas. —Su preciosa sonrisa, franca, me hizo fijar la vista en sus labios humedecidos. Tenía que reconocer que era bastante

atractivo... No quizá excesivamente guapo, pero sí llamaba la atención.

—¿Qué os parece si nos vamos yendo al coche? —interrumpió mi hermana en su tono tranquilo—. Debes de estar cansado.

Él la miró y asintió, dándole un beso en la mejilla al acercarse a su altura.

—*Andiamo*, primas.

Agarré el asa de su maleta y, tras forcejear unos segundos porque no quería permitir que cargase con su equipaje, conseguí salirme con la mía y que él fuese únicamente con su chaqueta en la mano.

Teresa y él comenzaron a hablar sobre la familia y sobre cómo les iba a todos los miembros de ambas partes; luego Alessandro se interesó por los estudios de mi hermana, animándola a continuar por ese camino.

—Todo lo que hagas ahora... ¿cómo se dice?, *costruisci* tu futuro...

—¿Construye mi futuro? —Él asintió, sonriente—. Lo sé, lo sé.

—No te preocupes, Aless. Estás ante la responsable y aplicada de la familia. —Pasé el brazo libre por el hombro de mi hermana, atrayéndola hacia mí y dándole un beso en la mejilla mientras ella encogía el cuello, algo cohibida por ser el centro de atención—. Saca unas notas increíbles y va a ser una de las mejores de su promoción, seguro.

—No exageres —pidió modesta.

—Te viene de familia —bromeó él—. Fíjate en nosotros, todos tus primos tenemos carreras exitosas y nos dedicamos a lo que más nos gusta. Debe venir en los genes.

Continuaron hablando unos metros más, en los que yo me quedé algo rezagada tras validar el tíquet del aparcamiento. Al comenzar a caminar de nuevo, pude recrearme en mi parte preferida masculina y analizar a Alessandro a mi antojo.

Era delgado pero fibroso. Llevaba unos pantalones vaqueros que se ceñían a sus piernas, en un tono azul celeste desgastado que le sentaba tremendamente bien, y le marcaban los músculos de los muslos. Su culo no destacaba bajo la camisa que lo cubría, así que continué mi recorrido ascendente, por su espalda y cabeza.

Tenía el pelo por la nuca y lo suficientemente largo como para poder agarrárselo en una coleta. Su color castaño se aclaraba en las puntas, así como en su vello facial. Nunca lo había visto con el cabello corto en todos los años que hacía que nos conociáramos, y me constaba que se lo recogía algunas veces

en un moño alto que podría parecer ridículo pero que le sentaba absurdamente bien.

Su cabeza girada hacia Teresa me permitió contemplar su perfil. Hacía varios años que no nos veíamos en persona y debía reconocer que con el paso del tiempo sus rasgos se habían marcado considerablemente, confiriéndole una madurez que lo hacía aún más llamativo. Su nariz recta, con la punta algo chata y de un tamaño perfecto para la fisonomía de su cara, se arrugaba hacia arriba cuando reía, así como sus ojos rasgados y con las cejas no demasiado pobladas se achinaban aún más al hacerlo... Y otra cosa quizá no, pero reír y sonreír era algo que hacía bastante a menudo.

Alessandro tenía una vitalidad y una positividad que se contagiaba con sólo mirarlo.

Puede que no me viniese del todo mal tenerlo en casa... Últimamente estaba un poco negativa, tenía que reconocerlo.

Mi hermana ocupó el asiento trasero del coche al abrirlo y nuestro nuevo inquilino se acercó a mí mientras abría el maletero para guardar su equipaje.

—Permíteme —me pidió, solícito.

Su mano agarró el asa antes de que pudiese negarme y se encargó de acomodar la maleta en el hueco. Al cerrarlo, se giró hacia mí sonriente y con su brazo izquierdo me acercó hasta él, pegándome a su torso.

—¿Cómo haces para estar más *bella* cada día? —murmuró galante, con su cabeza inclinada hacia mí.

Yo no era especialmente baja, pero me sacaba prácticamente dos palmos de altura. Miré hacia arriba y negué divertida.

—Tus trucos no funcionan conmigo, italiano...

—¿Estás segura? —Se acercó todavía más, quedándose a unos centímetros de distancia de mi boca—. ¿Totalmente segura?

Desvié mis ojos hacia el coche, observando que, en la parte trasera, Teresa no estaba pendiente de nosotros. Al volver a mirarlo, él me escrutaba cómicamente seductor.

Este jueguito mezclado con alcohol había sido el que nos había llevado a cruzar la línea una vez hacía unos años, pero ambos sabíamos que no iba a repetirse.

—Lo estoy...—continué sonriendo y terminé el recorrido, acercando mis labios a la punta de su nariz... primito.

Dejó escapar una carcajada desinhibida y yo le palmoteé el trasero al

cruzarme en su camino, en dirección al asiento del conductor.

No era un culo especialmente interesante, pero el conjunto no estaba mal, nada mal...

Capítulo 7

Mis pies amenazaban con inmolarsse después de todo el día recorriendo la ciudad ejerciendo de guía turística para Alessandro. Mi suerte se había esfumado esa vez y no había podido eludir la petición de nuestro inquilino, aunque Teresa había sido más avispada y la había declinado alegando que tenía mucho que estudiar y no podía permitirse perder todo el sábado.

Mi hermana siempre había sido más lista que yo... aunque la compañía estaba resultando muy agradable y divertida.

—¿Te apetece una cerveza?

—Lo que tú mandes, *ragazza*.

Di gracias mentalmente por vivir en una ciudad en la que las terrazas y los bares no escaseaban, así como por el buen día que nos había hecho en cuanto a temperatura, y pronto dimos con una pequeña taberna, perfecta para hidratar nuestras gargantas y dejar reposar mis pies, sentada en el alto banco que acompañaba uno de los pocos barriles que hacían las veces de mesa en el bar.

Alessandro se acercó a la barra a pedir las bebidas y aproveché para mirar mi teléfono por si había alguna notificación. En el grupo de las chicas habían estado hablando toda la mañana, pero no les había prestado atención, así que esperaba hasta llegar a casa para ponerme al día de los asuntos del convento.

—Le he pedido al camarero un plato especial. Al principio me ha mirado raro por pedir algo de comer *a quest'ora* de la tarde, pero luego me ha dicho que no probaré un rabo de toro mejor. Espero que no sea la parte que estoy pensando... —dijo Aless, depositando en la mesa un par de platos y las cervezas—. ¿Quieres vaso?

Negué con la cabeza, arqueando la ceja divertida.

—Prefiero beber directamente del botellín, gracias. —Le di un trago a la bebida y lo observé pinchar con el tenedor—. Es un guiso típico de aquí. Es la cola del toro estofada, cocinada con especias, cebolla, ajo, vino... A mí me encanta, a ver qué te parece a ti.

Mientras hablaba, él se llevaba el cubierto a la boca y saboreaba,

asintiendo complacido con la cabeza y componiendo un gesto de placer con los ojos.

—Con *questa delizia* no me extraña que haya mujeres tan preciosas en tu ciudad. —Sonrió, volviendo a comer. Yo me limité a mirarlo y coger alguna aceituna—. Y dime, ¿me vas a querer contar ahora lo que te pasó con tu *ragazzo*?

Volvió a hacer mención a Iván y puse una mueca hastiada, refunfuñando. Desde que habíamos salido de casa y hablado de varios temas, no había querido profundizar en ello... Se veía que él no iba a dejarlo correr.

—¿Tan malo es?

—Peor... —Apuré el botellín y lo miré—. Me lo encontré con otra.

Él me miró arqueando una ceja.

—¿Te refieres a sexo? —Asentí expresiva—. *Figlio di puttana*.

Maldijo en su lengua y no necesité traducción. Me encogí de hombros y él me miró preocupado.

—¿Estás bien?

—Oh, sí. Ya es agua pasada...

—*Non ti credo*... No te creo. —Me miró interrogante, corrigiendo el idioma—. Conozco esa cara y que evites mis ojos...

Lo miré directamente esa vez y llevé mi dedo índice a la comisura de sus labios, quitando un poco de salsa que se le había comenzado a resbalar por la barbilla.

—Reconozco que es difícil... Iván ha sido todo mi mundo durante unos años y, aunque intento vivir cada momento como me apetece, estar con quien me pide el cuerpo y no tener ningún tipo de responsabilidad de pareja, hay veces que lo echo de menos.

—¿Echas de menos a un *bastardo* que te menospreció con otra mujer? —me amonestó—. Eso no lo hace un hombre de verdad.

Sonreí cansada.

Iván, a fin de cuentas, no resultó ser un hombre de verdad.

—Le dijo la sartén al cazo...

Él me echó un vistazo interrogante, sin entender qué quería decir.

—Tú eres un picaflor, Alessandro. Ambos sabemos que no quieres comprometerte y dejas por ahí una larga fila de chicas suspirando por ti.

—No estoy atado a ninguna —aclaró algo molesto, pero sin perder la cordialidad—. No es lo mismo.

—No, no lo es, pero todos los hombres pensáis con la cabeza equivocada. Soltó una carcajada que aligeró el ambiente algo tenso y le sonreí, pidiéndole al camarero con un gesto otra ronda de bebidas.

—*Amore mio*, el cuerpo está para usarlo a placer...

—Pues eso mismo debió de pensar mi ex —me reí, irónica.

—Pero no estaba libre para otra *donna*.

—Lo sé. No tendría que haberte comparado con él —me arrepentí y él me sonrió, restándole importancia—. No quiero echarlo de menos...

Se acercó de nuevo a la barra tras el gesto del camarero, trayendo consigo dos nuevas cervezas y me acarició el brazo, cariñoso. Alessandro siempre había sido muy dado al contacto físico y no me extrañaban sus muestras de afecto, aunque para alguien ajeno podría parecer algo excesivo, tratándose sólo de un amigo.

—Llegará un momento en el que no sea así. Cuando consigas encontrar a alguien que sí te haga *felice*, dejarás de pensar en él y anhelar algo que realmente no llegaste a tener... Y, mientras, a darle placer a ese *delizioso* cuerpo. *Va bene?*

Arrastró las letras en esas últimas palabras, moviendo las cejas insinuante, y sonreí, cómplice.

—¿Eso es una propuesta? —le seguí el juego al sentir su mano en mi muslo.

—Si sirve, sí.

Me reí quitándole importancia y él hizo lo mismo, dando buena cuenta del resto de su plato.

Continuamos hablando de otros temas menos comprometidos durante los siguientes minutos, interesándome por la empresa que años atrás había montado con su hermano mayor y que en ese momento lo había llevado hasta mi ciudad. Se notaba la pasión con la que hacía su trabajo mientras me explicaba que él había sido el que había insistido en abrir nuevas sucursales en otros lugares donde el turismo también fuese especialmente importante. Cabe destacar que me ofreció trabajar con él sin dudar, sabiendo la carrera que había cursado. Evidentemente, decliné la oferta... Nada me hacía sentir más satisfecha que mis niños y no iba a abandonarlos.

—Y eso te ha traído hasta aquí...

—A Enrico le costó aceptar la *proposta*, pero finalmente no pudo negarse a las ventajas que le expuse... Además, me comprometí a encargarme

personalmente de esta delegación al menos durante los primeros *mesi* y eso acabó de convencerlo.

—Siempre fuiste bueno con la lengua. —Al soltarlo, me di cuenta de cómo había sonado y él sonrió jactancioso—. Ya sabes lo que quiero decir...

—Me alegra que recuerdes mis habilidades. —Se rio al darle un manotazo en el brazo, siguiéndome el juego.

—¿Qué le parece a mi *habilidoso primo* —recalqué ambas palabras— si nos vamos a casa? Estoy totalmente fuera de combate y mis pies piden una tregua...

—Sólo si me permites darte un *massaggio* en ellos cuando lleguemos. — Me sonrió y yo abrí mucho los ojos, extasiada con la idea—. Ésa es otra de mis habilidades...

Me dedicó un guiño y me reí mientras me encargaba de pagar la consumición.

El trayecto hasta mi piso lo pasamos recordando anécdotas y momentos de nuestra infancia. Con Alessandro siempre había tenido una sensación que nunca antes había experimentado con otra persona. Aunque habíamos estado en contacto continuamente gracias a las redes sociales, hacía tiempo que no nos veíamos en vivo y en directo... En cualquier otra situación, la incomodidad de los primeros días y situaciones sería palpable, pues nuestra vida había continuado ajena a la del otro y nos habíamos formado como personas adultas, con nuestras manías, caracteres y detalles..., pero con él no ocurría eso.

Él me hacía sentir como en casa, como si nos hubiésemos revolcado por la orilla de la playa tirándonos arena justo el día antes, con la sensación de pasear por el puerto con nuestros helados junto a nuestros hermanos la tarde anterior... Alessandro me hacía ser yo misma, sin necesidad de reprimirme.

Al abrir la puerta, descubrí que Teresa aún no había hecho acto de presencia desde que habíamos salido esa mañana todos a la vez de casa. Admiraba su fuerza de voluntad con respecto a todo lo que emprendía, pero mi filosofía de vida siempre había sido otra totalmente diferente... Desde bien pequeña había pensado que sólo se era joven una vez y, aunque a mi modo también era responsable, no había querido perderme nada de lo que me rodeaba a cada instante. Quizá por eso yo tenía un trabajo muy normal que me había costado sangre, sudor y lágrimas conseguir, y ella se convertiría en una abogada ejemplar y muy cotizada.

No tenía ninguna duda de que así sería...

—Voy a darme una ducha —le dije a Alessandro entrando ambos en mi habitación—. Si quieres, utiliza tú mi baño y yo me voy al del pasillo...

Él negó categóricamente y sacó un par de prendas de la maleta apoyada en el tocador.

—Bastante haces ya con prestarme parte de tu armario para mis cosas, no voy a invadir todo tu *spazio personale*... a menos que me lo pidas.

Su sugerencia me hizo poner los ojos en blanco, divertida, y le lancé lo que llevaba en la mano.

—Humm... ¿Cómo debería interpretar que me lances *la tua* ropa íntima?

Se rio mientras yo blasfemaba cómicamente sobre su naturaleza de seductor italiano, y luego me dejó sola en el dormitorio. Tras una ducha muy reconfortante, me coloqué un pantalón holgado de cintura baja para estar por casa y una camiseta que se descolgaba de un hombro, dejándolo al descubierto. Me encantaba desde que me la habían regalado las chicas en mi último cumpleaños, sobre todo por el mensaje que aparecía en ella, «Donut worry, be happy», con el dibujo de una deliciosa rosquilla glaseada en el centro.

Rebusqué en la despensa y, mientras preparaba una ligera ensalada para cenar, comenzaron a llegar a mis oídos unos gemidos sexuales que me hicieron resoplar, cansada.

Mis vecinos eran dos malditos conejos.

A los pocos minutos de concierto, sentí que unas manos rodeaban mi cintura y un torso se pegaba a mi espalda.

—He estado pensando algo —anunció Alessandro, sin moverse de su posición y limitando mis movimientos con su abrazo.

—Miedo me das...

—¿Qué te parece si, sólo por el bien de *tutto l'essere umano*, me dejas probar ese *delizioso* cuerpo tuyo un ratito?

Me reí intentando no prestar atención al calor que se formaba en mi cuerpo gracias a la banda sonora de mis vecinos y el contacto con Alessandro.

—¿Por el bien de todos los seres humanos? —pregunté risueña, girando mi cuerpo y quedándome aprisionada entre la encimera y su torso desnudo.

Únicamente se había puesto unos pantalones.

—La gente altruista no hace tantas preguntas, *amore mio*... ¿Qué me dices? ¿Les hacemos la *concorrenza*?

Sus cejas se movieron expectantes y, aunque no quería prestarle demasiada

atención, el bulto de sus pantalones no pasaba desapercibido para ninguno de los dos.

Era un hombre demasiado carnal para mi estabilidad mental y, aunque sabía que el noventa por ciento de las veces sólo bromeaba, su cuerpo no parecía entender esa ocasión como una de ellas, a tenor de la tienda de campaña que lucía.

—Creo que hoy no va a ser el día... —decliné, dándole un beso en los labios escueto y casi casto—, pero tendré en cuenta el ofrecimiento, primito.

—*Grazie per la tua considerazione*, primita...

Nos reímos y, juntos, terminamos de preparar la cena sin perder el ambiente de complicidad que habíamos instaurado desde que había comenzado el día.

Alessandro no faltó a su palabra y, mientras veíamos una película en la televisión tras haber dado buena cuenta del bol de ensalada, me había casi obligado a recostarme en el sofá y se había apoderado de mis pies para darme un delicioso masaje que me hizo gemir vergonzosamente en un par de ocasiones...

Menudas manos tenía el italiano.

Faltaban un par de escenas para los créditos cuando la voz casi susurrada de mi hermana a nuestra izquierda me hizo girar la cabeza en la oscuridad. Habíamos apagado la luz y nos manteníamos en penumbra, con la iluminación de la televisión como compañía.

—Hola...

Aless descansaba desde hacía rato su cabeza en mi regazo, echado en el sofá, a la vez que yo le hacía cosquillas jugando con su pelo como cuando éramos unos críos. En un momento dado su respiración se había ralentizado y sus ojos permanecían cerrados en absoluta calma.

Se había quedado dormido.

—Hola, pitufa —le devolví el saludo sin elevar la voz—. ¿Qué tal ha ido?

Ella nos miró unos segundos antes de hablar y asintió una sola vez con la cabeza mientras me contestaba un escueto «bien» que me sonó algo áspero.

—¿Tienes hambre? Te he dejado un poco de ensalada en la nevera.

—No, gracias. Me voy a la cama ya...

Dejó el bolso en el armario de la entrada y, antes de cruzar el pasillo, sus ojos se volvieron a desviar a nuestra posición. Sólo fueron unos segundos, pero me pareció ver inquietud en ellos.

Decidida a saber qué le ocurría, me moví con cuidado de no despertar a nuestro inquilino y lo dejé acostado en el sofá, de donde le sobresalían los pies debido a su gran estatura. Sonriendo enternecida, lo tapé con la manta que había en el respaldo y él pareció devolverme el gesto en sueños, totalmente exhausto.

Apagué el televisor y fui en busca del sonido que hacía mi hermana en el baño.

—¿Pitufa? —Llamé un par de veces con los nudillos en la puerta antes de abrir—. ¿Puedo pasar?

Ella se estaba terminando de lavar los dientes y me miró a través del espejo, encogiéndose de hombros.

—¿Estás bien?

Mientras le preguntaba, me acerqué hasta el inodoro y me senté sobre la tapa, cruzando una pierna y mirándola.

—Sí, ¿por?

—Te noto un poco rara desde hace días... ¿Todo va bien en la facultad? —me interesé.

—Sí, claro.

No me mantenía la mirada durante mucho tiempo.

—Y con Joaquín, ¿qué tal? ¿Todo bien con él?

—Sí...

Lo mismo el problema venía del chico que nos había venido a visitar el día del cumpleaños de mamá. Se notaba que entre ellos ocurría algo.

—¿Estáis saliendo juntos?

—¿Con Joaquín?! —preguntó al borde del colapso—. No, claro que no. En absoluto...

Intenté contener la sonrisa al ver su sonrojo.

—Es mono...

—No salgo con nadie. Sólo estoy cansada; se acercan los finales y no quiero bajar el ritmo.

Asentí con la cabeza, intentando aceptar su razonamiento, aunque algo me indicaba que había más de lo que me decía.

—De acuerdo. —Me levanté y me acerqué a ella, acariciando su coleta y dándole un beso en la mejilla—. Pero sabes que puedes contarme lo que quieras, ¿verdad? Soy tu hermana y no voy a juzgarte.

—Lo sé; gracias, pero no hay nada que contar. —Asintió al ver mi ceja

alzada—. De verdad...

—Está bien. ¿Vamos a dormir?

—Sí, estoy agotada hoy.

—Nosotros también —añadí mientras salíamos al pasillo y ella apagaba la luz del baño—. Hemos recorrido todo el centro y tengo los pies que no servirían ni para pisapapeles.

Ella me sonrió antes de despedirnos y se marchó a su habitación. Me quedé unos segundos observando su puerta cerrada y negué con la cabeza.

Esperaba que la cosa se calmase cuando acabara los exámenes, porque a ese ritmo iba a acabar enfermado por enclaustramiento —ya debía de formar parte del mobiliario fijo de la biblioteca— y más en ese momento, cuando teníamos un nuevo habitante en casa.

Giré y, antes de abrir la puerta de mi dormitorio, asomé la cabeza al salón y oí los suaves ronquidos de Alessandro en el sofá.

«Ay... italiano, cómo nos has complicado el día a día..., pero qué bueno estás, *jodío*.»

Capítulo 8

La noche había sido todo lo movida que cabía esperar de un sábado. Las actividades nocturnas de los vecinos me habían despertado varias veces. Quizá no estaba resultando tan divertido eso de tener a una pareja que aparentemente se debía de dedicar al porno *amateur* como inquilinos del mismo bloque.

Si yo había amanecido así de cansada, no quería ni imaginar la noche que había tenido que pasar Teresa, pues su dormitorio daba directamente hacia las ventanas de ellos.

Al principio había sido chistoso oírlos e incluso excitante a veces, pero admitía que la situación empezaba a resultar incómodamente irritante. Iba a tener que hacer algo al respecto, aunque en ese instante aún no tenía claro qué.

Cuando abrí la puerta de mi habitación, se me escapó un bostezo. Oí a Alessandro y a Teresa hablar en el salón y me dirigí hacia allí, sonriendo al ver la escena.

Ambos se encontraban sentados a la mesa del comedor y él acariciaba y manoseaba a mi hermana, cariñoso, mientras ella no sabía a dónde mirar, con las mejillas totalmente encendidas.

Me acerqué contenta.

—*Andiamo, principessa...* —rogó exageradamente—. No me digas que no.

—¿Qué pasa?

Mi pregunta les hizo reparar en mí y ella me miró con la esperanza dibujada en su semblante.

—Teresa no quiere regalarle a su *adorato* primo un día de su vida... —La miró implorantemente sonriente—. *Questa domenica*, para honrarme con tu presencia, *va bene?* Mañana comienzo con el trabajo y no podré estar tanto tiempo aquí con vosotras...

—Alessandro... —El tono suplicante de mi hermana indicaba que empezaba a resentirse.

—Sólo hoy, *principessa*. Alessandro te da su *parola d'onore*.

Acompañó la oración con besos por su brazo y ella lo miró totalmente abochornada, queriendo esconderse de sus atenciones. Sonreí y me apiadé de ella cuando asintió y aceptó pasar el día con nosotros en casa y no dedicarlo a los estudios.

—*Grazie, grazie...*

—De nada —contestó, cariñosa y comedida.

—Le vas a gastar el brazo, Aless... Ya te ha dicho que sí —añadí divertida.

—Tengo las mejores primas del *mondo*.

La sonrisa de satisfacción de su cara nos contagió. Mi hermana no había tenido ninguna posibilidad de ganar la contienda. Cuando a Alessandro Giordano se le metía algo en la cabeza, no había forma humana de rechazarlo, y menos aún cuando sacaba a relucir su labia de irresistible seductor.

Fuera como fuese, agradecía que el buen humor de nuestro inquilino se le hubiese contagiado a Teresa, pues me había tenido preocupada los días anteriores, en los que la encontré demasiado hermética y baja de ánimos.

Si lo que le hacía falta era un poco de mimos, bienvenidos fueran los de Alessandro, lo último que quería era verla sufrir o pasarlo mal por algo que desconocía y no podía solucionar.

Cuando me levanté para prepararme un café que consiguiese despertarme, la melodía de llamada de mi móvil captó mi atención. Desde la tarde anterior no había vuelto a reparar en él y no sabía dónde podía estar, pero seguí el sonido y lo encontré entre los cojines del sofá. Debió de haberse caído ahí la pasada noche, cuando Aless y yo estuvimos viendo la tele mientras me regalaba el masaje de pies más delicioso de mi vida.

—¿Jessi?

—Hola, Cris —contestó animada—. Ya pensaba que no lo cogerías. ¿Estás en casa?

Me extrañé y me costó unos segundos contestar.

—Sí, acabo de despertarme... ¿por? ¿Pasa algo?

—¡Genial!

Tras su exclamación con demasiado énfasis, se cortó la llamada y miré el teléfono, pasmada. La explicación de esa extraña conversación me llegó unos segundos después, cuando unos nudillos en la puerta y el sonido insistente del timbre me llevó hasta allí; abrí, concediendo con ese gesto el paso de las cinco mujeres que invadieron mi salón y mi mañana con su presencia y sus voces.

¿Qué hacían allí mis amigas? Y, lo que era más preocupante... ¿por qué estaban tan exageradamente despiertas un día no laborable a las nueve menos cuarto de la mañana?

—Hola... ¿Y esto?

—¡Buenos días! Qué bien que ya estéis todos levantados —contestó Erika.

—Hemos venido a traer el desayuno —agregó María.

—Y a darle la bienvenida a tu primo —añadió Inma.

—Nada como unos buenos churros para comenzar la jornada —provocó Rosa.

—Y chocolate... —terminó Jessica.

Las miré estupefacta mientras se apoderaban de cada rincón de nuestro diminuto piso bajo la atenta mirada de mi hermana Teresa y la diversión de Alessandro, que se encontraba en su salsa rodeado de féminas que exudaban estrógenos, lanzándolos cual confeti a su alrededor.

La situación podía llegar a ser hasta cómica.

Se le fueron presentando y él regaló una sonrisa adulatora a cada una, dedicándoles un par de besos y un abrazo que las dejó encantadas.

—No me habías dicho que tenías unas amigas tan *bellissimi* y divertidas, Cristina.

—Siempre ha sido un poco egoísta, esta prima tuya —le dijo Rosa, confidente, sentándose en la silla libre a su lado y pasando su brazo por el de él, quedando así enganchada—, pero nosotras la queremos igual, con *tooodos* sus defectos.

Sonreí negando con la cabeza, a la vez que me acercaba a la escena y depositaba la bolsa que me habían dado al entrar, donde un papel envolvía los churros que habían traído para agasajar a nuestro invitado. Jessica y Erika se habían encargado de repartir los vasos con el chocolate sobre la mesa, que desprendían un olor delicioso que me hizo la boca agua.

Otra cosa que debía agradecerle a Alessandro.

—Me alegra que hayáis venido a visitarme... por fin... —recalqué irónica, haciendo referencia a que algunas aún no conocían el piso—. Qué buenas amigas sois.

—Las mejores —apuntilló Inma, utilizando una de las sillas plegables que mi hermana había traído del pequeño trastero que había en la terraza—. ¿Acaso lo dudabas?

—Rosa, ¿cómo es que estás aquí? —La miré interrogante—. ¿No ibas a

pasar el fin de semana fuera, dándote un homenaje?

—Sin comentarios —respondió escueta, girando la cara hacia mi inquilino y sonriéndole seductora.

—Yo he aprovechado que Pablo ha salido a correr para venir —agregó Erika.

María me miró alzando un hombro, sonriente.

—Y dime, Alessandro, ¿qué tal te están tratando tus primas en estos primeros días?

El tono de Rosa me hizo poner los ojos en blanco. Esperaba que no sacase a relucir el encuentro que habíamos tenido él y yo unos años atrás, pues Teresa no sabía nada de ese asunto y prefería que continuase siendo así.

—*Molto bene*. Son unas grandes anfitrionas.

—¿Sabes que es muy erótico tu acento? —le preguntó, en su ataque de acoso y derribo.

Él le sonrió engatusador.

—Ah, ¿sí?

—Mucho.

—Ten cuidado, Aless —llamé la atención de los dos, atrayendo las miradas de las demás, que mantenían conversaciones solapadas pero realmente les prestaban atención a ellos—: es como la mantis religiosa.

Él me miró interrogante y la mencionada sonrió divertida, esperando mi aclaración.

—Se come a sus parejas después de aparearse.

—Una caníbal sexual... *Mi piace* —concedió con una media sonrisa, mirándome.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Inma.

—Que le pica —respondió Jessica, embelesada con su sonrisa.

—Que le gusta —aclaré, divertida.

—A nosotras también nos gustas tú —intervino Erika, saboreando un churro empapado en chocolate que le manchó todos los labios. Con la boca llena y la servilleta puesta frente a su cara, terminó la frase, consiguiendo entenderla a duras penas—. Aunque siento decirte que yo estoy felizmente casada y las demás tienen vetada tu compañía.

Inma puso los ojos en blanco y me encogí de hombros cuando el aludido me miró demandando información.

—A mí no me mires... No tengo nada que ver en eso.

—*Che diavolo?* —«¿Qué demonios?», protestó riendo—. *Perché non posso sedurre le ragazze?* — «¿Por qué no puedo seducir a las chicas?», añadió.

—*Sono le regole.* —«Son las reglas», contesté utilizando su idioma.

—*Che barbarie... Mi lasci desolato.* —«Qué barbaridad... Me dejas desolado», dijo mientras me guiñaba un ojo.

—No me entero de nada.

—Ni yo.

—Yo creo que están hablando de hacer reglas en un solar... No tiene sentido.

Todas se rieron con el comentario de Jessica y yo contuve mi sonrisa, con los ojos de Alessandro fijos en mí.

No dominaba el idioma, pero sí que me defendía gracias a los años que hacía que nos conocíamos, el verano que pasé en su tierra y mi formación académica.

En ese momento daba gracias por tener una forma de comunicación con él que quedase excluida de los comentarios de las locas que tenía por amigas.

—*E di te, piccola cugina? Che cosa mi dici?* —«¿Y qué me dices de ti, primita?», intervino él de nuevo.

Alcé mi ceja derecha y negué sonriente. Él soltó una carcajada despreocupada y besó la mejilla de Rosa, que estaba a su lado.

—Lo siento, *bella bionda*. Si son las normas... son las normas.

—Rosa —aclaró alzando la voz, como si tuviese algún problema de audición—. Me llamo Rosa, no *Bionda*.

No pude contener la risa y una carcajada salió de mi garganta.

—*Bionda* es rubia... —le aclaré, riendo.

—Ah... vale. —Le sonrió despreocupada, tocándose el pelo—. Puedes llamarme *bella bionda*, entonces.

Tras dar buena cuenta de nuestros desayunos y reír una cantidad innumerable de veces, se empezaron a marchar de casa. La última en salir fue María, que mientras nos despedíamos me dijo algo que me hizo pensar durante un rato.

—Cariño, no te diría esto si no te quisiera... —miró hacia el salón unos segundos—... pero la tensión que hay entre vosotros se nota a leguas... Si no quieres nada con él, quizá sería mejor que lo aclarases... para que no haya malos entendidos o nadie sufra con ello.

Su gesto, con los ojos señalando hacia ellos, me hizo volver la cabeza, viendo que Teresa reía por alguna ocurrencia que le había dicho Aless, sentados ambos en el sofá.

No, ni Alessandro ni yo íbamos a sufrir, puesto que ambos sabíamos que entre nosotros sólo había una complicidad y un coqueteo que no iba a llegar a más..., pero la relación que teníamos no podía entenderla nadie más que nosotros.

—No te preocupes —la tranquilicé, dándole un beso—. Me encargaré de ello.

—A veces no nos damos cuenta de lo que tenemos delante de nuestras narices, pero sólo hay que observar un poquito para entender ciertos comportamientos.

Comprendía que mi amiga se preocupase por mí, pero su intranquilidad era innecesaria, aunque entendible.

—Gracias por tus consejos —le dije cariñosa.

—No tienes que darlas. Te quiero.

—Y yo, bonita. Vamos hablando.

Cerré la puerta de casa y me giré, apoyándome en ella y dándole vueltas a lo que me había dicho.

¿Quizá estaba equivocada y entre nosotros había algo más que no conseguía ver?

No. Alessandro y yo siempre habíamos tenido ese rollo seductor y cargado de tensión que no nos hacía ningún daño..., aunque podía ser que lo más sano fuese hablar con él y dejar claras las cosas para no caer en confusiones futuras.

Sí. Quizá sería lo mejor.

Podíamos hablar de ello y aclararlo.

—¿Cris, estás bien?

La voz de mi hermana me sacó de mis pensamientos y le sonreí, acercándome a ellos y aparcando las reflexiones para otro momento.

Capítulo 9

Pasé el algodón por mi cara, para eliminar los escasos restos del maquillaje que aún quedaba tras todo el día trabajando. Mi reflejo en el espejo me devolvía la imagen de una mujer cansada que no se correspondía para nada con lo que quería parecer. Era joven, tenía la suerte de dedicarme a lo que verdaderamente me apasionaba y una salud que raras veces se resentía... Entonces, ¿por qué sentía que no estaba satisfecha con mi día a día?

¿Qué demonios era lo que me ocurría?

Deseché el disco desmaquillante en la pequeña papelera del baño y me acerqué a la bañera, sumergiendo las yemas de los dedos y moviéndolos por la superficie.

La temperatura era perfecta. Ya sólo quedaban un par de detalles para disfrutar del baño relajante que llevaba toda la tarde visualizando en mi mente.

Me encaminé hacia la cocina, recogiendo por el camino mi teléfono móvil. En la encimera había dejado reposar una botella de vino abierta junto a una copa vacía. Dispuse la bandeja con ambas cosas y saqué del frigorífico el bol con fresas que previamente había dejado preparadas.

Sonreí, sintiéndome un personaje de película mientras redirigía mis pasos de nuevo por donde había venido.

En ese mundo de ficción, yo sería una chica que llegaba agotada tras un caso complicado en la oficina y, aprovechando que su sexy compañero de piso —con quien se acostaba de vez en cuando pero sin ningún tipo de compromiso o complicación— había salido de viaje con unos amigos, dejándola sola en la vivienda, disfrutaba de un relajante baño de lujo en una habitación con la luz tenue, olor a flores silvestres y una bañera del tamaño de una piscina olímpica en el centro de la estancia, de esas que tienen unas preciosas patas de hierro labrado.

Lo más triste de todo era que la realidad nunca superaba la ficción en ese tipo de casos... por lo que debía conformarme con las minúsculas dimensiones

de mi bañera encastrada en la pared, emparedada entre ésta, el váter y el lavabo, y donde muy seguramente me clavaría el grifo en la espalda para poder meter mi más de metro setenta en su interior.

Pero estaba limpia como los chorros del oro, eso sí.

Suspiré resignada, con la firme convicción de no negativizar el momento.

Ese mismo día, tras salir de la guardería y comprarme un bocadillo en una de las panaderías cercanas, había guiado mi moto hasta el centro de la ciudad, aprovechando para pasar por la librería de mi amiga Inma, tomar un café con ella y entrar en una tienda que llevaba poco tiempo abierta, pero que había llamado mi atención desde que entré con Rosa una tarde, alegando que quería mirar la competencia.

Lush era un establecimiento donde te asesoraban y vendían productos para el cuidado de la piel y la estimulación sensorial. Una vez allí, la amable dependienta me había estado aconsejando sobre diferentes productos, asegurando que su materia prima era cien por cien natural y que estaban hechos a mano en un proceso original y exclusivo.

Realmente toda su explicación me pareció muy bien, todo muy profesional y agradable, pero yo sólo quería comprar alguna sal de baño para engañar mis sentidos y transportarme mentalmente a esa preciosa casa del Upper West Side y a la bañera con patas labradas.

El detalle que me tendría que haber bajado de la nube era que yo sólo era Cristina Barea, una chica que ese día tenía ínfulas de Carrie Bradshaw de «Sexo en Nueva York»... ¡Qué triste!

Lo que menos iba a tener esa noche, aparte de la cartera de la actriz, era sexo.

Abrí la bolsa de papel en la que me habían envuelto el producto que me prometía regalar un momento de relajante sofisticación, lo saqué y lo observé. Se trataba de una bola de aproximadamente el tamaño de una pelota de tenis en color rosa que desprendía un olor floral y fresco. La empleada de la tienda me había indicado que estaba elaborada con varios ingredientes, como la vainilla y la lavanda.

Decidida, la acerqué a la bañera y la dejé caer, viendo cómo al instante una nube sonrosada de espuma efervescente comenzaba a teñir el agua y el olor se hacía más intenso, invadiendo el baño y poniéndome de buen humor.

Depositó mi ropa encima del lavabo tras desnudarme, doblé una toalla limpia donde apoyar la cabeza una vez dentro y seleccioné una lista de

reproducción de relajación en mi móvil.

Con todo preparado, me metí en el agua, acomodándome.

Respiré hondo y cerré los ojos unos segundos mientras sonreía. En un alarde de ostentación, estiré mi brazo hasta alcanzar la copa de vino y llevarla a mis labios, degustando su sabor.

Estaba dispuesta a hacerle honor al eslogan que me había hecho decidirme por la bomba de baño Think Pink, ya tan sólo debía recostarme, relajarme y soñar con Hollywood.

—Qué delicia...

No sabía si era sugestión o realmente el producto obraba maravillas, pero, tras unos minutos, empecé a notar la sedosidad de mi piel bajo el agua, como si estuviese hidratada por una de las mejores cremas.

El silencio de la casa únicamente interrumpido por las notas de piano que salían de mi teléfono resultaba realmente reconfortante, aunque admitía haber echado de menos las risas de Alessandro durante esa semana o las conversaciones con mi hermana. Prácticamente no habíamos coincidido, ya que él volvía bastante tarde debido a la preparación y apertura de la delegación de su empresa y Teresa parecía vivir, comer y dormir entre libros y apuntes.

Quizá era una incongruencia dada mi supuesta independencia, pero así era.

Cuando la temperatura del agua dejó de ser cálida, el vino se acabó y sólo quedaban un par de fresas en el cuenco, salí de la bañera con tranquilidad, sin querer romper la calma que me había brindado ese rato, y me preparé para ir a la cama.

La dependienta tenía razón, estaba mucho más relajada...

Gemí de placer cuando me metí entre las sábanas; iba a dormir como los ángeles, aunque en ese instante aún no era consciente de que la tranquilidad me duraría poco, pues sólo unas horas después el karma me devolvería el estrés con intereses.

* * *

Ese viernes resultó ser una completa locura en el trabajo.

Había perdido la cuenta de la cantidad de niños que había tenido que curar por diferentes caídas o golpes. La pequeña Lara se había hecho un corte en el labio al caerse y chocar contra uno de los escalones del patio; Carlos e

Ignacio se habían estrellado el uno contra el otro y lucían sendos chichones en sus frentes, y uno de mis ojitos derechos, Nicolás, había vomitado el desayuno en el aula de psicomotricidad, por lo que tuve que llamar a su madre para que viniese a recogerlo porque no se encontraba bien.

Qué maravillosa forma de terminar la semana...

—Debe de ser tu mamá —le dijo mi compañera al chiquillo cuando el timbre de la entrada sonó a media mañana—. ¿Puedes ir tú, Cristina?

—Claro.

Salí de la clase y crucé el pasillo, saludando a la madre del pequeño, que me preguntó preocupada por él. Esa chica cada día estaba más mona.

—Tranquila, seguro que no es nada grave —la intenté tranquilizar—. Pasa y lo recoges dentro, se pondrá muy contento de verte.

—Está bien. —Me siguió al cerrar la entrada y comenzar a recorrer de nuevo el pasillo hasta el aula Ciempiés.

—Hay un par de niños de la clase de un año que han faltado algunos días porque tienen un virus estomacal, quizá Nicolás se haya contagiado —le comenté con voz pausada—. Imagino que lo llevarás al pediatra, ¿no?

—No puedo ausentarme mucho de la oficina, así que mi cuñado se encargará de llevarlo; ya está avisado y viene para acá —me contestó con pesar.

—Genial. —Llegamos a la puerta—. Además, con el fin de semana de por medio, estoy más que convencida de que el lunes lo tendremos por aquí dando guerra de nuevo.

Me sonrió agradecida y entré, pidiéndole que se quedara en la puerta un segundo.

—Nicolás, mira quién ha venido...

El crío dejó el juguete al que estaba aferrado con demasiada fuerza y su carita, antes algo mustia, revivió al ver a su madre esperándolo.

—¡Mami! —Llegó hasta ella, que se había acuclillado, y hundió la carita en su melena rubia—. Estoy malito...

—No te preocupes, mi vida...—le dijo cariñosa, acariciando su cabecita.

—Pero no quiero ir al médico —se quejó.

—¿Sabes qué? —preguntó ella con complicidad—. El tito Mimo va a venir y...

Mientras madre e hijo negociaban, les dejé algo de intimidad y cogí de su casillero la bolsa con la ropa sucia. Agarré su mochila y me acerqué de nuevo

a ellos, preparados para marcharse.

—¡Seño! ¿Sabes que voy a ir con mi tito al parque después de ir al doctor?
—me preguntó ilusionado cuando los acompañaba a la salida.

—¡Qué suerte!

—Es el mejor...

Sonreí por su cara de admiración y la madre me miró cómplice.

—Que te mejores, mi dragón protector. —Le revolví el pelo con cariño al despedirlo en la entrada.

—¡Le contaré al tito que defiende a mi seño de los príncipes! —le relató a su madre, encaminándose por el patio hacia la salida.

Sonreí y negué con la cabeza, volviendo a mis quehaceres e intentando sobrellevar las horas que me quedaban de la mejor manera posible. Ese viernes ni siquiera iba a tener el desahogo de la comida con las chicas.

María estaba hasta arriba con la formación del nuevo subchef. Rosa iba a permanecer fuera de la ciudad hasta el martes, debido a una convención que se celebraba en Madrid y a la que había asistido con su jefe. Pablo le había regalado a Erika un fin de semana romántico por su aniversario, y Jessica estaba a tope en la peluquería, ya que era época de comuniones. Tan sólo quedábamos Inma y yo, pero el día anterior ya habíamos hablado mientras tomábamos el café y habíamos decidido posponerlo, así mi amiga aprovecharía, puesto que tenía que reorganizar un par de secciones de la librería.

¿Y yo?

Pues la idea de darme otro baño relajante circulaba por mi cabeza, demasiado tentadora... Me podía volver adicta a esos ratitos tan agradables.

—¡Aless! ¿Qué haces aquí? —Lo abracé al salir del trabajo y encontrarlo esperando, junto con los demás padres, en la puerta—. ¿Por qué no me has avisado?

—Quería darte una sorpresa... ¡Sorpresa!

Me reí y nos apartamos, quedando un poco más separados de la entrada.

—Ya casi se me había olvidado tu cara, italiano —me quejé sonriendo—. Si no llega a ser por la marca en el sofá, hubiese pensado que te habías marchado.

—*Mi dispiace, amore mio* —se disculpó besando mi mano—, pero vengo a compensarte.

—Ah, ¿sí?

—Ajá. Hoy seré *tutto per te*. Puedes llevarme a donde vayas como a tu bolso...

Solté una carcajada y me acerqué a la moto, sacando el casco y apoyándolo en el asiento color beige.

—La verdad es que no tengo ningún plan. ¿Qué te gustaría hacer?

—Estar contigo.

Su sonrisa seductora me hizo bufar divertida y se me ocurrió algo.

—¿Has comido? —Negó con la cabeza—. Pues, si te apetece, podemos prepararnos algo en casa. Quiero darme una ducha y descansar un poco. Después podemos hacer lo que te plazca. ¿Ya te han dado el coche?

Asintió y señaló, orgulloso, hacia un lateral de la calle, donde un deportivo rojo muy poco discreto estaba estacionado. Silbé admirada y él se rio.

—¿Cena y copas *stasera*?

—¿Esta noche? ¿Con ese coche? Me parece un plan perfecto.

—*Andiamo...* —Me guiñó un ojo, yendo hasta su flamante vehículo mientras yo me subía a la moto.

—Vamos.

Capítulo 10

Necesitaba sexo... y lo necesitaba cuanto antes, de una manera urgente, apremiante, desesperada, acuciante...

Llevar toda la tarde con Alessandro y su seducción innata había hecho mella en mí y estaba claro que me urgía desahogar mi cuerpo de alguna manera. Ese chico debería venir con un prospecto, como los medicamentos... «Si no ha tenido desahogo sexual recientemente, no lo acoja en su casa y mucho menos le siga las bromas. Ante cualquier duda, consulte a su farmacéutico.»

Mi salvación apareció a eso de las siete de la tarde, comiéndose una tarrina de helado, con unos pantalones vaqueros rotos por las rodillas, zapatillas deportivas blancas y una sudadera dos tallas más grandes que la suya.

Teresa había llegado... y no venía sola.

—Hola —nos saludó al cerrar la puerta tras el adorable y apocado chico que la acompañaba.

—Hola, chicos. ¿Qué tal, Joaquín? —respondí mientras mi hermana guardaba su enorme bolso en el armario de la entrada.

—Ho... Hola. Bien, gracias —me contestó cohibido.

Ella le dedicó un escueto gesto a Alessandro y aclaró que se marchaban a su habitación, tirando de la mano de su acompañante.

Volví al sofá y me dejé caer en él cuando desaparecieron por el pasillo.

—¿Has visto eso? —le pregunté confundida.

—Sí —me respondió sin darle importancia, prestándole atención a la televisión—. Te pareces a esa *ragazza*...

Miré hacia la imagen que se proyectaba frente a nosotros y me di cuenta de que se refería a una modelo que había ganado un concurso de belleza años atrás.

—No me parezco a ella.

—No. Tú eres más *bella*.

—Por supuesto, me arrebató el título de Miss —me reí, para luego sacarle

la lengua—. Ahora en serio, ¿no te parece raro lo de Teresa?

—*Che cosa?*

—Pues que se haya traído a un chico a casa, para empezar.

—Tu hermana es una *ragazza bellissima*. No veo por qué no podría hacerlo —contestó cambiando de canal.

—No me refiero a que no pueda —resoplé—. Es que no es normal... Y su actitud ha sido rara. Voy a averiguar qué ocurre aquí. Ahora vengo.

—*Non correre*, Cristina. Déjala con su chico y quédate aquí con Alessandro. ¿Quieres otro *massaggio*?

Me agarró del muslo y su ofrecimiento me despistó unos instantes, pero mis ganas por saber qué sucedía en esa habitación eran mayores.

Mierda, ojalá tuviese visión láser para ver a través de las paredes.

—Teresa no parecía tener interés en ese chico el otro día. Por poco no me encierra en un manicomio cuando le pregunté si estaban saliendo... y ahora aparece aquí, con él, comportándose de un modo extrañamente normal para ser ella...

Expuse mis pensamientos en voz alta mientras la mano cálida de Aless viajaba por mi pantorrilla, que se encontraba apoyada en sus muslos, haciendo presión en los puntos justos.

Ese chico debería haber sido fisioterapeuta. Qué delicia...

—Habrá cambiado de opinión —concretó, acomodándose mejor y reanudando el masaje—. Estás tensa, *amore mio*.

—No lo sabes tú bien.

Puse los ojos en blanco y me mordí el labio, acallando el gemido que me provocó el movimiento sobre mi piel de sus ágiles dedos.

Joder.

Definitivamente necesitaba sexo, pero ese masaje estaba siendo tan bueno en ese momento...

Eché la cabeza hacia atrás en el sofá y cerré los ojos. Si el día anterior me hubiese dedicado esas atenciones después del baño relajante, me habría casado con él sin pensar en las consecuencias.

—¿Vas a *competere* con los vecinos?

Abrí los ojos al oír su pregunta, entonada de forma divertida, y me di cuenta de que me había dejado llevar por el entusiasmo. Había gemido... un poco sólo.

—No seas idiota. Es que lo haces muy bien.

—¿Quieres que se repita lo de Italia?

Arqueé una ceja, sorprendida.

—¿A qué viene eso?

—A que no soy de *pietra, donna* —señaló con su gesto a su entropierna y dejé vagar mis ojos por ella.

—¡Alessandro!

—*Cosa?* —preguntó graciosamente ofendido, echándose hacia atrás en el sofá—. Una *bella* mujer a mi lado, *gemendo di piacere*, que me dice que lo hago muy bien...

Me reí, culpable y divertida.

—Lo siento.

—*Santa Madonna...*

Sus ojos ya no me miraban a mí y seguí su curso hasta dar con mi hermana, quien, agachada en la entrada con una posición bastante sugerente, nos mostraba más piel de la que había visto el sol el último verano.

¿Quién demonios era esa mujer que tenía puestos unos de mis pantalones cortos y qué había hecho con Teresa?

—*Questa è una trama per farmi impazzire* —murmuró Alessandro a mi lado en voz casi imperceptible.

¿Que si eso era un complot para volverlo loco? Bueno, al menos él tenía alguna teoría... Yo estaba cada vez más descolocada. Teresa volvió a marcharse como si nada hubiese ocurrido, como si su presencia nos hubiese pasado desapercibida.

—*Vado a fare la doccia.*

Se levantó del sofá decidido y se marchó, dejándome sola.

En ese momento no pude hacer otra cosa más que reír por lo absurdo de la situación. Iba a tener que seguir los pasos del italiano e ir a darme yo también una ducha, pero, mientras llevaba los vasos a la cocina, oí cómo mi hermana despedía al chico que había mantenido encerrado en su habitación.

Era mi oportunidad para abordarla y enterarme de qué había sucedido allí esa tarde, pero, por más que lo intenté, ella sólo me contestó con evasivas y se encerró en su cuarto, dándome esquinazo y asegurándome que no le ocurría nada.

Un par de horas después, y con los ánimos algo más calmados, Alessandro y yo salimos de casa para continuar con nuestros planes de cena y copa que habíamos acordado esa misma tarde. Teresa no daba señales de vida a través

de la puerta de su habitación, aunque sabía que estaba bien porque la había visto varias veces en línea por mensajería instantánea. Con una sensación de intranquilidad por todo lo acontecido, me monté en el elegante y ostentoso coche de alquiler de Aless.

—Llevas toda la noche muy callada —me dijo él cuando apurábamos nuestras copas de vino tras la cena, esperando la cuenta—. *Parla con me.*

—¿Cuánto tiempo crees que estarás en España?

Su cara me demostró que no le había pasado desapercibido mi suspiro, pero accedió a buscar un tema de conversación más neutro, dándome mi espacio y mi tiempo.

Adoraba a Alessandro.

—Aún no es seguro, pero es posible que los próximos *sei mesi*.

—¿Y Enrico se las podrá apañar sin ti tanto tiempo?

—No —se rio—, pero, antes *di partire*, tengo que dejar al equipo listo.

El camarero llegó con la cuenta y esa vez fue él quien se encargó de abonarla, sin darme opción a que ni siquiera me ofreciese.

Mis ánimos no eran los más idóneos para ejercer de compañía interesante, pero Aless supo mantener viva la conversación cargando con todo el peso él solito.

Al entrar en el local de copas que habíamos elegido, tuve la intención de buscar algún candidato para esa noche. Necesitaba encontrar una solución para la comezón que sentía y que empezaba a ser preocupante, pero no sería hasta más tarde que no le haría caso a la vocecita que me susurraba hipnotizante que no debía buscar nada, pues lo tenía ocupando una cama mueble en mi salón, más a la mano que ninguno...

Alessandro me hacía reír incluso en esos momentos en los que ni yo misma sabía qué pasaba por mi cabeza, pero poco a poco la desazón se fue disipando, dejando paso a una euforia anteriormente conocida... Me había pasado con la bebida.

Y los productores y guionistas de mi vida ya sabían que la mezcla de alcohol más el italiano que me miraba divertido mientras movía las caderas no eran una buena combinación, por lo que me excusé y me acerqué a la zona en la que la gente bailaba, necesitando esos minutos a solas para recomponer mi mente y elegir mi compañía.

A esas alturas podía repetir el numerito del baño e incluso contaba con los consejos de Rosa para hacerlo.

Un par de toques en mi hombro me hicieron girarme, dándome de frente con un rostro conocido y para nada apetecible... Teodoro, el agente inmobiliario con un bigote repugnante que nos había encontrado el piso, estaba frente a mí con una cara de dicha que ni los niños de San Ildefonso al cantar el gordo.

¿Era mucho pedir que me tragase la tierra?

—¡Hola! Qué casualidad encontrarnos aquí.

—Hola, Teodoro. Sí, ya ves...

—¿Qué tal en la casa nueva? —se interesó mientras forzaba mi cara para no parecer demasiado maleducada—. ¿Algún problema? No olvides lo que te dije: si hay algún inconveniente y queréis cambiar o buscar algo mejor, sólo tienes que llamarme... O si quieres cualquier otra cosa, claro.

—Ya. No. Todo bien, gracias.

—Estás genial —dirigió sus ojos a mi cuerpo, recreándose en mis piernas descubiertas gracias a la falda corta que llevaba puesta—. ¿Quieres tomar algo?

¡No!

Busqué a Alessandro con un vistazo hacia la barra, desde donde nos observaba con expresión burlona. Le rogué con la mirada y me volví de nuevo hacia el agente, que continuaba hablando sobre lo interesante que había resultado salir esa noche, pues, aunque al principio no estaba demasiado convencido de querer hacerlo, en ese instante aseguraba que había merecido la pena sólo por volver a verme.

—Verás, Teodoro... Te lo agradezco, pero lo cierto es que...

Joder, no sabía cómo salir del atolladero.

—Ya estoy aquí, *principessa*. —Sentí las vibraciones de la voz de Aless en mi cuello justo antes de que me diese un beso húmedo en esa zona que me contrajo el estómago de expectación.

—Hola, cariño —le sonreí, agradecida por acudir en mi rescate, y me gire hacia nuestro espectador, que se había quedado con el gesto congelado y marchito—. Te presento a Teodoro. Él es el agente inmobiliario que nos consiguió el piso a Teresa y a mí. Teodoro..., él es Alessandro.

—Encantado.

—È un piacere, Teodoro. Gracias por cuidar de mi chica mientras estaba en el baño.

—No hay problema —se excusó, reculando—. Me ha gustado verte de nuevo, Cristina. Hasta otra...

Cuando se marchó, miré a Alessandro y resoplé, levantando parte del pelo que me caía a un costado de la cara. Él me ofreció una botella de agua y le puse morritos, haciéndolo reír.

—Yo quiero otra copa...

—Agua. —Me sonrió.

—¡Vamos a bailar! —le rogué, tirando de su brazo hacia atrás, uniéndonos al resto de la gente que se movía en el centro de la sala.

Él no perdió la sonrisa en ningún momento. Cuando comenzamos a movernos, siguiendo el ritmo de la música, sentí que mantenía las distancias y me pegué más a él.

—¿Qué te pasa, *cariño*?

Él giro la cabeza hacia un lado, condescendiente por mi tono guasón.

—Has bebido demasiado...

Asentí con la cabeza con una sonrisa boba en la cara.

—El alcohol mata todos los males, italiano, ¿no lo sabías? Mírame a mí: hace un rato estaba mustia como una lechuga en un mercado el domingo, pero ahora sólo tengo ganas de pasarlo bien y dejarme llevar.

Moví las cejas sugerentemente y él llevó su mano a mi cintura, agarrándome tras un traspié de mis tacones.

—¿Quieres irte a casa?

—¿Me estás proponiendo algo? —me insinué.

—No creo que quieras hacerlo de verdad, Cristina.

—Oh, vaya —gesticulé dolida—. Me acabas de rechazar, ¿verdad?

Él me dio un golpecito en la nariz, riéndose conmigo.

—No quieres que pase nada entre nosotros, *bella*.

—Lo que no quiero es nada serio, Aless, y creo que ésa es tu filosofía de vida, ¿no es cierto? O quizá deba buscar por aquí a alguien que...

—Nada de buscar.

Sonreí satisfecha. Mi mano descendió, rozando el bulto de su entrepierna de forma intencionada. Él no dejó de mirarme, mordiéndose el labio eróticamente.

—*Voglio averti con me tutta la notte*. —«Quiero tenerte conmigo toda la noche», me dijo.

Me acerqué a su oreja, mordiéndole el lóbulo y sintiendo sus manos en mis caderas, apresándolas y atrayéndome hacia él.

—Yo también, Alessandro... De todas las formas que se te ocurran; lo

necesito...

Depositó un beso en mi mejilla que me hizo sonreír y con su acento, al que ya estaba acostumbrada pero que en ese momento me parecía el sonido más sexy del mundo, me contestó.

—*Andiamo?*

El corto trayecto en su coche lo pasé inquieta y moviéndome como si una colonia de hormigas hubiesen tomado mi cuerpo como nueva zona a conquistar. Él me miraba divertido y acariciaba mi muslo en cada semáforo, preguntándome si me encontraba bien. Aunque asentía, debía reconocer que algo en mi interior me intentaba convencer para no hacer lo que a todas luces iba a suceder al llegar a casa, pero, en cuanto las dudas se hacían más grandes, llegaba una sonrisa, un roce o un «amore mio» que volvía a hacerme recular y continuar con el plan inicial de acostarme con Alessandro.

No podía ser tan malo. Ya lo habíamos hablado, no queríamos nada serio. Sólo seríamos dos adultos practicando sexo del que luego te hace estremecerte al recordarlo... Ya lo había hecho otras veces con absolutos desconocidos, e incluso había ocurrido entre nosotros hacía varios años... En ese momento no iba a ser diferente porque conviviésemos bajo el mismo techo.

Un silencio se instauró entre nosotros cuando apagó el motor del vehículo y me giré, mirando su despreocupado perfil mientras él recogía sus pertenencias de la guantera lateral.

No, no podía ser diferente a otras veces.

Sólo quería sexo y lo necesitaba en ese mismo instante.

—Ey, *bella...* —Se apartó unos centímetros de mi cara, pues había dejado mi asiento y me encontraba casi echada encima de él en el suyo—. ¿Impaciente?

Mordí sus labios, que lucían una sonrisa canalla, y gemí en respuesta, cerrando los ojos. Su mano izquierda acarició mi cuello al introducir su lengua en mi boca.

—*Delizioso...*

Mi mente en ese momento no estaba preparada para contestar nada coherente, así que hice lo más inteligente que podía hacer, callar y dedicar todas mis atenciones a sus suaves labios, que se movían con presteza sobre los míos.

—Cristina...

—¿Qué?

—Vamos a casa.

—Todavía no.

Negué con la cabeza, llevando mi mano a su muslo y acariciando su erección por encima de la tela del pantalón. Él profirió un gemido lastimero demasiado erótico para mi cordura, pero no detuvo el movimiento de mis dedos cuando comencé a desabrocharle el botón y bajar la cremallera, aceptando lo que quisiera hacerle.

—Este coche es muy sexy, y más si lo lleva un bombón como tú, pero es demasiado bajo y apretado como para poder hacer otra cosa, así que disfruta de estos preliminares...

Susurré mis palabras mientras su miembro saltaba libre de los confines de la tela de la ropa interior y él me volvió a besar, acelerándose su respiración. Miré hacia abajo y mordí el lateral de mi labio inferior. Volvíamos a encontrarnos...

Retraje la piel que lo recubría y deslicé mi mano por toda su longitud, sintiendo la tersura en el movimiento. Necesitada de un poco de humedad, me deshice de su beso y, mirándolo fijamente mientras agachaba la cabeza, me concentré en pasar mi lengua y mis labios por él.

Su longitud no era especialmente exagerada, pero tenía un grosor envidiable.

—*Oh, ragazza... Che delizioso...*

Sonreí sin que pudiera verme y lo introduje en mi boca, succionando y jugando con mi mano en sus testículos prietos. Sus caderas se alzaron a mi encuentro, teniendo que respirar hondo cuando la deslizaba hacia fuera y conteniendo la arcada que se creaba al entrar tan profundo. Tras unos minutos en esa postura lateral nada cómoda, me retiré y su mirada hambrienta traspasó la tela de mi tanga, aterrizando directamente sobre mi clítoris hinchado.

—Echa tu asiento para atrás —le pedí, y él comenzó a bajar el respaldo—. No, eso no. El asiento.

Cuando deslizó los raíles hasta dejar el máximo espacio posible entre él y el volante, crucé con mis extremidades hasta el hueco y me puse de rodillas, quedando a una altura prodigiosa para proseguir con mi tarea.

Iban a dolerme las piernas después, pero en ese instante no me importaba.

Llevé de nuevo mi cabeza hacia la punta de su erección, que brillaba expectante, y comencé otra vez con el vaivén de mi boca, sin prisas y jugueteando con él cada vez que se aceleraba y agarraba mi cabeza.

Unas voces a mi derecha, al otro lado del cristal del coche, me mantuvieron en alerta, pero no dejé de atormentarlo, chupando y lamiendo cada centímetro de su estirada piel. Estábamos aparcados en mi estrecha calle y la farola más próxima no alumbraba directamente el vehículo, por lo que la semioscuridad en la que estábamos sumidos nos confería una falsa privacidad, pero a la vez nos hacía estar pendientes de no ser descubiertos, confiriéndole más morbo al momento.

—*Stai attenta.* —Su mano retiró el pelo de mi cara y lo miré con la boca llena—. Van a pasar por nuestro lado.

Le guiñé un ojo por toda respuesta y saqué la lengua, agachándome y lamiendo la piel rasurada de sus genitales. Succioné uno de ellos y lo metí en mi boca, sin hacer demasiada presión, viendo cómo Aless contraía el gesto y se mordía el labio, apoyando la cabeza en el respaldo para, al segundo siguiente, volver a inclinarla para contemplarme.

Giró su cara fingiendo despreocupación cuando una pareja pasó a nuestro lado y repetí el movimiento con el otro testículo, conteniendo la risa al percibir su gruñido intentando disimular. Al quedar de nuevo sumidos en nuestra falsa intimidad, me miró y agarró mi nuca, atrayéndome hacia su miembro.

—*Per favore, non fermarti, continua a succhiare.* —Su ruego me hizo sonreír. «Por favor, no te pares, continúa chupando.»

Y eso exactamente fue lo que hice. Lo metí de nuevo en mi boca, ayudándome de la mano derecha en su base para hacer presión entre mis dedos y moverlo arriba y abajo junto con mis labios. Sus manos acariciaban mi cuello y mi pelo en todo momento, notando que, dentro del instante tan caliente que estábamos experimentando, él no dejaba de ser cariñoso.

Su respiración apresurada y entrecortada me guiaba, indicándome que estaba a punto de correrse, y sus gemidos acelerados junto con la extrema dureza de su erección dentro de mi boca lo terminaron de anunciar. Cuando un manantial de líquido tibio inundó mis papilas gustativas, no le quité la vista de encima, advirtiendo cómo contraía su estómago a la par que los espasmos de su erección terminaban de expulsar su semen mientras lo exprimía con mis labios.

—Una *bocca* prodigiosa —me halagó cuando me separé de él y me relamí, sonriente.

Me elevé encorvada para pasar de nuevo a mi asiento, sintiendo las piernas

algo aturdidas, y él aprovechó el movimiento para atraerme hacia su cuerpo y besarme, sintiendo su propio sabor. Acarició mis labios con su lengua y, echándose hacia atrás, besó la punta de mi nariz.

—*Grazie*.

Le devolví la sonrisa, dispuesta a salir del coche.

—No hay de qué..., pero pienso cobrarme el favor.

Le guiñé un ojo y agarré el bolso, saliendo al frío de la noche y respirando hondo, intentando calmar lo que bullía encendido en mi interior.

Entramos apresurados en la casa.

—Chist... No hagas ruido —le pedí cuando enfilamos el pasillo hacia mi habitación, agarrados de la mano—. Teresa debe de estar dormida.

—¿Con ese *rumore*? —Sonrió, haciendo alusión a los gemidos amortiguados que se oían por toda la casa en el silencio de la noche—. Lo dudo mucho.

—Puñeteros vecinos... Ven aquí.

Cerré la puerta de mi dormitorio y él no perdió ni un segundo, apoyándose en la pared y besando mi cuello. Sollocé excitada, agarrando su pelo largo entre mis dedos cuando comenzó a bajar la cabeza tras levantarme el jersey, dejando al descubierto un sujetador de encaje azul eléctrico a través del cual se marcaban mis pezones erectos.

Lo echó hacia abajo, liberándolos, y succionó uno de ellos; entonces aferré en mi puño el mechón que tenía agarrado y lo atraje hacia mí, queriendo fundirlo con mi piel.

—Madre mía...

Al percibir mi lastimero lamento, dejó vagar su mano por mi cuerpo hasta levantar mi falda, pasando sus largos y nervudos dedos por mi tanga.

—Humm, estás *molto* mojada. *Lo amo*.

A mí sí que me encantaban sus atenciones.

Agachándose, agarró mi ropa interior y la deslizó por mis piernas, besando mi monte de Venus cuando me tuvo frente a él medio desnuda. La falda seguía enrollada en mi cintura, aunque me había despojado del jersey, quedándome con el sujetador bajo el pecho al descubierto, tal y como lo había dejado él hacía un momento.

—*Adesso ci penso io...* —«Ahora me toca a mí», anunció.

—Oh... Hummm...

Apoyé la cabeza en la pared, poniendo los ojos en blanco al sentir su

lengua entrar en contacto con mi clítoris, paseándola por mis pliegues húmedos y succionando. Su postura de rodillas frente a mí me hipnotizó; le eché el pelo hacia atrás y abrí aún más las piernas, ayudada por sus manos en mis caderas.

Aspiraba entre mis pliegues, sin dejar un centímetro de piel sin devorar y concentrándose en mi clítoris durante unos segundos que me resultaron sumamente escasos para conseguir mi propósito, pues ese pequeño botón clamaba atención de manera urgente.

Sin tener que contener demasiado el volumen de mis propios gemidos, ya que cualquier sonido quedaba bastante eclipsado por el que resonaba desde que habíamos llegado, comencé a ascender en mi excitación.

La presión de su lengua y la succión de sus labios empezaron a hacer mella en mí, temblando de anticipación. Alessandro sintió el cambio que obró mi cuerpo a punto de estallar y reaccionó, llevándome hacia un lado de la cama y haciendo que apoyase un pie encima de la misma.

Ambos de pie y enfrentados, llevó su mano a mi abertura, introduciendo los dedos corazón y anular. Los curvó hasta llegar a un punto justo que me hizo dar un respingo gracias a sus movimientos rítmicos y circulares que a cada segundo aumentaban de velocidad. Él sonrió aferrado a mi cuerpo, pues sabía perfectamente lo que estaba ocasionando.

El sonido que producía era embriagadoramente erótico.

—Aless... Aless... —rogué su nombre.

—*Andiamo, amore mio. Dammelo...*

Mis caderas se movían sin poder contenerlas mientras su mano se agitaba rápida dentro de mí, provocando estragos. Estaba excitada a más no poder y sentí que algo diferente ocurría en mi cuerpo, como si, junto con el orgasmo, llegase algo más... Apreté mi trasero, apremiante, y eché mis caderas hacia delante, buscando algo, aunque no sabía qué era.

En cuestión de segundos, un hormigueo junto con la sensación urgente de orinar nacieron dentro de mí y me anunciaron que me partía en dos sin poder remediarlo, notando una acumulación de fuerza en el clítoris que estalló, empapando mis piernas mientras moría de placer aferrada a su boca, que bebía acelerada mis gemidos.

—Creo que me he hecho pis... —murmuré exhausta.

Su cariñosa carcajada me hizo sonreír, dándome igual en ese momento si realmente había ocurrido y había llenado el suelo con algo tan poco

apetecible.

—No te has hecho pis —repitió divertido—. Has tenido una... ¿expulsión orgásmica?

—Bendita sea...

Nos reímos y, tras limpiarme cariñosamente y terminar de quitarme la ropa, me metí en la cama a la vez que él hacía lo propio y quedaba gloriosamente desnudo a los pies de la misma. Le sonreí y palmoteé, cansada, la superficie, dándome cuenta de que la banda sonora vecinal había llegado a su fin sin percatarme ni tan siquiera de ello.

Ese italiano me hacía perder el sentido del espacio y del tiempo, literalmente.

Le hice un hueco en mi amplio colchón y se acercó a mí, dándome un beso tierno, que me hizo sonreír, acariciándome luego la cara.

—¿Estás bien? —Asentí somnolienta—. Descansa, *amore mio*.

—¿No te importa?

Negó con la cabeza y besó mi mejilla, acunándome en su abrazo. Unos minutos después, su voz susurrante y en su idioma natal me hicieron suspirar, casi rendida al sueño.

—*Dormi, preziosa. Guarderò i tuoi sogni.* —«Duerme, preciosa. Yo velaré tu sueño.»

Capítulo 11

Cuando abrí los ojos me encontraba sola en la cama y en la habitación no había ni rastro de Alessandro. Suspiré mirando al techo, recordando lo que había ocurrido entre nosotros. No se podía negar que el chico tenía experiencia en provocar placer femenino, aunque no habíamos llegado a acostarnos juntos en el sentido coital de la palabra, pero la destreza de sus manos y de su boca no dejaba lugar a dudas de ello.

Unos murmullos en el exterior de mi cuarto seguidos de unas risitas comedidas y silenciadas me hicieron ponerme en alerta sobre la cama. Me vestí con lo primero que encontré a toda prisa y salí de la estancia, escrutando el pasillo, que se encontraba vacío.

Cuando asomé la cabeza por la entrada del salón, quedé petrificada cual estatua de sal, pues mi hermana estaba dándose un señor morreo con el que a todas luces parecía ser Joaquín, el tímido y adorable compañero empollón de su facultad, que en ese instante lucía despeinado y con una expresión satisfecha y enamorada en la cara.

Lo que hacía un buen revolcón...

Decidí volver por donde había venido, concediéndoles unos minutos a ellos y sobre todo a mí misma para procesar que mi hermana pequeña había pasado la noche con él y no precisamente estudiando.

¿Habrían provenido de su habitación los ruidos de la noche anterior? Madre mía... y yo echándoles la culpa a los vecinos.

—¿Cris? —Llamó con los nudillos a mi puerta, provocándome un sobresalto al otro lado—. Sé que estás despierta, te he visto merodeando por el pasillo antes...

Alcé las cejas, pillada, y abrí, quedando frente a ella.

—Hola.

—Hola. —Me sonrió, tensa—. Antes de que me sometas al tercer grado... Sí, me he acostado con él, y no, aunque pueda parecer lo contrario, no estamos saliendo juntos.

La miré incrédula y cerré la leonera que tenía montada en la habitación a mi espalda.

—¿Mi responsable hermana practicando sexo ocasional con un chico? —Se sonrojó—. ¡Ya era hora, hermanita!

Ella abrió mucho los ojos, espantada.

—No tiene gracia...

—No me estoy riendo. Me parece estupendo que te des un respiro de vez en cuando, aunque no te voy a negar que me hayas sorprendido al verte con él en el salón.

—Ya...

—¿Por qué me miras así? ¿Es que acaso te arrepientes?

—No es eso, pero... —Negó desconcertada—. Imagino que es lo que hacen todas.

Asentí, conteniendo la sonrisa que su expresión me provocaba. Quizá eso era lo que le había estado pasando días atrás, que necesitaba tener una noche liberadora.

—¿Te molestaron los vecinos anoche? —indagué, queriendo averiguar si mis conclusiones habían sido acertadas.

—No. Desde ayer a la hora del desayuno que no se los oye.

Volví a asentir, apretando los labios, asombrada. Vaya con la recatada de mi hermana... ¡Menudo espectáculo que había montado en el vecindario!

—¿Y Alessandro?

Al ver que, aparentemente, no estaba en la casa, me extrañé.

—Ni idea. Yo acabo de levantarme... —contestó cambiando el gesto.

—Que no de despertarte, ¿eh, pillina?

Se echó a reír, cohibida, y me dio la espalda, murmurando algo sobre lo descarada que podía llegar a ser.

Cuando me quedé sola en el salón, caminé hacia la cocina para prepararme un café, dándome cuenta en ese mismo momento de que ya eran pasadas las doce y media. A las hermanas Barea se nos habían pegado las sábanas tras una noche movidita.

Mi teléfono sonó sobre la mesita del salón, donde había dejado caer mi bolso al llegar la noche anterior con las prisas. Mientras la máquina terminaba de hacer el café, fui hasta él y lo cogí, para leer un mensaje de Alessandro que parecía haber sido invocado por mi pensamiento previo.

Perdona por marcharme esta mañana sin avisarte, pero no quería despertarte.

No te preocupes.

Sei ancora bella quando dormi. («Sigues siendo preciosa cuando duermes.»)

No me hagas la pelota, que no hace falta, italiano 😊

Lo de anoche fue una delizia, amore mio. Por cierto, puede que hoy no vuelva a casa para dormir, pero no os preocupéis por mí, primas.

Vale.

Tutto bene?

Tutto bene, primito.

Ti amo, bella.

Seguro que se lo dices a todas, seductor de pacotilla. Anda, ten cuidado por ahí repartiendo tus explosiones orgásmicas, ¿de acuerdo? ¡Besos!

Besos 🍷

El último mensaje lo escribí sonriendo, agradeciendo que nuestra relación no hubiese sufrido ningún cambio a raíz de haber tenido ese encuentro sexual. Días después pude comprobar que realmente seguíamos igual o mejor que antes, con una complicidad y un buen rollo que no se había visto empañado por lo ocurrido.

Una semana más tarde, reunidas todas en la librería de Inma, comíamos y cotorreábamos pisándonos las unas a las otras.

Adoraba las comidas de los viernes...

—Este grupo no suele tener secretos, ¿verdad, chicas?

Rosa atrajo nuestra atención y todas negamos, algunas más convencidas que otras, sin saber a qué o dónde quería llegar.

—Pues aquí hay alguna que se está guardando una información muy jugosa.

Me miró y señaló con un dedo, acusadora.

—Habla, bellaca.

—¿Yo?

—No te hagas la sueca, que bien sabes hacerte la italiana...

Cerré los ojos y dejé escapar una sonrisa.

—¿Cómo demonios te has enterado?

—¿Aún no has entendido que soy como una madre? No hay secretos para mí, lo acabo sabiendo *todo* —recalcó la última palabra.

—¿De qué habláis? —preguntó Erika, siendo secundada por las demás, ajenas a lo que Rosa y yo comentábamos, aunque sin ahondar en ello.

Mi amiga asomó el escote por encima del mostrador, susurrando cómplice unas palabras que hicieron que cuatro cabezas se volvieran en mi dirección.

—¿Te has follado a tu primo? —preguntó Jessica.

Tuve un *déjà vu*.

—No..., técnicamente, no.

—Déjate de monsergas con lo de que no es tu primo y toda esa tontería — se quejó Inma—. ¿Te lo has tirado?

—Mejor que os lo cuente Rosa, que parece que está al tanto de mi vida privada mejor que yo...

Ella se rio y se encogió de hombros, sin un atisbo de arrepentimiento. Realmente estaba intrigada por saber cómo demonios se había enterado de lo que había ocurrido entre nosotros, pero una cosa estaba clara: únicamente dos personas conocíamos los detalles, él y yo... y por mi parte no había mencionado nada a nadie, así que sólo quedaba la teoría de...

—Me encontré con Alessandro el otro día.

¡Bingo!

—¿Dónde? —quise saber.

—¿Vamos a entrar en pormenores sin importancia? —preguntó Inma, ansiosa—. Ve a la parte jugosa...

—¡Oye! No seáis impacientes. Yo quiero saber los detalles —protestó María.

—Si os calláis, quizá os lo pueda contar, so cotorras —las riñó Rosa, y cuando todas guardaron un silencio expectante, incluida yo, continuó—. Estaba comiendo con un par de compañeras de trabajo en un restaurante y llegó él con más gente. Cabe decir que el muchacho quitaba el hipo con ese traje de chaqueta y el pelo algo más arreglado que la otra vez que lo vi.

—Hummm... Es que un buen vestuario hace mucho.

—Y el pelo.

—¿Queréis callaros? —solté exasperada.

—El caso es que, después de comer, me quedé en el restaurante esperando que llegase la hora de la cita con una clienta y él se acercó cuando sus compañeros se marcharon. Nos tomamos un café juntos y...

—Alessandro no toma café —la interrumpí.

—¿Y qué más da?

—¿Ahora quién es la que no se calla?

—Perdón.

—Madre mía —bufó exasperada Rosa—. Yo me tomé un café y él, una infusión, ¿vale, Cris? —Me miró esperando una nueva interrupción y asentí con la cabeza—. Estuvimos hablando un rato y le tiré la caña, pero me recordó la estúpida regla y me preguntó por ella. Le dije que siempre habíamos tenido una norma y es que no podíamos acostarnos con ningún familiar de las demás, ya fueran primos, hermanos o amigos íntimos, porque ya habíamos sufrido las consecuencias...

Jessica asintió pesarosa, recordando su episodio con el hermano pequeño de Inma, del que acabó colada hasta los huesos y él sólo la utilizó para un rato de diversión. Aquello resintió la relación de las dos durante algún tiempo, ya que Jessi no podía dejar de mencionar lo sucedido e Inma estaba en medio.

—... y aprovechando que había salido el tema, le dije que tú estabas exenta de esa norma, porque ya había ocurrido algo entre vosotros.

Abrí los ojos, consternada. Dios... ¿para qué les contaba nada a las bocazas que tenía por amigas?

—Cuál fue mi sorpresa cuando me hizo mención a lo que había ocurrido, pero no unos años atrás como tú nos habías contado, ¡sino hacía tan sólo un par de días! ¿Tienes algo que decir a eso?

Las miradas de todas se clavaron de nuevo en mí y gruñí, sabiendo que Aless pensaría que se lo había contado a ellas y que por eso mi amiga estaba al tanto de nuestro encuentro el fin de semana pasado.

—No nos acostamos.

—¿Entonces? —indagó María.

—Digamos que hubo cierto tipo de... trabajos manuales y bocales —me encogí de hombros—, pero no llegamos a acostarnos.

—Eso y meterla es lo mismo.

—Bueno, no lo creo.

—Yo tampoco.

—Es sexo también.

—Joder..., qué pandilla de charlatanas estáis hechas —se quejó Inma—. El caso es que le comiste la castaña a tu primo, él te comió el peluche, tocasteis un rato para afinar las cuerdas de la guitarra y no nos lo has contado.

—¡Si no me ha dado tiempo! —protesté—. Además, Rosa tampoco ha dicho nada de su fin de semana del que casualmente volvió antes de tiempo y no quiso comentar nada, ¿eh? ¿Qué tienes que decir tú a eso?

Redirigí la atención hacia otra víctima y surtió efecto, pues todas se pusieron a preguntar hasta que nuestra amiga claudicó y supo que no tenía escapatoria.

—¡Está bien! Os lo cuento, pero no quiero cachondeítos después...

—Eso está por ver —replicó Erika.

—Bueno, como ya os dije, me había pasado por el *sex shop* y había comprado algunas cosas para amenizar el fin de semana... Una de ellas fue un estuche de productos comestibles del que la chica me habló, diciéndome que le acababan de llegar y eran perfectos para jugar con tu pareja...

—Interesante.

—Seguro que te lo comiste antes de llegar, como no eres glotona...

—Por favor, callaos; tengo que abrir en veinte minutos y quiero poder enterarme este año y no el que viene —volvió a reñir Inma, pasándonos los cafés.

—Estuches comestibles —retomé—. Sigue.

—El caso es que esa vez me había dado por el romanticismo... Creo que estaba ovulando, yo qué sé... Bueno, pues ya con el muchacho en faena, todo romántico, con unas velitas, ropa interior sugerente... empezamos a probar todos los potingues de la caja. —Sonrió maliciosa—. Que si un poquito de polvos de chocolate por aquí, que si un pincelito por allá... metida totalmente en mi papel. Y, cuando estábamos ya entonados, cogí un bote, se lo volqué por todo el tema y me puse en plan *femme fatale* a reptar por su cuerpo para chupársela.

—La cosa va de comer —me reí, instándola a continuar.

—Empecé y, de repente, me empezaron a entrar unas arcadas malísimas. Me descompuse y sentí que quería vomitar como la niña de *El exorcista*. Os lo juro, no os podéis imaginar el panorama, con el tipo allí, mirándome con cara

de asco y yo que parecía que me había tragado un bote de detergente, echando espuma por la boca...

—¡Ostras!

—Después de eso, se nos cortó todo el rollo, ya os podéis hacer una idea. Yo, malísima de la muerte, y él, que no sabía dónde meterse, así que nos fuimos cada uno a nuestra casa sin haber hecho nada de nada —se lamentó—. Qué vida más triste.

—¿Y por qué te pusiste tan mala?

—Lo mismo era un ataque epiléptico. La hija de una clienta de la peluquería los sufre.

—Qué va a ser epilepsia... Cuando fui a la tienda donde lo compré pensando que estaba caducado o algo por el estilo, porque me puse a morir, y le enseñé el bote de marras, la dependienta me miró y se empezó a descojonar en mi cara...

—Qué profesional...

—Hija, es que imagina el panorama. Yo también me hubiese reído con la historia —la excusó Inma.

—¿De qué se reía? —preguntó María.

—Pues de que lo que le había echado por el ciruelo no era nada comestible del estuche: con las prisas, y sin leer las instrucciones antes, había utilizado el gel para lavarnos después de los juegos. Lo raro es que no me haya salido una úlcera en el estómago.

Todas empezamos a reírnos a carcajadas con la situación sin poder evitarlo, pues a la experiencia en sí, un tanto inverosímil pero verídica, había que añadirle el desparpajo con el que mi amiga narraba siempre sus peripecias.

—Ya os vale... —farfulló divertida, imitando una arcada y estar ahogándose, haciéndonos reír más con ello.

Tras unos minutos más de risas, Jessica soltó la bomba que había estado conteniendo durante toda la hora del almuerzo.

—Pues yo también tengo algo que contaros.

—¡Estás embarazada!

—¿Estás embarazada?! —chillé, asombrada.

—¡No! —se horrorizó—. ¿Estáis locas? Es sobre lo que estuvimos hablando hace un tiempo de irnos juntas de viaje. ¿Os acordáis?

—Como para olvidarlo —suspiró Inma, recogiendo el mostrador, pues ya

se acercaba la hora de apertura—. Necesito vacaciones.

—Y, a poder ser, con mucho tío bueno donde elegir —agregó Rosa.

—Pero que haya algo romántico que hacer para convencer a Pablo... —pidió Erika.

Jessica la miró y negó con la cabeza, pesarosa.

—Lo siento, Eri, pero me temo que, a menos que Pablo esconda un lado pervertido que desconocemos, estas vacaciones no van a ser lo que le interese.

—¿Y eso? —pregunté.

—La chica de la que os hablé y a la que le pedí que buscara algo para nosotras y nuestras vacaciones vino ayer a la peluquería y me contó que acababa de llegarle información acerca de un crucero que ya se ha celebrado en varias ocasiones y que ha sido todo un éxito.

—¿Un crucero? —preguntó Rosa, poniendo un gesto de aburrimiento—. Eso está lleno de niños y abuelos. Paso.

—Me gusta la idea del crucero —la contradujo Erika.

—No hay niños ni abuelos, tranquilas —replicó Jessi, interesante—. Se trata de un viaje para solteros y parejas liberales que quieran experimentar y probar cosas calentitas a bordo...

Movió las cejas sugerentemente.

—¿Hablas en serio?

—He oído hablar de ellos, son cruceros *swingers*, ¿no?

—Por lo que me comentó, no es exactamente eso, es un crucero sexual... Hay zonas del barco donde puedes ir desnudo, juegos calientes, perversiones... ¡Lo que estábamos buscando!

—Ay, Dios... —soltó María.

—Seguro que también hay dioses —se carcajeó Inma—. ¡Me apunto!

—Yo también —secundó Rosa—. Sexo, barco, tíos buenos, lucir palmito... ¿Dónde hay que firmar?

—Y yo —secundé.

—Venga, ¡¿qué demonios?! Y yo... pero ¿no queréis saber por dónde viaja? —preguntó María.

—¿Es que acaso eso importa? —contestó, divertida, Erika—. Yo no me uno, chicas. Espero que lo comprendáis.

—Habla con tu marido, lo mismo...

—Venga ya, ¡estás hablando de Pablo! ¿Tú lo ves en un crucero lleno de gemidos y condones usados?

—Con lo preocupado que está por el medio ambiente, dudo mucho que quiera ir a un antro de contaminación marina y profilácticos no biodegradables —añadí divertida.

—Además, alguien se tiene que hacer cargo de la librería, ¿no? —expuso convencida, mirando a la dueña del negocio—. Ya me ocupé de ella unos días cuando tu padre se rompió la pierna y tuviste que quedarte cuidándolo, ¿no es así? Puedo volver a hacerlo y de ese modo no tendrás que cerrar, si te parece bien.

—¿En serio?

—Sí, en serio. —Le dio un beso en la mejilla, cariñosa—. Venga, guarrillas, ya podéis ir a depilar y poner a punto esos cuerpos para dentro de...

—Un mes —aclaró Jessica—. El 2 de junio sale del puerto de Barcelona, rumbo a una semana de sexo y desenfreno. ¡¡Yuju!!

—¡Un mes! Esto hay que prepararlo pero ya. ¡Nos vemos, chicas, se me hace tarde!

—Sí, lo hablamos.

—Os quiero.

—Y yo. Poned el cartel de abierto al salir, por favor.

Si alguien nos hubiese contado lo que cambiaría nuestras vidas ese viaje, quizá las cosas habrían sido diferentes, pero la locura se había desatado y en escasos treinta días estaríamos zarpando llenas de ilusión, sin un pelo en nuestros cuerpos excepto en la cabeza y la manicura hecha, rumbo al excitante y placentero sexo con desconocidos.

¿Estaríamos preparadas? Sólo había un modo de averiguarlo...

Capítulo 12

¿De verdad había aceptado hacer un viaje en el que el sexo era el tema principal, en lugar de la visita a varias ciudades? Era absurdo, si ni siquiera era capaz de ir hasta el salón a buscar a Alessandro para invitarlo a mi cama, y eso que ganas no me faltaban...

Lo había oído llegar cuando ya estábamos acostadas cada una en nuestro dormitorio tras haber cenado unas hamburguesas que Teresa había traído a su vuelta de la biblioteca, y la idea de acabar lo que habíamos empezado la semana anterior sobrevolaba mi cabeza, pero no conseguía reunir el valor necesario para hacerlo.

Di una nueva vuelta en la cama, exasperada, cuando unos toques suaves de nudillos en mi puerta llamaron mi atención.

—¿Sí? —murmuré, sentándome en la cama.

El pomo giró y una cabeza con cabellos desenfadados, vello facial y expresión carnal me provocó una sonrisa.

—*Posso?*

Al final no iba a tener que reunir el valor que me faltaba, pues ya había venido él a mí y me ahorraba la tarea.

—Claro.

—¿No estabas dormida, verdad?

Negué con la cabeza mientras él se acercaba a la cama por el lado que ocupaba y se sentaba en el colchón, para darme seguidamente un beso en la nariz. Sentí sus labios fríos y con un leve olor a tabaco.

—¿Vienes de fiesta? —Asintió—. ¿Y a qué debo el honor?

—No podía dejar de pensar en ti en esta cama. —Acarició mi cuello y contuve el gesto de placer—. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que tú y yo...?

—¿Hablas en serio?

—*Molto seriamente.*

Nos miramos de forma intensa durante unos segundos.

—Si te digo la verdad, no podía dormir porque me moría de ganas de ir al salón y traerte a rastras hasta mi cama.

—¿Para hablar? —preguntó pícaro.

—No precisamente...

—No iba a hacer falta traerme a rastras —repitió dudoso la expresión—. Te hubiese seguido encantado. ¿Por qué no lo has hecho?

—Sinceramente, no quiero que haya complicaciones entre nosotros.

Él se sacó la chaqueta y la lanzó a una esquina de la habitación. Acto seguido, me miró extrañado.

—¿Crees que, si *facciamo l'amore*, va a pasar, se va a complicar?

—No lo sé —dije, pero enseguida rectificué—. No. No lo creo. Al menos, no por mi parte.

—Por la mía tampoco.

—Bien.

—*Bene*.

Un silencio se instauró entre nosotros y me removí en mi postura, recolocando la sábana.

—Entonces... —lo miré de nuevo cuando me habló—, ¿crees que podrías alquilarme media cama?

Mis ojos se abrieron desmesuradamente, con expresión divertida.

—No me lo puedo creer...

—*Che cosa?*

—¿Te lo ha dicho Rosa?

—Mis labios están sellados —contestó sonriendo.

—Pues será mejor que rasgues el sello —llevé mis brazos hasta su cuello y lo atraje hacia mí—, porque, para lo que tengo pensado, te va a hacer falta un buen uso de ellos...

Lo que ocurrió aquella primera noche volvió a repetirse en un par de ocasiones más durante las siguientes dos semanas, además de otras visitas nocturnas menos moviditas. Teresa se pasaba el día sin aparecer por casa, preparándose para los finales, que estaban a la vuelta de la esquina. Alessandro llegaba muy tarde de trabajar, por lo que, aunque intentaba esperarlo despierta, muchas veces él mismo era quien me desvelaba metiéndose en mi cama y pegándose a mí.

La mayoría de las noches únicamente nos abrazábamos y dormíamos juntos, a veces con hilo musical erótico y otras en silencio... pero, cuando despertaba

a la mañana siguiente, todo parecía haber sido producto de un sueño o un espejismo, pues volvía a encontrarme sola, tal y como me había acostado la noche anterior.

Los pocos ratos que sí pasábamos juntos en casa o en los que coincidíamos, ambos manteníamos un trato distendido, que en ningún momento se había visto ensombrecido por celos o reproches. Él no había dejado de acostarse con otras cuando la oportunidad se le presentaba, y yo lo animaba a ello, pues entre nosotros no había nada especial ni lo habría más allá de una estrecha relación y una complicidad que, cuando traspasaba el plano sexual, era explosiva.

Yo no había tenido tanta suerte como él. Las veces que había salido con las chicas, ninguno había llamado mi atención lo suficiente, aunque mis amigas habían estado comentando el último día que, como ya tenía a alguien que me calmara las ansias en casa y a mano, podía ser normal.

* * *

—Me marchó —comentó mi compañera, quitándose la bata que cubría su ropa informal—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí —aseguré, volviendo de mis pensamientos y recogiendo los juguetes en la cajonera roja del aula de las Ranitas que ya se encontraba vacía, pues prácticamente todos los padres habían venido a recoger a sus hijos.

—Nicolás está dormido en la clase, ¿te lo traigo?

—No. No te preocupes, voy para allá.

La seguí por el pasillo, quedándome en la puerta del aula de la que ella había salido minutos antes, donde se encontraba el niño, dormido en un carro de los que teníamos en la guardería. Una pequeña jugaba con un cochecito de muñecas mientras por la reducida tele que teníamos colocada sobre el mueble de cajonera se emitían, a un tono bajo, unos dibujos animados que de vez en cuando captaban su atención.

—Mira, ya vienen a por Claudia. Vamos, cielo, la abuela ha llegado.

—¡Abu! —exclamó la cría a la vez que se ponía de pie y mi compañera agarraba su manita.

—Nos vemos mañana, Cristina.

—Hasta mañana. Adiós, Claudia.

—*Aio*, seño —respondió la pequeña, entusiasmada, saliendo por la puerta.

—Por cierto, la madre ha mandado un mensaje diciendo que le es imposible salir del trabajo, pero que ha enviado a alguien a por él. —Señaló con la cabeza a Nicolás.

—Vale.

Me giré y observé la clase. El pequeño continuaba dormido, sin haberse inmutado por nuestra conversación, con un gesto tranquilo y el cuerpecito relajado. Sonreí y pasé los cincuenta y cinco minutos siguientes recogiendo el aula y haciendo tiempo.

—¿Por qué tardarán tanto en venir a por ti? —le susurré al chiquillo, sentada en una de las sillitas azules de la clase.

Recibí su respiración pausada por toda respuesta y volví a mirar el reloj. Faltaban seis minutos para las cinco de la tarde, hora de cierre del centro. Ya deberían haber venido a por él...

Me levanté y salí al pasillo, cruzando hasta el despacho de dirección para buscar el teléfono de la madre y consultarle. Al entrar y encender la luz, oí unos toques insistentes en la puerta de entrada a la guardería. Saqué la cabeza del despacho y miré; allí había un hombre de perfil, con gafas de sol estilo aviador, rictus serio y pelo moreno algo rizado.

Extrañada, me dirigí hacia la entrada.

—Hola.

—Hola —me contestó escueto—. Vengo a por Nicolás.

Lo miré y asentí.

—Deme un segundo.

Lo dejé en la puerta y volví al aula, acercándome al niño, del que ya había recogido sus pertenencias y preparado su mochila.

Ciertamente se daba un aire a su padre.

Cogí en brazos al crío, que apoyó su cabecita en mi hombro mientras continuaba soñando. Salí de la clase, acortando los escasos pasos hasta la entrada, donde él esperaba mirando algo en el teléfono sin quitarse las gafas.

—Lleva dormido algo más de una hora —le susurré al llegar junto a él.

—Vamos, campeón —le habló mientras lo cargaba con un brazo de forma cariñosa tras cedérselo.

Con un escueto «gracias», se giró y comenzó a marcharse, dejando a la vista los glúteos mejor formados de los que había sido testigo en mis treinta años de vida.

La leche... Menudo culo se gastaba el padre de Nicolás. La preciosa rubia

que tenía por esposa era muy pero que muy afortunada.

—Las hay con suerte...

Unos minutos después, y ya fuera del trabajo, apoyé mi mochila en el asiento de la moto rebuscando en ella, pues mi teléfono no paraba de sonar.

—¿Dígame...? ¿Sí...? ¿Hola?

Me extrañé al no oír nada y me separé del aparato, dándome cuenta del despiste que había sufrido, pues le estaba hablando a la cartera.

—Madre mía, estoy fatal. Ese culo me ha dejado aturdida...

Soltando el falso teléfono, miré la pantalla del real y comprobé que era un número que no tenía guardado en la agenda y que había llamado en dos ocasiones. Bueno, si quería algo, ya volvería a hacerlo.

Cuando monté en mi Vespa roja de lunares y arranqué, un suspiro involuntario se fugó de mi cuerpo. ¿Por qué no venía semejante adonis a recoger a mi alumno preferido más a menudo? Aunque, viendo el nivel de despiste que había sufrido tras haber sido idiotizada por su retaguardia, seguro que me iba mejor si no volvía por allí.

Y pareció que el destino me había escuchado, pues no regresó en todo lo que quedó de semana y su escueto recuerdo comenzó a disiparse de mi mente; tanto fue así que ese viernes ni siquiera recaí en mencionarlo siquiera con mis amigas.

* * *

—Te queda genial, Cris. —María asintió y subió ambos pulgares cuando salí del probador con el tercer vestido largo que me había probado. Las demás se encontraban dispersas por la tienda, con algunas prendas en los brazos.

El día anterior, en nuestra comida semanal en la librería, habíamos acordado ir a comprarnos ropa juntas para el viaje y en eso llevábamos invertida media mañana.

—¿Tú crees?

—Sí, en serio. Sin duda, el mejor que te has probado.

—Pero ¿no es demasiado?

—¿Lo dices porque es rojo? —Asentí no muy convencida, pero admitiendo que me hacía una silueta bastante bonita—. Es genial y muy elegante.

Me miré de nuevo en el espejo, tocando la tela.

La parte de delante era bastante pronunciada y no me permitía llevar nada

debajo, pero sentía mi pecho bien agarrado y fuera de peligro de salirse del vertiginoso escote gracias al interior en forma de *body* con *minishort* en tono nude que reproducía el color de la propia piel.

La tela era de un tejido rojizo transparente con bordados, encajes y algún aplique en el mismo rojo, que caía desde la cintura, adhiriéndose a mi cuerpo.

Resultaba sensual, insinuante y refinado.

—Además, esa raja va a causar sensación. —Mencionó la abertura que se dividía desde más arriba de la mitad de mi muslo.

—Guau... ¡Qué pibón! —se unió Jessica al pasar por nuestro lado—. Ni te lo pienses, te queda de miedo.

Asentí sonriendo, pues habían terminado de convencerme.

Tras una extenuante pero fructífera mañana, finalmente nos sentamos a comer con varias bolsas cada una. Aunque me había contenido, mi tarjeta de crédito había sufrido una nada desdeñable caída en picado de la que iba a tardar en recuperarse, pero aún no quería tocar los ahorros que tenía destinados para el viaje.

Mi teléfono vibró en el bolsillo trasero de mi pantalón vaquero.

—¿Aless?

—*Ciao, amore mio*. He llegado a casa y no hay nadie.

—Y te has sentido solito... —le contesté divertida, atrayendo la atención de Rosa, que puso morritos y ojos de enamorada.

—Tenía la *speranza* de comer juntos y luego acurrucarnos un rato a darnos *amore*.

—¿Te ha fallado tu cita del sábado?

—El ex volvió y me ha mandado un mensaje diciéndome que lo siente, pero que va a darle una *opportunità*.

Su voz falsamente apenada me hizo reír.

—Vaya. Te han dado plantón...

—Me ha roto el corazón, y por lo que veo tú también lo harás —sollozó.

Miré a las chicas y sonreí.

—Vente con nosotras. No estamos demasiado lejos y acabamos de sentarnos para pedir algo de comer.

—¿No es problema?

—Chicas —atraje la atención de todas—, Alessandro pregunta si os importa que venga a comer con nosotras.

—¡Claro que no!

—Está más que invitado.

—Me lo pido a él para almorzar —chilló Rosa—. ¡Camarero, un italiano bien hecho!

Me reí y oí a Aless al otro lado haciendo lo mismo.

—Ya ves que eres bienvenido. Te mando la ubicación en cuanto te cuelgue.

—*Grazie*.

—Las que tú me haces... —Desconecté sonriendo.

Nos dio tiempo a tomarnos un par de cañas a cada una y volver a animarnos con los preparativos del viaje. Casi todas habíamos indagado en Internet sobre el crucero *Deseos*, del que formaríamos parte en una escasa semana, y hablábamos entusiasmadas de los descubrimientos que habíamos hecho cuando un beso en mi coronilla y una mano en mi hombro provocaron que levantase la cabeza.

—¡Hola, Aless!

—Siento *il ritardo, bellas*. No encontraba aparcamiento.

—No hay problema.

Tomó asiento entre la silla de Inma y la mía, saludándolas a todas excepto a Erika, que no nos había acompañado porque estaba con su marido durante el fin de semana.

—*Perché tutto questo trambusto?* —me preguntó acariciando mi muslo y bebiendo de mi cerveza.

—En español, *bambino* —le pidió Rosa, ubicada frente a él.

—Alessandro pregunta que por qué estábamos armando tanto jaleo.

Y ahí se desencadenó una serie de comentarios y exclamaciones que consiguieron ponerlo al día de nuestro próximo viaje, del que aún no le había hablado. Él me miraba de vez en cuando con gestos divertidos, asombrados o encendidos, a los que yo le correspondía con sonrisas y encogimientos de hombros.

A la hora de marcharnos agradecí —y mi cuenta corriente más aún— no tener que tirar de nuevo de un taxi, pues la moto la había dejado en casa. Nos despedimos de las chicas y caminamos hasta el parking donde Aless había conseguido aparcar el coche al llegar. Él portaba mis bolsas y yo iba agarrada de su brazo, como una pareja más que salía de compras un sábado cualquiera..., sólo que no éramos pareja y que ése no estaba siendo un sábado cualquiera.

—Creo que tengo la solución para hacer que te... *Come ha detto Inma?* —

se interrumpió, recordando las palabras de mi amiga al entrar en casa—. ¿Dejes la melena?

—Soltar la melena. —Sonreí, dejando los zapatos y las bolsas al lado del sofá—. Ya la llevo suelta, ¿no lo ves?

—No en ese sentido...

Se aproximó a mí y pegó su torso a mi espalda, insinuando con su movimiento oscilante hacia los lados lo que tenía en mente.

Besó mi cuello y me estremecí.

—¿Teresa? —pregunté alzando la voz.

—*Siamo soli*. —«Estamos solos», contestó en un murmullo sensual en mi cuello.

Me escurrí de su abrazo y me senté en el sofá, mirándolo tentadora...

—¿Y qué propones, italiano?

Él elevó la comisura derecha de su labio y llevó las manos al bajo de su camiseta de manga corta, levantándola unos centímetros y permitiéndome ver la curva que indicaba el final de su vientre.

—*Una danza suggestiva, tanto per cominciare*. —«Un baile sugerente, para empezar.»

—Voy a tener que hablar con Leonardo sobre tu pérdida de memoria. —Me acomodé en el sofá, dispuesta a contemplar su *striptease*—. ¿Qué pensará mi padre después de haberle dedicado tantas horas a enseñarte a hablar mi idioma?

—Cuando te tengo cerca, no puedo pensar.

—Pues enséñame qué otras cosas sí puedes hacer...

Me sonrió y comenzó a desnudarse lentamente, al ritmo del silencio que mecía su cuerpo de forma masculina y atrayente ante mí.

Cuando quedó gloriosamente desnudo, moví mi dedo índice, invitándolo a acercarse a mi posición en el sofá. Su erección a media asta quedó a la altura de mi cara y me relamí golosa los labios, limitándome a darle un pequeño y casto beso en la punta.

—Siempre he querido estrenar este sofá. —Me deshice de la blusa y el sujetador, dándome la vuelta y apoyando las rodillas en el asiento—. ¿Probamos si es cómodo?

Su sonrisa apasionada mientras contemplaba el contoneo de mis caderas al subirme la falda y dejar al descubierto mi ropa interior terminó de encender

mi cuerpo. Rebuscó en sus pantalones y sacó un preservativo, que rasgó y se puso sin dejar de mirarme.

—No te lo quites —rogó cuando llevé mis manos al tanga para deslizarlo por mis piernas—. Estás *spettacolare*.

Mis labios dibujaron una sonrisa agradecida y me apoyé en el respaldo del sofá, de rodillas y con él a mi espalda. Paseó su miembro, que ya se encontraba más que dispuesto, por mis nalgas y acarició mi columna vertebral de arriba abajo.

—Nunca lo hemos hecho así. *Sono* unas vistas increíbles.

Con la cabeza girada hacia un lado para poder verlo, contemplé cómo, tras deslizar un par de dedos por mis húmedos pliegues, haciendo a un lado el tanga, se llevaba éstos a la boca y los saboreaba, guiñándome un ojo.

—Aless, ¿qué haces?

Me envaré cuando, con esos mismos dedos más que lubricados, jugó con la entrada a mi trasero, acariciando e insistiendo en el anillo fruncido que conformaba.

—¿Nada de esto para mí? —preguntó mirando fijamente hacia abajo, donde ambos cuerpos se rozaban.

—Definitivamente no ahora.

Las dos veces que había practicado sexo anal con Iván, mi ex, había resultado un fracaso absoluto, pues el dolor no me había permitido disfrutar y terminar de relajarme, por lo que no quería estropear el momento, el cual podía concluir en cualquier instante si mi hermana llegaba a casa.

Menos mal que había echado la cerradura, dejando la llave puesta por dentro a medias para que no pudiese abrir desde fuera.

—*Va bene, amore mio*. —Sonrió y se agarró desde la base, guiando su miembro hasta la entrada de mi vagina y jugueteando con ella—. Por aquí sí, ¿eh?

—Sí... —Gemí al sentir que comenzaba a invadirme, saliendo y sacando de nuevo los pocos centímetros que había atravesado—. Sí...

Hizo lo mismo en tres ocasiones más, dejándome con las ansias de sentirme llena de él, pero a la cuarta, agarrando mis caderas para que no me moviese en su encuentro, me penetró con un rugido medio animal hasta el fondo, haciéndome ver hasta la constelación de Orión, y no precisamente por el dolor.

Durante unos minutos se dedicó a retirar su pene casi hasta salir por

completo y volver a introducirse de un golpe seco. Hasta mis dedos de los pies se contrajeron de expectación en los segundos que dejó transcurrir de una embestida a otra.

—Más.

—Chist...

—Más, Aless. Más fuerte.

—*Santa Madonna.*

Su lamento precedió a una serie de acometidas rápidas y certeras, estimulando partes de mi interior que habían permanecido aletargadas y que en ese instante se encontraban animando con pompones a su victorioso conquistador.

El sonido de su pelvis y sus muslos chocando con mi trasero resonaba por toda la casa, a la vez que mis gemidos y su respiración, costosa y forzada, lo acompañaban.

Subió una pierna al sofá, cambiando el ángulo de su erección en mi interior, pero pronto se inclinó hacia delante, bajando de nuevo la extremidad al suelo, y agarró mi pecho con su mano derecha, atrayéndome hacia él y moviéndose para evitar que se saliese de mi cuerpo.

—No voy a durar más...

—Córrete —le pedí con la respiración entrecortada, sintiendo sus movimientos ralentizados.

—No antes que tú.

—Aún no voy a...

—Chist...

Guió mi mano hasta mi clítoris, instándome a moverla en círculos sobre él. Acepté el movimiento y, dejándome con ello, salió de mi interior, me recolocó de nuevo de rodillas en el sofá y volvió a introducirse en mí, reanudando las arremetidas cada vez más rápidas.

Mi sexo comenzó a contraerse, elevándose en su escalada hacia el orgasmo, constriñendo su erección. Mi mano continuó moviéndose sobre mi clítoris cada vez más rápido, volviéndose estremecedoramente intenso.

Sentí de nuevo el dedo de Alessandro en la entrada a mi trasero, pero esa vez no lo detuve; no podía hacerlo, pues estaba a punto de alcanzar el punto de no retorno y mis sentidos estaban concentrados en una sola cosa, mi placer. Un grito liberador escapó de mi garganta cuando el orgasmo comenzó, sintiendo su dedo entrar y salir de mí, aumentando mi placer. Su gruñido varonil anunció

que él también había terminado satisfactoriamente ese encuentro abrasador y placentero.

El estreno del sofá no había podido ser mejor. Mientras recuperábamos el resuello, me entró la risa floja. Podría decirse que, con esos minutos de placer, firmé una tregua en mi relación con los tresillos que me rodeaban... aunque, dejando la broma aparte, en ese momento supe que, de alguna manera, había sido especial; diferente. No me preguntéis por qué, pues no podría daros una respuesta certera, pero creo que en mi interior ya podía percibir que ese recuerdo sería uno de los últimos que atesoraría con mi italiano favorito.

El curso de los acontecimientos que estaban por llegar daría un giro total a nuestras rutinas...

Capítulo 13

Mi madre por fin se había dignado a aparecer por nuestro piso. Había sido una visita exprés, que me sirvió para comentarles a ella y a mi padre lo de mi viaje. No es que hubiese hecho demasiados comentarios positivos con respecto a nuestro nuevo hogar, pero al menos tampoco habían sido negativos.

Quizá pensaba que vivíamos en una covacha sucia y desordenada..., aunque debo admitir que me había pasado todo el tiempo que permanecieron allí con la intranquilidad de que mis vecinos nos regalasen una escena como la que llevábamos un buen rato oyendo... Menos mal que ya hacía casi una hora que se habían marchado.

—De verdad que no sé cómo no se cansan —protestó Teresa, resoplando en el sofá, con cara de agotamiento.

—Yo ya ni los oigo... —dije, comiéndome otra patata del paquete que sostenía Alessandro, en medio de las dos.

—El presidente debería presentar una queja por contaminación acústica comunitaria. ¿Qué?... No es ninguna broma.

—No seas tremendista, anda... Siempre podría ser peor.

—Ah, ¿sí?

—Claro. Podrían tener un perro nervioso que no dejase de ladrar...

—O unos gustos musicales horribles y que pusieran el equipo a un volumen ensordecedor... —intervino Aless.

—Podrían ser de los que hacen fiestas cada fin de semana...

—O de los que discuten cuando el marido *torna a casa* ebrio...

—Que fueran aficionados al karaoke...

—Con siete hijos gritones y ruidosos...

Aless y yo continuamos facilitando hipótesis, y Teresa gruñó cuando un nuevo golpe muy parecido a una azotaina seguido de un grito de júbilo sexual llegó hasta nosotros desde la terraza abierta. En esa época, en la que el calor comenzaba a apretar, parecía que la temperatura de los vecinos se había incrementado.

—Pero a éstos —graznó— les gusta practicar sexo... ¡a todo volumen!

Esto último lo chilló, dirigiendo su cabeza hacia la terraza, para ver si así se daban por aludidos, pero ni por éstas el ritmo del tercer polvo dominguero decaía.

—Sería entretenido calificar el desempeño de la tarea.

—¿De qué hablas? —me preguntó mi hermana, espeluznada.

—Pues eso, que podríamos puntuarlos. —La miré divertida, bebiendo de mi cerveza—. Resistencia, creatividad del lenguaje obsceno, cuánto finge ella... Bueno, no me mires así... Si no te gusta la idea, siempre podemos ponernos nosotros a berrear y simular tener una orgía en casa, haciéndoles la competencia. Estoy segura de que podríamos fingir mejor que ella; muchas veces no hay quien se la crea.

—Eso es espantoso.

Me reí por su expresión y Alessandro le dio un beso en la mejilla, cariñoso.

—Piensa en positivo, *piccola*... ¿Acaso no es maravilloso conocer así de bien a tus vecinos, de una forma tan íntima?

—No.

—*Come no?* —Se rio cuando ella le alzó una ceja, con cara de incredulidad. Me lo estaba pasando genial—. Fíjate, normalmente nos cuesta años conocer a las personas que nos rodean, pero con ellos ha habido una conexión profunda.

—Y tan profunda. —Me reí en un «Métemela hasta el fondo, papi» de ella.

—Cuando vivas en otra parte, siempre podrás *ricordali con amore* —continuó él—, tipo «ese vecino... ¡solía acabar tan rápido! Realmente venció su marca en las Navidades del 2018... Qué buen año aquel».

—No tiene gracia, Alessandro.

—Sabes que en el fondo sí que la tiene —la animé, viendo cómo él agarraba su mano y comenzaba a masajear sus dedos.

—Lo único que quiero es que bajen el volumen... ¿Es mucho pedir que reduzcan los decibelios cuando practican sexo? No es preciso que nos hagan partícipes del derroche de placer que parecen experimentar.

Cuando el clímax llegó, aplaudí, siendo seguida por Alessandro. Mi hermana nos miró negando con la cabeza, pero terminó riendo también.

—Los hombres de este país deberían concederle algún premio al *ragazzo*. Está subiendo la media española él solo. Haciendo los cálculos...

—Alessandro... —se quejó Teresa, interrumpiéndolo, deseando que dejásemos el tema.

—Haciendo cálculos —repitió, sonriéndole arrebatador—, con el número de coitos que tienen lugar, que seguro que son más, porque no siempre estamos en casa para oírlos, el *ragazzo* puede superar los ochocientos *annuale* fácilmente... Lleva un peso considerable en los hombros con su aportación.

—Tienes razón —me reí divertida—. Quizá deba ir hasta su puerta y felicitarlo.

—Estáis locos.

—También tienes razón, hermanita..., para qué te lo vamos a discutir.

Alessandro llamó nuestra atención, bajando el volumen de la televisión y haciendo que ambas lo mirásemos frente a nosotras, pues se había sentado sobre la mesita de café.

—*Ora* que vuestro héroe nacional parece estar recuperándose, quería hablaros de algo importante.

Lo miré arqueando una ceja. Habíamos pasado la noche juntos desde la tarde anterior y no me había dicho nada que tuviera mayor relevancia.

—¿Qué pasa?

—No quería hacer nada sin haberlo comentado antes con vosotras. —Nos sonrió y ambas nos mantuvimos en silencio—. Durante estas semanas he estado mucho tiempo fuera de casa por trabajo, pero también he estado mirando algún lugar donde vivir para poder dejaros aquí en la *vita privata* que teníais antes de que vuestro querido Alessandro invadiese el salón.

Lo miré arqueando una ceja, conteniendo el impulso de decirle que el salón no era lo único que había invadido, pues la mitad de mi cama casi tenía hecha su forma en el colchón. Él continuó, ajeno a mis pensamientos, alternando la mirada entre Teresa y yo.

—No quería hablarlo antes de tener nada seguro, pero ya he encontrado un sitio idóneo para mí y es justo que seáis las primeras en saberlo.

—No hace falta que te vayas, Aless.

—Claro que no —secundó mi hermana—. Estamos bien aquí contigo.

—*Grazie*, primas, pero vivir aquí siempre fue algo temporal. —Agarró una mano de cada una, con su semblante cálido y tierno—. Me marcharé en los próximos días.

—¿Tan pronto?!

—¿No puedes esperar al menos a que termine los exámenes del último

cuatrimestre? Son en diez días —apuntó mi hermana con su vocecilla apocada.

Una bombilla se encendió en mi cabeza, agradeciendo la aportación de Teresa. Estaba siendo egoísta utilizando a Aless así, pero no quería que se quedase abandonada en la temida época de exámenes y justo coincidía con mi viaje de sexo y desenfreno. Desde que supe esa coincidencia de fechas, llevaba con mal cuerpo el dejarla sola.

Menuda hermana mayor y responsable estaba hecha...

—¡Eso es! Podrías cuidar de que se alimente como es debido y duerma las horas necesarias —le pedí con gesto implorante—. Ya que yo me marcho de viaje y no podré estar pendiente de ella, ¿quién mejor que tú para hacerlo? Además, podrás dormir en mi habitación, que es muuucho más cómoda que tu cama auxiliar. Por favor...

Aless me miró mientras Teresa se quejaba, alegando que no era ninguna niña pequeña para tener que cuidarla como tal, pero hice caso omiso a sus palabras, rogándole a él con los ojos y mi mejor cara de criatura desamparada.

—Está bien —terminó por aceptar, y yo me abalancé sobre él, alegre.

Por unos segundos mi mente olvidó dónde nos encontrábamos y la compañía, pues en el momento en el que lo abracé, mi cuerpo reaccionó en un acto reflejo y lo besé en los labios, siendo correspondida durante unos instantes.

Cuando recobré el sentido común y me separé de él, pude ver cómo mi hermana se metía en la cocina, escabulléndose de la escena.

—Mierda.

—*Merda?* No debo haberte besado bien si eso es lo primero que te viene a la mente cuando nos separamos.

—No es eso... Teresa. —Miré hacia el lugar por el que había desaparecido, murmurando en un tono bajo—. Voy a hablar con ella.

—*Perché?*

—¿Porque acabamos de besarnos y ella estaba delante? —pregunté remarcando lo obvio—. No sabe nada y tampoco era preciso que lo supiese.

—De acuerdo —aceptó sin entender muy bien mi congoja.

Salió del salón y enfiló el pasillo; entonces aproveché y me acerqué a la cocina, donde mi hermana trasteaba en el frigorífico.

—Pitufa —la llamé, reclamando su atención. Ella asomó la cabeza por la puerta del electrodoméstico—, ¿podemos hablar?

—Claro.

Me acerqué a su posición y me apoyé en la encimera.

—No es lo que piensas...

—¿El qué?

—Pues lo que ha pasado hace un instante.

—No veo por qué te interesa saber lo que pienso sobre que os beséis.

Su contestación algo alterada me hizo elevar una ceja. Mi hermana no hablaba así..., no me hablaba así.

—¿Puedo saber qué te pasa?

—No.

—¿No?

—¿Te acuestas con Alessandro? —preguntó abruptamente.

Abrí los ojos, asombrada.

—¿Qué?

—Que si te acuestas con él.

La miré con una ceja alzada y negué con la cabeza, pero al momento siguiente asentí. No veía razón para mentirle, no estábamos haciendo nada malo.

—Está bien.

Mi nivel de estupefacción me hizo tardar en contestar, teniendo que bajar la voz para que el objeto de nuestra conversación no nos oyese.

—¿Puedo saber por qué parece molestarte que lo haga?

—No me molesta.

—Sí lo hace, Teresa. No me cuentes historias.

Mi temperamento estaba empezando a aflorar y no me gustaba ser tan ruda con ella, pero no entendía su actitud ni su molestia.

—¿Quieres saber qué me pasa? —preguntó encarándome, y yo asentí seria—. Pues me pasa que soy idiota, eso me pasa.

—¿Qué quieres decir? —La miré confundida.

—Llevo años admirándote y queriendo ser un poco como tú. Siempre has sido atractiva, has tenido lo que has querido porque te lo has ganado a pulso y les gustas a los hombres...

Su mirada acuosa me ablandó e intenté acercarme a ella y abrazarla, pero me rechazó.

—No, no quiero llorar —protestó por mi acercamiento, conteniendo las lágrimas—. Y, si me abrazas, no podré impedirlo.

—Pero...

—He perdido la virginidad con Joaquín.

No terminaba de entender el cariz que estaba tomando la conversación, pero asentí, instándola a continuar.

—Ni siquiera me gusta —aclaró.

—Entonces, ¿por qué...?

Su gesto elocuente me hizo callar unos segundos. Su insinuación trajo consigo una vorágine de teorías, pero todas con el mismo denominador común.

—¿Por Alessandro? —Asintió resoplando, enfadada consigo misma—. ¿Te gusta Aless?

No podía llegar a creerlo.

Nunca había visto ninguna muestra de ello, ¡por todos los dioses!

—No sé ni para qué intenté llamar su atención cuando traje a Joaquín, pero ahora tiene mucho menos sentido. Si estáis saliendo juntos, entonces yo...

—Espera, espera, espera. —Levanté las manos y le enseñé las palmas, interrumpiéndola—. Aless y yo no salimos juntos.

—¿Cuántas veces os habéis acostados?

—No sé si me siento cómoda hablando de eso ahora mismo —admití. Sabiendo que mi hermana estaba colada por él no era necesario hacerle daño gratuitamente—. Además, eso no es relevante. Él y yo no tenemos nada, Teresa. Sólo ha surgido en alguna ocasión y poco más, pero te aseguro que no hay nada formal ni serio. Nada de campanas de boda o unión de familias a la italiana.

Ella me miró, recelosa.

—Te lo juro.

—No hace falta que jures...

—Es que es verdad. Lo prometo por el fantasma de la despensa. —Sonreí y ella me imitó—. Además, ahora que sé que tú sientes algo por él, no va a volver a ocurrir, puedes estar tranquila y segura de ello.

—Está bien —aceptó de mejor grado, y continuó como si nada en la cocina.

—¿Ya está? ¿No piensas contarme qué es lo que piensas, sientes o cuáles son tus planes?

—No hay planes. Siento lo mismo que sentía y pienso que es imposible que yo llame su atención teniendo a quien quiere a mano..., habiéndote tenido a ti.

—Eres preciosa...

—Cristina, por favor.

—Hablo en serio. Eres preciosa y podrías estar con el chico que quisieses, pero Alessandro no sé si sería lo mejor para ti, pitufa. No está dispuesto a comprometerse con nadie y temo que te rompa el corazón.

—Ya sé cómo es —rebatí—. Aunque no tenga tanta complicidad con él como tú, soy muy observadora y conozco su forma de ser. Sólo quiero sexo, como él.

La miré suspicaz y contuve la sonrisa que su gesto resuelto me produjo. Mi hermana teniendo sexo desenfadado y fogoso con Alessandro. Si me lo hubiesen contado, no habría dado ni un céntimo por esa teoría.

—Si quieres hacerlo, no voy a ser yo quien te lo impida, de verdad. Pero sólo te pido que mantengas protegido tu corazón, porque es muy fácil enamorarse de él, pero, como siempre dice, tiene amor para todas. No cometas el error de permitir que, sin querer, te haga daño.

—No lo haré.

—Está bien. —Me acerqué a ella de nuevo y esa vez no me rehusó—. Tendrías que habérmelo dicho antes, so tontita. —Le besé la mejilla y ella sonrió—. No habría tenido nada con él si hubiese sabido que te gustaba.

—No pasa nada.

—¿Estás bien? ¿Estamos bien?

—Sí.

—¿Segura?

—Que sí, pesada... Anda, déjame preparar algo de comer, que tengo que volver a la biblioteca.

—¿Con Joaquín?

Ella resopló y puso los ojos en blanco a la vez.

—Sí...

—Pobre... Tú sí que le vas a romper el corazón.

—No lo creo, se lo dejé bien claro desde el principio.

Asentí más por darle la razón que por otra cosa, pues ese chico estaba colado por mi hermana. Sólo me había hecho falta verlo con ella para darme cuenta. Pero así era el ciclo de la vida... y, sobre todo, el ciclo del amor.

* * *

Los días siguientes a la conversación con ella habían pasado volando entre el trabajo y todos los preparativos que conllevaba zarpar rumbo a lo

desconocido, pero esa tarde, la anterior al viaje, se alinearon los astros y coincidí con la otra parte afectada para poder tratar algo que me parecía sumamente importante.

—Alessandro, tenemos que hablar.

—*Quella frase è terrificante*. —«Esa frase es aterradora», replicó.

—Te lo digo en serio. —Cerré la puerta de mi habitación y lo miré con gesto formal—. Quiero decirte algo importante.

—Vale.

Se sentó en la cama, dándose cuenta de que mi tono no era el despreocupado que habitualmente utilizaba con él.

—Mañana salgo de viaje...

—¿Quieres que tengamos una despedida napolitana? —Sonrió y aguanté el gesto, pretendiendo no ceder.

—¡Aless! Escúchame.

—Eso hago.

—Mañana salgo de viaje y no, no va a haber despedida a la italiana. —Puso morritos y no pude evitar sonreír—. Quiero hablarte de Teresa.

—La protegeré con *la mia vita*. Ya he hablado en la oficina de esto y estaré más libre esta semana para cuidar de ella.

Asentí agradecida y él se me acercó seductor.

—¿Ahora podemos despedirnos como es debido?

—Siento decirte que no habrá tal ceremonia —le aclaré, y me miró confuso, agarrándome de la cintura a escasos centímetros de mi cuerpo—. Si mi hermana se entera de esto, me mata, pero sé que, si no te lo digo, puede ser peor.

Él se retiró, receloso.

—Le gustas a Teresa. —Arqueó una ceja—. Le gustas mucho, y no quiero que le hagas daño, Aless. Sé que eres encantador y que todo lo que haces lo haces fenomenal... —sonrió ante mis palabras—, pero ella no es como yo y no quiero que sufra.

—¿Por qué das por hecho que va a pasar algo entre nosotros?

—No lo doy por hecho, pero vais a estar solos y tú eres de sangre caliente. Sé que puede haber ocasión de que ocurra algo y sólo te pido que no le hagas daño.

—Nunca.

—Prométemelo.

—*Giuro sul mio onore.* — «Lo juro por mi honor», afirmó.

Le di un abrazo y un cariñoso beso en la mejilla y le pedí que me acompañase a la cocina a hacer la cena, pero antes de salir me agarró de la muñeca y tiró de mí, atrayéndome hasta su cuerpo.

—Voy a extrañar tus besos —murmuró muy cerca de mi boca—. Una buena prima me daría el último para recordarlo *tutta la vita*.

Dejé escapar una carcajada y besé la punta de su nariz, divertida.

—Ahí lo tienes, casanova. Y ahora ven conmigo, que te voy a alimentar como es debido; últimamente estás quedándote en los huesos...

Abrí la puerta y me siguió reticente hasta la cocina, donde empezamos a preparar algo ligero para los tres. Le pedí que fuese a avisar a Teresa para que se uniese a nosotros, pero, cuando se disponía a salir hacia el salón, la aludida llegó hasta su lado y él, en un acto impulsivo, la cogió de la muñeca, le dio una vuelta a lo película de amor y la medio tumbó en el aire, agarrándola por la cintura y dándole un beso en la nariz.

Se le pusieron rojas hasta las orejas y me miró desconcertada. Yo me limité a guiñarle un ojo, dándome la vuelta y terminando de aliñar la ensalada de patata.

—Suéltame, loco —se rio, y yo sonreí de espaldas aún—. No tienes remedio...

La carcajada despreocupada de Alessandro nos hizo reír a las dos y cenamos en una cordial calma que mantuvo alejados mis nervios por el viaje que emprenderíamos al día siguiente mis amigas y yo. Ocho días navegando y prometiéndonos sexo desenfrenado, para los que me había preparado a conciencia, cuidando el más mínimo detalle de mi pelo, mis uñas y mi exquisito depilado.

Antes de acostarme, Aless me dio un consejo que pensaba seguir a rajatabla.

—*Non fare nulla che io non farei.*

O lo que era lo mismo: no hagas nada que yo no haría.

Sonreí imaginando la que liaría él en un sitio como ése justo antes de quedarme dormida.

Capítulo 14

Menudo comienzo de viaje más prometedor... Aún no habíamos pisado el barco y ya éramos el centro de atención de innumerables personas que, alertadas por el alboroto que nuestras risas y voces provocaban, giraban la cabeza para ver qué ocurría en la terraza de la cafetería en la que nos habíamos sentado.

Estábamos en Barcelona, nosotras y nuestro nada desdeñable equipaje.

—Pero ¿a dónde demonios iba esa china? Por favor... si la maleta era más grande que ella. Estuve por preguntarle si la habían extraditado, porque eso no era normal, no podía ni cargarla —exclamó Rosa.

—Es que ella era pequeña y se veía más bulto que persona... —la excusó María.

—Con más razón. Siendo tan poquita cosa, no me puedo creer que tenga tantos cambios de vestuario, coño —agregó Inma.

—Buscándole el lado positivo —continuó Rosa—, seguro que, a donde quiera que vaya, no tiene que gastarse dinero en alojamiento, porque abre la maleta, le pone una maceta y un sofá, se mete dentro y ya tiene casa.

—Vosotras no seréis exageradas, ¿no? —me reí.

—¡Es que era enorme!

—Y a ti por poco te sepulta en dos ocasiones —añadí respondiéndole a Jessica, que había sufrido a la susodicha como compañera de asiento en el trayecto en AVE—. No se le pudo ocurrir otra cosa que subirla a la minúscula repisa de arriba de los asientos...

—Tu cara era un poema, rubia —se cachondeó Inma—. Has ido acojonada todo el viaje, mirando disimuladamente hacia arriba a ver si se te iba a caer encima.

—Cabronas...

Nos reímos todas, incluido el camarero, que no había perdido detalle, aunque discretamente, de nuestra conversación.

—¿No tenéis la sensación de que nos falta algo?

—Sí... Erika.

—No me refería a eso, idiota.

—Qué bonito, se lo contaré cuando volvamos. Le encantará saber que su Jessica del alma no la echaba de menos.

—¿A qué hora tenemos que embarcar? —les pregunté, dejando a Jessi e Inma con su absurda verborrea.

Rosa miró la hora en el teléfono antes de responderme.

—Dentro de cincuenta minutos, así que deberíamos ir pidiendo la cuenta ya, porque aún queda un paseo hasta el puerto.

Abonamos la consumición y nos despedimos efusivamente del chico que nos había atendido de forma tan amable.

—No son tan malajes aquí, no sé por qué tienen esa fama.

—Jessi, nosotras tampoco somos vagas ni vamos por la calle con una flor en el pelo y unas castañuelas... Son tópicos —expuso María.

—Un poco secos sí que son —agregó Inma—. La que nos ha atendido en el punto de información de la estación necesitaba un buen meneo para alegrarle la cara.

—Era educada, sin más —agregué.

—Qué diplomáticas sois todas... —terminó diciendo Inma cuando nos montábamos en el par de taxis para llegar a la zona portuaria—. ¡Siga a ese coche de ahí! —exclamó al conductor, que la miró como si le hubiese hablado en arameo—. Siempre he querido decir eso.

Me reí y ella continuó comportándose como si interpretara magistralmente una película de Andrés Pajares y Fernando Esteso y ésa fuera nuestra primera salida del pueblo.

Después de explicarle al taxista hacia dónde nos dirigíamos, nos quedamos algo más rezagadas debido a un par de semáforos en ámbar que no pudimos cruzar. Cuando llegamos, vimos que Rosa, María y Jessica ya se encontraban allí, en compañía de un par de chicas más a las que no conocíamos y un chico moreno de piel muy mono. Quizá eran compañeros de crucero... aunque lo dudaba.

Una de ellas era pelirroja y lucía una barriga considerable que anunciaba su avanzado estado de gestación. Él debía de ser su pareja, pues la rodeaba con el brazo en actitud cariñosa y protectora. La otra era algo más menuda, con el pelo moreno y largo, cara aniñada y un carrito de bebé con un precioso

niño rubio dentro de no más de dos años que chupaba con ahínco un chupete mientras dormía plácidamente.

—¡Hola, chicas!

—Ya estáis aquí. Menos mal..., ya pensábamos que os había pasado algo —dijo María.

—Venid que os presento a Rebeca, Santi y Valentina. Nos hemos encontrado de casualidad y menuda coincidencia. Hacía tiempo que no nos veíamos, ¿verdad, Rebeca? —le preguntó Rosa, contenta.

—Y tanto —respondió la aludida—. Aún me acuerdo del día que te conocí. Fuiste la primera tras mi ascenso.

—Nos conocimos porque me entrevistó por primera vez cuando firmamos el acuerdo en mi empresa con la cadena hotelera —aclaró Rosa al resto, poniéndonos al día—. ¡Qué tiempos! Por cierto, ellas son las que faltaban del grupo. —Nos señaló—. Inma y Cristina.

—Hola, yo soy Rebeca —mencionó la pelirroja antes de darnos dos besos cariñosos a cada una—. Él es mi marido, Santi, y ella, mi cuñada Valentina.

—Encantado.

—¿Qué tal, chicas? —saludó para luego excusarse la morena, atendiendo al pequeño, que acababa de despertarse lloriqueando.

Me acerqué a ella y le hice un par de carantoñas al crío, que me miró algo receloso pero terminó sonriendo.

—¿Y este niño tan guapo cómo se llama?

—Javier —aclaró la madre con él en brazos—. Dile «hola Cristina. Un placer conocerte» —moduló la voz para su hijo y movió su manita a modo de saludo.

—Hola, precioso. —Le hice cosquillas en la suave piel de su bracito—. Eres un bombón.

—Es un clon de mi hermano —aclaró la pelirroja—... aunque tiene el mal genio de aquí la progenitora.

La aludida le dio con el hombro, cariñosa, y sonrió divertida.

—Cristina es maestra en una guardería —les explicó Rosa a los tres—. Es ver a un niño y ya no hay nada más para ella.

—Harías buenas migas con mi marido... —Lo miró enamorada—. Cuando quieras, te vienes a mi casa y te haces cargo de los dos pateadores de capoeira que llevo dentro una vez que hayan salido —comentó divertida Rebeca, tocándose con ternura su prominente barriga.

Él se limitó a sonreírle.

—¿Gemelos?

—Mellizos —me aclaró ella—. Niño y niña.

—Menuda sorpresa, ¿no?

—Yo llevo siete meses asimilándolo... Pero, si por él fuese, tendríamos una camada de cachorros cada mes. Ya le he dicho a Valentina que se ponga a trabajar para darnos otro sobrino, a ver si así se calman los dos padres, pero no hay forma de convencerla. Tiene la cabeza más dura que el cemento armado.

—Vaya... —contesté sin saber bien qué decir.

—Gracias, pero con un embarazo ya fue suficiente para mí. Este diablillo acapara toda mi atención y la de Rubén; además, suelo tener mala suerte para todo y con el embarazo no fue una excepción.

—No le hagas caso —me susurró, cómplice, Rebeca—. Es una agorera.

Sonreí y continuamos charlando. Ellos habían ido a despedir a los padres del chico, que habían embarcado en un buque con el Caribe como destino. Mientras hablábamos, comenzamos a caminar hasta la terminal donde se suponía que estaría atracado el nuestro, el trasatlántico *Deseos*.

Los pusimos al día de las peripecias que habían ocurrido en el viaje hasta allí y se interesaron por el tipo de crucero que íbamos a hacer y los detalles más jugosos.

Resultaron ser dos chicas muy agradables y simpáticas, a las que se las veía muy conectadas, con mucha complicidad entre ellas. Él, algo más callado, también parecía encantador, aunque tampoco tenía demasiada información para juzgarlo, pues se había mantenido en un discreto segundo plano.

Cuando llegamos al punto de embarque, nos despedimos de los tres afectuosamente, y ellas le hicieron prometer a Rosa que, a nuestro regreso, las pondría al día de todo lo que había ocurrido a bordo.

Con los nervios asomando incluso por el equipaje, nos acercamos al punto de recepción de la naviera, donde entregamos nuestra documentación y nos adjudicaron unas tarjetas personales de identificación, dejando también las maletas allí mismo. Ellos se encargarían de llevarlas hasta nuestros camarotes.

Al terminar, un chico y una chica uniformados y muy atractivos nos dieron la bienvenida, entregándonos un folleto informativo a cada una que supuestamente iba a orientarnos sobre el crucero en general, con un programa de actividades de esa jornada —o lo que quedaba de ella—, los puntos de

entretenimiento que podíamos encontrar en el barco nada más entrar y la hora de la charla de bienvenida, donde nos hablarían sobre las excursiones, restaurantes, compras, cómo utilizar nuestra cuenta de a bordo y demás.

Con un primer contacto sobre los pasos que tendríamos que seguir para no perdernos ni un minuto más de nuestras deseadas vacaciones, cruzamos la pasarela y embarcamos.

La asignación de camarotes ya estaba hecha con antelación. Yo compartiría el mío con Rosa, y en el contiguo estarían Inma, Jessica y María.

—Chicas, necesitamos un método para hacerles saber a las demás que la habitación está fuera de servicio —expuso Inma.

—¿Fuera de servicio?

—Sí, Jessi... Pareces nueva, hija mía —la riñó—. Si nos sale plan y nos lo traemos al camarote, no creo que nos apetezcan interrupciones, ¿no crees?

—Ah...

—Ah —se burló—. Pues eso. ¿Qué proponéis?

—¿Qué tal si utilizamos esto? —Mostré, guasona, una tarjeta de las de colgar en el picaporte donde claramente ponía «No molestar», que estaba en el tocador de su habitación, donde nos habíamos reunido todas después de ver ambas estancias.

—Estos empresarios piensan en todo —comentó divertida María, sentada en la que sería su cama.

—Ésta tiene mejores vistas que la nuestra —se quejó Rosa.

—¿En serio? —preguntó Inma, irónica—. ¿No se ve el mar desde la tuya?

—Sí... pero, si te asomas a tu terraza por la izquierda, tienes una panorámica de la habitación de dos monumentos que fijo tienen que ser candidatos a patrimonio de la humanidad por la Unesco.

Todas corrimos hacia allí, donde ella aspiraba un cigarrillo, despreocupada.

—Ahora sí queréis acompañarme mientras fumo, ¿no, guarras? —se rio—. Estáis salidas.

—Amén, hermana.

—Amén.

—Amén.

Rompimos a reír, atrayendo la atención de los susodichos, que ciertamente estaban bastante buenos.

—Menudo rollo —farfulló Jessica un rato después, cuando escuchábamos a

una chica que nos hacía una demostración de seguridad a bordo, en la cubierta —. Con la buena pinta que tiene el chiringuito de la piscina...

—Aprovéchate de las circunstancias. —Le guiñé un ojo, señalando con la cabeza a un grupo de hombres a unos metros de nosotras.

—Humm, qué bien nos lo vamos a pasar —se relamió.

—¿Y a ti qué te pasa? —le pregunté a María, que estaba más seria de lo habitual.

—Luego te cuento.

Me respondió en un murmullo, pues un señor de unos cincuenta años, canoso pero bastante atractivo, comenzó a hablar tras cederle la palabra la anterior participante, llamando la atención de todas las personas que nos manteníamos en cubierta.

—Hola a todos. Soy Martín Perea, director ejecutivo de Live Love Group y quiero daros la bienvenida a nuestro barco. —Algunos empezaron a aplaudir y éste, sonriendo, pidió calma—. Estoy convencido de que esta aventura, única e irrepetible, dejará una huella imborrable en cada uno de vosotros. Nuestro principal objetivo es que paséis unos días en los que el sexo y la desinhibición sean vuestros únicos pensamientos... —Unos silbidos y voces de ánimo lo hicieron callar durante unos instantes, de nuevo—. Estamos encantados de traer al mar nuestros más de doce años de experiencia en la creación de atmósferas para adultos y tenemos la certeza de que la estancia a bordo os cambiará la vida de una u otra manera.

Hizo una pausa, retomando su discurso con un tono de voz alto y claro, modulando en los momentos más interesantes para no perder la atención de su público. En ese momento no presté demasiada atención a su afirmación, pero realmente había sido un visionario con ella, pues mi vida daría un giro total con los próximos acontecimientos...

—¿Quién de aquí tiene fantasías sexuales por cumplir?

Un rumor se comenzó a levantar entre todos los asistentes, oyéndose risas y viendo cientos de manos levantadas.

—Me lo imaginaba... —se rio—. Hacer realidad vuestros sueños y deseos más impensables quizá sea posible si encontráis a alguien dispuesto a cumplirlos... Y, en un barco con casi setecientas personas a bordo, estoy convencido de que la suerte estará de vuestro lado...

—Setecientas posibilidades —cuchicheó Rosa, frotándose las manos.

—¿También incluyes a las tías? —pregunté burlona.

—Bueno... dejémoslo en la mitad. —Sonrió sin perder el entusiasmo—. Trescientas cincuenta posibilidades al alcance de nuestras entrecaderas.

—Yo ya tengo mi primera opción —murmuró Jessica sin apartar la vista de un grupo de chicos a nuestra izquierda—. Me he enamorado...

—Ya estamos —se lamentó Inma.

—Chist —riñó María, haciéndonos callar, pues el interlocutor seguía hablando.

—... Así como el buzón que hay en las puertas de los camarotes. Junto con la documentación que os han facilitado, encontraréis unas tarjetas con el número de vuestra habitación y un espacio en blanco para poder escribir una hora. Podéis hacer uso de ellas libremente si sois más tímidos, entregándoselas a quienes deseéis o dejándolas en el buzón de su camarote si sabéis en cuál se hospeda. Si esa persona acepta, quizá recibas su visita a la hora acordada...

—Es verdad que piensan en todo —susurró María, sonriendo.

—Todas las estancias que hay a bordo están diseñadas a conciencia para ofreceros una experiencia verdaderamente original, exclusiva y apasionante. Os invito a que curioseéis cada esquina, cada palmo, y ya os adelanto que tendréis cuartos de juego, noches temáticas, actuaciones eróticas, fiestas en la piscina, *sex shop*, experiencias para los cinco sentidos... Suena bien, ¿verdad?

La marabunta se agitó de nuevo y, tras unos minutos, volvió a pedir silencio.

—Ahora viene la parte menos divertida, pero no por ello menos trascendente: las prohibiciones. Prestad atención, porque es importante que cumpláis las reglas de a bordo; en caso contrario, la compañía podrá tomar las medidas que estime oportunas.

—Estoy experimentando un regreso mental a la casa de mi madre —le dije a Inma, acercándome a su oído, y ella sonrió.

—... En las zonas públicas y en los restaurantes no podréis ir desnudos. — Algunos abucheos le hicieron repetir las siguientes palabras—. ¡Tranquilos! Hay ciento ochenta metros de eslora y veinticinco de manga, así que tenéis espacio de sobra para hacer lo que os apetezca en cada momento, pero no en las zonas que os he mencionado. No se pueden hacer fotos o grabar vídeos, pues queremos salvaguardar la intimidad de todos los pasajeros. Tampoco está permitido... es más, está totalmente prohibido, que los miembros de la tripulación mantengan relaciones con los pasajeros. Y lo más importante,

amigos y amigas —hizo una pausa dramática—; un «no» es un «no». No seáis molestos. Ante cualquier negativa a una proposición sexual, no se debe insistir y, si se pone en conocimiento de cualquier miembro de la tripulación una anomalía de este tipo, repito que tomaremos las medidas oportunas para que no vuelva a ocurrir.

—Me quedo mucho más tranquila —murmuró una chica a nuestra espalda.

—Y yo —contestó alguien a su lado.

—Os pedimos respeto, os regalamos intimidad y os aseguramos un placer sin límites en esta salvaje experiencia marinera —fue elevando la voz—, así que, amigos... ¡levamos anclas!

Capítulo 15

Escuchaba a mi compañera de camarote tararear una canción con su nulo oído musical mientras me arreglaba el pelo frente al espejo del tocador. Esa noche, según el programa que nos habían facilitado al embarcar, tendríamos la primera cena de gala, en la que la etiqueta era ir de negro y dorado.

Solté un mechón del lateral de mi cabeza, formando un pequeño bucle que cayó por mi cuello, dándole un toque algo más desenfadado al recogido que me había hecho. Una vez acabado, observé satisfecha mi trabajo y sonreí a la imagen que me devolvía el reflejo.

Estaba feliz; me encontraba con mis amigas a bordo de un barco en el que las posibilidades de pasarlo bien estaban casi garantizadas..., aunque, a decir verdad, si rebuscaba un poco en mi interior, había algo que no me permitía estar del todo satisfecha... del todo plena. ¿Qué era lo que me pasaba?

Quizá no era tan abierta de mente como yo misma creía. Puede que no estuviese preparada para disfrutar de algo así... o simplemente tenía que dejar de darle vueltas a todo y ver cómo iban desarrollándose los acontecimientos.

Sí. Eso debía hacer, dejar que el destino decidiese por mí en cada momento. No pensar en nada más que en el aquí y ahora, aceptando o rechazando lo que a cada instante me pidiese el cuerpo.

Podía hacerlo, ¿verdad?

—¿Me empiezo a preocupar ya porque te estés mirando con esa cara de lunática al espejo?

Era Rosa. Me volví y le sonreí, viéndola con la toalla alrededor del cuerpo y el pelo recogido en un moño, tapado con el gorro de ducha.

—Como no te des prisa, vamos a llegar tarde.

—Estaré lista en un suspiro, ya verás. —Comenzó a frotarse con energía el cuerpo con la toalla para secar las gotas de agua que aún corrían por su piel —. ¿Te importaría pasarme eso?

Señaló con la cabeza al montón de ropa que había encima del tocador y lo cogí, dándome cuenta de lo que llevaba entre las manos.

—Joder... Sí que pisas fuerte, ¿no?

—Una nunca sabe qué plan le puede salir. —Sonrió cuando se lo tendí—. Además, éste es el más recatado de los que he traído, no quería quemar todos los cartuchos la primera noche.

Estiró el conjunto de ropa interior en tono plata delante de su cara y comenzó a colocárselo bajo mi mirada de admiración. La muy asquerosa tenía un cuerpo de infarto y el escote que le marcaba ese sujetador tan sugerente pararía el tráfico de cualquier avenida en hora punta.

Se puso de pie para deslizar el ligero por su cintura y, tras subirse las medias, las unió por medio de los broches que pendían para tal fin, ajustándolos en altura.

—¿Me lo pongo? —Me sonrió juguetona, mostrándome el tanga.

—Hombre, yo no saldría sin él de estas cuatro paredes...

Soltó una carcajada por mi gesto y sonreí apoyada en el tocador, viéndola hacer durante unos minutos más. Unos golpes en la puerta y el sonido de unas voces femeninas me llevaron hasta allí; abrí y me encontré a las otras tres que nos faltaban para completar el cuadro.

—¿Estáis listas? —preguntó María.

—Ya casi —chilló Rosa, aplicándose el delineador.

Entraron en el camarote, invadiendo el espacio con sus vestidos negros, cada uno del estilo de su portadora. El de Inma tenía un hombro al descubierto y era de corte sirena; el de María, a media pierna, de una tela parecida al satén y que caía abierto desde debajo de su pecho, y el de Jessica era de manga al codo, con un escote pronunciado y corte asimétrico. Rosa llevaba un corpiño adornado con encajes dorados y una falda larga con un poco de cola.

—Qué sofisticada... —me dijo Inma cuando me coloqué los pendientes dorados.

—Gracias —le sonreí, halagada.

Estaba muy satisfecha con el vestido que había elegido para la ocasión. Era largo hasta la rodilla, se ceñía a mi contorno y el escote era de corazón, con un añadido en gasa negra ribeteada completando hasta el cuello y media manga.

Cuando estuvimos listas, salimos del camarote en tropel, hablando animadas y cruzándonos con algunos grupos de hombres y mujeres en el camino.

—¿Ansiosas por conocer al capitán? —se rio Jessica.

—Uy, sí... No quepo en mí de los nervios —se carcajeó Inma.

—Pues yo estoy intrigada —admití—. El título sugiere que vamos a hacer algo más que conocerlo.

María miró el programa que había guardado en su bolsito de mano y sonrió al leerlo.

—Conociendo al capitán... y a la segunda de a bordo. Cena con espectáculo.

Me miró divertida.

—Tendrán que abrir el crucero por todo lo alto —me reí.

Llegamos a la puerta del restaurante y un atractivo rubio uniformado y con el pelo perfectamente peinado, al que daban ganas de despeinar entre gemidos, nos acompañó hasta la mesa que teníamos asignada. Con un educado gesto, nos invitó a sentarnos y se retiró, discreto.

—Qué pena que una de las normas sea que no podemos ligar con la tripulación —se lamentó Rosa viendo cómo se marchaba.

—Seguro que hay más opciones, mujer —se rio una de nuestras compañeras de mesa, a la que aún no habíamos tenido el gusto de conocer, con gesto amable—. Soy Giovanna y él es mi marido, Jesús. —Nos sonrió al acomodarnos.

Nos presentamos a todos los que nos acompañaban, que sumados a nosotras cinco conformábamos los diez comensales. A mi derecha había una chica que había ido sola y acababa de divorciarse; se llamaba Esther y se la veía entusiasmada, deseando disfrutar de cada actividad del barco. Beatriz y Carlos resultaron ser dos amigos muy divertidos. Él era abiertamente homosexual y tenía un amaneramiento muy femenino que nos hacía reír por su exageración, y Beatriz era extrovertida y se reía hasta de sí misma.

—Lo siento, chicas, pero, estando yo en el barco, no vais a tener ninguna posibilidad —se rio, contenta—, soy la más erótica del lugar.

Se levantó y dio una vuelta sobre sí misma, cómicamente.

—La pobre... —nos dijo Carlos, cómplice—. Se cree sexy y tiene menos gracia que un atleta ruso sin esteroides.

—No seas malo —lo riñó Jessi.

—Ah, no... No te preocupes —sonrió la aludida—, es que me conoce bien.

—Ahora, eso sí, nadie la gana en arte bailando flamenco, y eso que es de Talavera de la Reina —admitió su amigo, dándole un beso cariñoso en la mejilla.

—Tendremos que verlo —la retó Inma, divertida.

—¡Ah, sí! —aplaudió Giovanna—. Me encanta el flamenco. Me tenéis que enseñar para bailar con mi chuchi en las próximas fiestas. —Miró a su marido, comiéndoselo con los ojos, y éste le devolvió la sonrisa algo más comedido que su esposa, pues parecía más tímido.

—¿De dónde sois? —pregunté al percibir que su acento no era de España.

—Jesús es de Salamanca, pero yo soy de Caracas.

—¡Venezuela! —exclamó Esther—. La madre de una amiga mía es de allí y me muero cada vez que prepara arepas para mí y mis niñas. ¡Qué ricas!

—¿Tienes hijas? —le pregunté.

—Sí, dos. Están con sus abuelos mientras yo me doy este capricho...

—¿Y cómo es que has venido sola? —me interesé.

—Bueno, siempre me lo he guisado y comido yo todo en solitario, así que aquí tampoco quería que fuese diferente.

Continuamos conversando durante casi toda la cena, conociéndonos y compartiendo información sobre nuestras vidas, ya que ellos serían nuestros compañeros de mesa durante todo el crucero, a menos que alguien solicitase un cambio, que no parecía ser el caso, ya que estábamos bastante cómodos entre nosotros.

Cuando nos sirvieron el postre, las luces bajaron y la gente disminuyó la voz hasta convertirse casi en un silencio total antes de que unas palabras graves y sensuales resonaran a nuestro alrededor.

—Buenas noches, damas y caballeros. Les habla el capitán del barco. Mi segunda de a bordo y yo queremos darles la bienvenida al crucero *Deseos* de una forma muy muy especial...

Una música tenue y sugerente comenzó a llenar el comedor y los murmullos se hicieron cada vez más audibles conforme la melodía aumentaba de intensidad. En una de las subidas de la cadencia musical, las luces se apagaron, acallándonos a todos.

Cuando regresó al cabo de unos segundos, un gran foco captó nuestra atención hacia el centro de la sala, donde se encontraba un pódium de unos tres metros de diámetro con una gran tela negra y dorada cubriéndolo, y una pareja encima.

Ambos lucían de gala, lo que les confería un aire elegante y sofisticado. La mujer era tremendamente atractiva y estaba sentada en una silla con mirada ausente y una larga melena rubia sobre su hombro derecho. La abertura lateral

de su vestido dejaba a la vista unas piernas torneadas cubiertas por unas medias con ligero parecidas a las de mi amiga Rosa.

Él, al que intuí como el capitán, tenía la chaqueta del traje abierta y los galones de sus hombros brillaban. Mantenía las manos apoyadas en el respaldo de la silla y nos sonreía a todos con un aura magnética que impedía despegar los ojos de él.

—Qué polvazo tiene el capitán... —murmuró Esther a mi derecha. Yo asentí, sonriendo y sin poder articular palabra, pues habían comenzado a moverse.

Durante los siguientes quince minutos, protagonizaron los deseos más fervientes de cada uno de los comensales que nos reunimos allí. Estaba más que segura de ello, pues el apetito y la pasión que desprendían con cada movimiento, sin necesidad de resultar obscenos, era hipnótico.

—¿Se lo van a montar aquí mismo? —preguntó Jessica en un susurro.

—Eso parece —contestó Rosa.

—Madre... —apuntó María.

—... del amor hermoso —terminó Inma por ella.

—Creo que estos dos están haciendo algo —bisbiseó Jessica en mi oído izquierdo.

Miré en la dirección que apuntaba, donde la pareja que ocupaba nuestra mesa, la compuesta por Giovanna y Jesús, lucían una actitud demasiado acaramelada para no pensar mal. El movimiento del brazo de ella dejaba más que claro lo que estaba ocurriendo bajo el tablero que los cubría y, por si quedaban dudas, la expresión de él de puro gozo las disipaba.

Volví a dirigir mi vista al espectáculo. A fin de cuentas, estábamos a bordo de ese barco para dejar volar nuestros deseos y no iba a ser yo la que juzgase a nadie. Era de admirar que un matrimonio bien avenido, tal como ellos nos habían mostrado, hubiese llegado a ese punto de complicidad y consenso para llevar una vida así en común.

Al terminar la cena más que amenizada, nos sirvieron unas copas de champán antes de desalojar el comedor, y el capitán, ya vestido para desgracia de casi todas las féminas y seguramente también para Carlos, que lo miraba babeante, nos dio formalmente la bienvenida y se pasó por cada mesa, saludándonos.

Eran las dos de la madrugada cuando decidí dar el día por finalizado y me marché al camarote acompañada por María, que seguía callada y algo más

seria de lo habitual.

Mientras andábamos por los pasillos hasta llegar a nuestras habitaciones, decidí preguntarle.

—¿Qué te pasa?

—Uf... —Suspiró—. La verdad es que no estoy demasiado cómoda.

—¿Y eso?

—Bueno, ya sabía a lo que veníamos y todo eso... pero he conocido a alguien.

La miré estupefacta.

—¿Cuándo? No tenía ni idea...

—No os lo he comentado a ninguna. Es Miguel, el cocinero que he contratado para el puesto de subchef.

—¿Y estáis...?

—No —me cortó—. No hay nada entre nosotros, pero sí hemos tenido un par de momentos tensos, sexualmente hablando... Me gusta.

—¿Y cuál es el problema? ¿Por qué no habéis llegado a nada más?

Ella se apoyó en la pared frente a su puerta y me miró intranquila.

—No sé si es buena idea mezclar el trabajo con algo así... Si todo queda en un par de encuentros y luego alguno de los dos no quiere nada más, no creo que nos resulte agradable vernos a diario en el restaurante.

—Pero lo mismo sí queréis algo más y va bien...

—Puede —se encogió de hombros—, pero no sé si quiero correr el riesgo. Es muy bueno en su trabajo y entiende lo que quiero a la perfección. Es difícil encontrar algo así. He tenido suerte al contratarlo.

—También es difícil encontrar a alguien que te guste de la manera en la que parece hacerlo este chico. —Le sonreí cariñosa—. Normalmente no suelen afectarte de esta manera.

—Tienes razón.

—¿Quieres mi consejo? —Asintió—. Disfruta del viaje. Si no te apetece acostarte con nadie, no lo hagas. Mira yo, me voy a la cama después de haber flirteado con un par de chicos, pero sin pretender nada más... Nadie nos obliga a hacer nada aquí, María. Simplemente disfruta y, cuando vuelvas, ya afrontas lo que tienes allí.

—No es mala idea.

—¿Quieres que me mude de habitación hoy? —le pregunté enternecida.

—No hace falta. —Me sonrió—. Voy a caer como un tronco, estoy bastante

cansada... Han sido demasiadas emociones juntas estos días.

—Está bien. —La besé, despidiéndonos—. Hasta mañana, preciosa.

—Hasta mañana. Te quiero.

—Y yo.

Cerré la puerta de mi camarote y suspiré, preocupada por mi amiga. La verdad era que ese chico parecía inquietarla más de lo habitual.

Me giré y miré hacia mi cama, la única compañera que quería conmigo esa noche. Elevé una ceja y no pude contener una carcajada cuando observé el diseño de la toalla sobre la misma. Debían de haber entrado a dejar los diarios de a bordo del día siguiente, que descansaban sobre las almohadas, y ya de paso se habían entretenido en hacer unas formas bastante sugerentes con las toallas limpias.

—Qué talento... —Toqué la forma fálica de la mía y la deposité con cariño sobre mi maleta.

Me puse la camiseta que iba a hacer de pijama en esas noches sin compañía y me tumbé en la superficie, doblando la almohada. Agradecí haber cogido uno de los libros que estaba leyendo, pues me mantuvo entretenida durante las casi dos horas que tardé en empezar a quedarme dormida. Cuando estaba tan cansada, solía costarme conciliar el sueño.

Justo cuando mis ojos comenzaban a cerrarse y el libro resultaba demasiado pesado para mantenerlo erguido, oí el sonido de la cerradura al girarse. Me desvelé y miré la silueta de mi amiga al entrar sigilosamente.

—¿Qué le ha pasado a tu ropa y a tu pelo? —Me reí al verla sobresaltada.

—La madre que te parió —susurró, llevándose una mano al pecho—. Qué susto me has dado. Pensaba que estabas dormida.

—Casi.

—¿Y esto? —Miró extrañada la toalla con forma sobre su cama—. Parece un...

—Sí, lo es —me reí.

—Qué talento...

—Eso mismo he pensado yo al entrar y ver la mía. No he querido ni deshacerla. ¿Qué tal ha ido la noche?

—Madre mía... Este viaje está siendo apoteósico —exclamó sin alzar demasiado la voz, sentándose en su cama para quitarse los tacones—. ¿Viste al rubio que se me presentó al llegar a la discoteca?

—Sí; no me fijé demasiado, pero tengo un vago recuerdo de él. Era

grande...

—Y tanto... —suspiró cansada—. He ido con él a una de las habitaciones temáticas y no te quiero ni contar cómo lo hemos pasado juntos.

—Ahora que me has espabilado, no pretenderás dejarme así, ¿no?

—Fuimos a la sala de cine —comentó haciéndose la interesante—. La decoración es toda sobre el tema y de colores rojos y grises... Es como una sala de cine real, pero, en vez de butacas, hay camas con la forma redonda de un rollo de película, una pantalla gigante al fondo, pequeñas televisiones en las paredes laterales por donde pasan escenas de películas sugerentes...

—Vaya... suena interesante.

—Pues el plato fuerte no es ése... Imagínate que, mientras te pones en una de las camas a hacer lo que te venga en gana con el chico con el que has ido... Tranquila, hay un par de biombos bajos que te dan cierta intimidad respecto a las otras parejas, pero, cuando la cámara te enfoca en plena faena y apareces en la gran pantalla....

—¿En serio?

—Y tanto... y yo que pensaba que me había depilado bien.

Me comencé a reír, imaginándome la escena.

—Es morboso y divertido. Me ha gustado. —Se metió entre las sábanas y suspiró—. Me he propuesto conocer cada rincón de este barco.

—Pues vas por buen camino. —Sonreí—. Buenas noches, rubia mía.

—Buenas noches, cariño.

Capítulo 16

—¿Dónde está Jessica?

Inma se encogió de hombros cuando nos sentamos en la cafetería a la mañana siguiente.

—La última vez que la vi anoche estaba riéndose con dos chicos metidos en la piscina. Vete tú a saber...

—Le he dejado una nota en el camarote diciéndole que bajábamos a desayunar, por si se acerca por allí —comentó María.

—Buena idea. Con esto de que los móviles los tenemos un poco inservibles la mayoría del tiempo... —se quejó Rosa, mirando el suyo y dejándolo sobre la mesa al momento—. Estoy famélica.

—No me extraña. Después de la peli que montaste ayer. —Me reí y ella les hizo un breve resumen a las demás a la vez que tomábamos buena cuenta de nuestros desayunos.

Cuando estábamos acabándonos el segundo café, vimos aparecer a nuestra amiga por la entrada de la cafetería, acompañada de un chico al que ya había visto antes y con la misma ropa que la noche anterior.

—Hola, chicas —nos saludó tras despedirse de él, que se reunió con sus amigos unas mesas más allá de la nuestra.

—Dichosos los ojos.

—Tienes un poco de baba aquí. —Inma se tocó la barbilla, riéndose.

—Necesito darme una ducha y dormir un poco —contestó ella, volviendo a prestarnos atención después de sonreír enamorada en dirección a su acompañante—. No os importa que me una a vosotras luego, ¿verdad?

—Claro que no. —Le sonreí cariñosa.

—Vete a dormir, petarda.

—Parece que le ha dado fuerte por el muchacho —comentó María cuando ya se había marchado—. ¿No lo reconocéis? Es el mismo que ayer, en la charla de seguridad, estuvo lanzándole miraditas y ella dijo que se había enamorado.

—No le presté demasiada atención —admití.

—Esperemos que esto no acabe como el rosario de la Aurora —dijo Inma.

—Dejémosla —añadió Rosa—, que disfrute mientras dure.

—¿Habéis leído el programa de hoy? —pregunté, y todas negaron.

Inma me miró por encima de la taza de su café cuando terminaba de beber y sonrió maligna.

—Mientras tú lo leías, las demás hacíamos cosas un poquitín más interesantes...

—Pues, entonces, agradece tener una amiga que se preocupa por vuestra diversión diaria. —Le saqué la lengua—. Soy tan buena samaritana que hasta os voy a hacer un resumen de lo que podemos hacer.

—Alabada seas, hermana —se cachondeó.

Les enumeré las actividades y talleres que iban a tener lugar durante el día, revisando el folleto que había bajado conmigo: clases de yoga, vóley-tequila en la cubierta, clases de baile...

—Teniendo en cuenta que la jornada de hoy es toda de navegación y no podemos bajar a visitar nada, quizá lo mejor sería empezar ahora haciendo el *tour* por el barco con el asesor personal.

—Es buena idea, así conocemos todos los lugares perversos —comentó Rosa, retocándose los labios con su espejo de mano.

—Quizá, cuando acabemos, ya haya bajado la bella durmiente y podremos ir a hacer la barbacoa en el chiringuito de la piscina —intervino Inma.

—Vale, pero yo quiero ir después a la clase de cocina en lencería.

—Y yo —secundé la propuesta de Rosa.

—Yo no sé si me uniré a eso...

—Vamos, María. Seguro que es divertido —la animó Inma.

—Es que no sé si me siento cómoda como para quedarme en ropa interior enseñando los michelines...

—Oh, no seas tonta. ¿Qué michelines?

—Venga ya.

—Bueno —hablé a favor de ella—. Tienes tiempo para pensarlo, la clase no es hasta las... —miré el programa—... seis, así que ya vas viendo cómo te sientes con ello.

Ella me sonrió y asintió. Le guiñé un ojo, lanzándole un beso.

—Vale —aceptó Rosa—. Y si a alguna le sale plan en cualquiera de esos momentos, no creo que sea necesario aclarar que es libre de desvincularse del

resto el tiempo que haga falta y volverse a reunir con las demás cuando esté menos ocupada.

—Amén.

—Eso no hay ni que decirlo.

—Pues vamos a ello, que en cinco minutos empieza la excursión por el barco. ¿Estará bueno nuestro asesor personal?

—Vamos a verlo...

No resultó estarlo, pues nos tocó una chica, muy guapa y amable, con un divertido acento brasileño, pero que no nos alegró la vista a ninguna de las cuatro. Nos mostró todas las partes del barco, tanto interiores como exteriores, incluyendo las habitaciones temáticas, donde pude comprobar a lo que se refería Rosa la noche anterior con su descripción de la sala del cine. También visitamos la zona de tiendas, donde había un *sex shop*, una farmacia, una peluquería, un salón de estética y varias tiendas de moda y complementos.

Ese barco resultaba una ciudad en miniatura y, dejando de lado la finalidad del mismo, las instalaciones bien podrían haber sido las de un crucero de lujo.

—Ésta es la sala multiusos —comentó la guía—. Aquí se realizan diferentes actividades; por ejemplo, hoy habrá un club de lectura a las seis, muy interesante... Cuando en el programa os aparezca sala de multiactividades, es a este lugar al que se refiere.

—Me gusta eso del club de lectura —murmuró María cuando salimos de la sala—. Creo que voy a decantarme por eso mientras vais al de cocina.

—¿Segura? —preguntó Rosa.

Ella asintió y continuamos el recorrido.

—Si necesitáis cualquier cosa, chicas, no dudéis en preguntar por mí en recepción —nos dijo Luana, la guía, cuando terminamos el recorrido cerca de la hora del almuerzo.

Le dimos las gracias y nos fuimos a cambiar, poniéndonos los biquinis y la ropa de piscina. Caminamos hacia el bar, viendo la animación que tenían montada en la zona de la cubierta superior, con bailes y música en vivo, mientras los miembros de la tripulación hacían algún juego divertido entre los que se encontraban en las tumbonas, amenizando el rato.

Nos acercamos al chiringuito y María se encargó de pedir los combinados para acompañar las hamburguesas y perritos calientes que estaban acabando de preparar en las parrillas. Nos ubicamos en unas hamacas que formaban una «U», con una mesa baja en el centro perfecta para poner la comida.

—Humm... Aquí se está en la gloria —comentó María antes de catar su bebida.

—La verdad es que sí —secundé—. La felicidad se debe parecer a esto. Las vistas, sentir la brisa del mar...

—Ésta se cree que es Shakira en el anuncio de Costa Cruceros —se cachondeó Inma, y le di con la pierna, conteniendo la risa.

—Mirad, ahí viene Jessi.

Le hicimos un gesto con la mano y se acercó a nosotras, se sentó a nuestro lado y bebió del vaso de Rosa, que se había metido en la piscina y hablaba con el que me pareció el mismo hombre de la noche anterior.

—¿Qué tal la noche, pequeña descarriada? —pregunté a la recién llegada.

—Genial. —Nos miró encandilada—. Nacho es un encanto.

—Es muy mono —admití—. Jovencito, ¿no?

—Veintiocho, como yo. La verdad es que ha sido una suerte encontrar a alguien tan afin a mí en un sitio tan disparatado.

Me mordí el labio y miré a María, que me devolvió la mirada preocupada.

—Jess, cariño... No te encapriches demasiado, que luego te llevas un sofocón y el crucero termina en unos días.

—Eso no importa —le contestó a María, confiada—. Vive en Cádiz, por lo que la distancia no es demasiado problema. Además, él también cree que somos almas gemelas.

—*Ofú*... —resopló Inma.

Le di una pequeña patada, disimulada, llamando su atención, recordándole lo que habíamos hablado esa mañana en el desayuno.

—Bueno, tú disfruta mientras dure y ya está —la alenté.

—Sí, sí —respondió animada, antes de pegarle un bocado a la hamburguesa que había cogido de la bandeja que había depositado uno de los camareros en nuestra mesita.

Rosa apareció a los pocos minutos, mojada y echándose el pelo hacia atrás.

—El agua está buenísima.

—¿El agua o el del agua? —me reí.

—Ah, no. A ése ya lo caté ayer. —Estrujó su pelo para escurrirlo antes de sentarse—. Con la de opciones que hay, no voy a quedarme con lo mismo.

—Pues no todas piensan como tú —añadió Inma, mirando a Jessica preocupada—. Aquí, la benjamina, se nos ha enamorado... otra vez.

Pusimos al día a Rosa y ésta le quitó importancia al hecho, aconsejándole

que hiciera lo que le pidiese el cuerpo. Cuando se acabaron las bebidas, me levanté a por más, acercándome a la barra de madera, que en ese momento bullía de actividad.

—Hola.

Miré hacia mi derecha, donde un atractivo moreno con el cabello húmedo y echado hacia atrás, en bañador y con el torso al descubierto, me observaba con media sonrisa.

—Hola. —Le sonreí, volviendo a fijar mi vista en los camareros e intentando llamar la atención de alguno, pero fracasando en el intento.

—¿Quieres que te ayude? —se ofreció.

—¿Crees que te van a hacer caso? —Lo miré divertida y él me guiñó un ojo.

Al cabo de unos segundos, uno de los chicos se acercó a nuestra posición y mi acompañante hizo su pedido bajo mi atónita mirada, pues había llegado más tarde que yo.

—... y también trae lo que te va a pedir mi amiga...

—Cristina —le aclaré, recibiendo una sonrisa.

—Cristina —repetió, instando al camarero a que recogiese mi pedido, el cual le recité de memoria.

Cuando, solícito, se marchó para traernos lo que habíamos encargado, él giró su cuerpo hacia mí y lo miré mordiéndome el labio inferior. Estaba francamente bien y su voz ronca conseguía retumbar en mi interior.

—Soy Máximo—añadió, tendiéndome una mano.

—Encantada.

—El placer es mío.

El camarero depositó nuestras bebidas frente a nosotros y, tras unos segundos, rompimos el contacto visual.

—Tengo que marcharme. Ya nos veremos, Cristina.

—Hasta otra, Máximo.

Antes de girarse, me dedicó un vistazo sugerente que le devolví al contemplar su trasero marcado en el bañador blanco que lo cubría.

Un doce sobre diez habría sido su nota, y no exageraba...

Al igual que no me excedo al explicar que, durante el cursillo de cocina en ropa interior unas horas más tarde, Inma no aprendió nada, pues no prestó atención más que a su compañero de mesa, el cual tenía muchos pelos en la cabeza y, a simple vista, ninguno asomaba por su cuerpo... justo como a ella le

gustaban. Durante la cata de lo que habíamos ido preparando, ella saboreó más la boca de él que los platos, pero no pareció nada satisfecha, ya que, al acabar la clase, se perdió con él y no volvimos a saber nada más de ella hasta un buen rato después.

—¿Qué tal el club de lectura? —le pregunté a María mientras Jessica me ponía los adornos florales en el pelo, ya que esa noche era la fiesta hawaiana.

—Bien...

—Uy, ese «bien» no ha sonado demasiado halagüeño —agregó Inma desde su cama, pintándose las uñas de los pies.

—Es que no era lo que me esperaba... Creo que nunca más podré ir a un club de lectura real sin pensar en lo de esta tarde.

—¿Qué ha pasado? —indagué.

—Bueno, se eligieron por votación los libros y, como cabía esperar, era todos títulos eróticos.

—Lógico —intervino Inma.

—Sí... Sólo que lo que no sabía era que también se elegirían, de entre los asistentes, a los que escenificarían los pasajes en cuestión.

—¿Cómo? —pregunté, mirándola a través del espejo.

—Explícate —pidió Jessica.

—Pues eso, que mientras iban turnándose al azar las personas que leían los trozos previamente marcados de los libros, y que, indudablemente, contenían escenas de sexo explícito, salían como en un sorteo los elegidos para escenificarlas. Vamos... que me ha tocado representar, junto con un tío, uno de los polvos del libro.

Contuve la risa por su expresión, pero mis amigas no fueron tan comedidas y estallaron en carcajadas bajo la mirada abochornada de María, que no sabía dónde meterse.

—¿Y os tuvisteis que quitar la ropa?

—Ni de coña...

—Qué divertido —añadió Jessi—. Lo mismo le digo a Nacho de ir juntos otro día que lo organicen.

—Conmigo no cuentas, aún estoy sofocada —se rio María, finalmente.

Terminamos de arreglarnos y acudimos a la cena, donde degustamos platos exóticos y muy llamativos. Al acabar, los animadores de la tripulación prepararon unos juegos en la cubierta, a los que asistimos encantadas.

Una vez instaladas en uno de los laterales de la terraza, que había sido

decorada al más puro estilo playero, observamos entre risas la actividad que tenía lugar a pocos metros de nosotras, donde había una fila de varias sillas con chicos sentados y un globo entre las piernas. Las chicas que se prestaban a participar debían explotar el globo con sus traseros, saltando sobre ellos, emulando el movimiento sexual. Las y los que ganaban, recibían un regalo del *sex shop*, pero lo más interesante eran las risas que estallaban tanto de los participantes como de los asistentes a tal espectáculo.

Un camarero con el torso descubierto, collar y taparrabos floral, descalzo y con un sombrero de paja, pasó por nuestro lado con una bandeja llena de bebidas. Alargué mi brazo para agarrar una de las copas, pero otra mano más rápida que la mía me la arrebató, haciendo que me girase hacia donde provenía la voz.

—¿Me dejas que te invite a una? —Me tendió la bebida de la que previamente me había despojado y me sonrió canalla, bajo mi atenta mirada.

—Hola, Máximo —lo saludé, recordando a la perfección su nombre y aceptando el combinado.

—Hola, Cristina. Estás preciosa.

—Gracias. —Le sonreí—. Tú tampoco estás... nada mal. —Contuve la carcajada al fijarme en su indumentaria poco favorecedora.

—No seas embustera —me riñó divertido—. La camisa es horrorosa y hortera, pero es lo único hawaiano que encontré.

—Un poco.

—En cambio, tu ropa es muy... sugerente.

Llevaba un pequeño vestido pareo celeste con flores en color rosa y amarillo.

—No te preocupes —le sonreí admirando el tono grave y ronco de su voz —, lo tuyo tiene remedio. Sólo tienes que quitártela.

Su ceja se elevó a la vez que en la comisura de su labio asomaba media sonrisa desvergonzada.

—Tienes toda la razón. ¿Vienes?

Lo miré por encima de mi copa mientras me tendía la mano.

—A quitármela... —aclaró.

Sonreí y giré la cabeza, rompiendo el contacto visual, haciéndome la dura durante unos segundos.

—No estoy segura. ¿Crees que es apropiado?

—Sin duda.

—¿No sería demasiado violento cuando apenas nos conocemos de nada?

—A eso le podemos poner remedio.

Volví a mirarlo, observando las pequeñas arruguitas que se le formaban en el lateral de los ojos al sonreír, o la manera en la que su poblada barba oscura y no demasiado larga le cubría la cara, resaltando sus blancos dientes.

Su cabello despeinado y la manera en la que su nuez subía y bajaba al tragar terminaron con mis débiles defensas.

—Creo que llevas toda la razón. —Agarré la mano que antes me había tendido y que en ese instante reposaba a un lado de su cuerpo—. No deberías tenerla puesta ni un segundo más... Daña la vista.

—Tus deseos son órdenes.

Me reí mientras caminábamos apresurados de la mano. Sobre la piel morena de su antebrazo se marcaban las venas que iban hasta sus manos, confiriéndole un aspecto varonil que me ponía a cien. Debía de rondar los cuarenta años, y qué bien le sentaban.

—Por aquí.

Tiró de mí hacia uno de los pasillos, que en ese momento se encontraba vacío, y me atrajo hasta sus brazos cuando giramos una de las esquinas, chocando con su torso. Su espalda permanecía apoyada en la anodina pared del lugar y mis ojos viajaron hasta sus labios, finos pero bien delineados.

—¿Alguna vez te han dicho lo preciosa que eres?

—No las suficientes —le respondí, rozando sus labios con los míos en un juego que nos mantenía en tensión—. ¿Y a ti, que tienes una voz que consigue derretir el interior de una mujer?

—No muchas.

—Pues la tienes. —Saqué la lengua y, con la punta de ella, rocé la comisura de sus labios, jugueteando.

—¿Te gusta mi voz? —preguntó, susurrando en mi oído.

—Mucho.

Me estremecí cuando mordisqueó el lóbulo de mi oreja y llevé mis manos a su pelo, enredando mis dedos en sus mechones desordenados y exponiendo mi cuello más a él.

Sus manos descendieron de mi cintura, atrapando mi trasero bajo la faldita del vestido y elevándola con el gesto.

—Máximo...

—¿Qué? —susurró encendido.

—Estamos en el pasillo.

—No hay nadie —aclaró, dándonos la vuelta y apoyándome de espaldas a la pared, parapetándome con su cuerpo.

—Sigue hablando... —le rogué, sintiéndome apresada entre su torso y la superficie.

Él sonrió contra mi boca y me besó, profundizando a los pocos segundos e introduciendo la lengua dentro de mí, traspasándome su sabor masculino y su calidez.

En el poco tiempo que hacía que conocía a Máximo, ya podía asegurar que tenía uno de los mejores culos que había podido ver y pronto manosear, una voz irresistible y una boca que besaba tremendamente bien.

—Humm... —Un gemido escapó de mi garganta cuando mordió mi cuello y continuó el descenso, rozando su cuerpo con el mío.

—¿Te gusta?

—Sí...

—Me encanta que gimas en mi oído —murmuró, concediéndome el placer de oír su voz—. Y que te agarres así a mí cuando hago algo que te gusta. Como esto... —Volvió a morderme en el hombro.

—Más...

—¿Quieres más? —Asentí, enferma, sin dejar de mirarlo—. Está bien, princesa.

Dirigió una de sus manos hacia la parte delantera de mi cuerpo, resiguiendo mi contorno y llegando hasta la línea limítrofe de mi tanga, para acabar por acariciar un solo instante mi pubis, dejándome anhelante de más.

Debía haberme vuelto loca, porque en ese momento lo que menos me importaba era que alguien pudiese vernos.

—¿Me permites...?

—Sí... —susurré cerrando los ojos—. Sí.

Sus dedos se colaron por el lateral de la tela a la vez que yo abría algo más las piernas para él.

Eché la cabeza hacia delante, apoyándome en su hombro. Sentí su respiración acelerada en mi piel y cómo los músculos de su brazo se movían para acompañar el movimiento que su mano estaba realizando sobre mi clítoris.

Ahondando más en mí, introdujo un dedo en mi interior, profiriendo un gemido ronco y bajo cuando lo acogí dentro.

—Aquí se tiene que estar en la gloria —musitó en mi oído sin dejar de meter y sacar las falanges sin prisa—. ¿Te gusta, Cristina? ¿Te pone lo que te hago?

Mi cuerpo le daba la respuesta sin necesidad de que hablase, pero volví a asentir y le pedí más, acariciando de nuevo el bulto que se marcaba en sus pantalones cortos, pero sin prestarle la atención que claramente necesitaba.

—No te muevas —me pidió en un tono de voz casi imperceptible, ralentizando el movimiento y pegándose más a mí, besando mi cuello—. Quieta...

Unos segundos después se retiró unos centímetros de mí y me miró sonriendo, retomando el ritmo que sus dedos habían perdido sobre mi piel.

—No se han dado cuenta de nada —aseguró, y no quise entender a qué se refería, pues en ese instante no presté demasiada atención a la pareja que pasaba a nuestro lado, con las mismas ganas que nosotros—. Si pudieras verte la cara ahora mismo...

Me observó con una expresión reverencial mientras me mordía el labio inferior y gemía comedida por los círculos que me regalaban sus dedos sobre mi clítoris.

La velocidad que imprimía me mantenía en el ascenso, a las puertas del orgasmo, pero necesitaba un poco más para alcanzarlo, y él lo sabía.

—¿Qué quieres? —me preguntó al volver a meter un par de dedos en mí—. Dime qué quieres, Cristina.

—Que vayas más rápido... —supliqué.

—¿Así? —Asentí echando la cabeza hacia atrás—. Así... —aseguró sonriente—. Cuando llegues, muérdeme, ¿de acuerdo? No reprimas lo que te hago sentir.

Asentí de nuevo, dispuesta a dejarme llevar, y no tuve que esperar mucho más, pues su brazo continuó moviéndose hasta que comencé a convulsionar y a dejar morir mis gemidos en su piel mientras apretaba mi boca en su cuello.

—Tranquila, ya te tengo... —murmuró agarrándome de la cintura y besándome intermitentemente—. ¿Estás bien?

—Sí, perfectamente. —Le sonreí, borracha de placer.

—Me alegro. —Me devolvió la sonrisa y besó mis labios una vez más cuando mi respiración regresó a la normalidad.

Quise invitarlo a mi camarote y pasarme unas cuantas horas aprendiéndome cada gesto de su cara mientras lo acogía en mi interior.

Quise pedirle que no dejase de hablarme, pues su tono me derretía.
Quise sentirlo por todas partes, a todas horas y en cualquier lugar.
Pero, en lugar de eso, quise matar a alguien por sus siguientes palabras.

—¿Me das un momento? Necesito ir a comprobar una cosa.

Algo confusa, afirmé con la cabeza mientras me recolocaba el vestido.

—Nos vemos de nuevo en la piscina, ¿te parece bien?

—Vale.

—No te escapes, princesa. Quiero que te vuelvas a derretir como hace un momento, pero en mi boca —murmuró, activando de nuevo las terminaciones nerviosas de mi cuerpo.

Negué con la cabeza, algo aturdida, y él se marchó girando la esquina, dejándome allí durante unos minutos en los que me planteé si todo eso no había sido producto de un sueño húmedo en alta mar, o de una mala broma.

Capítulo 17

Mis amigas charlaban animadas en las tumbonas mientras tomábamos el sol de Marsella, la ciudad portuaria del sur de Francia donde habíamos atracado esa mañana.

La noche anterior no había acabado como hubiese cabido esperar después del encuentro que tuve con Máximo en ese pasillo del barco, pues no nos volvimos a ver, pero no iba a permitir que nada empañase el buen humor con el que me había propuesto pasar el día.

Esa mañana las cinco habíamos decidido visitar las inmediaciones y pisar tierra firme durante algunas horas. Fue en mi paseo por el puerto viejo cuando decidí dejar de darle vueltas a la manera en la que el no regreso de Máximo me había afectado. Aquel pequeño enclave en el mapa resultó ser un lugar muy especial, al que llamaban «el corazón de Marsella» por la vida que tenía el puerto viejo —donde los pescadores vendían la pesca capturada a lo largo del muelle rodeado de botes—, la historia que arrastraba desde que los griegos la fundaron alrededor del año 600 antes de Cristo y lo pintoresco de su paisaje.

Estaba allí para disfrutar y divertirme, por todos los dioses, no para encapricharme de un hombre cualquiera..., aunque ése en concreto tuviese muchas de las cosas que más me gustaban: voz atrayente, mirada segura, un físico sumamente interesante...

«Vale. Para ya, Cristina.»

Con la firme determinación de disfrutar de la visita, paseé junto a mis amigas, caminando hasta la catedral por sus lugares de plazas tranquilas y pasajes con peldaños, llegando hasta el barrio Le Panier, de calles laberínticas en la ladera de una colina, donde se conservaba una emocionante mezcla de culturas.

Pudimos ver un montón de pequeños y acogedores restaurantes y cafeterías que nos llamaban a gritos para sentarnos en ellos, tiendecitas de objetos típicos y recuerdos, y una plaza en la que había una especie de gran techo cubierto de espejos un poco incoherente pero innovador.

Volvimos al barco después de sentarnos a comer la típica sopa de pescado llamada *bullabesa*, plato insigne de la zona, encantadas con la vida de ese enclave lleno de espectáculos callejeros y rincones de postal.

Pero los nubarrones con voz grave y labios ágiles que rondaban mi mente no eran los únicos que se habían propuesto fastidiarnos el día, pues desde hacía un buen rato un par de esperpentos con gorras de visera y bañadores aprieta gónadas se habían planteado ligar con cualquiera de nosotras y no paraban de molestarnos.

Quizá íbamos a tener que poner en práctica esa norma que dejó clara el señor de la charla inicial, en la que un «no» era claramente un «no», aunque ellos no pareciesen entenderlo.

—No les hagas caso, ya se cansarán —dijo Inma, antes de beber de su vaso, ignorando al que se había sentado en su hamaca—. Con lo que me había gustado Marsella y la cantidad de moscas cojoneras que hay al caer la tarde...

—Menuda estrecha —soltó el tío despectivamente—. Del sur teníais que ser... No tienes ni gracia, bonita.

Se levantó de la tumbona y llamó a su amigo, que se mantenía a nuestro alrededor.

Las demás observábamos la escena sabiendo cómo iba a acabar, porque Inma no iba a permitir que semejante mamarracho se metiese con nuestra tierra. Ya lo habíamos vivido antes y esa guerra tenía una clara vencedora incluso antes de empezar.

—Eh, bonito... —Mi amiga se levantó de su asiento y se acercó a él, encarándolo con una risa comedida que no presagiaba nada bueno—. Te voy a decir una cosa para que nos entendamos. Para opinar sobre lo que significa ser de mi tierra, hay que tener una cosa que tú no tienes... —Negó con el dedo, chasqueando la lengua—. Es algo más que la gracia, la risa o el arte; se llama *áge* y es algo con lo que «los del sur», cómo tú nos has llamado, nacemos y es lo que nos ayuda a reírnos hasta de nuestra sombra.

—Vámonos, anda. Mejor nos busquemos a otras a las que sí entendamos cuando hablan...

Mi amiga nos miró arqueando una ceja y Rosa y yo le sonreímos, mostrándole nuestro apoyo más absoluto.

—Sí, *mi arma...*, vete a buscar a otra, que aquí nos vamos a quedar nosotras muy tristes con vuestra partida. —Cuando se giraban, los volvió a llamar, rematando la conversación—. Y que sepas que el andaluz no es hablar

mal, cariño. La catetada es creer que un seseo o un ceceo sí es hacerlo. Ah, y una cosita más: para ser ignorante no hace falta haber nacido en mi tierra..., para muestra, un botón. —Lo miró con una expresión reprobadora—. Qué triste que, en vez de alegrarte por la riqueza cultural de nuestro país, te dediques a menospreciarla. A saber si de donde tú vienes no están celebrando la fiesta del siglo por haberte perdido de vista unos días, bonito. Y ahora, si no te importa, nos gustaría poder recrearnos la vista con los animadores en vez de poner en peligro nuestra vista, aumentando así nuestras futuras dioptrías, con vosotros dos.

Con las mismas, se volvió a sentar junto a nosotras y, al cabo de unos segundos, ellos se marcharon murmurando palabras nada agradables.

—Menudos gilipollas.

—Bah, no merecen la pena —contestó Rosa—. Pero has estado soberbia, gitana mía.

—Esa guerra estuvo ganada desde el principio —añadí.

—Gracias. —Sonrió bebiendo de su cañita—. ¿Y qué tal les va a las dos patosas?

Se refería a María y a Jessica, que desde hacía un rato estaban participando en las clases de bailes latinos que los animadores estaban impartiendo alrededor de la piscina.

—María no lo hace nada mal —admití—. En el momento en el que le ha cogido el gusto, parece que le sale natural...

—Jessi también le pone empeño, y en su defensa diré que, si a mí me manosease un monitor como el que le ha tocado a ella, yo también tendría dos pies izquierdos... ¡Qué barbaridad de hombre! ¿Habéis visto qué espalda?

—Se mira pero no se toca —nos advirtió entre risas una mujer a nuestra derecha, con melena castaña corta, gafas de sol y gesto amable—. Lo siento, pero ya le he echado el ojo, chicas. Mi amiga está intentando recabar información para ponérmelo más fácil. —Señaló con la cabeza a otra mujer que bailaba cerca de nosotras y que debía de ser su acompañante.

—Tenía entendido que estaban prohibidas las relaciones con los miembros de la tripulación... —puntalicé alegre.

—Menudencias. —Le restó importancia con un gesto de la mano—. Hemos venido aquí a disfrutar y él es mi candidato perfecto. Por cierto, soy Marina.

—Rosa.

—Inma.

—Cristina.

—Encantada, chicas. He oído lo que le has dicho al de antes —se dirigió a Inma—. Yo también te felicito; aunque soy madrileña y medio gallega, opino igual que tú.

—Por desgracia no es el único que piensa así... Ya nos hemos encontrado a unos cuantos a lo largo de nuestra vida.

Continuamos hablando un rato con ella mientras las clases seguían su curso y terminamos poniéndole el mote de Hot Teacher, ya que era profesora de inglés en una academia y no paraba de comerse con los ojos al animador.

Mientras conversábamos, decidimos ir juntas a la degustación de vino que iba a tener lugar en un rato, pero Rosa se desmarcó, pues quería asistir a la clase de masturbación.

—¿Necesitas ayuda con eso, rubia? —me burlé.

—De todo se aprende. Además, seguro que tengo compañeros interesantes a los que poder echar el ojo.

Nos reímos y al momento María y Jessica se nos acercaron, acaloradas. Les presentamos a nuestra nueva amiga, y ella, a su vez, a Susana, la que la acompañaba. Al conocer nuestros planes, se decantaron cada una por una opción: Jessi se iría con Rosa y María, con nosotras.

Subimos a cambiarnos de ropa y refrescarnos antes de asistir a la cata.

Ya en la puerta del restaurante Sensuale, donde se iba a llevar a cabo la degustación, volvimos a coincidir con Marina y su amiga... y también con alguien que agitó todo mi interior nada más verlo, con una camisa blanca con dos botones abiertos en el cuello, los puños con un par de vueltas sobre los antebrazos, pantalones vaqueros desgastados y el pelo engominado pero sin perder el estilo desenfadado que coronaba tan bien su poblada barba de varios días.

Máximo.

Intenté disimular y hacer como que no lo había visto, siguiendo la charla de mis amigas y riendo en los momentos oportunos, pero no me pasó desapercibido su movimiento cuando, desde un par de mesas por detrás de aquella en la que me encontraba, se levantó para acercarse a nuestra posición.

Lo pude ver hablando con una chica de rasgos asiáticos que, tras unos minutos, asintió encantada, dejándole libre el asiento que quedaba frente a mí. Evidentemente, al ocuparlo no pude hacerme la despistada por más tiempo y le dediqué una sonrisa, aunque intentando parecer naturalmente sorprendida.

—Hola, ¿qué tal? No te había visto.

—Hola, Cristina —me saludó, y con esas dos simples palabras calentó mi interior.

Mis amigas miraron un par de veces la escena, pero después siguieron a lo suyo, probando las copas que los camareros iban llenando y escuchando las explicaciones del sumiller.

—Siento lo de ayer —se excusó en tono bajo, sin dejar de mirarme fijamente—. Se me complicó el asunto.

—No te preocupes. —Le sonreí forzosamente, desviando de nuevo mi atención a la chica que llenaba en ese momento mi copa—. No tienes que darme explicaciones, Máximo.

—Quiero hacerlo.

Lo miré al beber, dándome tiempo para calmarme.

—De acuerdo, pero no es preciso, de verdad. —Agarré un trozo de queso y me lo llevé a la boca, saboreándolo—. Éste está delicioso.

Hablé a nadie en particular, intentando que mi vecino de enfrente cambiase de objetivo y no enfocase sus preciosos y rasgados ojos marrones en mí, pero mi estrategia no surtió efecto.

—¿Quién es? —me preguntó Inma, a mi derecha, sin bajar la voz. Él la había oído.

—Máximo, un amigo.

—Encantada. —Le tendió la mano—. Soy Inma, una amiga.

Él le sonrió sin prestarle demasiada atención.

—¿Crees que podemos quedar cuando acabe la cata? A solas.

—No lo sé.

—Sí —interrumpió mi amiga.

La miré exaltada y ella me sonrió, girándose hacia el otro lado, donde se encontraba María, y entablando una conversación con ella.

—No sé si es buena idea, Máximo. —Volví a mirarlo, sincerándome.

—Prometo no marcharme esta vez.

—No me gustan las promesas —admití.

—Está bien —se corrigió—, pero no voy a marcharme; sólo quiero hablar contigo en un sitio menos concurrido y, a poder ser, donde no se paseen actores por entre las mesas haciendo su espectáculo y sus bromas.

Miré a nuestro alrededor, viendo a la gente reír y formar parte de los juegos que proponían los figurantes que amenizaban el evento, al que no le faltaba el

toque sensual, pero siempre en torno a la degustación de vinos que estaba llevándose a cabo.

La verdad era que no estaba disfrutando del momento.

—Está bien.

—¿Cuál es tu habitación? —me preguntó.

—Prefiero ir yo a la tuya.

Asintió algo serio, pero no añadió nada más. El resto de la cata la pasamos en silencio, dirigiéndonos alguna mirada que se encontraba con la del otro; la tensión se podía cortar fácilmente en el aire que circulaba entre ambos.

Al finalizar y antes de marcharnos todos del restaurante, los organizadores nos hicieron entrega de una caja a cada comensal, indicándonos que se trataba de un regalo muy especial en agradecimiento a nuestra asistencia.

La de las mujeres era negra con una franja roja central y el logo del crucero en dorado. En su interior había una botella de vino junto a una copa y un *kit* de lo más completo para no perder la magia del viaje. Se trataba de un vibrador negro y un estimulador de clítoris muy sofisticado, junto a unas esposas forradas de tela roja.

En la de ellos, de color rojo con la franja central en negro, al contrario que las nuestras, también podías hallar una botella y la copa, pero el resto lo componían un huevo masturbador, un gel efecto retardante y un antifaz de la misma tela roja que nuestras esposas.

Justo cuando estábamos levantándonos de las mesas, Máximo agarró mi mano y depositó en ella algo, cerrándomela con la suya.

—Te espero —me susurró—. No faltes, por favor.

Asentí y, cuando se giró para marcharse, observé el papel que reposaba en mi palma. Era una de las tarjetas que nos había dado la organización con el número de la que, imaginaba, sería su habitación.

Mis amigas hablaban entre ellas, riéndose y enseñando los artículos del regalo, cuando me acerqué.

—Chicas, no me esperéis para cenar.

—¿Y para dormir? —agregó Inma, divertida.

—Luego nos vemos —eludí su pregunta, algo enajenada—. Os quiero.

—¡Y nosotras a ti!

Subí a mi camarote y me di una ducha, agradeciendo que mi compañera aún no hubiese hecho acto de presencia.

Debajo del agua me pregunté qué demonios era lo que me ocurría con

Máximo. Me planteé por qué me afectaba tanto su presencia y el motivo por el que sentía, aun sin apenas conocerlo, que ahondaba cada vez más dentro de mí.

Sin ninguna respuesta sólida a la que aferrarme, cerré la puerta y dirigí mis pasos hasta el camarote doscientos doce, el que marcaba la tarjeta que contenía mi mano cuando llamé con los nudillos un par de veces sobre la madera.

Capítulo 18

—Me alegra que hayas venido —me dijo al abrir—. Pasa, por favor.

—Gracias.

—¿Te apetece una copa de vino?

—No más vino por hoy. —Le sonreí—. Una cerveza estaría bien.

—De acuerdo.

Me devolvió la sonrisa y se acercó al minibar, para sacar de él dos botellines de un tamaño ridículo y tenderme uno después de abrirlo. Su camarote era bastante más amplio que el mío; disponía de un pequeño salón, con un sofá de dos plazas y televisión, un reducido frigorífico y una mesa con dos sillas.

—Quería volver a disculparme por lo que ocurrió ayer —comenzó diciendo, invitándome a sentarme en el sofá a su lado. Lo seguí—. No era mi intención desaparecer toda la noche.

—Máximo, la verdad es que preferiría que no me dices ningún detalle —le pedí algo más seria—. Ambos nos gustamos y entre nosotros hay una atracción evidente... No veo por qué debemos empañarlo con preguntas o explicaciones.

—Está bien.

—Lo que pasó pasado está; ahora estamos aquí y eso es lo que cuenta.

—Me gusta tu manera de pensar. —Me sonrió, acariciándome el cuello cuando retiraba un mechón húmedo de mi pelo—. Entonces, ¿nada de información?

—Nada de información. ¿Te parece bien?

—No me parece mal —reconoció—. Aunque quizá sí que me gustaría saber tu edad.

Lo miré extrañada y algo divertida.

—Ya hace tiempo que cumplí la edad legal para estar en un barco de este tipo, no te preocupes por eso.

—Pero tienes...

—Treinta.

—Yo tengo cuarenta y uno.

—Muy bien llevados. —Le sonreí, quitándole hierro a la conversación.

Había tomado esa decisión en algún momento de la tarde o quizá unos segundos antes de entrar en su camarote, no lo tenía del todo claro, pero lo que sí sabía a ciencia cierta era que no quería complicarme más la existencia con príncipes azules en los que la etiqueta no rezaba ninguna advertencia sobre su lavado y terminaban destiñendo.

Si no conocía a Máximo..., si no ahondaba en él como persona y únicamente lo consideraba un pasatiempo con el que disfrutar durante mi estancia en el crucero, no podía llegar a afianzarse ese cosquilleo que notaba en el estómago cuando lo veía. Simplemente daríamos rienda suelta a nuestros deseos y utilizaríamos la tensión que existía desde el instante en el que lo vi por primera vez en el chiringuito para disfrutar el uno del otro.

Creía que era una teoría muy acertada y apostaba todas mis cartas a ella, por lo que debíamos ponerla en práctica esa misma noche. ¿Para qué perder más el tiempo?

Decidida, me acerqué a él y uní mis labios a los suyos, notando el agarre de sus manos en mi nuca de forma posesiva. Nos besamos como si fuésemos los mismísimos Jack y Rose y estuviésemos en pleno hundimiento del *Titanic*, dándolo todo en la unión de nuestras bocas. Por suerte nuestro barco correría mejor suerte y llegaríamos a tierra; algunos más enteros que otros, pero a salvo.

La respiración de ambos se fue acelerando, pero antes de que los besos y las caricias llegasen a más, unos sigilosos golpes en la puerta nos detuvieron.

—¿Han llamado? —pregunté, devastada por la necesidad que pugnaba por salir de nuestros cuerpos.

—Sí —murmuró sin dejar de besar mi cuello.

—Máximo...

—Está bien, está bien —refunfuñó levantándose y fue a abrir—. Solicité que nos subiesen la cena, pero lo había olvidado por completo. Espero que no te importe que haya decidido por los dos.

Le sonreí y negué con la cabeza, observando al camarero que, discretamente, depositaba las cosas de la bandeja en la pequeña mesa del lateral de la habitación y se retiraba de forma discreta.

—Huele muy bien —me acerqué a él cuando cerró de nuevo, pasando mis

manos por su cintura y rodeando su figura, pegándome a su espalda—, pero tú hueles mejor...

Se dio la vuelta girando sobre sus talones y me cortó el aliento con la sonrisa que formaban sus labios. Lo miré embelesada mientras me acariciaba la mejilla, cariñoso.

—Jamás habría imaginado esto cuando me embarqué en este crucero —reconoció—. Y pensar que casi me tuvieron que traer a rastras para...

Lo silencié, poniéndole un dedo sobre los labios y acercándome a su oreja.

—Nada de información, ¿recuerdas?

—Cierto —reconoció sonriente—. Humm... Vuelve a hacer eso, por favor.

Mis labios se curvaron antes de repetir el movimiento, lamiendo y mordiendo el suave lóbulo de su oreja. Su cuerpo se pegó al mío y pude sentir la erección que contenían sus pantalones.

—Me parece que la cena puede esperar.

—Sí... —me reí—, a mí también me lo parece.

Impulsado por mi respuesta, me agarró de los muslos, haciendo que lo rodease con ellos, y se acercó a la terraza, abriéndola y aproximándose a la barandilla conmigo enganchada. La noche resultaba fascinante, poblada de estrellas que no se veían contaminadas por las luces de la ciudad, pues ya hacía un buen rato que habíamos zarpado del puerto de Marsella rumbo al siguiente destino.

La brisa que corría a nuestro alrededor no conseguía calar en nuestros cuerpos encendidos, pues las caricias y los besos que nos dedicábamos se encargaban de calentarnos lo suficiente como para no sentirla.

—Eres preciosa —murmuró.

—Gracias. —Le sonreí, dándole la vuelta y apoyándome en la barandilla, permitiendo que su torso y su erección se pegasen a mi cuerpo por detrás.

Eché mi pelo hacia un lado y él depositó un beso en mi cuello al aire, ronroneando gustoso.

—En serio, creo que no te das cuenta de lo bonita que eres.

Me reí comedida a la vez que él mimaba mis caderas y mi cintura con sus manos, balanceándose contra mí.

—Gracias... de nuevo. Tú también eres muy atractivo, pero eso ya lo sabes.

—Me gusta que me lo digas.

—¿Te gusta que te alaben? —Asintió y me reí—. Está bien, eso puedo hacerlo. Eres guapo, tienes un cuerpo muy bien trabajado al que todavía no he

tenido el placer de ver en todo su esplendor...

—No te preocupes, lo harás dentro de un momento —se rio.

—También tienes un culo espectacular.

—Ah, ¿sí? —preguntó divertido—. Eso que asoma por ahí es una debilidad de Cristina, ¿me equivoco?

Negué juguetona y él mordió mi hombro eróticamente.

—Sólo he visto uno que podría competir con el tuyo y ya estaba cogido, así que me alegro de que éste... —llevé mis manos hacia atrás, abarcándolo como pude—... sea todo para mí esta noche.

—Y todas las noches que quieras.

El pequeño mono que me había puesto se mantenía sujeto a mi cuerpo por una lazada en el cuello que no tardó en descubrir, desabrochándola y haciendo que la tela cayese por su propio peso, dejándome únicamente con mis braguitas. Me giró en sus brazos y volví a abrazarme a él, que paseaba sus dedos, prodigándome caricias por todo el cuerpo, arrullando mis senos y acunándolos en sus manos.

—Como la cosa va de confesiones, te diré que tienes unos pechos increíbles.

—Normalitos —reconocí—, pero por la noche todos los gatos son pardos.

—De eso nada. —Se rio—. Son perfectos.

Con su índice y su pulgar, apresó uno de mis pezones en un gesto algo más enfebrecido y gemí en respuesta cuando acercó su boca a él, succionando y besándolo después.

Al incorporarse, llevé mis manos a su camisa y comencé a desabrochar los botones que lo mantenían separado de mí por ese odioso trozo de tela.

No dejamos de besarnos en ningún momento.

—Máximo.

—Dime.

—¿Vamos dentro?

—¿Por qué?

Su pregunta susurrante me constriñó la parte inferior del cuerpo.

—Porque estamos en la terraza —murmuré con los ojos cerrados, disfrutando de su boca sobre mi piel y el tacto de su mano en las mías.

—¿Y?

—Que pueden vernos...

—No hay nadie.

Sonreí.

—Voy a empezar a pensar que te gusta hacerlo con posible público.

Me devolvió la sonrisa.

—No haré declaraciones.

—Máximo *el Libertino*...

Su carcajada resonó en la noche y aproveché que su cabeza se encontraba echada hacia atrás durante unos segundos para lamer su cuello y sentir su nuez de Adán moverse con las vibraciones de su risa.

—Eres tan masculino...

Con dedos algo torpes, desabroché sus pantalones y tiré de ellos hacia abajo. Él se separó un poco de mí para facilitarme la tarea y acaricié sobre la tela del calzoncillo la calidez de su miembro más que dispuesto.

—¿Quieres más? —le pregunté juguetona, cuando una gota de líquido preseminal se marcaba en la tela.

—Por favor —rogó.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Él me sonrió lascivo al introducir la mano y abarcar toda su longitud. Era cálida y dura. Resultaba una delicia percibirla así, sin fronteras entre nosotros. Quería sentirla en mi interior de todas las maneras posibles.

Lentamente y sin dejar de mirarlo a sus ojos algo vidriosos, seguramente reflejo de los míos, me fui agachando hasta quedar a la altura de su erección. Lo besé sobre la tela antes de despojarlo también de la ropa interior y su miembro saltó a la altura de mis ojos, expectante.

Me relamí con un amago de sonrisa contenida antes de introducirla en mi boca y comenzar a succionar, primero despacio..., saboreando, lamiendo, degustando su aroma, sus gemidos y sus manos aferradas a mi pelo, para después ir aumentando el ritmo conforme sus caderas jugaban a encontrarse con los movimientos de mi cabeza.

—Cristina, cuidado —me advirtió con la voz ahogada justo antes de que sus testículos se contrajeran en mis manos y un potente chorro inundase mi boca—. Joder... Sí... Sí...

Continué lamiéndolo hasta que comenzó a perder dureza, retirándome y sentándome sobre mis talones, observando su gesto aliviado desde mi baja posición.

—Estás arrebatador —lo adulé sonriendo.

Él resopló plácidamente y me ayudó a levantarme después de agarrar su

ropa y colocársela por encima sin abrochar.

—Ven aquí...

Con su brazo izquierdo abarcó mi cintura y me elevó unos centímetros, haciendo que diese un pequeño grito, sorprendida. Caminó conmigo en brazos y con la otra mano sujetando sus pantalones hasta la cama, donde me depositó mientras se apresuraba a desnudarse.

La cena, a esas alturas, ya debía de estar más que congelada...

Admiré su cuerpo sin privaciones, ya despojado de toda su ropa. Él me sonrió un instante antes de bajar por mis piernas la única prenda que me cubría y que se interponía entre nosotros.

—Quiero cenar...

—¿Ahora?

—Ahora mismo —ratificó, acercándose a mis pliegues y abriéndome para él.

Gemí en respuesta cuando su lengua se adentró en la exploración de mi cuerpo, provocándome sensaciones anteriormente conocidas pero nuevas de alguna manera. Atendió mi cuerpo y la necesidad acuciante que sentía y, cuando alcancé el punto de no retorno, no me dejó caer sola, pues su boca recorrió conmigo todo el ascenso y descenso del orgasmo que me regaló.

Ésa sería la antesala de una noche en la que lo que menos hicimos fue descansar, pues no podíamos estar despegados el uno del otro, sin tocarnos, saborearnos o sentirnos. Nunca olvidaré el cruce de miradas que nos dedicamos la primera vez que entró dentro de mí, inundando todo mi cuerpo con su presencia y reclamando cada recoveco de mi placer.

Esos ojos me acompañarían durante toda mi existencia, recordándome un momento perfecto, mágico y único que sólo él y yo habíamos podido vivir y experimentar.

Máximo estaba decidido a dejar huella y no iba a desistir en su empeño.

* * *

A la mañana siguiente despertamos juntos en su cama, revueltos entre las sábanas que cubrían parcialmente nuestra desnudez. La actividad de la noche anterior había provocado que el descanso fuese sumamente reparador, aunque escaso. Podría haber dormido durante el día entero pegada a su cuerpo, pero cierta parte de su anatomía pensaba de forma diferente.

—Buenos días, princesa —me susurró sonriente.

—Buenos días. —Parpadeé intentando devolverle la sonrisa, frunciendo los ojos por la luz que entraba de la terraza—. ¿Qué hora es?

—No tengo la menor idea.

—Ah... —conseguí decir cuando se posó encima de mí y con sus labios comenzó a atormentar mi cordura.

—¿Has dormido bien?

—Poco pero sí, muy bien.

—Me alegro. —Mordió, jugueteó, mi pezón y me moví inquieta, mirándolo obnubilada.

—Eres de los que se levantan activos —afirmé al verlo fresco como una lechuga—. Siento decirte que yo soy una marmota...

Su risa oculta en mi piel me hizo sonreír.

—Pues duerme, que ya me entretengo yo por aquí con cualquier cosa. Ya se me ocurrirá algo para distraerme.

Cerré los ojos sin cambiar el gesto de mis labios, estirados desde las comisuras.

Él se entretuvo en reseguir la línea imaginaria que iba de mis pechos hasta mi pubis, subiendo de nuevo y jugueteando con su lengua. El roce de su barba me hacía cosquillas y en un par de ocasiones no pude reprimir la risa, encogiéndome sobre un lado.

—Humm —ronroneó—. Tienes cosquillas... Interesante información.

—Nada de información. —Me reí cuando encontró un nuevo punto vulnerable—. Hasta donde tú sabes, sólo sufro de hormigueos.

—Ya... hormigueos —se rio canalla.

Contemplé su cara a la vez que él observaba mis reacciones a sus dedos, buscando puntos débiles en mi anatomía.

El atractivo de sus rasgos varoniles y delineados era indiscutible, pero cuando sonreía todavía llamaba más la atención. Era un hombre tremendamente interesante, divertido, dulce, pícaro...

Sería fácil enamorarse de Máximo.

—¿No te gusta que te toque los pies?

—¿Cómo? —pregunté aturdida.

—Has cambiado la cara hace un instante... Si no te gusta, no te preocupes, que no los tocaré... demasiado... —Me sonrió, bromista.

Negué con la cabeza, aún algo descolocada.

¿Por qué demonios no podía dejar de darle vueltas a la cabeza y simplemente disfrutar del momento? ¿Quién me mandaba a mí pensar en lo fácil o difícil que sería enamorarse de Máximo si yo no estaba dispuesta a hacerlo...?

—Creo que deberíamos salir de la cama —dije intentando que mi voz sonase lo más normal posible.

—Está bien...

—Ambos necesitamos una ducha y mis amigas seguramente estarán preocupadas por mí —mentí.

Él se separó y asintió con la cabeza, aunque no muy convencido con mi explicación.

—Si te apetece, después podemos ir a tomar algo rápido a la piscina. Es demasiado tarde para el desayuno.

—Es demasiado tarde, sí...

Me miró antes de entrar en el baño con la cara algo más seria.

—Imagino que no te quieres unir a mí en la ducha, ¿no?

Sonreí y negué una sola vez, arrugando la frente.

Cuando cerró la puerta tras de sí y el agua comenzó a correr, me levanté y busqué mi ropa por la estancia y la terraza, donde había ido cayendo desperdigada. Ya vestida, miré una vez más hacia la puerta por la que había desaparecido hacía unos instantes, sintiéndome culpable por enfriar el momento de una forma tan brusca.

No podía evitarlo. No quería sentir nada por un tío al que acababa de conocer, y Máximo me hacía sentir vulnerable, expuesta y demasiado sensible a sus encantos. Lo mejor era poner algo de distancia entre los dos e incluso quizá buscar algún otro entretenimiento masculino que me lo sacase de la cabeza.

Salí de la estancia antes de que él terminase su ducha.

No me despedí y tampoco creí oportuno dejarle una nota. ¿Qué podía poner? «¿Gracias por la noche de sexo inmejorable... y por colarte en mi mente más de lo que debías?» No, definitivamente irme sin dar explicaciones era lo mejor.

Al entrar en mi camarote, vacío, me asecé dedicando el tiempo necesario a la tarea de calmarme. Estaba agitada y no podía negarlo por más que quisiera. En ese momento me habría venido de perlas un baño relajante como el que me había dado en casa... aunque quizá...

Me acerqué al tocador buscando el diario de a bordo, confirmando el horario del *spa*. Sonreí contenta con mi plan después de leer la nota que me había dejado Rosa, indicándome que habían decidido bajar a Mónaco con el grupo de amigos del chico del que se había colado Jessica, lo que quería decir que iba a poder estar sola y relajarme en la sauna y las aguas termales de las instalaciones tan maravillosas que nos habían enseñado el primer día en el *tour* por el barco.

Con todo lo necesario, bajé hasta la cubierta donde se encontraba y registré mis datos en la recepción, recibiendo un ridículo gorro que no pensaba utilizar, un albornoz y la llave de una taquilla donde poder dejar mis escasas pertenencias.

—Qué delicia... —murmuré al introducirme en una de las piscinas de agua templada.

Me encontraba sola en dichas instalaciones, a excepción de un hombre que debía de rondar los cincuenta años, aunque estaba de muy buen ver, que paseaba por el pasillo de piedras terapéuticas y chorros a presión.

Cerré los ojos, concentrada en recuperarme de la noche tan movidita que habíamos tenido Máximo y yo, intentando desechar los ridículos pensamientos enamoradizos que habían aflorado en mí esa mañana. La noche había dado pie a ello, tenía que reconocerlo. Había sido verdaderamente atento, encantador y apasionado, una mezcla explosiva y sumamente atrayente para cualquiera. Pero no debía equivocarme ni pecar de ingenua; más bien tenía que seguir mi propio consejo, ese que le había dado a mi amiga Jessica, y disfrutar mientras durase, porque la fecha de caducidad estaba clara en el horizonte, tanto como la bahía de Mónaco.

Cuando mis dedos lucían unas arrugas dignas de estudio, salí de la piscina; entonces me di cuenta de que mi compañero madurito ya se había marchado.

Me acerqué a una mesa baja iluminada gracias a un pequeño aplique en la pared, sin perder el misticismo del lugar, que se mantenía en una penumbra muy acogedora. Bebí un vaso de zumo reconfortantemente fresco que mantenían allí con el fin de hidratar a los usuarios y miré en derredor, quedándome atrapada por la visión que ofrecía la puerta de cristal de la sauna.

Allí, con el calor de ese espacio, los vapores que emanaban las tablas de madera y la escasa necesidad de ropa, una chica rubia con el pelo rizado y algo pegado a las sienes recibía las atenciones de un hombre con verdadero fervor.

El cuerpo atlético de ella absorbía las acometidas de las caderas de él, agarrada a los escalones de madera y con expresión de auténtico placer.

No podía despegar los ojos de ellos, del movimiento de sus cuerpos, de los gemidos amortiguados que me llegaban a través de la puerta casi hermética. Aunque mi mente me decía que estaba mal observarlos, mi cuerpo se negaba a marcharse, descubriendo así una parte de mí misma hasta entonces desconocida.

Me excitaba verlos.

Era una mirona sin remedio y me estaba encendiendo por momentos.

Me apoyé en la pared y, como acto reflejo, mi mano viajó hasta mi entrepierna, colando un par de dedos por el lateral del biquini, percibiendo lo mojada que estaba.

Antes de poder pensar en lo que estaba haciendo, comencé a masturbarme al ritmo de la pareja de la sauna, metiendo y sacando dos dedos de mi interior con la misma fuerza con la que la polla del hombre entraba y salía de ella, ruda y nervuda.

La joven se movió e hizo sentarse al hombre en uno de los escalones, situando luego ambas piernas a cada lado de sus caderas y colocándose encima de él. Las grandes manos masculinas se aferraban a las caderas de ella y la ayudaba a impulsarse hacia arriba para después empalarla hacia abajo.

Tenía una panorámica privilegiada; tanto era así que veía cómo rebotaban los testículos de él en cada salto, estirados y listos para descargar. Los fluidos de ella resbalaban por su longitud cada vez que se elevaba, sacándola de su interior y haciendo que brillara.

Se me escapó un gemido al mover más rápido mi mano, al frotar con mi palma mi clítoris a la vez que los dos dedos dentro de mí cogían velocidad.

¿Qué importaba si estaba en un espacio público donde podía ser descubierta?

¿Qué le importaba a la pareja que follaba dentro de la sauna a la vista de todos, a mi vista...?

Sin poder retenerlo más y con menos aguante que ellos, me corrí, cerrando los ojos durante unos instantes con la respiración agitada. Cuando centré de nuevo la vista en el espectáculo que estaban dando, él estaba de espaldas a mí y claramente movía la mano sobre su erección, masturbándose a un ritmo vertiginoso. Ella se mantenía de rodillas frente a él, con la boca abierta, expectante.

Fue en ese instante cuando los ojos de la chica y los míos se encontraron. Fueron tan sólo un par de segundos, en los que ella me dedicó una mirada acalorada y descarada, guiñándome un ojo, para acto seguido volcar la atención en los movimientos de él. Me erguí y decidí que mi momento en la sala del balneario había acabado al ver cómo la cara de la muchacha recibía, encantada, lo que su pareja tenía para darle.

—¿Todo a su gusto? —me preguntó amablemente la recepcionista cuando salí y deposité el albornoz en la cesta a su lado.

—Sí-sí... —tartamudeé, aún aturdida por lo que acababa de experimentar—. Todo genial.

—Me alegro. Esperamos verla pronto.

—Gracias.

Me despedí apresurada, resultando algo ridícula, ya que estaba en un crucero sexual en el que lo que había ocurrido no debería de ser tan escandaloso para mí, pero no podía remediarlo... ¿Qué persona que había mantenido una vida medianamente normal y no había acudido a ningún lugar liberal o dedicado al sexo no se escandalizaría un poco con lo que yo había presenciado? No..., más bien debería decir con lo que yo misma había hecho mientras observaba a dos personas teniendo sexo descarado y deliciosamente sucio.

—Joder —murmuré, subiendo la escalera hasta la cubierta—. Necesito refrescarme.

Di algunas vueltas por la zona de la piscina, cruzándome con las actividades que organizaban los animadores junto con algunas de las personas que no habían bajado al puerto ese día: juegos de encestar aros y pelotas de lo más explícitos, mesas de cartas en las que la poca ropa era más que un hecho...

Pero el día no había hecho más que empezar y así lo comprobé al pasar al lado del *jacuzzi*, donde la chica que había viajado sola y que nos acompañaba en la mesa cada noche, Esther, estaba dándose el lote con un chico en medio de las burbujas.

No quise quedarme a mirar si, aparte de los besos lascivos que se dedicaban, había algún que otro toqueteo bajo el agua, pero hubiese apostado a que sí, a tenor de las muecas que ambos componían y los movimientos balanceantes de ella sobre él.

Mónaco podría ser el país más pequeño del planeta después del Vaticano, pero su aire mediterráneo claramente contenía algún tipo de afrodisiaco,

porque veía sexo por doquier. Era algo exagerado...

Me senté a una de las mesas junto a la barandilla, colocando mis pies sobre ella y tomándome una cerveza bien fría que había pedido en la barra del chiringuito. Miré hacia el mar y respiré hondo, dándole un bocado al sándwich vegetal que había llamado mi atención al retirar mi consumición.

—¿Dónde están tus amigas? —preguntó una voz a mi derecha.

En un primer momento me envaré, creyendo que se trataba de Máximo, pero el timbre menos grave y la cadencia de su voz no eran los mismos, como así tampoco su apariencia, pues éste era delgado, alto y con algunas entradas en su pelo castaño claro.

—Hola.

—Hola. ¿Estás sola? —volvió a preguntar.

—Eso parece...

—¿Te importa que me siente?

—Adelante.

Tomó asiento a mi lado y me observó sonriente. Ni por asomo tenía la misma sonrisa reluciente y fresca de Máximo.

—¿Tienes pareja?

—No —admití a la expectativa.

Me apetecía ver las dotes de seducción del muchacho y cómo bandeaba mis respuestas.

—Pero no has venido sola... —afirmó.

—He venido con unas amigas.

—Que te han dejado abandonada. —Me sonrió de nuevo.

—Por el momento. ¿Y tú? ¿Has venido solo?

—No. Con dos amigos —aclaró—. ¿De dónde eres? Me encanta tu acento.

No pensaba dar demasiada información, pero tampoco quería mentir.

—De Sevilla.

—Ya decía yo —exclamó—. Mi primera novia era sevillana y era muy divertida.

Ya estábamos...

—Suele venir de serie, como en los coches —ironicé, dándole luego un trago a la cerveza de nuevo y echando un vistazo a nuestro alrededor.

—Yo soy de Ribadavia, un pueblecito gallego precioso. ¿Has ido alguna vez?

Negué con la cabeza.

—Pues estás más que invitada. Te encantará; tiene un barrio judío lleno de calles empedradas, rincones misteriosos y algunas joyas artísticas. ¿Te gusta el vino?

—No demasiado.

—Lástima, pues es una zona conocida por sus vinos. Te gustarían los de allí.

—Seguro —le seguí la corriente, algo cansada de su entusiasmo.

No se le veía mal tío, pero la verdad era que no estaba nada receptiva, aunque el arrebató al hablar de su pueblo resultaba enternecedor.

Eso era lo que me producía: ternura. Con ese sentimiento, mal íbamos...

—Por cierto, ¿cómo te llamas? Yo soy Abel.

—Cristina.

—Qué nombre tan bonito. Mi prima se llama Cristina, aunque todos la llamamos Cris o Cristi. Nunca le ha gustado que la llamen por su nombre completo, dice que le recuerda a cuando su madre la regañaba de pequeña...

Su verborrea se vio interrumpida —gracias a todos los dioses del Olimpo y a alguno caído al inframundo seguramente por matar con sus propias manos a alguien tan intenso como él— cuando mis amigas hicieron acto de presencia.

Nunca me había alegrado tanto de verlas.

—¡Ey! —exclamó Jessica, mirándolo—. ¿Qué tal? Te has perdido mogollón de cosas chulas.

—Sí, sobre todo una caída de Inma en plena bajada del barco —se cachondeó Rosa, sentándose al lado del chico, que las miraba algo cohibido—. ¿Qué has hecho tú? No te vemos el pelo desde ayer.

—He estado descansando —mentí, y ella lo supo.

—Ya...

—¿Tenéis hambre? —preguntó María, acercándose a la mesa con un plato de fruta troceada—. Yo estoy famélica. Tanta caminata me ha abierto el apetito.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó Inma a un Abel algo aturrullado y en segundo plano.

Él se levantó y murmuró alguna excusa, escapando de la vorágine que habían traído consigo mis amigas.

—El de ayer estaba más bueno.

—Lo sé —le contesté sonriendo.

—¿Qué tal fue?

—Prefiero no hablar de ello —confesé, robándole una fresa a María—. ¿Qué me he perdido desde entonces?

No sabía cuánto tiempo iban a respetar mi voto de silencio, pero de momento aceptaron que no les contase nada y me explicaron algunas de las cosas que habían ocurrido la noche anterior en la cena y después. Así fue cómo supe que las normas del barco no parecían ser tan estrictas, pues Marina, la chica con la que habíamos coincidido en las clases de bailes latinos, había conseguido camelarse al monitor al que le había echado el ojo después de que apareciesen todos los camareros vestidos de los personajes de *Star Wars*, la temática de la noche.

Su soldado imperial había claudicado ante sus encantos. Su lema no debía de ser el de morir por el Imperio, pues su mayor honor más bien parecía ser su fusil E-11 o, lo que era lo mismo, su arma reglamentaria de elevada efectividad. Aunque no me refería a la réplica de plástico con la que se había caracterizado, sino más bien a la que tenía escondida y en posición de firmes dentro de su armadura. Eso, sumado al elevado grado de entrenamiento y especialización del espécimen, habían dejado en alta consideración a su batallón para nuestra *teacher* la noche anterior.

Su amiga no había corrido la misma suerte, pues terminó liándose con uno de los integrantes de su mesa con una careta a lo cutre de Yoda...

—¿Y qué habéis pensado para hoy? ¿Os apetece realizar alguna actividad? —les pregunté algo desganada.

—Esta mañana Rosa comentó que quería ir a clases de *pool dance*...

La miré arqueando una ceja y ella resopló.

—La verdad es que, después de la excursión, no me apetece nada refregarme con una barra de metal y hacer el mongolo.

—Para eso no te hace falta una barra.

—Ja, ja, ja —rio irónica—. Qué graciosa, Inma...

—Yo voto por darnos un bañito ahora que la piscina parece menos superpoblada, disfrutar del sol en las tumbonas y después ir a arreglarnos para la cena.

—No me parece mala idea, Jessi.

—Lo dice porque seguramente haya quedado con Nacho, ¿a que sí?

—Puede... —Le sacó la lengua a Inma.

Pasamos el resto de la tarde en la piscina, como habíamos hablado, tostándonos al sol y refrescándonos en el agua de vez en cuando. Ese ratito tan

normal me había devuelto las ganas de disfrutar y propuse ir al restaurante oriental a cenar, pues en mi regreso del *spa* esa mañana había visto un cartel en el panel de la puerta indicando que se celebraría una degustación de *sushi* y *sake*.

—Uh, qué rico —se relamió Inma—. Me apunto.

—Y yo.

—Yo también. Siempre he querido hacer un curso de comida oriental, es todo un arte en sí misma —comentó María.

—Pues decidido, esta noche ya tenemos plan —afirmé entusiasmada.

—Y, después, a la discoteca... a menear estos cuerpos serranos que nos ha dado la naturaleza y, a algunas, la silicona —agregó Rosa.

Capítulo 19

Conociendo la temática del viaje, no deberíamos habernos asombrado tanto la noche anterior cuando, al entrar en el restaurante, decididas a ponernos las botas con el *sushi* y acompañarlo bien regado de un buen *sake* japonés, la bebida con más alto contenido alcohólico del mundo, nos topamos con una escenificación real del arte fetichista del *nyotaimori* o, lo que es lo mismo, la práctica en la que la comida se presenta en el cuerpo desnudo de una mujer... Aunque, para nuestra suerte, también podías elegir degustarlo sobre un hombre, en su variante llamada *nantaimori*.

¡Y qué hombres!

Nos explicaron que originalmente se trataba de una oscura costumbre japonesa no muy bien vista por la parte más conservadora de la sociedad; en ella, la persona era entrenada para permanecer durante horas sin moverse, tolerando la exposición prolongada en su cuerpo de comida a baja temperatura, preparando especialmente y a conciencia cada centímetro de su anatomía y manteniendo un más que cuidado depilado integral...

A nadie le apetecía encontrarse un pelillo rondando su comida, ¿verdad?

Como dato, en la actualidad era ilegal en China, aunque la costumbre se había difundido por otros países europeos, Estados Unidos y Latinoamérica, llegando hasta nosotras gracias al barco que nos estaba regalando multitud de experiencias.

Esa mañana habíamos fondeado en Portofino, provincia de Génova, un pequeño pueblecito que se extendía con forma de media luna en torno al hueco que había creado el mar. El aire del lugar me trajo a la mente mi visita a Procida, isla de donde era originario Alessandro y que visité años atrás durante un verano muy especial.

¿Qué estaría haciendo mi italiano preferido en ese momento?

Esperaba que se estuviese encargando de Teresa y cuidando de su bienestar, ya que mi hermana podía olvidarse incluso de respirar en plenos exámenes.

Sonreí recordándolo mientras descendíamos del barco.

Ese pequeño pueblo de pescadores de la Riviera italiana, rodeado de verde y sumergido en una atmósfera antigua llena de tradiciones marinas, consiguió enamorarnos.

—Aunque no esté amortizando el viaje sexualmente hablando —dijo María—, ver estos rincones no tiene precio... ¡Qué maravilla! Es una pena que las demás no hayan querido bajar a verlo.

Sonreí y asentí, y juntas, del brazo, visitamos la *piazzetta*, punto de encuentro y símbolo del municipio. Pudimos deleitarnos con las típicas casas de colores vivos del puerto y supimos que a sus habitantes los habían apodado los delfines desde antaño, por su gran habilidad como navegantes.

Casi babeamos al llegar al castillo Brown, una fortaleza en medio de un espléndido jardín colgante con unas vistas impresionantes.

En un alarde de nostalgia, tuve claro que a mi madre, gran amante de la costura, le habría encantado ver a la mujeres del lugar elaborando elegantes encajes de bolillos con una técnica que debía de ser tan antigua como la población.

Yendo con María no podíamos dejar de degustar el plato típico y nos sentamos en un pequeño restaurante muy acogedor, donde nos sirvieron una impresionante lasaña elaborada con salsa *pesto*.

—Está para chuparse los dedos —le dije después de haber engullido medio plato—. Qué bueno, por favor...

Ella sonrió.

—Sí que lo está. Voy a tener que hacer trabajo de investigación y recopilar recetas para el restaurante.

—Mira, pues podrías venirte con Miguel. —Arqueó una ceja, divertida—. Ya sabes, por no viajar sola y que tu segundo al mando pueda darte su visión profesional de los platos.

Nos reímos y terminamos de almorzar, para pasear luego juntas de regreso al barco, parándonos en cada rincón que nos llamaba la atención.

Cuando nos reunimos con las demás, ya a bordo, empezaba a caer la tarde.

—¡Hombre! Menos mal... —comentó Inma con la boca llena de un pastelito que acababa de engullir—. Ya os dábamos por perdidas.

—Tendríais que haber bajado a tierra —le contestó María—. ¡Qué sitio tan bonito!

—Aquí no nos lo hemos pasado del todo mal —añadió Rosa—. Por cierto,

estábamos a punto de ir a ducharnos para asistir a... —puso énfasis al momento de expectación que creó—. Tatatachán... ¡Cita con un desconocido!

—¿Qué?

—¿Cómo?

—¿*Qui?* ¿*Quimi?* —parodió nuestras preguntas—. Como no veníais, hemos decidido nosotras y sin duda vamos a ir, así que no tenéis ni voz ni voto en ese asunto.

La miré frunciendo los labios.

—Y en esa dictadura que has impuesto, ¿qué es lo que vamos a hacer exactamente?

—¿Has visto alguna película americana en la que acuden a una ronda de citas a ciegas con desconocidos en un bar? Seguro que sí —afirmó sin dejarme contestar—. Pues eso mismo. Además, con el trabajito que nos ha costado convencer a Jessi para que venga y deje de besar el suelo por donde pisa el muchachito del que se ha colgado, no vamos ahora a cambiar de planes.

—Está bien —concedió María—. Vamos.

—Vale. Tiene que ser divertido —admití, siguiéndolas hasta los camarotes.

Y lo fue, resultó entretenido e incluso interesante. Hubo momentos en los que no pude contener las carcajadas y hasta me topé con un par de candidatos bastante encantadores que me dieron la tarjeta de su habitación... pero, casi al final de la ronda de citas, lo vi.

Su barba densa, sus ojos hipnotizantes y sus habilidosas manos.

Reía y charlaba con una chica bastante atractiva que le hacía ojitos y a mí se me llevaron los demonios, consiguiendo que no le prestase demasiada atención al hombre rapado y musculoso que tenía enfrente comentándome cómo se dedicaba a rescatar a tiburones indefensos en zonas peligrosas.

¿Zonas peligrosas para tiburones? ¿Desde cuándo un tiburón era un ser indefenso?

Asentí con la cabeza como una autómatas, no muy interesada en su verborrea sin sentido y temiendo el momento en el que sonase la campanita, pues eso querría decir que Máximo ocuparía el lugar del aventurero y altruista salva escualos frente a mí, y lo que en cualquier otro instante sería una bendición, ya que me libraría de morir por el sopor de escuchar a mi interlocutor actual, me tenía al borde de un ataque de nervios que se incrementaron cuando el dichoso timbre sonó y él se acercó a mi mesa.

—Hola.

—Hola —contesté.

Me tendió su mano formalmente.

—Soy Andrés, tengo treinta y seis años, dos hijos y trabajo de neurocirujano en un hospital del Amazonas.

Arqueé una ceja y no pude evitar sonreír.

—Melanie, veintiocho años, en lista de espera para ser mamá probeta y modelo de lencería.

—Encantada, Melanie.

—Igualmente, Andrés. Un largo viaje desde el Amazonas para venir a este crucero, ¿no?

—Me lo regaló un paciente agradecido cuando salvé a su hijo de las fauces de una anaconda de tres metros que estaba a punto de engullirlo.

Contuve la risa al ver su gesto serio y cariacontecido, narrándome la trola que se había montado.

—Eres todo un héroe...

—No me gusta reconocerlo, pero sí, ése soy yo. —Me sonrió como lo había hecho la larga noche que pasamos juntos.

Me recobré tras un momento en el que no dejó de mirarme.

—Y ¿qué haces con tus hijos? ¿También están contigo allí o viven con su madre?

—Ah, no. Fueron el resultado de un experimento del Gobierno y nacieron de mi propio vientre, no hay madre.

—No hay madre... —repetí, sorprendida por su desparpajo a la hora de mentir con tanta rapidez.

—Viven para el saber; son dos eruditos dignos hijos de su padre y consiguieron el doctorado con doce años. Ahora trabajan en un laboratorio, desgranando los secretos de la ciencia.

—Dime una cosa, Andrés —dije con retintín—. ¿Algo de lo que me digas será verdad?

—¿Qué te hace pensar que no lo es, Melanie? —Utilizó el mismo tono.

—Pura corazonada...

El timbre debía de estar a punto de sonar, pues los escasos minutos habían ido corriendo. Él se me quedó observando de manera penetrante y le mantuve la mirada sin amilanarme. Al cabo de un instante, contestó modulando la voz y atrayéndome como el canto de una sirena a un marinero.

—Te diré algo que sí es verdad. Una sola verdad. —Tragué saliva, atenta,

rezando para que se saltase la regla que yo misma había impuesto de nada de información y me dijese algo a lo que aferrarme—. Me muero por volver a enterrarme dentro de ti y, aunque no te gusten las promesas, te juro que me muero por hacerlo pronto.

Se levantó de la silla unos segundos antes de que sonase la campanita y me quedé descolocada y aturdida, notando cómo las demás personas se iban marchando de la sala o hablaban animadas en grupos.

Su seguridad al contestarme me había dejado noqueada, aunque no sabía si lo que realmente me mantenía pegada a la silla era mi propio cuerpo derretido por el breve contacto con Máximo y su altruista historia inventada o el magnetismo que desprendía y que me afectaba como nunca antes otro hombre había conseguido.

Capítulo 20

A varios cientos de kilómetros de mi posición, en nuestro reducido piso de la calle Larra, Teresa sentía una presión asfixiante en el pecho que casi no la dejaba respirar.

Hacía varios días que me había marchado, a ella aún le quedaban dos exámenes por hacer y, para más añadidos, sentía la constante presencia de Alessandro a su alrededor, revoloteando y cuidando del más mínimo detalle que la concerniese.

Tiempo después supe que había maldecido y agradecido a partes iguales mi petición de que se hiciese cargo de ella durante mi viaje.

Por su parte, mi hermana verdaderamente no estaba segura de que la impulsividad que tuvo al pedirle que se quedase hasta acabar los exámenes hubiese sido acertada. Tenía la sensación de que estaba resultando infantil y patética, pero realmente no sabía cómo actuar con él. ¿Debía dejar que pasasen los días de la mejor manera posible, centrándose en superarlo minuto a minuto? ¿O quizá debía ser atrevida y lanzarse, contándole lo que le hacía sentir?

¿A quién quería engañar? Ella, ¿osada?

Unos nudillos en la puerta la sacaron de sus pensamientos, asustándola.

—¿Teresa?

—Voy —chilló, saltando de la cama y poniéndose las zapatillas.

Abrió la puerta después de haber cogido aire y le sonrió comedidamente a Alessandro, que se encontraba al otro lado, esperándola con una radiante e irresistible sonrisa.

«Maldito sea por enseñar parte de su alma en cada sonrisa», pensó.

—*Tempo di mangiare*. —«Hora de comer», anunció.

—¿Ya? —se extrañó, mirando el reloj de su muñeca y dándose cuenta de lo tarde que era. Se había pasado toda la mañana siendo improductiva y dándole vueltas a la cabeza sobre un tema en el que, claramente, no iba a avanzar—. Lo siento, creía que era más temprano.

Él la agarró de la mano y la sacó del dormitorio, guiándola por el pasillo.

—Tienes la *testa* llena de información. Ahora llenemos la panza.

Ella se dejó llevar, terminando sentada en la mesa del comedor que ya disponía de los útiles para almorzar. Alessandro le pidió que aguardase unos segundos mientras llevaba la comida y asintió como una autómatas, sonrojándose al percatarse de que se había quedado mirando su trasero cuando el italiano se había dado la vuelta para dirigirse hacia la cocina.

Carraspeó y dirigió los ojos al salón, entreteniéndose en repasar los vasos de la vitrina para así calmar los nervios que sentía en el estómago. ¿Qué pensaría su progenitora en esos momentos de ella? La recatada y siempre correcta Teresa, futura abogada, mirándole el culo a su primo mayor... Podía oír los gritos de nuestra madre en su mente y todo.

—*Ecco qui*. —«Aquí está»—. La especialidad del chef.

Un plato de ensalada especialmente colorido aterrizó frente a su cara y ella lo miró asombrada. Alessandro le explicó que se trataba de una ensalada de limón, en la que se empleaba la parte blanca que hay bajo la cáscara de los limones de Procida, variedad de un tamaño especialmente grande y más dulces que los españoles. Ésta se troceaba y aliñaba con aceite de oliva, sal, azúcar, hojas de menta, rodajas de guindilla y el zumo del propio limón, dando como resultado un plato atractivo y con un olor cítrico muy refrescante.

—Está muy rico —admitió ella—. ¿De dónde has sacado los limones?

—Filippa no deja a su díscolo hijo *abbandonato*. —Le sonrió, acariciando su mejilla—. Me ha mandado varias cosas de mi tierra y quería compartirlas contigo.

Teresa no pudo sostenerle la mirada y asintió, agachando la cabeza y dando buena cuenta de su plato, a la vez que sentía las orejas arder por la timidez.

—¿Vas a ir a la biblioteca con tu *amico*?

—¿Eh? —preguntó distraída—. ¿Con Joaquín?

Él asintió, masticando.

—No. Me quedo en casa.

—Se le ve un buen *ragazzo*. ¿Te trata bien?

Afirmó sin mirarlo.

—Si no lo hace, llama al primo Alessandro, que le dirá unas cuantas cosas para que se comporte como un caballero contigo. —Le sonrió y ella le devolvió el gesto, quedándose anclada en sus labios más tiempo del conveniente—. *Va bene?*

—No. Sí... Claro —se aturrulló—. Él es muy educado.

—È il tuo ragazzo?

—¿Cómo?

—Tú y él sois...

Alessandro buscó las palabras para que ella le comprendiese, aunque no hizo falta, pues Teresa abrió los ojos excesivamente al entender a qué se refería.

—No, no, no —negó con rotundidad—. No es mi novio.

—Novio —repitió Alessandro—, eso es.

—Sólo es un amigo —contestó bajando de nuevo la mirada.

No se sentía bien por lo que había ocurrido con él, o más bien con la forma en la que lo había utilizado para intentar atraer una atención que, claramente, no había logrado, pues su plan no había surtido efecto.

Teresa sabía que Joaquín sentía algo por ella; que fuese introvertida no significaba que padeciese ceguera o no comprendiese las señales que evidentemente se lo indicaban, pero por momentos perdió la razón, sabiendo que había cometido un error que ni siquiera el propio afectado le había recriminado.

Su compañero había aceptado de buen grado que ella le hubiese rechazado una vez que se habían acostado juntos, y ella se sentía mal por ello, ya que, aunque le había dejado claro desde el principio que no quería nada serio con él, sabía que él había mantenido las esperanzas.

Había perdido la virginidad con él, ¡por el amor de Dios! Y lo había hecho por Alessandro, para llamar su atención..., una atención que en ese instante tenía sólo para ella y que, sin embargo, no acababa de aprovechar.

«Menuda idiota estoy hecha», se reprendió mentalmente.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó al verla callada y sin comer.

Ella lo miró algo aturdida, regresando de sus pensamientos y asintiendo con la cabeza.

El resto del almuerzo lo pasó sumida en un incómodo silencio, escuchando las anécdotas y explicaciones que le hacía él sobre su tierra.

Sabía que le quedaba poco tiempo si quería hacer algo.

Era consciente de que el lapso que pasarían juntos tenía fecha de caducidad, pero no encontraba el valor necesario para confesarle sus sentimientos.

—¿Cómo estará Cristina? —preguntó Alessandro cuando se sentaron en el

sofá con una taza de té cada uno.

La mención de mi nombre fue como un chute de fuerza y coraje para Teresa.

Ella creía que yo siempre había ido a por lo que quería y no me había amilanado ante nada ni nadie. Bueno, claramente me tenía idealizada, pues no era así en absoluto, pero utilizó ese pensamiento en su propio beneficio.

Fue el pequeño empujoncito que le faltaba para actuar.

Sabiendo que ambas compartíamos la misma sangre, y apelando a cada célula de su cuerpo para llevar a cabo su plan, se armó de valor y, dejando la taza en la mesa, se volvió hacia él y lo miró decidida.

—Alessandro, ¿podemos hablar?

Capítulo 21

Era el segundo día en Civitavecchia, el puerto de Roma.

Me desperté antes de que la claridad iluminase del todo nuestro camarote y oí la respiración acompasada de Rosa al otro lado de la estancia. El día anterior nos habíamos dedicado a visitar la capital italiana como las típicas turistas, recorriendo sus monumentos y sus plazas y empapándonos del embrujo de la Ciudad Eterna.

Habíamos recorrido casi todos los lugares de interés: el exterior del Vaticano, multitud de iglesias impresionantes, nos habíamos hecho la típica foto tirando una moneda a la Fontana di Trevi...

Buena cuenta de la caminata a la que sometimos nuestros cuerpos la dieron nuestros pies, que lucían ennegrecidos a cuenta de las sandalias que nos habíamos puestos sin hacer caso a las recomendaciones de María, que se calzó unos botines la mar de apañados y con los que estuvo cómoda durante todo el trayecto.

Inma aseguraba —y cito textualmente— que ni cuando salía de nazarena en la Esperanza de Triana había tenido tanta mierda en la planta de los pies...

Después de nuestra excursión, acabamos exhaustas y decidimos pedir la cena al servicio de habitaciones, utilizando un solo camarote para comer y charlar después, contándonos cosas que habíamos vivido en el crucero fuera de la vista de las demás. Así fue cómo les hice partícipes de mi historia con Máximo, de la que todas opinaron que no debía hacerme demasiados líos mentales y, por el contrario, sí dejarme llevar.

Era fácil decirlo..., ellas no estaban hechizadas por él.

A la mañana siguiente, cuando todas se fueron despertando, nos reunimos y nos fuimos a la piscina, donde los chefs realizaban esculturas de hielo y fruta en directo con formas de lo más sensuales y artísticas.

María propuso hacer una visita a la zona de tiendas del barco para comprarle algún que otro detallito a Erika, aunque ya le llevábamos una pequeña miniatura del Coliseo romano y un delantal muy gracioso con el busto

del David de Miguel Ángel para su marido. Nos moríamos de ganas por verle la cara cuando se lo pusiera...

—Entremos aquí —se rio Jessica.

—¿En el *sex shop*? —pregunté elevando una ceja.

—Seguro que Eri nos lo agradece... Pablo tiene pinta de misionero, perrito y poco más...

—¡Jessi! —la riñó María.

—¿Qué? No he dicho nada malo..., y un poco de pasión no le hace daño a nadie.

—Los más calladitos son luego los peores —intervino Inma, abriendo la puerta—. Sin embargo, no perdemos nada por echar un vistazo.

Entramos en tropel y nos pasamos un rato fisgando y riéndonos con algunas de las cosas expuestas en las estanterías.

—Qué barbaridad... Mogambo. —Rosa leyó el letrero de la caja de un dildo de un tamaño descomunal en color negro—. Esto es una exageración.

—Te lo deben de vender con la epidural para poder usarlo...

—Qué burra eres, Inma.

—¿Y qué me decís de esto? —Les enseñé un maniquí con un traje íntegro de látex negro con dos orificios en la nariz y dos agujeros algo más grandes, uno para la boca y otro para la vagina.

—Ése viene con la vaselina para podértelo poner... —volvió a hablar Inma con su habitual desparpajo—. Cuando se quedan sin ella, van a la cafetería y les dan porciones de mantequilla de las que sobran del desayuno.

Nos reímos por su comentario y terminamos de inspeccionar la tienda, comprándole al final un *kit* con el logo del barco parecido al que nos habían dado en la cata de vino, pero sin botella ni copa.

Saliendo de allí, oímos alboroto en la sala multiusos y nos asomamos.

—¿Qué es lo que están haciendo? —le preguntó Jessica a un par de mujeres situadas cerca de la puerta.

—Es la elección de los más guapos del barco, chicos y chicas —aclaró una de ellas.

—Verás cuando se lo contemos esta noche a Beatriz en la mesa, seguro que se tira de los pelos... Con lo erótica y cañón que está ella.

Nos reímos con el comentario de Rosa, recordando a nuestra compañera del comedor, la que iba acompañada del chico amanerado que nos amenizaba las noches con sus salidas en la mesa y que nos contó, aún sin creérselo, la

aventura que había tenido en un juego de *escape room* que habían organizado una de las tardes del crucero y en el que había acabado montandoselo con una pareja.

—Chicas, yo me voy a acercar al *hall* a mirar el vestuario y elegir una prenda para la fiesta de esta noche.

—¿Vestuario? —pregunté.

—Es la fiesta romana. ¿Ahora quién es la que no lee los folletos? —soltó Inma, picajosa.

—Vamos, que ella lo sabe porque se lo metió en el baño después de desayunar —aclaró Jessica—. Se habrá cansado de leer las etiquetas de los botes de champú de la ducha mientras nos atufa el cuarto...

—Qué graciosa estás hoy. ¿No tienes a Nachete por aquí para revolotear a su alrededor? —replicó con mala uva la aludida.

Ella le sacó la lengua y salió de la sala. Las demás la seguimos hasta la recepción, donde habían reservado una parte para colocar los caballetes con ropa, tanto masculina como femenina, para quien necesitase utilizarla.

Mientras ojeaba las perchas y mantenía agarrado un posible vestido blanco muy bonito, con un hombro al descubierto, una tira dorada bajo el pecho y de tela caída, una voz susurrante me erizó el vello de la nuca.

—Seguro que estás preciosa con él puesto... y, sin él, también.

—Máximo —murmuré, volviéndome hacia él.

—Un vestido así se merece que me acompañes después de cenar a la fiesta temática que darán en el salón Lupercalia.

—No me lo había planteado —admití devolviéndole la sonrisa—. Además, aún no sé si quedarme con éste.

—Cualquiera que te pongas te quedará genial. Tienes un cuerpo espectacular.

—Y tú eres un adulator.

—Es otro de mis encantos...

Me reí, llamando la atención de mis amigas, que nos observaron entretenidas, algunas con más disimulo que otras.

—¿Qué me dices?

—¿Sobre qué?

—La fiesta —recordó—. ¿Me concederás el honor de acompañarme?

—Si me lo pides así, no puedo negarme. —Me mordí el labio inferior y él lo acarició con su pulgar, acercándose a mí.

—Todo hombre sabio ama a la esposa que ha elegido.

Arqueé una ceja como respuesta y él besó mi mejilla, muy cerca de la comisura de mis labios.

—Es una frase de Homero..., pero he decidido hacerla mía para ti.

—Ah.

—Nos vemos después.

—Sí. Claro.

—Hasta luego, princesa.

Me dio un escueto beso en los labios y se separó de mí, caminando de vuelta sobre sus pasos. Lo contemplé, recreándome en su espalda y el final de la misma.

—Se te va a caer...

—¿Cómo? —le pregunté a Inma, aún embobada.

—... la baba. Se te va a caer si sigues comiéndotelo con los ojos.

—Está tremendo —lo elogió Rosa.

—Nada nada mal —secundó Jessica, poniéndose a nuestro lado.

—Y se le ve muy dulce —agregó María.

Miré a un lado y al otro, viéndolas a mis flancos, y me reí.

—Sois unas alcahuetas.

—Pero nos quieres igual —rebatí Inma—. Sé de una que esta noche va a celebrar la victoria del Imperio dándose un buen homenaje...

Me sonrió y me reí, sin ser consciente de que su afirmación resultaría del todo equivocada.

Horas más tarde, del brazo de Máximo, entré en un gran salón decorado al más puro estilo romano: columnas que imitaban el mármol, estatuas en cada esquina, cojines por el suelo formando pequeños apartados, grandes bandejas con fruta y personas ligeras de ropa.

Si en ese momento hubiese pasado por allí el emperador Tiberio con su séquito sexual, no me habría extrañado.

Una de las amenizadoras del evento nos hizo entrega de una bolsita de tela marrón mientras mostraba una amable sonrisa. Máximo no le prestó la más mínima atención, pero mi curiosidad me hizo abrirla y revisar el contenido. Un pequeño paquete de toallitas jabonosas, varios preservativos, un sobre de lubricante...

Me empezaba a hacer una ligera idea de a qué clase de fiesta había accedido a acompañar a Máximo y no sabía si estaba más excitada que

aturdida o al contrario.

—¿Quieres una copa? —me preguntó, atento a mi cara.

—Sin duda.

Él se echó a reír y me agarró de la barbilla antes de besarme. Cuando separó sus labios de los míos, me sonrió.

—No estés nerviosa, Cristina. Vuelvo enseguida.

Y allí me dejó, en un lateral de la gran sala donde la gente parecía estar pasándose lo divinamente y yo me sentía algo cohibida.

Había parejas besándose y tocándose en algunos de los semirreservados repletos de cojines; otros grupos hablaban animados, como si estuviesen en cualquier bar del centro de su ciudad; había personas desnudas en diferentes rincones, e incluso una pareja claramente desinhibida se daba placer el uno al otro con las manos a la vista de todos.

—¿Sabes lo que son las lupercales? —me preguntó Máximo al tenderme la copa. Yo negué con la cabeza y él me invitó a sentarme a su lado en uno de los grandes y mullidos cojines—. Se trata de una fiesta pagana de la Antigua Roma que tenía lugar cada 15 de febrero —me explicó—. Muchas teorías apuntan a que lo que hoy celebramos como el Día de los Enamorados y estas fiestas están relacionados.

—¿En serio? —Asintió sonriente—. ¿Cómo es que sabes tanto de eso?

Mi pregunta le hizo sonreír y bebió de su copa.

—¿Seguimos con lo de «nada de información»? —preguntó, y yo me mantuve en silencio, dándole así la respuesta—. ¿Sigo?

—Sí —afirmé, desviando mis ojos hasta la pareja que había comenzado a tener sexo explícito en su esquina.

Tragué saliva y él siguió el curso de mi mirada.

—En las lupercales lanzaban a la calle a jóvenes desnudos que iban azotando a las mujeres que encontraban por el camino con unas correas de piel de cabra, a modo de miembro viril —continuó narrándome.

Cada vez estaba más sofocada.

—Era una fiesta demasiado lasciva para la época. El cristianismo estaba en plena ebullición y terminaron sustituyendo la festividad por la del 14 de febrero, fecha en la que murió martirizado un cristiano llamado Valentín, de ahí lo de San Valentín...

—Pues nada tienen que ver ambas fiestas, está claro.

Asintió, riéndose comedido al ver mi azoramiento.

—Sigue hablando...

Mi petición susurrada lo mantuvo en silencio unos segundos, tras los que se acomodó algo más pegado a mí y pasó un brazo por mi cintura, acariciándome con sus dedos.

—Los romanos veían la sexualidad de manera muy diferente a nosotros, sobre todo en cuanto a sus conductas. Tenían prácticas un poco... perversas — murmuró en mi oído, haciendo que mi temperatura, ya de por sí elevada por lo que estábamos contemplando, aumentase—. Desde contratar a expertos en sexo anal hasta acostarse con su madre o con su hermana.

—Un poco retorcido...

—Sí, un poco. ¿Te gusta lo que ves? —me preguntó, y lo miré, sintiéndome nerviosa por lo que pudiese pensar de mí.

—Sí.

—No te he traído aquí para hacer nada, Cristina —aclaró—. No me gusta tener sexo en público, aunque te lo haya podido parecer.

—Máximo *el Libertino*... —recordé, y él rio.

—Sólo hemos venido a mirar. ¿Te parece bien?

—Sí —conseguí responder, dirigiendo mis ojos hasta la pareja a la que se le había sumado un tercer miembro masculino.

Volví a tragar con dificultad y me llevé la copa a los labios para refrescarme. Estaba como una verdadera moto.

—Es totalmente normal que te excite verlos.

—Es... estimulante.

—Sí que lo es —afirmó con la voz algo más ronca.

—Máximo.

—Dime...

—Cuéntame más cosas.

Él me sonrió condescendiente, acercándose a mi oído.

—¿Y qué quieres que te cuente? —susurró.

—Cualquier cosa.

—Te gusta mi voz...

—Ya lo sabes.

—Y también te gusta que te diga lo que se me ocurre mientras me hundo en ti —agregó.

Mis pezones se pusieron duros contra la tela del vestido, solicitando atención. Al no llevar sujetador, el reclamo resultaba más que evidente para

cualquiera que estuviera mirándonos.

Estaba tentada de tirar al traste su teoría de que sólo habíamos ido allí a mirar y disfrutar como parecía que lo hacía la chica a la que tenían doblemente penetrada en la otra esquina del local. Sus gemidos y los gruñidos de los dos hombres amenizaban el ambiente, confiriéndole a la escena un aire de lujuria decadente.

Con descaro, me fijé en ellos, reparando en cada detalle.

Los muslos de ella, delgados y largos, se movían al compás de los embistes que recibía, expuesta y emparedada entre los dos chicos. Ellos parecían seguir una danza lasciva y carnal, entrando y saliendo sincronizados, para no dejar de penetrarla ni por un segundo. Cuando uno abandonaba su cuerpo, el otro entraba por el otro orificio, como una maquinaria percutora adaptada para matar de placer.

Jamás había experimentado algo así; tampoco sabía si me sentiría capaz de semejante muestra de intimidad y desinhibición, exponiéndome al público como ellos lo hacían, pero reconocía que me resultaba tremendamente sensual. Notaba mi respiración acelerada, mi cuerpo sensible y mi entrepierna húmeda.

Era todo tan depravado... tan erótico...

—Mañana acaba el crucero.

Su frase me cayó como un jarro de agua fría encima de la cabeza. Desvié mi atención hacia él y lo miré con los ojos entornados. ¿A dónde quería ir a parar con eso?

—Sí, lo sé.

—Me gustaría verte —dijo—, cuando todo esto acabe —añadió.

—No estoy segura.

—Entiendo.

Su silencio me dejó descolocada y, aunque quise, no pude retomar el estado de excitación que tenía hacía tan sólo unos segundos.

Máximo había conseguido detener mi calentón con una mera frase.

Estaba cabreada. Lo estaba conmigo por no tomar las riendas del momento y callarle esa boca a base de besos, olvidando planes más allá del momento que estábamos viviendo. También me enfurecía su actitud, habiéndome llevado a un lugar como aquel si lo que pretendía era hablarme de un tema semejante. ¿Creía que era de piedra? ¿Lo era él?

Y, por qué no decirlo, también estaba enfadada con el trío de la esquina, por ponerme los dientes largos enseñándonos su placer.

—Me parece que es hora de irnos —dijo—. ¿Me prometes que, si cambias de idea, me lo harás saber? —me pidió, levantándose. Antes de poder contestarle, me tendió la mano—. ¿Vamos?

Lo miré desde abajo y lo agarré, subiendo a su altura.

—¿A dónde?

—A donde quieras ir.

Sopesé las opciones y decidí no empañar el recuerdo de la única noche que habíamos pasado juntos.

Quizá unos minutos antes, y si él no hubiese mencionado el fin del viaje, habría accedido a acostarme con él e incluso a pasar la noche de nuevo en su camarote, pero mis ganas habían mermado con la simple idea de no volver a verlo, y esa sensación aún me asustaba más, pues no quería sentir nada más allá de una atracción sexual por él.

Y, ¿qué demonios?, seguía molesta, más conmigo misma que con él.

—Creo que debería marcharme. Sola —dije intentando esconder el pesar de mi decisión.

—Está bien.

Necesitaba pensar. Necesitaba airearme y, sobre todo, necesitaba no acabar pillada por él. No me quedaba más remedio que poner tierra de por medio, olvidando la paradoja de mi pensamiento, pues nos encontrábamos encima del mar.

—Ha sido un placer, Máximo.

—Lo mismo digo, Cristina.

Le di un beso casto en la mejilla y él agarró mi mano decidido a decirme algo, aunque pareció que en el último momento cambiaba de idea y me sonrió, soltándose y esperando de pie en la puerta del salón, viendo cómo me marchaba.

Una parte de mí me reprendía por imbécil, por haber desperdiciado mis últimas horas con él, la última noche..., pero otra aún más poderosa me felicitaba por haber tenido la firmeza de no ceder. En el fondo sabía que era lo mejor.

Desde el primer momento supe que Máximo podía trastocar mi poca estabilidad emocional, y no me equivocaba.

Capítulo 22

—¿Me prometes que me escribirás todos los días?

—Te lo juro, sevillana.

—¿Y que nos veremos cada fin de semana que sea posible?

—También.

—No quiero que este viaje se acabe... Te voy a echar tanto de menos...

—Esto terminará, niña, pero lo nuestro no, así que no tengas miedo. En cuanto te quieras dar cuenta, me tienes en Sevilla recogíendote en la peluquería para ir de tapas y pasearte por tu ciudad.

Los arrumacos de Jessica y Nacho, el chico al que le faltaba jurarle amor eterno en cada flotador salvavidas colgado de las paredes del barco, me tenían de los nervios.

No llevaba la cuenta de las veces que me había reprendido mentalmente por haber tirado por la borda la última noche con Máximo, pero de lo que sí estaba segura era de que habían sido muchas... demasiadas.

—¿No te dan ganas de vomitar? —me preguntó Inma a mi lado, sorbiendo de la cañita y mirando el horizonte en movimiento a través de sus gafas de sol.

—Un poco —admití.

—Son monos.

—Sí, del parque... —le contestó Inma a María—. ¿Y qué ha pasado con el de esta mañana en el desayuno, Cris?

La miré y suspiré.

No volvería a hacerle caso al refranero popular, porque claramente un clavo no sacaba otro clavo... Menos aún cuando el nuevo resultaba insípido y amenazaba con tener que ponerte la vacuna del tétanos por su oxidación si te pinchabas con él.

—¿Sabes cuando te pides un helado de tu sabor preferido, te ponen chocolate derretido y nata montada por encima y lo coronan con una deliciosa y brillante guinda?

—Sí.

—Él era la cuchara.

Tanto ella como Rosa y María se rieron por mi contestación. Jessica seguía envuelta en los brazos masculinos de su chico, metida en su burbuja color rosa.

—No se puede comer sin cuchara... —comentó María, divertida.

La miré arqueando una ceja y ella se encogió de hombros.

—¿Y con el de la cata? —volvió a tomar la palabra Inma.

—Se llama Máximo.

—Y tú estás encoñada con él.

—No.

—Sí.

La miré negando y ella compuso una mueca de incredulidad algo cómica.

—Te pareces al reno de *Frozen* con esa cara... —me reí.

—Lo que tú digas, pero estás encoñada con mister Barbitas.

—Sólo sigo la filosofía que decidí adoptar cuando dejé a Iván y que tú también practicas... Nada de repetir con el mismo tío. Hay demasiados peces en el mar.

—¿Y Alessandro? —Me miró inquisidora.

—Es diferente. Aless y yo somos buenos amigos y ambos sabemos lo que hay y lo que no. Nada tiene que ver.

—Ya...

No volví a contestarle y agradecí que Rosa cambiase de tema, preguntando a qué velocidad estaríamos navegando y por qué se le llamaban nudos a los kilómetros que se recorrían en el mar.

Cualquier conversación, por absurda que fuese, me parecía como caída del cielo en ese momento.

No quería seguir hablando de Máximo.

Llevaba buena parte de la tarde sopesando una idea que no se me iba de la cabeza. La hora de llegada al puerto de Barcelona cada vez estaba más próxima, las maletas ya estaban hechas, y nosotras, preparadas..., pero yo no estaba lista para desembarcar, aún no...

El anuncio por megafonía indicando que en una hora atracaríamos me dio el impulso que necesitaba.

—Voy al baño —anuncié, levantándome.

—Te acompaño —dijo María, poniéndose en pie—. Estos mojitos deben de ser diuréticos por lo menos.

Recorrimos la cubierta observando las actividades del barco ideadas para pasar los últimos minutos que quedaban de vacaciones de una manera entretenida: juegos de consola en una pantalla gigante cerca del restaurante buffet; un karaoke en el que, para participar, había que cantar tal y como habíamos llegado al mundo, es decir, en pelotas, y lo que a todas luces parecía ser un concurso para ver quién bailaba la bachata más caliente.

Bueno, también acabamos cruzándonos con parejas que se despedían acarameladas, como nuestra amiga con el gaditano.

—Me parece que este crucero va a romper más de un corazón... —comentó María, despreocupada.

—Eso parece.

Ella me miró por el rabillo del ojo antes de entrar en los aseos.

Cerré mi cubículo y esperé unos segundos, de pie al lado de la puerta. Tiré de la cisterna y salí, hablándole.

—María, he olvidado algo en el camarote. Nos vemos luego en la terraza con las demás.

—Vale... —canturreó al otro lado de su puerta.

Salí decidida, metiendo la mano en el bolsillo de mis cortos pantalones celestes. Mis pasos, algo acelerados, recorrían los pasillos, mirando los números de las habitaciones hasta dar con la doscientos doce.

Me paré frente al camarote de Máximo y respiré hondo.

Rocé la madera con la yema de los dedos y volví a meter la mano en mi bolsillo, sacando el trozo de papel más que manoseado que había llevado durante todo el día conmigo, sin llegar a decidirme.

Respiré hondo y, sin más, lo colé por debajo de la puerta, marchándome a continuación sin esperar.

Si el destino quería volver a unirnos, ahí estaba mi aportación para que ocurriese. Ya sólo cabía esperar que esos hilos rojos de los que había oído hablar más de una vez no se enredasen por el camino...

¿Estaba siendo un poco cobarde?

Seguramente sí.

Quizá no sólo un poco.

Puede que fuese muy cobarde por no llamar a la puerta y hablar cara a cara con él, diciéndole en palabras lo que esa nota llevaba escrito de mi puño y letra —«Aquí tienes otra verdad: Cristina Barea, C/ Larra n.º 1, Bajo B. Sevilla»—, pero no me veía capaz de hacer más. No podía verlo sin sentirme

mal por mi comportamiento, más aún teniendo en cuenta cómo había actuado él, sin presionarme y aceptando mis decisiones... ¿O es que acaso no le interesaba lo suficiente como para insistir?

Me di la vuelta, sin querer dedicar ni un solo pensamiento más al tema. Ya estaba hecho y mi padre siempre me había dicho que todo ocurría por un motivo.

Lo que ni yo misma entendía era el motivo por el que había actuado así, aunque la palabra «miedo» parecía ser la candidata de honor en mis reflexiones.

Capítulo 23

—Qué celos me están entrando... —dijo Erika el viernes de la semana siguiente, cuando nos reunimos en la librería.

—Te has perdido muchas cosas —la picó Inma—, pero no sé yo si tu Pablo estaría contento oyéndote decir eso de que tienes envidia de nosotras.

—No de eso, salida..., sino de las ciudades que habéis visitado.

—Ya...

—¿De verdad te han gustado los regalos que te hemos traído? —preguntó Jessi, limpiándose la boca con la servilleta.

—Me han encantado; muchas gracias, de verdad.

Nos sonrió agradecida.

—Nos hemos acordado mucho de ti —le dijo María.

—Y yo de vosotras... —Formó un puchero con los labios y se abrazaron entre sonrisas.

—Pues yo lo siento, chicas, pero Nacho está a punto de llegar. Me marchó. —Jessi se levantó de la silla y agarró el bolso, lanzándonos besos a todas antes de salir por la puerta.

—La pájara que le ha dado. —Inma negó con la cabeza, sonriente.

—Bueno, al menos una ha vuelto enamorada del viaje...

El comentario sin maldad de Erika no tendría que haberme afectado, pero lo hizo.

No es que estuviese enamorada de Máximo, que no lo estaba, pero mentiría si dijese que no había esperado verlo aparecer por mi puerta desde que pisamos Sevilla.

La teoría de que quizá había llegado tarde y él ya había abandonado el camarote cuando deslicé por debajo de su puerta el papel con mi dirección cada vez cobraba más sentido... Pensar que simplemente había pasado de ella aun habiéndola visto me resultaba demasiado punzante como para contemplarlo siquiera.

—¿Y a ti qué te pasa?

Miré a Inma y las demás me prestaron atención.

—Echo de menos a Alessandro —reconocí, sin contar toda la verdad de mi estado algo apático—. Se marchó de casa al día siguiente de volver del crucero y no es lo mismo sin él... Mi hermana anda como un pollo sin cabeza por el piso y a mí me hacen demasiada falta sus bromas y su continua pelea con el idioma.

—Hija mía, ni que se hubiese ido a Alemania —me contestó Inma, resuelta—. Sólo se ha mudado de piso.

—Si tanta falta te hace, ve a verlo...

—Quizá lo haga.

Asentí, sonriendo. ¿Por qué no? No había querido acercarme antes porque había pensado que necesitaría espacio y tiempo para adaptarse, pero seguro que una tarde con Aless conseguía mejorar mi ánimo. Hasta en la guardería me habían notado rara...

Después de despedirme de mis amigas, enfilé las dos ruedas de mi moto hasta el lugar al que le habíamos ayudado a mudarse unos días atrás, comiendo con él sobre la mesa aún embalada unos bocadillos que mi hermana se había encargado de hacer y llevar consigo.

¿Eran imaginaciones mías o, esos días en los que no había estado, Teresa parecía haber madurado?

—*Amore mio!* —exclamó al abrirme la puerta con el torso descubierto y los pantalones a medio abrochar—. Qué sorpresa...

—¿Te pillo mal? ¿Estás acompañado?

Él me dedicó una sonrisa de donjuán.

—No, ya no —contestó, y me guiñó un ojo.

—Llego en buen momento, entonces. ¿Qué tal la chica?

—Un caballero nunca habla de sus conquistas...

Me reí mientras entraba en su piso. Ya parecía un hogar y no un batiburrillo de muebles sin colocar, como la primera vez que lo visité.

—Seguro que agradeces vivir solo para poder traerte a quien te apetezca —reconocí, sentándome en una de las cómodas butacas que había frente al sofá—. ¿Qué tal te trata la vida?

Dejó escapar una carcajada y me tendió una lata de refresco.

—Lo siento, *ho finito* las cervezas.

—Está bien. Tengo que conducir después. —Pegué un sorbo y lo miré—. Bueno, cuéntame, ¿qué tal desde que me marché de viaje? No hemos podido

hablar demasiado y echo de menos nuestras charlas.

Él se acomodó en el asiento que estaba a unos centímetros del mío, apoyando los brazos en la madera de los laterales.

—*Tutto bene.*

Lo miré arqueando una ceja.

—¿Eso es todo? —Sonreí incrédula—. ¿Qué tal con Teresa? ¿Te costó convencerla para que saliese de los libros y comiese algo cada día?

—No, la verdad es que no.

Giré la cabeza, observándolo.

—Aless...

—*Cosa?*

—¿Qué ocurre? —Entrecerré los ojos.

—*Nulla. Non succede niente.* —«Nada, no pasa nada», contestó.

—Cuando te alteras o te excitas, hablas en italiano —mencioné—. Y dudo mucho que estemos en la segunda hipótesis. ¿Por qué estás nervioso?

—*Io?*—respondió, y enseguida rectificó—: ¿Yo?

—Sí, tú. ¿Me lo vas a contar?

—No sé por dónde *cominciare*.

—¿Y qué tal si me haces un resumen?

Él agarró mi mano y me sonrió, conciliador. Le devolví la mueca, muy interesada en lo que lo mantenía así. ¿Qué le pasaba a mi italiano?

—*É complicato.*

—¿Quieres intentarlo? —indagué, insuflándole ánimos para abrirse a mí, aunque lo hiciese en su lengua por sentirse más cómodo.

—*Sto cercando di avere qualcosa di più serio con una ragazza.* —«Estoy intentando tener algo serio con una chica», confesó.

¿Había oído bien?

¿Alessandro, alias el Casanova, había pronunciado esas palabras?

El mundo tal y como lo conocía estaba perdiendo su esencia.

—Vaya...

—*Non dici altro?* —«¿No dices nada más?»

—Sí, claro —titubeé, procesando la información—. Me parece bien, es... algo nuevo, pero está bien, sí. Claro. Es genial y me alegro por ti. Bueno, y por ella...

—Es alguien muy especial.

—No me cabe la menor duda. Si ha conseguido que te plantees dejar de

prodigar tu amor por el mundo, tiene que serlo.

—*Sei maligna*. —«Eres malvada», replicó. Se rascó el despoblado mentón, conteniendo una sonrisa tierna—. De momento vamos viendo *come succede*.

—Seguro que va bien. Esa carita de enamorado no se la pones a cualquiera. —Él resopló divertido, pero no me contradijo—. Te he echado mucho de menos, italiano...

—Yo a ti también. —Sonreí cuando me besó la mejilla—. Y, dime, ¿conociste a alguien en el *viaggio*?

Suspiré, recostándome contra el respaldo del sillón.

—La verdad es que sí..., pero ya no tiene demasiada importancia.

—¿Quieres hablar de ello?

—A decir verdad, no. Máximo y yo no estábamos predestinados a estar juntos, pero me dejé engatusar por sus atenciones.

—Máximo. ¿Compatriota italiano? —preguntó, acomodándose.

—Pues no, no lo creo. No sé de dónde es; no tenía el acento demasiado marcado, aunque, de la mitad de la península Ibérica para abajo, seguro.

Él me miró interrogante.

—*Hai dormito con lui?*

Sonreí pensativa.

—Lo que menos hicimos fue dormir. Pero sí, pasamos la noche juntos.

—¿Tengo que ponerme celoso?

Me reí, negando con la cabeza.

Que Alessandro sintiese celos de Máximo era tan absurdo como regar un jardín tras una tormenta.

—No, nada de eso. Sigues siendo mi favorito.

—*Bene*.

Su sonrisa abierta y despreocupada consiguió calmarme y continuamos hablando un rato más sobre mi crucero, narrándole algunas de las actividades a las que acudimos y los lugares que pudimos visitar. Él sonrió nostálgico cuando mencioné el parecido que había encontrado entre Portofino y su ciudad natal.

—¿Echas de menos Italia?

—*Molto* —admitió—. Estoy pensando en viajar en poco tiempo, necesito arreglar un par de asuntos allí.

—Vaya...

—Pero no para siempre, debo regresar.

—Me alegra oír eso; creo que no quiero que te marches demasiado lejos de mí.

Me sonrió de nuevo y pasamos un rato más charlando de cosas banales. Lo notaba algo raro y escurridizo, pero, por más que intentaba indagar, no conseguía más información que la que ya me había dado. Parecía que le había dado fuerte con esa chica..., aunque sentía que me escondía algo más, algo importante.

Salí de su piso diciéndome que quizá eran imaginaciones mías, pero, conforme pasaron los días y su actitud esquiva se mantenía, comencé a preocuparme.

Un jueves, un par de semanas después, hablábamos en el grupo del convento para quedar para el día siguiente en la librería, ya que la semana anterior no habíamos podido hacerlo por diferentes motivos. Rosa había tenido trabajo atrasado, Erika había salido con la familia de Pablo a pasar el fin de semana a la casa de la playa y a Jessica le había tocado ir hasta Cádiz para ver a Nacho.

Tenía la sensación de que nuestras vidas comenzaban a tomar caminos no demasiados paralelos y no me gustaba sentir que nos distanciábamos.

La comida de los viernes debía ser sagrada.

—Hola —me saludó mi hermana, entrando en casa.

—Hola, pitufa.

La observé desde el sofá mientras ella soltaba el bolso en el armario de la entrada y se quitaba los zapatos, quedándose descalza.

—¿Qué tal el día?

—Bien; mucho jaleo con la baja de una compañera por maternidad y las vacaciones de otra auxiliar, pero nos las apañamos —comenté.

—Muy bien.

Se acercó a la cocina y salió pocos segundos después con un vaso de agua, dejándolo en la mesa del comedor y sacándose el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros. La vi sonreír antes de teclear.

—¿Te apetece venir a comer mañana con las chicas? —le ofrecí, deseando estar más tiempo con ella.

Levantó la cabeza del teléfono y me miró durante unos segundos, desconcertada.

—¿Y eso?

—¿Tiene que haber un motivo para querer pasar tiempo con mi hermana pequeña? —Me fingí ofendida—. Desde que he llegado, apenas estamos juntas, y eso que ya has acabado los exámenes.

—Estoy con el trabajo de fin de carrera...

—Ambas sabemos que no vas a la biblioteca cuando sales de casa —le sonreí cómplice—, aunque haré como si no lo supiese.

Ella rehuyó mi comentario.

—¿Vas a venir, entonces?

—Está bien —aceptó—. Me gusta verte más animada.

Su observación me hizo sonreír. A mí también me gustaba estarlo, como también me encantaba compartir ratos con ella, como el que vivimos en el sofá, charlando y contándole algunas de las cosas que ocurrieron en el crucero, sin entrar en demasiados detalles.

Aunque haber omitido información sobre el viaje, no sirvió de mucho, pues al día siguiente ya se encargaron mis amigas de narrarle los datos más jugosos, obviando mi cara de advertencia.

—No me mires así, Cristina. Tu hermana es bastante mayorcita como para que tengamos que estar midiendo las palabras.

—Eso —secundó Jessica a Inma—. Además, la has traído a una reunión del convento, donde lo que menos hacemos es rezar por nuestras almas perdidas.

Me reí y negué con la cabeza.

—No tenéis remedio.

—¿Te ha contado tu hermana que la van a beatificar la semana que viene? —le dijo Rosa. Teresa negó con la cabeza, divertida, y mi amiga continuó—. Y tú, ¿qué? ¿Hay alguien por ahí que te alegre la vida?

Volvió a negar, algo menos decidida, y un par de ellas hicieron sonidos de advertencia un tanto ridículos.

—Sí que hay... no lo niegues —la aguijoneó Erika—. Te has puesto colorada.

—Bueno...

La miré sorprendida.

—¿Joaquín?

Ella me miró horrorizada.

—¡No! Una y no más.

—Santo Tomás —apostilló Inma.

—¿Entonces?

—No te pongas pesada, Cris... ¿No ves que no quiere hablar de ello? — aguijoneó Rosa—. Por algo será...

—No voy a decir nada... De verdad, no insistáis —contestó mi hermana, y yo la miré recelosa.

No me estaba gustando nada todo eso. Mi vena protectora salía a flote y necesitaba confirmar que el chico que la tenía en los mundos de Yupi era bueno para ella, pero no iba a forzarla a hablar, y menos delante del quinteto de la Inquisición que tenía por amigas. Ya tendría tiempo de abordarla en casa, a solas... y esperaba que mis suposiciones no fueran ciertas, porque, sólo de imaginarlo, no sabía cómo tomármelo.

¿Sería posible que...?

La llevé hasta casa de mis padres y, después de hacerles una corta visita, ella se quedó allí y yo me excusé vagamente, saliendo con mi moto con una dirección clara en mi cabeza.

—Me encantan tus sorpresas, *amore mio* —me dijo Alessandro cuando llegó a su piso con una bolsa del supermercado. Yo estaba sentada en el escalón de su entrada, esperándolo.

Había pasado cuarenta minutos haciendo tiempo hasta que apareciese, pues no pensaba marcharme sin obtener lo que había ido a conseguir.

—¿Te has tirado a mi hermana?

Él echó la cabeza hacia atrás como si hubiese recibido una bofetada y lo miré, aguardando una contestación.

—Pasa.

—Contesta.

—Dentro, *per favore*.

Accedí a regañadientes a su petición y me adentré en su piso, encarándolo cuando cerró la puerta.

—Teresa claramente está pillada por alguien. Se pasa el día colgada del teléfono con sonrisitas tontas y me da evasivas cuando le pregunto —lo bombardeé con la información—. Hoy ha reconocido que hay alguien en su vida. Y tú...

Él me miró, esperando que continuase, con un rictus prudente.

—Tú estás más raro que un perro verde y llevas esquivándome desde que volví del viaje.

—*Non è vero...*

—Sí que es verdad —insistí—. Te lo vuelvo a preguntar. Alessandro: ¿te

has tirado a mi hermana?

—Me he acostado con Teresa, sí.

Su afirmación me hizo mirarlo seria.

¿Por qué me afectaba?

¿Qué clase de persona era cuando le había dicho a ella, antes de marcharme, que era libre de hacer lo que quisiera y, de pronto, me ponía hecha una madrastrona porque habían tenido sexo?

—Más de una vez —afirmé.

—Sí.

Su sinceridad era aplastante.

—Te pedí que no le hicieras daño.

—¿Ella te ha dicho que se lo he hecho? —me preguntó, serio—. O es sólo que *tu pensi* que no podría no hacérselo.

Sopesé su pregunta, intentando calmarme.

Nada de eso tenía sentido... ¿Mi hermana y Alessandro? ¿Teresa era la chica por la que Aless se había pillado y estaba intentando algo serio?

—Habla con ella antes de nada. Teresa es una *donna* adulta que sabe lo que quiere...

—No lo sabe —lo interrumpí—. Piensa que puede tener sexo sin más contigo, pero va a acabar enamorándose de ti. Le vas a hacer daño.

—No tenemos *nesso* sin más.

—No es necesario que me cuentes lo que hacéis —le dije—. Lo único que sé es que, cuando todo esto acabe, ella va a estar jodida, y no sólo en el sentido literal de la palabra.

—Me duele que *tu pensi* así de mí.

Lo miré buscando que la culpabilidad aflorase en mí. Él continuó hablando. Por lo que parecía, tenía muchas cosas que decirme.

—Disculpa si en medio de la conversación me pongo a hablar en italiano, pero comprenderás que esté nervioso cuando una persona a la que aprecio y quiero viene a mi casa a pedirme explicaciones de algo y no me deja contarle mi versión.

Curiosamente había hablado perfectamente mi idioma por una vez.

—Tienes razón —reconocí—. Habla, por favor.

Él se acercó al salón y se apoyó encima de la pantalla plana de la televisión, mirando hacia la pared.

—Me contó lo que sentía por mí desde hace años —comenzó a explicarme,

y yo me mantuve en silencio—. Le hicimos *danno* sin saberlo al acostarnos juntos y actuó sin pensar, teniendo *nesso* con un amigo que no le gustaba...

—Joaquín.

—Sí. El *bambino* la ayudó, sin saberlo, porque pretendía llamar mi atención.

—Pero no lo logró —recordé, pues conocía la historia—. Fui yo la que te hablé de lo que mi hermana sentía.

—Lo sé. Se lo dije. Hablamos *per ore* y le reconocí que nunca la había visto como alguien que no fuese de mi familia. Se me puso a llorar, Cristina...

Su gesto me hizo fruncir los labios.

Alessandro no soportaba ver llorar a una mujer, nunca lo había hecho.

—Me pidió, por favor, que la besase. *Chi chiede qualcosa del genere per favore?* —«¿Quién pide una cosa así por favor?», preguntó a nadie en particular—. No pude negárselo. Quizá estuvo mal y no tendría que haberlo permitido, pero... una vez que lo hice, no pude parar.

Me agarré el puente de la nariz, sintiéndome una arpía por haber actuado así con él.

—*Sono cosciente* de la diferencia de edad entre nosotros. Estoy al tanto de lo que siente por mí, ella misma me lo ha dicho. Y también *riconosco* que jamás antes había imaginado a tu hermana de otro modo que no fuese el de protegerla como un miembro más de *la mia famiglia*. Nunca tuve ojos lascivos para ella, ni pensamientos impuros.

—Lo sé. —Sonreí—. Parece que te estás confesando.

—*Lo sto facendo...* —admitió—... contigo, porque me importas y no quiero que mi relación con Teresa suponga un obstáculo entre nosotros. Sé que nunca te he dado motivos para pensar diferente de mí y que crees que soy un *donnaiolo...*

—Nunca he dicho que fueses un mujeriego.

—*Ma tu hai pensato...* —«Pero lo has pensado», replicó.

Asentí y él sonrió.

—Quiero intentarlo. No le he prometido *amore* eterno, pero sí que voy a ser sincero con ella en todo momento... y veremos cómo van pasando los días entre nosotros. Ella estaba bastante preocupada por esto.

—¿Por qué?

—Por contártelo. —Se rio—. En vez de pensar en ella, estaba convencida de que ibas a enfadarte *con me*.

—No iba muy desencaminada —reconocí.

—¿Crees que puedes perdonarme por haber perdido la cabeza por tu *sorellina*?

Me sonrió cariñosamente y me encogí de hombros, sonriendo también.

—No tengo nada que perdonar, tonto. —Me acerqué a él, abrazándolo—. Sólo intenta hacerla lo más feliz que puedas.

—En ello estoy, *amore mio*. —Besó mi cabeza—. En ello estoy...

Aún me costaba asimilar que Teresa y Alessandro tuviesen una relación, pero mi comportamiento sin sentido no era una posibilidad. Incluso me llegué a plantear si lo que sentía por él no era más de lo que creía y que por eso me había puesto así, pero deseché la idea tan pronto como llegó a mi mente.

No podía enfadarme con mi hermana. Comprendía que, cuando se siente algo así por alguien, no puedes remediarlo... Y cuando entré en casa y la encontré recostada en el sofá viendo un programa de cocina y comiendo helado, una sonrisa tierna se instaló en mi cara.

¿Por qué era tan mona y achuchable?

—Siento no habértelo dicho antes —se excusó, mirándome con sus ojitos de gato desamparado—. He hablado con él y ya me ha puesto al corriente de vuestra conversación.

—Me lo imaginaba.

Me acerqué a ella y me senté a su lado, quitándole la cuchara y dando buena cuenta del helado que había en ella.

—¿Estás enfadada?

—No —afirmé—. Reconozco que he ido a su piso bastante alterada, pero no... no lo estoy. No tendría sentido.

—Me alegro.

Nos mantuvimos en silencio unos minutos, pero ella tenía dudas que quería tratar conmigo, por lo que no tardó en retomar la conversación.

—Me da un poco de vergüenza preguntarte esto, pero... —Sus mejillas, varios tonos más intensos de lo normal, me hicieron sonreír—... ¿es siempre así?

—¿El qué?

—Ya lo sabes...

La miré con una ceja arqueada.

—No, no lo sé.

—Oh, vamos, Cristina. El sexo —agregó con la voz muy pequeñita.

Me reí sin poder evitarlo y la miré, recolocándome en el sofá.

—Bueno, no siempre es así... Tienes la suerte de haberte echado por novio a un experto en las artes amatorias.

—Me estoy muriendo de la vergüenza. —Se tapó la cara con las manos y volví a reír.

—No tienes por qué. Es un tema tan natural como otro cualquiera; además, con la banda sonora que oímos siempre por casa, lo tenemos hasta en la sopa.

—Verdad —bufó.

—Alessandro es un buen hombre, Teresa. —Le puse un mechón tras la oreja y la miré cariñosamente—. Además, si no sale bien, siempre podrás presumir de haberte acostado con un dios pagano del sexo.

—¡Oh, para ya!

—¿No me cuentas qué habéis hecho juntos? —la piqué, divertida.

—¡Ni loca!

—Vamos... sólo un poquito. ¿Ha habido tocamientos y besitos en zonas ocultas?

Me dio con el cojín en la cabeza, riéndose.

—Eres una perversa —se quejó.

—El día que te regale una expulsión orgásmica, me cuentas quién es el perverso.

—¡Oh, Dios! —chilló, encogiéndose debajo del cojín—. ¡Cállate de una vez!

Era tremendamente divertido hacer rabiar a mi hermana.

—Está bien..., ya me voy —concedí—. Te libras porque necesito una ducha, que si no seguiría dándote la brasa otro ratito.

Me levanté dispuesta a cumplir mi palabra, pensando en qué podía hacerme después para cenar, cuando mi hermana llamó mi atención antes de adentrarme en el pasillo.

—Por cierto, ha venido un señor a buscarte esta tarde.

—¿Un señor?

—Bueno, un hombre. No sé quién es, no lo había visto nunca —me explicó—. Me ha dado esto y me ha pedido que te lo hiciese llegar.

Me tendió un papel doblado varias veces y lo observé, dándole las gracias y marchándome a mi habitación.

Mi corazón retumbó en mi pecho al desdoblarlo y casi se paró al leer lo que había escrito en él con una caligrafía algo difícil de entender: «Otra

verdad: Avda. Flota de Indias, 20, 5.º A. Sevilla. Máximo Sarabia».

Máximo había estado en mi casa.

Máximo había hablado con mi hermana.

Máximo tenía un apellido igual de llamativo que toda su persona.

Y vivía en Sevilla...

Pegué un grito de júbilo contenido y apreté la nota contra mi pecho.

Tanteé la idea de ir en ese mismo instante a buscarlo, pero, francamente, olía regular; necesitaba una ducha y seguramente sería más conveniente esperar al día siguiente para hacerle una visita.

¿Iba a volver a ver a Máximo? No cabía en mí de la euforia...

Capítulo 24

Llamé a su puerta con una gabardina beige como única prenda. Pretendía darle una sorpresa y ni el calor que estaba pasando disminuía mis ánimos.

Máximo me abrió, en bóxers... arrebatador, despeinado, descalzo y moreno. Agarrando el quicio de la puerta, me miró de arriba abajo cuando desaté la lazada y me abrí la prenda, descubriendo mi desnudez.

—Volvemos a encontrarnos...

—Así es —modulé mi voz, sonando tremendamente sensual.

—¿Quieres pasar?

—Pensaba que no me lo pedirías nunca.

Me contoneé, dejando caer la prenda a mis pies.

Caminé erguida y absolutamente desnuda sobre los tacones de doce centímetros que me había calzado.

Sus manos se aferraron a mi cintura desde mi espalda y giré el cuello, sonriendo.

—¿Me has echado de menos?

—Mucho —susurré, sintiendo sus manos acariciar mis pechos—. ¿Y tú?

—Demasiado —murmuró en mi oído.

Me estremecí y la piel de mis brazos se erizó cuando pellizcó uno de mis pezones, lanzándome una descarga que se acumuló en mi clítoris.

—Sé de alguien que también te ha echado de menos... —Jugueteeó con el lóbulo de mi oreja, contoneando su pelvis y restregando su erección por mi trasero—. ¿Quieres decirle hola?

—Por supuesto.

Me volví sonriendo y él me mordió los labios, devorando mi boca e introduciéndose en ella. Con la mano derecha, abarqué el bulto de su ropa interior y emulé el movimiento masturbatorio sobre la tela. Él gimió en respuesta y sonreí.

Al agacharme, me observó y agarró mi pelo en su puño.

—Dios... —bisbiseó cuando la introduje entre mis labios—. Tu boca es el

paraíso...

Le dediqué mis atenciones más especiales, volcando en él las ganas que tenía de su cuerpo y lo que lo había echado de menos.

—Tengo que volver mañana al Amazonas —me dijo contenido, a la vez que su erección entraba y salía de mi cavidad—. Me requieren para una operación a vida o muerte.

Abrí los ojos y miré hacia arriba, para descubrirlo con un gorro de médico verde y un fonendoscopio colgado del cuello.

Saqué su miembro de mi boca y me relamí, inquieta.

—¿De qué hablas, Máximo?

—¿Tanto tiempo ha pasado que no te acuerdas ni de mi nombre? —me preguntó confundido—. Me llamo Andrés, ¿recuerdas?

—Sí, y yo mañana tengo un desfile con los ángeles de Victoria Secret's —ironicé—. ¿Podrías olvidarte de eso y concentrarte en lo que estamos haciendo?

—Si no comprendes que mi trabajo es lo más importante para mí, entonces es que no eres la persona indicada... Quizá debería elegirla a ella.

Señaló con su barbilla hacia la derecha y dirigí mis ojos allí, espantándome por la visión de su cuerpo penetrando a la misma mujer con la que mi ex me había puesto los cuernos meses atrás, en el mismo sofá en el que estaban en ese momento.

—¿Qué demonios significa esto?

Sentí picor en los ojos y dificultad al respirar.

—¿Te quieres unir, princesa? —me preguntó con la cara descompuesta por el placer mientras seguía empalándola y ella chillaba las mismas obscenidades que mi vecina, con igual grado de falsedad—. Podemos pasarlo muy bien los tres...

Me di la vuelta, dejando resbalar una lágrima por mi mejilla, pero me topé con un pecho que me hizo trastabillar.

—¿Adónde vas, *amore mio*? —me preguntó Alessandro, sonriendo y totalmente desnudo, con mi hermana atada de una correa y caminando a cuatro patas a su lado, como una mascota—. Parece que hubieses visto un fantasma.

Lo miré espantada y él me dedicó una mueca explícita, sacando su lengua en mi dirección y moviéndola lascivamente.

—¿Cristina? —preguntó una voz a mi espalda.

Me giré mareada y con ganas de vomitar, y vi a Hugo, el chico con el que

había tenido sexo en un baño público, desnudo, sentado en la taza de un inodoro que antes no estaba allí, tendiéndome un preservativo e invitándome con el movimiento de su ceja.

Negué repetidamente con la cabeza, oyendo a mis amigas reírse. Sus voces se pisaban unas a otras en mi cabeza.

—¿A mí también me alquilarás media cama? —inquirió Iván, mi ex.

Su visión en el lugar de Máximo, reviviendo lo que vi al llegar a mi piso y repitiéndose la escena sobre el sofá, fue más de lo que pude soportar.

Me tapé los ojos, me acuclillé en el suelo y chillé. Chillé con todas mis fuerzas.

—¡Cris! —me llamó una voz femenina—. ¡Cristina! ¡Despierta!

Abrí los ojos. Los sentía cargados y mojados.

—Ey, sólo ha sido una pesadilla —me dijo mi hermana, de pie al lado de mi cama—. ¿Estás bien?

Negué con la cabeza, conteniendo las ganas de llorar.

Había sido horroroso.

—¿Me haces un hueco? —me pidió cariñosa.

Me hice a un lado y se metió conmigo en la cama, abrazándome y dándome un beso a la vez que me quitaba las lágrimas que habían caído por su propio peso.

—¿Quieres contármelo?

—No... Ha sido sólo un sueño.

—Eso es —confirmó sonriendo—. Sólo un sueño. Ahora duerme, anda.

Asentí y me acurruqué a su lado, suspirando y cerrando los ojos.

Sólo había sido un sueño...

* * *

Al despertar, mi hermana ya no estaba a mi lado. Tras el episodio nada agradable que me había regalado Morfeo y sin querer pensar más en ello, me puse a ordenar mi habitación. Cambié cosas de sitio y re Coloqué un par de cajones que no terminaban de convencerme cuando la puerta se abrió.

—Buenos días.

—Hola —contesté acelerada.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Teresa, tendiéndome una taza de café.

—Sí. —Le sonreí.

—Cuando haces cambios así es porque algo te preocupa —puntualizó.

Miré a mi alrededor y me encogí de hombros.

—Cristina, yo... voy a ir con Alessandro a su piso y luego al cine con él. ¿Estarás bien? ¿Quieres venir con nosotros?

—No te preocupes por mí y disfruta.

—¿Segura?

—Totalmente —aseveré—. Es más, como tu hermana mayor que soy te obligo a olvidarte de mí y a centrarte en ti y en tu chico.

Ella se sonrojó y negó con la cabeza, algo azorada. Yo asentí sonriendo en respuesta. La besé y la insté a marcharse, haciéndola salir y cerrando la puerta de mi dormitorio.

—¿Qué estás haciendo, Cristina? —me pregunté en medio de la sinrazón que me rodeaba, observando el papel que descansaba desde hacía un buen rato encima de la mesilla de noche con la dirección de Máximo—. Eres tonta de remate.

Dejé de recolocar las cosas y me metí en la ducha, enjabonándome lo más rápido que mis manos me lo permitieron, aunque los minutos que gané bajo el agua los perdí delante del espejo, probándome tres conjuntos de ropa diferentes que no acababan de convencerme.

—Eres ridícula —me reprendí, haciéndome una coleta—. Él ya te ha visto de muchas maneras, ¿a qué viene esto?

Salí de casa y sorteé el escaso tráfico de Sevilla un sábado por la mañana, colocando mi moto en un estacionamiento para tal fin en la calle que marcaba el papel. Era un sitio privilegiado, pues se encontraba en la misma avenida donde se celebraba la Feria de Sevilla. Seguro que era una pasada asomarse a la ventana y ver la vida de la ciudad en esa semana tan especial... aunque el ruido podía llegar a ser molesto.

Localicé el portal número veinte y me acerqué para llamar a él, pero un señor uniformado me abrió la puerta antes de que mi dedo tocara el botón.

—Buenos días.

—Hola, buenos días —le devolví el saludo—. Vengo al quinto A.

—¿A quién busca? —indagó, haciendo su trabajo.

—A Máximo Sarabia.

Le recité el nombre de memoria, sin necesidad de comprobar su apellido. Me encantaba. Le pegaba tanto...

—Está bien —me cedió el paso—. Que tenga un buen día, señorita.

—Igualmente.

Llamé al ascensor, impaciente, rezando para que no tardase más que unos segundos, porque mis nervios estaban empezando a ser insoportables. Subir por la escalera no era una opción, pues no quería llegar como si acabase de salir de una clase de cardio, toda sudorosa y asfixiada... y siendo un quinto no sería de otra manera.

Mientras ascendía, no podía dejar de repicar con las uñas en el tablero situado a mi espalda, nerviosa.

Posiblemente no había estado nunca tan atacada.

Frente a su puerta, me armé de valor, respiré hondo y llamé; oí el sonoro timbre en el interior y unos pasos acercándose.

Se me iba a salir el corazón por la boca de un momento a otro.

Unos ladridos agudos me sorprendieron.

¿Máximo tenía perro?

—Cristina... —soltó sorprendido, con esa voz que había echado tanto de menos.

—Hola, Máximo —contesté con una risa nerviosa mientras el animal no dejaba de ladrar detrás de su dueño—, y mascota.

Dirigí mis ojos hacia abajo, muy abajo, encontrándome con una adorable bolita de pelo blanca algo asustadiza.

—Es *Nube*.

—Hola, pequeña. —Me agaché y la acaricié.

Ella me olisqueó algo temerosa, pero debió de decidir que le caía bien, porque me chupó los dedos y empezó a mover su rabo de forma graciosa, dando vueltas sobre sí misma.

—¿Tengo que lamerte yo también la mano para que me prestes atención? —me dijo Máximo divertido, y yo me reí.

—No es necesario. —Me erguí frente a él—. Hola.

—Hola. —Sonrió.

—¿Puedo pasar?

—Pensaba que no lo dirías nunca.

Su frase me hizo recular, recordando el sueño de la noche anterior. Tras unos segundos en los que mi mente desechó el parecido, entré en su piso.

Caminamos unos cuantos pasos por un pasillo hasta llegar al salón, donde un sofá gris con diván tipo *chaise longue* ocupaba la pared frontal. Un par de

puertas de cristal dejaban ver una terraza bastante apetecible.

Me paré sobre la alfombra morada del centro de la estancia y me volví a mirarlo.

—Viniste ayer a mi casa.

—Sí. Tu hermana se parece mucho a ti —comentó.

—Es preciosa.

—Sí que lo es. ¿Cómo estás?

Me encogí de hombros, sonriendo.

—Bien. Es asombroso que vivamos en la misma ciudad.

Él me devolvió la sonrisa y retiró una pequeña silla giratoria transparente que había al lado del sofá, invitándome a sentarme. *Nube* se subió encima de su dueño nada más ubicarse en el diván y se colocó sobre sus piernas. Él no tardó en acariciarla sin prestarle demasiada atención.

Sonreí.

—Bueno, ya me lo imaginaba...

—¿Y eso?

—Tu acento —se limitó a contestar—. Supuse que eras de aquí.

—Pues tú no das muchas pistas con el tuyo —admití.

Él sonrió y miró a su mascota, volviendo a dirigirme su atención segundos después.

—¿Por qué una nota bajo mi puerta?

Buena pregunta... Yo misma me la había hecho en varias ocasiones y aún no tenía una respuesta sólida para ella.

—Si querías que fuese a tu casa, si me diste tu dirección... ¿por qué te marchaste así de la fiesta? ¿Por qué no estuvimos juntos la última noche? Creía que lo pasábamos bien...

—No lo sé.

—De acuerdo —aceptó—. Al menos no desapareciste sin dejar rastro.

Me quedé absorta en su sonrisa.

—¿Quieres algo?

—Bueno —le contesté, cohibida—. A decir verdad, pensé que, cuando le dejaste la nota a Teresa con tu dirección, tú también querías que...

—Me refería a algo de beber, Cristina. —Se rio—. ¿Soy yo o te noto un pelín nerviosa?

—Son imaginaciones tuyas —bromeé.

—No lo estés. —Me acarició el brazo—. ¿Cerveza?

—Sólo si tú me acompañas.

Él asintió y salió del salón, pidiéndome que aguardase unos minutos.

Me quedé allí contemplando la decoración. Frente al sofá donde me encontraba había una televisión con un equipo de sonido apabullantemente grande a cada lado. Una estantería completaba la pared, llena de libros.

A Máximo le gustaba leer... y oír la televisión a toda pastilla.

—¿Puedo saber el motivo de esa sonrisa?

Señalé el aparato, divertida.

—¿Te gusta ver el partido como si estuvieras al lado del locutor?

—No me gusta el fútbol —aclaró—, pero una buena serie con el sonido adecuado...

Me gustó el plan y quise recostarme en ese diván, con él a mi lado y el sonido envolvente de sus altavoces.

—Me gusta tu casa —le dije—. Bueno, lo que he visto de ella.

—Gracias. Luego te enseño el resto si quieres —concedió, tendiéndome el botellín ya abierto—. ¿Te costó mucho volver a la rutina después del viaje?

—La verdad es que sí. ¿Y a ti?

—Tenía tanto trabajo atrasado que no me dio tiempo a pensar en ello... Han sido unas semanas estresantes y de casos complicados, aunque parece que ya me he puesto al día.

Quise preguntarle a qué se dedicaba, pero no lo hice. En cambio, él se levantó y me invitó a salir a la terraza. Lo seguí cuando abrió las puertas batientes y sentí el calor del exterior, admirando lo cuidadas que tenía las macetas dispersas por el suelo.

Una tumbona en la esquina me llamó poderosamente la atención, pero me senté a su lado en la silla del conjunto de mimbre del centro.

—¿Estás más tranquila?

—Si te soy sincera, no mucho...

—¿Por qué estas nerviosa? —quiso saber, acercando su silla a la mía—. Ya nos conocemos.

—Realmente, no —reconocí—. No es un reproche ni mucho menos, aunque haya sonado así. Es sólo que nunca me hubiese imaginado que vivieses aquí, con un perro y todo lo demás.

—¿Pensabas que iba de crucero en crucero?

—O haciendo operaciones de vida o muerte en un hospital del Amazonas.

Su carcajada se me enredó en el estómago y lo miré absorta. Parecía que

quería decirme algo desde hacía rato, algo importante, así que lo animé con la mirada y él me sonrió, fundiéndome los plomos del cerebro, antes de soltar su petición.

—Cristina, llevo desde que te he visto entrar con una pregunta en la mente...

Moví las cejas y susurré un «dime» casi imperceptible, obnubilada con su boca.

—¿Puedo besarte, por favor?

Le sonreí, respondiendo así a su inesperada pero a la vez deseada pregunta.

Él se acercó, acortando los centímetros entre nosotros e invitándome a hacer lo mismo. Cuando nuestros labios se encontraron, fue como si alguien me hubiese quitado una bolsa de la cabeza y pudiese al fin respirar hondo y profundo, llenándome los pulmones de aire fresco y reconfortante.

No supe cuánto había echado de menos sus labios hasta ese mismo instante.

—Agradezco que dejases una nota bajo mi puerta —susurró antes de volver a besarme.

Me levanté de la silla y me senté de lado encima de sus piernas, abarcando con mis brazos su cuello. Necesitaba sentirlo contra mi piel, apretado a mí. Él me agarró de la cintura con una mano y de la nuca con la otra, profundizando el beso.

Los minutos siguieron contando para el resto del mundo, aunque para nosotros habían sucedido en apenas unas milésimas de segundos en los que no abandonamos a la boca del otro, cada vez más desesperados, más excitados...

—¿Tienes prisa? —me preguntó en voz baja y ronca.

—Ninguna.

—¿Te quedas a comer?

—De acuerdo —acepté.

Él se levantó, portándome como si no pesase nada, y volvió a introducirse en la casa, pasando de largo el salón y doblando el pasillo para entrar en la primera puerta a la izquierda que encontró.

Su habitación era pequeña y sencilla, con una cama de matrimonio, un galán para la ropa y un espejo a modo de cabecero. No me dio tiempo a más investigación, pues me depositó en el colchón y se colocó encima de mí.

—Me vas a perdonar que me salte un poco los preliminares, ¿verdad?

—Incluso te lo voy a agradecer...

Él sonrió y besó mi cuello, acelerado. Abrí las piernas y subí las caderas,

rozando nuestros cuerpos por encima de la ropa. Su barba hormigueaba la piel de mi escote junto con sus besos, cada vez más profundos, gracias a que sus dedos se dedicaron a abrir los botones de mi blusa.

Me despojé de ella cuando terminó de desabrocharlos y él me miró desde arriba, observando mi sujetador y sonriendo.

—Me gusta.

—Gracias.

Y mi agradecimiento fue más bien para mi amiga Rosa, que me había regalado el conjunto unos días después de volver del viaje. Era como un velo transparente en tono turquesa que dejaba a la vista mis pezones oscuros.

Máximo se dedicó a tirar de la blonda que bordeaba la tela con los dientes justo cuando algo rozó mi pie y di un salto en la cama, acompañado de un grito agudo.

—*Nube*, fuera —la riñó Máximo, mirando hacia abajo.

—Qué susto...

La interrupción permitió que volviese a la cama desvestido, pues tuvo que levantarse para echar a la perrita, que se negaba a abandonar el lugar donde seguramente dormía con su dueño cada noche. Era un animal privilegiado.

Lamentaba su desahucio, pero no me apetecía tener compañía peluda en ese momento.

—Creo que estás demasiado vestida para lo que tengo en mente —murmuró mientras se ponía un preservativo. Después se subió, felino, a la cama haciéndome reír al desnudarme.

—Tiene fácil remedio...

—Quitarlo.

—Quitarlo.

Ambos hablamos a la vez y nos reímos, pero las risas quedaron atrás, dando paso a los gemidos que emitimos al sentir de nuevo cómo volvía a ser parte de mi cuerpo, colándose en mi interior...: los suyos, graves y profundos; los míos, superficiales y finos..., y los de su mascota, al otro lado de la puerta, haciéndonos coro.

—Así no hay quien se concentre —se quejó—. ¡*Nube*, ya! ¡Para!

Me reí por su gesto contrariado y él bufó, retomando el movimiento.

—Perdona, no está acostumbrada a que venga una chica preciosa a casa y su dueño la abandone.

—Seguro...

Recuperó el ritmo de sus embestidas y entrelacé las piernas a sus caderas, recibiendo sus acometidas. La cama crujía bajo nuestros cuerpos y mi temperatura subía irremediablemente. Arañé su espalda, mordí su cuello y gimoteé exaltada cuando acrecentó el movimiento.

Tras unos minutos, empujé su pecho y lo tumbé hacia un lado, dejando que su espalda reposase en la cama. Su respiración acelerada hacía subir y bajar su torso cubierto de sudor.

Me monté encima de él y le sonreí cuando agarró mis pechos, sonriendo él también.

—Menudas vistas más espectaculares.

—Pues anda que las mías...

Balanceé mis caderas, rozando mi clítoris con su piel y sintiendo que no tardaría demasiado en alcanzar el orgasmo con mis movimientos. Él bajó las manos e imprimió su fuerza y un nuevo ritmo a mi cintura al agarrarme, manejándome a su antojo y compenetrando el ritmo de sus caderas a las mías.

Estaba consiguiendo que viese las estrellas.

—Sigue así... —me animaba—. Sigue... sí.

—No pares —rogué.

—Nunca.

—Voy a terminar...

—Hazlo —me animó—. Hazlo todas las veces que quieras.

Reimprimí un nuevo compás vertiginoso y eché la cabeza hacia atrás, apreciando su agarre en mi espalda al comenzar a correrme. Sus caderas no paraban de moverse y las mías ralentizaron el ritmo, pero él no lo permitió.

—Sigue, no pares ahora.

Continué moviéndome, obviando los calambres de mis muslos, que me pedían clemencia después de haber pasado el momento de éxtasis. Sus brazos en tensión me ayudaban a balancearme, notando cómo se volvía a activar algo en mí en pocos segundos y un nuevo orgasmo me recorría sin ni siquiera haberlo previsto.

—Así... dámelo —sonreía febril—, muévete, no pares.

—Me vas... a... matar —contesté a duras penas.

—Sigue, preciosa —me animó.

Aunque quise, mis piernas no tenían voluntad para continuar sacudiéndose. Él me dio la vuelta y me puso a cuatro patas, justo en el borde de la cama. Se

colocó de pie tras de mí y reanudó el movimiento tras introducirse de golpe en mi cuerpo.

Grité placentemente y él rugió en respuesta, llevando su mano a mi clítoris y moviéndola en círculos.

—Máximo, no puedo... —gimoteé.

—Sí puedes —me animó, embistiendo muy pegado a mí—. Yo te ayudo.

—En serio...

—Chist...

Le dejé hacer como una muñeca a su antojo, recibiendo sus envites y regocijándome en la sensación de sentirme plenamente satisfecha. Contra todo pronóstico, las contracciones previas a un nuevo orgasmo comenzaron a sucederse al cabo de unos minutos y agarré la colcha con las manos, aferrándola a mis puños.

—Voy a correrme —me dijo él.

—Y yo...

Su rugido animal eclipsó mis gemidos al terminar.

La sensación fue tan espectacular que sentir su peso sobre mi espalda fue como caer del cielo en una nube esponjosa y mullida.

—¿Estás bien? —me preguntó con la voz entrecortada, recuperando la respiración.

—Mejor que bien.

Lo sentí sonreír y besó mi columna antes de retirarse, agarrando el preservativo con sus dedos. Me desplomé en la cama y lo miré, atontada.

—Voy un segundo al baño —me dijo—. No te escapes.

Asentí con la cabeza, incapaz de hablar, y abrió la puerta, colándose la bolita de pelo que había estado esperando fuera y subiendo a la cama cuando él ya se marchaba.

Al quedarme sola, la miré y sonreí, sintiendo mi pecho subir y bajar, todavía con la respiración alterada.

—Me parece a mí, amiga, que tú y yo vamos a tener que llegar a algún trato para compartir esta cama.

La perra ladeó su cabecita y me miró con sus ojos abiertos y avispados antes de ladrar una única vez.

Me reí en respuesta.

Capítulo 25

Había sido un día agotador en la guardería. Los niños parecían notar que las vacaciones de verano estaban cada vez más cerca y aquello se asemejaba a una pequeña revolución.

Abrí la puerta de mi piso con la clara idea de echarme una buena siesta de, al menos, dos horas, pero algo captó mi atención cuando entré por el pasillo.

Me acerqué al foco del ruido y cerré los ojos, riéndome en silencio.

Mi hermana y Alessandro estaban dentro, a todas luces enfrascados en una lucha lúdicamente sexual. Los grititos de júbilo divertidos y los murmullos de él dejaban claro que en ese momento no querían ninguna interrupción, así que volví sobre mis pasos y me adentré en mi dormitorio..., pero mis planes iniciales se habían esfumado, porque no conseguía dormirme. Aunque intentaba impedirlo, mis oídos captaban cualquier sonido, golpecito o respiración más alta de la cuenta.

Tras más de media hora luchando por lograr camelarme a Morfeo y que me hiciese viajar un rato a su mundo, desistí. Me preparé un café y me senté a la mesa del comedor, removiéndolo como una autómata.

A los pocos minutos, aparecieron los dos, riéndose, por el salón.

—¡Cristina! —exclamó mi hermana con voz aguda y algo paralizada al verme—. No sabía que habías llegado.

Su indumentaria me hizo sonreír. Una camiseta de Alessandro de un equipo de fútbol italiano que le llegaba a medio muslo. Él se acercó a mí en ropa interior y me saludó cariñoso, dándome un beso en la mejilla.

—*Ciao, amore mio*. Tienes cara de cansada.

—Lo estoy —reconocí.

Él se perdió unos segundos en la cocina y, cuando reapareció, le tendió un vaso de agua a mi hermana, sentándose en la silla a mi lado con otro para él. Bebió y agarró la muñeca de Teresa, tirando de ella y depositándola en su pierna ante la actitud totalmente abochornada de ella.

—¿Queréis que hagamos algo para cenar? —preguntó, besando el cuello de

su chica. Ella se retiró, cohibida, pero él volvió a insistir—. Hace tiempo que no estamos los tres juntos.

—Por mí, vale —acepté.

—Alessandro... —se quejó mi hermana, azorada, retirándolo de ella por enésima vez y resistiéndose a sus caricias.

—*Cosa?*

—Para —le susurró, mirándolo seria.

—*Perché?*

La estaba haciendo rabiar, su sonrisa era totalmente delatora.

—Porque sí. —Intentó levantarse, pero él lo impidió, volviendo a colocarla sobre sus piernas—. ¿Os apetece que pida al turco?

—*Ñe...* —me quejé, no muy convencida.

—Yo prepararé algo de cenar —se ofreció Alessandro—. Dejadme a mí, *bellas bambinas*.

Puso en pie a mi hermana y le dio un cachete en el trasero que la hizo sonrojarse un poco más, marchándose luego a la habitación para vestirse un instante después.

Mi teléfono comenzó a sonar justo cuando iba a preguntarle qué tal les iba juntos.

Miré la pantalla y sonreí, llevándomelo a la oreja bajo la mirada disimulada de Teresa.

—¿Ya me echas de menos? —contesté, sonriente.

—¿Acaso lo dudas?

—¿Qué tal? —pregunté por cortesía.

—Bien, como siempre. ¿Y tú?

—Cansada.

Me senté sobre la mesita de café del salón y crucé las piernas, balanceándolas.

—¿Por qué no vienes y nos damos un baño juntos? —propuso tentador—. Seguro que ayuda a eliminar tu cansancio.

—Suena genial —admití—, pero ya tengo planes para cenar.

Se mantuvo en silencio unos segundos.

—Está bien. ¿Mañana?

—Mañana seré toda tuya —acepté, sonriendo melosa—. Prometido. ¿Quieres que lleve algo?

—Sí, tu precioso cuerpo. Pienso tomarte de postre.

—¿Y cuál será el mío? —bajé la voz, encendida.

—Tengo un par de ideas para eso, no te preocupes.

—Me gustan tus ideas.

—Lo sé... Soy un gran inventor.

—Esperaré ansiosa a mañana, entonces.

—Y yo, princesa. Un beso.

—Besos.

Colgué y me quedé un instante observando la pantalla hasta que se oscureció, con una sonrisa boba en la cara.

—¿Eso que sonaba era una *conversazione* candente? —preguntó Alessandro a mi espalda, sobresaltándome—. *Santa Madonna*. Qué corazón más pequeño tienen mis primas...

Me reí, dándole en el brazo con el teléfono.

—Era una conversación privada.

—¿Cómo de privada? —indagó, acercándose a mi hermana y dándole un beso corto en los labios—. ¿Igual de privada que lo que haremos esta *signorina* y yo dentro de un rato en su dormitorio?

Me reí y ella negó con la cabeza, echándola hacia delante y apoyando la frente en la superficie de la mesa.

—Seguramente...

—*Fiu* —silbó—. La noche es joven...

Se marchó sonriendo a la cocina y se enfrascó en ponerlo todo patas arriba para preparar un plato de pasta. Teresa y yo lo observábamos y bromeábamos con él.

Me gustaban juntos.

Me gustaba lo que él provocaba en mi hermana.

Pero no me gustó en absoluto que Máximo cancelase nuestra cita unas horas antes, al día siguiente, alegando que le había surgido un contratiempo inesperado.

No pregunté.

No quise saber qué era más importante que vernos y estar juntos, pues temía la respuesta. Y para cuando volvimos a vernos, ese hecho quedó en un segundo plano, pues tuvimos un encuentro poco agradable al salir de un restaurante, con alguien al que llevaba tiempo queriendo perder de vista de forma permanente.

—Hola, pareja —saludó mi ex al cruzarnos en la calle—. Qué de tiempo,

Cris. Te veo bien.

El repaso de sus ojos por mi cuerpo no le pasó desapercibido a Máximo, pero se mantuvo en un discreto silencio. Eso sí, sin soltarme de la mano en ningún momento.

—Hola, Iván —me limité a decir, decidida a seguir andando.

—Aún tengo en casa un par de cosas tuyas —puntualizó, con clara intención de molestar—. ¿Te pasarás pronto a por ellas?

—Por mí las puedes tirar.

—Es una pena —simuló una voz entristecida—. Ese conjunto de ropa interior y el vestidito morado que te regalé por nuestro aniversario te quedaban sensacionales. Muy muy sexis.

Me envaré, pero una mano aferrada a la mía me contuvo.

—Como te he dicho, lo puedes tirar —repetí a la defensiva—. O regalárselo a alguna amiga..., lo que más te apetezca.

Él se rio cínico y le tendió la mano a Máximo.

—Encantado, amigo. Te llevas una fierecilla.

—Lo siento, pero tenemos prisa —me entrometí, impidiendo que mi expareja involucrase a Máximo en nuestra historia pasada—. Adiós.

Caminé en la dirección contraria a Iván con mi acompañante en un silencio absoluto. Me aferraba a su mano y mis pasos eran apresurados cuando me habló.

—Ya hace rato que lo hemos perdido de vista —me dijo calmado—. No hace falta que sigas corriendo.

Lo miré, algo abstraída.

—Ya... perdón. No me había dado cuenta —reconocí, ralentizando mis pies.

—Por un momento pensé que me llevaba de la mano Usain Bolt...

Me reí por su referencia.

—En serio —prosiguió—. Recuérdame que nunca te rete en una carrera; como velocista en tacones no tienes igual. Seguramente hasta hayas batido algún récord mundial.

—Déjalo ya —sonreí divertida.

—¿Más tranquila?

Asentí.

—Sí, gracias.

—No hay de qué. ¿Te apetece un helado?

Me sonrió tentador y movió las cejas cómicamente.

No pude hacer otra cosa que besarlo en plena calle... Y así descubrí que a Máximo le gustaban los helados de menta con chocolate en cucurucho.

Capítulo 26

Los días fueron pasando y descubrí más cosas de él; cosas que no me contaba, pero que, con el día a día, me hacían conocerlo, gustándome un poco más a cada momento que pasábamos juntos.

Por ejemplo, sabía que le encantaba cocinar con poca ropa y, además, le relajaba hacerlo.

También que tenía un dormitorio decorado en tonos celestes y con objetos infantiles que me hicieron fruncir el ceño cuando lo vi, en una de mis excursiones por su piso. Sobra decir que no le mencioné mi hallazgo. Quizá debería haber entendido que, si mantenía esa puerta cerrada, era por algo, pero hasta un tiempo después no conocería el porqué.

Además, sabía que tenía un nulo oído musical y destrozaba las melodías de las canciones que, cuando se encontraba relajado o distraído, tarareaba o incluso se atrevía a canturrear.

Y le gustaban las palomitas de caramelo. Lo averigüé porque la noche anterior habíamos hecho algo nuevo; habíamos ido al cine a ver una película a la que no le prestamos la menor atención.

Máximo me había convencido para salir a cenar y me sedujo con la idea de un bol de palomitas compartido del tamaño de un barreño... Evidentemente, no me pude negar, aunque no les prestó demasiada atención una vez sentados en la oscura sala. Por lo que parecía, tenía algo más interesante a lo que echar mano.

—Máximo, para...

—No puedo —susurró mordéndome la oreja. Su voz era magnética—. Estás muy buena.

Me reí contenida y le quité la mano de mi entrepierna... por cuarta vez.

—¿No decías que no te gustaba hacerlo con público?

—Ellos no nos ven —se excusó, volviendo a colar un par de dedos a través de mi ropa interior—. Además, llevo imaginando el momento de meterte la mano bajo la falda cuando apagasen las luces de la sala toda la noche.

—Eres incorregible.

—Y te encanta. —Sonrió sin dejar de mover sus dedos—. Además, no lo soy; tú haces que me comporte como un adolescente salido, que es diferente...

Sonreí y le dejé hacer, experimentando uno de los orgasmos más contenidos de la historia de mi vida, simulando que en esos dos asientos no ocurría nada fuera de lo común.

A la mañana siguiente no podía quitarme la sonrisa de la boca al recordarlo. Me había quedado a dormir en su piso, una vez más.

Tenía la cabeza recostada en su muslo mientras jugueteaba con mis dedos alrededor de su miembro en reposo. Él me observaba sonriendo, con la cabeza alzada y ladeada gracias a la almohada y sus brazos tras ella.

—¿Has pensado ya en mi propuesta? —me preguntó, dentro de la burbuja poscoital en la que nos encontrábamos.

—Aún no sé qué hacer —admití—. El crucero acabó con todos mis ahorros y...

—Ya te dije que eso no era problema. Yo puedo hacerme cargo.

Lo miré, incómoda con su insistencia.

—No me sentiría bien.

—Pues no entiendo por qué.

Me incorporé dispuesta a salir de la cama y acercarme a la cocina para servirme un vaso de agua, pero él atrapó mis caderas antes de abandonar la superficie que tantas veces habíamos compartido las últimas semanas, desde que me presentase nerviosa como un flan aferrada a la nota con su dirección.

—No te enfades —me pidió, pacificador—. Cada vez que te saco el tema, te molestas, y yo sólo quiero saber si puedo hacer planes contigo para las vacaciones.

—Me lo pensaré —volví a repetir, como en las anteriores ocasiones.

Él suspiró y me soltó, por lo que pude levantarme e ir a la cocina no sólo para refrescarme la garganta, sino también las ideas.

En torno a Máximo aún existía un mundo de incógnitas que yo misma me había negado a descifrar. Mis amigas me reprendían, porque me decían que era una soberana tontería y sumamente cobarde el no querer ahondar más en nuestra relación, conociéndolo y sabiendo cosas de él más allá de las banales.

Pero estábamos bien así. Yo estaba bien así.

Teníamos sexo. Sexo apasionado y maravilloso cuando nos apetecía. Compartíamos algún que otro momento cotidiano de manera natural, pero, en

resumidas cuentas, nuestros encuentros se basaban en darnos mucho placer y nada de información.

Cuando la cosa se ponía demasiado intensa, solía encontrar una buena excusa para marcharme y dejar pasar unos días antes de volver a verlo.

El problema era que se me estaban acabando las evasivas... y a Máximo, la paciencia.

Él claramente quería dar un paso más en lo que fuese que manteníamos.

Aunque respetaba mi hermetismo y el no querer hacer o recibir preguntas más allá de los gustos alimenticios o sexuales de cada uno, ambos sabíamos que así no llegaríamos a ningún lado, con una dependencia física donde lo único que teníamos claro era la exclusividad entre nosotros.

Al encender la luz de la cocina, *Nube* danzó hasta mí desde la camita que su dueño le había comprado para los ratos de exilio.

—Hola, pequeña.

Le sonreí y la acaricié con los dedos de mis pies mientras abría el frigorífico y miraba dentro, para sacar una botella de zumo de naranja y servirme un vaso.

El señor de la casa apareció, se apoyó en el quicio de la puerta gloriosamente desnudo y me observó, agarrándose de la parte superior, del dintel.

Bebí del vaso sin dejar de observarlo y así permanecimos unos segundos, hasta que me acerqué a él y lo rodeé con mis brazos alrededor de su cintura, pegando mi nariz a su pecho y besándoselo.

—Estás molesto.

—No.

—Sí que lo estás. —Miré hacia arriba y él besó mi frente—. Sólo quiero vivir el momento, Máximo. No quiero hacer planes.

—No hay nada malo en hacerlos.

—Quizá no para ti, pero hace tiempo que me propuse no pensar en nada más que en el día a día.

—¿Y así eres feliz? —preguntó interesado.

—Sí. Tú me haces feliz. Hoy. Ahora.

Él acarició mi cara y se separó de mí, adentrándose en la estancia y apoyándose en la encimera.

Se pasó una mano por el pelo y me miró.

Mi mente ya estaba maquinando, buscando una nueva salida por si el

momento se ponía demasiado agudo.

—Cristina, estoy muy bien contigo, pero no eres justa —comenzó a decir. Lo miré seria, descansando mi cadera en la pared de la entrada y con los brazos cruzados—. Respeto que, por algún motivo que también desconozco, no quieras saber nada sobre mí ni que yo lo sepa sobre ti. Ha llegado un punto en el que he desistido de querer indagar sobre si eres veterinaria, contable o cajera de unos grandes almacenes, y me he resignado a llegar de trabajar y querer contarte cómo me ha ido el día o si algún caso ha sido especialmente difícil porque ni siquiera sabes a qué me dedico por decisión tuya... pero lo que no puedo hacer es cargar con el peso de intentar hacerte feliz cuando encima no me das ningún medio para hacerlo.

—Máximo...

—¿Crees que lo eres ahora? —preguntó, sin darme tiempo a responder—. ¿Esto te hace feliz? —Nos señaló—. ¿Acostarnos juntos y si te he visto no me acuerdo? ¿Ser dos desconocidos?

Negó con la cabeza, esbozando una sonrisa derrocada.

—¿Sabes? No sólo se trata de obtener información y compartirla. No es eso, es que tú quieras dar un paso más... Yo puedo hacerte sonreír, disfrutar, pasarlo bien e incluso hacer que te sientas plena... Pero que seas feliz o no está total y absolutamente fuera de mi control. Por el motivo que sea, tienes miedo a abrirte a los demás. A mí. Y estás en tu pleno derecho..., pero puede que llegue un momento en el que para mí no sea suficiente.

No supe qué decir. Después de más de un mes viéndonos, era la primera vez que manteníamos una conversación exenta de banalidades y su madurez era aplastante.

Me hizo sentir infantil e inexperta.

Y también egoísta.

—Ya sea conmigo o con cualquier otra persona que se cruce en tu vida, haz el favor de no cargar sobre sus hombros el peso de toda tu felicidad, porque no es su responsabilidad, es tuya y de nadie más.

—¿Sabes? Me gustaría marcharme a casa —me limité a decir tras un instante de silencio.

—Está bien.

Su aceptación sin preguntas y en tono comprensivo aumentó mis ganas de llorar, así que fui a la habitación, me vestí y salí del piso sin ni siquiera decirle adiós.

No podía... Al igual que no podía dejar de sollozar tumbada en mi antigua cama en la seguridad de mi casa, la de mis padres, la que me había visto crecer.

En ese momento me veía incapaz de irme a mi piso y cruzarme con Alessandro y Teresa, que derrochaban amor y complicidad por cada poro.

—Hija, ¿estás bien? —volvió a preguntar mi madre desde el otro lado de la puerta.

—Sí, mamá. —Sorbí, intentando que mi voz no delatase mi estado, pero fracasando estrepitosamente.

—De acuerdo —contestó apenada—. Estaré abajo, por si quieres charlar. Te quiero.

Todo se sumaba a mi estado, incluida la condescendencia y el cariño de las palabras de mi madre, con la que siempre había chocado. ¿Es que todo el mundo estaba dispuesto a hacerme sentir miserable y egoísta ese día?

Lo más triste de todo era que me sentía así porque yo misma había provocado cada una de las situaciones. La confrontación con mi madre, la lección que me había dado Máximo, el distanciamiento que últimamente tenía con mis amigas...

Reconocía que todo lo propiciaba la cobardía que sentía y el miedo a recibir lo que no quería escuchar pero ya sabía.

La vida no era fácil; nunca lo había sido y nadie dijo que lo iba a ser cuando nací y me dieron la primera cachetada que me hizo llorar, pero yo me había empeñado en simplificarla, creyendo que, retraerme en mi caparazón y esconder mis verdaderos miedos y sentimientos, iba a ayudarme a ello.

Estaba claramente equivocada.

Nunca había querido distanciarme de manera premeditada de mi madre, que incondicionalmente seguía a mi lado como se espera de una progenitora. No podía perder a mis amigas, esas que siempre habían estado a mi lado y me habían apoyado incluso sabiendo que estaba cometiendo errores... Y no quería, bajo ningún concepto, perder a Máximo, pero no sabía si estaba preparada para volver a entregarme con el riesgo de terminar sufriendo.

Porque, al igual que la vida no era fácil, al final siempre se acababan llorando las pérdidas de un modo u otro.

Cuando se me pasó el sofocón y pude recomponerme a duras penas delante del espejo del baño, me dirigí al salón y mantuve una conversación con mi

madre. Fue sumamente liberador poder hablar sin tapujos, confesándole mis sentimientos y escuchando su versión de lo que yo misma había vivido.

Era curioso comprobar cuán diferentes podían ser dos perspectivas en una misma historia. Comprendí en cierto modo su actitud, aunque hubo momentos que no tenían sentido y ella misma lo reconoció. Yo también me disculpé por las cosas que desde el inicio sabía que había hecho mal, y mi padre nos abrazó a ambas cuando, llorando como dos Magdalenas, nos dimos un abrazo.

Estaba decidida a cambiar las cosas que no había hecho bien.

Mi madre había sido el principio... y mis amigas serían las siguientes.

Capítulo 27

—¡La hija pródiga ha vuelto! —exclamó Inma cuando entré ese viernes en la librería, con una cara de culpable que no podía borrar ni con el maquillaje más profesional.

—¡Hola, Cris! —me saludó Erika.

—Ven, hay pollo Kung Pao que ha traído María —me comentó Rosa, cariñosa, acercándose a mí y pasándome un brazo por los hombros.

—¿Comida china? ¿Tú? —le pregunté a la mencionada.

Ella se encogió de hombros, sonriente.

—Miguel y yo estamos haciendo un curso de cocina oriental —explicó escueta.

—Y más cosas que están haciendo..., ¿verdad, Mariquilla? —la pinchó Jessica.

La miré con las cejas arqueadas y ella se puso roja.

—Tenemos muchas cosas que contarte —me dijo cuando me senté a su lado —. Me alegra que estés de vuelta. ¿Cómo te va?

Sonreí, agradecida por la acogida que me habían dado.

Atrás quedaban los temores a posibles reproches y desplantes al verme aparecer... No sabía cómo había podido pensar siquiera en algo así, cuando tenía las mejores amigas que podía haber elegido.

Durante un par de horas estuvimos hablando y escuché cotilleos de todas y cada una de ellas. Así supe que María había decidido dar un paso más con su segundo en la cocina y por ello en la actualidad se prestaban ayuda mutuamente dentro y fuera del restaurante. Por lo que me contó, les iba genial, pero, aunque ambos reconocían estar muy bien juntos, no quería correr.

Rosa había vuelto a contactar con el chico con el que se había ido de fin de semana y al que le había acabado haciendo un *remake* de la película de la niña de *El exorcista*, y esa vez todo había salido a pedir de boca. El tipo había resultado ser un «amantísimo amante», como ella misma había explicado, y

estaban intentando hacer todas las posturas del *Kamasutra* como una especie de reto entre los dos.

Iba a terminar en el hospital, podía verlo venir...

Inma continuaba con su vida tal y como siempre, dedicándole tiempo a su negocio, a su familia y sin complicarse con los hombres. Aseguraba que iba a morir soltera y estaba muy orgullosa de ello, aunque Erika intentaba convencerla sobre lo maravilloso que era vivir en pareja, estar casada y superar los problemas para ser feliz, como Pablo y ella practicaban desde hacía años.

—¿Que tú qué?! —chilló Rosa cuando Jessica nos dio la noticia.

—No me lo puedo creer... —negó Inma.

—¿Estás segura? —pregunté alucinada, y ella asintió—. ¿Cien por cien segura?

—Sí. Me he hecho dos pruebas y han dado positivo. El jueves que viene tengo cita en el ginecólogo para confirmar que todo va bien.

Su tierna sonrisa al tocarse la barriga todavía plana nos descolocó.

—Jessi, cariño —intervino María—. ¿Lo sabe Nacho?

—¡Claro! Está encantado —afirmó, y luego rectificó—: Estamos encantados.

—A esta chica le falta una cochura...

—Inma —le susurré, amonestando su comentario.

—En serio, no era algo que esperásemos, pero podía pasar. Hubo un par de veces que no usamos protección y, aunque creímos que lo habíamos controlado, se ve que no...

Se encogió de hombros, contenta.

—Virgencita, ampara a este niño inocente... Su madre es una inconsciente —imploró Inma al techo.

—¡Oye! Que ya soy mayorcita. Además, un bebé siempre es una alegría.

Erika la abrazó, dándole la enhorabuena y sonriendo.

—Di que sí, cariño. ¿Tú estás bien? ¿Te encuentras bien?

—Bueno, hace unos días que he empezado a tener náuseas matutinas, pero estoy muy feliz. Os prometo que hemos hablado mucho sobre el tema antes de tomar la decisión de seguir adelante, chicas. Pero este niño es fruto del amor que siento por Nacho y él no se merece otra cosa que venir al mundo rodeado por las personas que lo quieren.

—Ven aquí —le dijo María, dándole un abrazo, emocionada—. Vamos a

ser las titas más consentidoras del mundo.

—Y cuidaremos de que la cabra loca de su madre no lo olvide en cualquier parte —añadió Inma, uniéndose al abrazo.

—Sois unas petardas... —me quejé, sin poder retener las lágrimas y abrazándome también a ellas—. Y os quiero.

No quise empañar el momento volviendo a hablar sobre mis problemas con Máximo o lo que me ocurría en general, así que mantuve silencio al respecto.

Terminamos todas llorando entre risas y especulando sobre el sexo del bebé al que terminamos apodando Chicharito.

Salimos esa noche a celebrarlo nosotras seis, sin parejas ni añadidos, cosa que ocurriría pocas veces más adelante, ya que nuestras vidas estaban unidas a más personas que pronto se añadirían a la gran familia que habíamos decidido crear juntas.

El resto del fin de semana lo pasé en casa, atenta al teléfono, a cada notificación o llamada que sonaba. Máximo me había mandado un par de mensajes diciéndome que iba a estar fuera y que volvería el domingo por la noche, a lo que le respondí con un escueto «Ok. Ya nos veremos», que dio por concluida la conversación.

El lunes me arreglé para ir a trabajar y me monté en mi moto; al llegar aparqué cerca de los contenedores de basura del principio de la calle. Era el único lugar en el que le daba la sombra al mediodía y no quería acabar con el trasero calcinado al sentarme en el asiento para regresar a casa.

Iba distraída mirando el teléfono cuando choqué con algo que resultó ser una sillita de bebé.

—Lo siento —me disculpé apurada.

—No te preocupes —me dijo la mamá de Nicolás, depositando el bolso en el asidero del carro mientras el pequeño dormía en él.

—¿Por qué no miras por dónde vas? —me increpó una voz desde el lateral del coche que me dejó paralizada.

Lo observé y volví a mirar la sonrisa tierna que le dedicaba la chica rubia a su hijo.

—¿Máximo? —murmuré en un hilo de voz.

—Déjalo, cariño. Es la maestra de Nico y ha sido un accidente —le pidió ella, conciliadora—. El niño está bien y no hay nada que lamentar...

—La próxima vez ten más cuidado.

Su frase cargada de indiferencia y fría como el hielo, colocándose las gafas

de sol de nuevo y montando en el coche, me dejó paralizada.

Esas gafas de sol...

Las había visto antes, meses atrás.

—No se lo tengas en cuenta, está teniendo unos casos muy complicados en el trabajo y anda de mal humor —lo excusó, ajena al derrumbe que había comenzado a sentir dentro de mi cuerpo.

La esquivé como pude y entré apresurada en la escuela, encerrándome en uno de los aseos. Me agaché y me llevé las manos a la boca, impactada.

¿Máximo era el padre de Nicolás?

¿La chica rubia era su pareja?

Me había estado tirando a un hombre con mujer e hijo..., con una familia.

A un hombre comprometido que me pedía que me abriese a él y le dejase ver mi interior, ¿con qué finalidad? ¿La de romperme en pedazos como acababa de hacer hacía unos minutos?

No podía creerlo, pero en el fondo varias piezas inconexas y que antes no habían tenido sentido comenzaron a cobrarlo en mi cabeza. El dormitorio infantil que había al fondo del pasillo... Las ausencias o disculpas a última hora que bien podrían ser por no poder atenderme por tener a su mujer en casa... No podía ser tan perfecto, Máximo no era tan admirable como me había hecho creer.

Yo había caído en el engaño, en su engaño... en el que tenía sumida a su mujer, embarcándose en cruceros sexuales sin ser libre para ello, manteniendo una relación paralela con otra persona y siendo un admirable caballero.

El engaño al que sometía a su hijo, ese chiquillo tan adorable al que ya no podía mirar sin verlo a él...

¿Cómo demonios iba a poder superar eso?

Me había convertido en lo que siempre había odiado: en alguien que rompe una relación o se interpone en ella, tal y como me había hecho a mí la chica que accedió a ir con Iván a nuestro piso y se acostó con él.

Y resultaba que yo había hecho lo mismo.

Era como lo que siempre había criticado e incluso peor, porque había de por medio un pequeño inocente, ajeno a las maldades de su padre...

Tuve ganas de vomitar.

Toda la mañana la pasé bastante afectada por lo que había ocurrido. La directora lo notó y me ofreció el resto del día libre, algo que no pude rechazar.

Mi trabajo requería estar centrada y concentrada, y yo no lo estaba, en absoluto.

La bola que tenía en el pecho y que me impedía respirar bien estalló al entrar en mi casa, pero, en vez de derramar lágrimas, me enfurecí.

Había sido una completa gilipollas e incluso estaba dispuesta a concederle lo que quería, a dar ese paso más y mantener una relación, hablando y accediendo a todo tipo de preguntas.

Gilipollas... de manual.

Cogí el teléfono y busqué su número en las últimas llamadas, presionando en él.

Los tonos previos me enfurecieron todavía más y, para cuando descolgó, vomité todo lo que tenía dentro sin darle tiempo a pronunciarse.

—Eres un completo hijo de puta, ¿me oyes? —le chillé—. Esto se acabó. Conmigo no cuentas para seguir jugando a lo que sea que estás jugando en tu vida. Eres despreciable. Si hubiese sabido antes la clase de hombre que eres, habría huido de ti como de la peste. —Ahogué las lágrimas de coraje que pugnaban por salir—. No voy a seguir siendo tu cómplice mientras les haces daño, así que, tranquilo, ya no tienes que fingir que no me conoces porque puedes olvidarme...

Colgué y tiré el teléfono contra el sofá, donde rebotó y luego cayó al suelo, como yo cuando me apoyé en la pared y me derrumbé, dejando salir todo lo que tenía dentro.

La melodía sonó varias veces, pero ni siquiera miré en su dirección. No pensaba contestar a sus llamadas. No quería volver a saber nada de él y esperaba que con mis palabras eso le hubiese quedado claro y desistiese en su empeño.

Cuando mi hermana llegó a casa, varias horas después, me encontró en la misma posición.

Preocupada, se acercó a mí y se puso a mi altura, acariciándome, cariñosa, los brazos.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Me encogí de hombros y me limpié las pocas lágrimas que quedaban en mis mejillas. Hacía rato que no salían más. Se habían agotado.

—Erika lleva un par de horas llamándote y, como no se lo cogías, me ha llamado a mí —me explicó—. Yo también lo he intentado.

Me mantuve en silencio.

—Estaba preocupada y he venido a buscarte. ¿Quieres hablar?

—No, no quiero hablar.

—Está bien —aceptó, cariñosa—. ¿Te apetece que hagamos algo juntas?

Su propuesta también la rechacé, alegando que quería irme a la cama. Así lo hice y ella se quedó en el salón, hablando por teléfono con el que intuí que era Alessandro.

Sentía haberles fastidiado la velada sin proponérmelo.

Capítulo 28

Una semana después notaba que mi carácter iba recobrando su naturaleza original. Intentaba no recordar lo que había ocurrido, pues entonces volvía a encenderme y no sabía los golpes que le quedaban a mi teléfono antes de que decidiese irse de mi lado para siempre. Al pobre lo utilizaba como saco de boxeo.

Máximo me había llamado en varias ocasiones, a las que evidentemente no había ni contemplado la posibilidad de contestar.

Una tarde, fue Erika la que me llamó y me pidió que quedásemos para tomar un café. Mis amigas habían estado preocupadas por mí, pues Teresa las había puesto al corriente, y no me quedó más remedio que narrarles la historia, de la cual desconocían demasiados datos. Después de la bronca pertinente por no haberme desahogado con ellas, Erika fue la que más insistió, llamándome cada día e intentando animarme.

—Venga, Cris. Vamos a tomarnos un café —me propuso, al otro lado de la línea—. Quiero ir a algún lugar a ahogar mis penas en calorías.

Sonreí al teléfono.

—¿Mal de amores?

—Algo así —reconoció.

—¿Pasa algo con Pablo? —me asombré, pues no solía darnos detalles de sus riñas maritales.

—Prefiero hablarlo con un buen batido helado de chocolate por delante.

—Está bien —concedí—. Nos vemos en La Sra. Pop en... ¿una hora?

—Genial. Hasta luego.

Finalizamos la llamada y me miré al espejo. Mi cara no tendría arreglo, pero pondría todo mi empeño en minimizar los estragos que había sufrido.

Al llegar, cómo no, Erika ya estaba allí y me uní a ella en la mesa que había elegido. El sofá en el que solíamos sentarnos estaba ocupado.

Agradecí el aire acondicionado del local, pues el calor fuera era sofocante.

—Hola, cariño. No te importa que haya empezado sin ti, ¿verdad?

Su pregunta, en tono culpable mientras señalaba el batido de chocolate a la mitad, me hizo sonreír.

—La cosa está peor de lo que me imaginaba —comenté divertida, sentándome y dándole un beso—. ¿Qué te pasa?

—Prométeme que no te vas a enfadar...

La miré arqueando una ceja.

—Claro...

—Estoy embarazada.

Su confesión me dejó a cuadros.

—¿Os habéis puesto todas de acuerdo? —pregunté, alucinada—. Espero que no se contagie...

—No seas boba.

—Nunca se sabe... —comenté, después de pedirle al camarero algo para mí.

—No os dije nada en la última comida porque Jessica soltó el bombazo y no quise eclipsar su momento, pero estoy de tres meses.

—Ay, ¡qué bien! —exclamé entusiasmada, tocando su barriga—. ¿Ya lo notas?

Ella se rio.

—No..., aún es pronto.

—¿Y por qué no estás dando saltos de alegría por las esquinas y, en lugar de eso, ahogas tus penas en chocolate?

—Por Pablo. No se lo ha tomado demasiado bien... —comenzó a decir cuando llegó mi refresco bien frío—. ¿Coca-Cola?

Su pregunta me hizo encoger los hombros.

—Tengo que conducir. Sigue...

—Llevaba tiempo hablando con él sobre tener hijos. Él quería, pero no antes de que yo encontrase un trabajo, pues temía que me viese enclaustrada en casa con el niño y terminase agobiándome por ello.

—Te conoce bien...

—Ya.

—¿Por qué te sientes culpable, Erika?

—Porque lo soy. Dejé de tomarme las pastillas anticonceptivas sin decírselo —admitió, apesadumbrada—. Y no me arrepiento. Estoy feliz por este bebé, pero no me gustaría perder a Pablo por mi engaño.

—Eri, cariño... —Le agarré una mano—. Pablo te adora, no va a dejarte y

menos ahora, que vais a tener un pequeñín precioso al que mimar. Terminará aceptando lo que ha pasado, ya lo verás.

—¿Tú crees?

—Sí. Tu marido es un trozo de pan, ambas lo sabemos.

—Es verdad... —dijo enamorada—. Y yo soy una arpía.

—Todas lo somos un poquito —me reí—. Bueno, y cuéntame... ¿ya has pensado en nombres?

Ella comenzó a hablar sobre la lista que había elaborado y de la que no había hecho partícipe tampoco a Pablo, otro punto más para sentirse culpable y al que le quité importancia, diciéndole que era algo normal.

Mientras hablaba, yo bebía y asentía, contenta por ella.

Y en un par de segundos entendí por qué me había pasado a la cerveza años atrás en vez de seguir bebiendo refrescos, pues de siempre había tenido el mal hábito de morder los hielos del vaso y en esa ocasión un dolor agudo en una de mis paletas me hizo componer un gesto de dolor.

—¿Qué te pasa? —preguntó Erika, alarmada.

—Mi diente...

Hablaba a duras penas, mirándome la mano, inspeccionando si había sangre y conteniendo las lágrimas.

Dolía como el demonio.

—Creo que me lo he roto...

—Madre mía —exclamó—. Vamos a urgencias ahora mismo. ¿Puedes conducir?

Negué con la cabeza y ella resopló.

—No pienso coger tu moto, así que espera aquí un momento.

Al cabo de unos segundos volvió con algo apuntado en un papel y recogió sus cosas, instándome a que hiciese lo mismo.

—Vamos, tienes suerte, pues hay una clínica dental no demasiado lejos. Podemos llegar andando.

La seguí con la mano en la boca y un par de servilletas parapetándome, bajo la atenta mirada del camarero y algunos de los clientes.

Me moría de la vergüenza al ir por la calle de semejante guisa, pero el dolor agudo que sentía mitigaba en parte el bochorno que estaba pasando. Sentía unas ganas irremediables de llorar, pero las contenía, pues no estaba dispuesta a dar un espectáculo todavía mayor.

—Ya casi estamos —dudó mi amiga al girar una calle, mirando el letrero

—. Por aquí.

—¿Seguro? —farfullé.

—Calla —me riñó.

A los pocos minutos atravesábamos las puertas acristaladas de la clínica, donde me hicieron esperar, pues, según nos habían dicho, el doctor estaba ocupado terminando una intervención.

—Oiga, mi amiga se muere del dolor, ¿no le ve la cara a la pobre? —protestó Erika, encendida—. ¿No podría agilizarlo un poco?

—Hago lo que puedo —se excusó, amablemente, la recepcionista.

—Ya queda poco, Cris —me dijo, animándome al sentarse.

Yo asentí, con los ojos vidriosos.

Dolía horrores.

Puñetero hielo de los cojones...

—¿Cristina Barea? —preguntó otra chica, asomándose por el pasillo—. Venga conmigo.

Nos levantamos ambas. Erika me agarró de la mano dispuesta a acompañarme y la mujer negó.

—Sólo la paciente, por favor.

—Ya eres toda una madraza —mascullé dolorida y ella sonrió.

—Todo irá bien, cariño —me animó, mientras me marchaba con la otra mujer—. No me pienso mover de esta sala de espera.

Asentí al oírla, aunque dudé de que pudiese verme.

—Pase por aquí —me invitó a entrar en una habitación con una gran silla típica de dentistas, llena de cachivaches que nunca me habían gustado—. El doctor estará con usted en un momento. ¿Le duele mucho?

Afirmé de nuevo con la cabeza mientras ella me preparaba, poniéndome una gasita en el pecho y dándome ánimos, tumbando el sillón conmigo encima.

No quería ánimos, quería un puñetero calmante. ¿Cómo no se daba cuenta? ¿Le habían concedido el título en una tómbola?

—Ahora mismo viene el doctor —repitió, marchándose.

Al quedarme sola, cerré los ojos, intentando serenarme, con la cabeza apoyada en el respaldo inclinado. Un par de lágrimas resbalaron por mis comisuras justo cuando la puerta se volvía a abrir.

Lo sentí colocarse en la parte posterior de mi cabeza y, con sus manos, abrió mi boca, explorándome.

—Vamos a ver...

La vergüenza impedía que abriese los ojos; total, él sólo debía prestarle atención a mi diente, pero al cabo de un instante la curiosidad me pudo y, deslumbrada por el foco que había sobre mi cabeza, lo observé del revés.

Llevaba gorro verde y mascarilla. Sus manos estaban frías y olían al látex de los guantes.

—Has hecho bien en venir de inmediato —me dijo con la voz amortiguada por el antifaz higiénico de papel—. En estos casos es necesario actuar de forma rápida para que el pronóstico de los dientes traumatizados sea el más acertado posible...

Continuaba hurgando en mi boca abierta mientras hablaba.

—¿Te lo has roto con un hielo, verdad? Sólo asiente, no hables.

Asentí.

—¿Lo estabas mordiendo?

Volví a asentir.

—¿Con qué finalidad?

Su pregunta me hizo encoger los hombros e intentar hablar, pero me detuvo.

—No hables..., no es necesario. Deberías saber que los dientes son muy delicados. Tienes que cuidártelos un poquito más —me sermoneó—. Aunque imaginó que ya has aprendido la lección, ¿verdad?

Asentí, molesta por su regañina, aunque la mereciera.

—Voy a hacerte una radiografía periapical para terminar de valorar el diente afectado. —Asentí de nuevo—. ¿Estás embarazada o crees que puedes estarlo?

Negué rotundamente con la cabeza.

—Muy bien. Enseguida vuelvo.

Se marchó sin darme un calmante que mitigara un poco mi dolor. En menudo lugar de tortura me había metido Erika...

La misma auxiliar que me había preparado me realizó la placa de la boca y al cabo de un rato que se me hizo eterno el dentista volvió a entrar.

—Bien, Cristina —retomó la conversación desde detrás, sentado en el taburete giratorio y con la dichosa mascarilla en la cara.

Seguro que era una medida de seguridad para que sus pacientes no lo reconociesen y lo buscasen a la salida del trabajo para lincharlo por dejarlos doloridos durante largos minutos.

—Lo primero que tengo que decirte es que lo tienes roto, pero imagino que eso ya lo sabías —dijo divertido, y yo lo fulminé con la mirada—. Aunque te

parezca raro, el que el diente se rompa tiene mejor pronóstico que uno que no lo hace, porque el mayor impacto se lo lleva el trozo que se ha desprendido y, en el caso de que no se rompa, se lo lleva la raíz. En tu caso, ni el nervio ni la pulpa dental han sufrido daños.

Asentí por enésima vez, aliviada.

—Yo te recomendaría una reconstrucción de *composite*, que te costaría unos noventa euros —me informó—. Si se vuelve a romper, ya podríamos plantearnos hacerte una corona de porcelana, circonio o metal porcelana, aunque eso subiría considerablemente el presupuesto.

Negué. Cuanto menos gasto, mejor...

—He observado que tus muelas están algo desgastadas y eso es un claro síntoma de bruxismo, es decir, de que rechinas los dientes. Te recomiendo una férula de descarga que deberás usar de noche para evitar daños mayores y así mismo proteger la pieza rota. ¿La vas a utilizar?

Asentí como una autómata.

—Bien. Por suerte lo podemos solucionar en una sola sesión de reconstrucción estética. Te devolveré tu preciosa sonrisa y la funcionalidad del diente antes de marcharte de mi consulta.

—Gracias —balbuceé.

—Ah, no... Recuerda que nada de hablar —me riñó otra vez—. Hay pacientes que tienen muy sensible el paladar y sienten náuseas cuando visitan el dentista. ¿Es tu caso?

Negué.

—Mejor. No me quedan más batas limpias. —Contuve la risa porque no quería que me regañase de nuevo—. Está bien. Voy a introducirte esta cubeta en la boca. Deja la lengua relajada y respira por la nariz. Si te pones nerviosa o tienes náuseas, házmelo saber.

Asentí y él procedió, encajando en mi boca el aparato y manteniéndomela abierta durante un rato en el que trabajó en ella.

—Ahora debes permanecer muy quieta, Cristina. Necesito que el molde se afiance al diente. No te muevas y, bajo ningún concepto, hables. ¿Entendido? Parpadea dos veces si es que sí.

Parpadeé, sintiéndome ridícula.

—Genial.

Se acercó a mi lado y me dirigió una mirada que me hizo abrir los ojos casi tanto como la boca.

—Y ahora que me has prometido que te vas a estar quietecita —comenzó a quitarse la mascarilla, dejando libre su boca y su cara a la vez que la apoyaba en su garganta—. Vas a escucharme durante unos minutos. ¿De acuerdo? Recuerda, parpadea dos veces si es que sí.

Intenté no hacerlo.

—Me vas a atender quieras o no, Cristina —afirmó divertido, enfadándose—. Tú me soltaste todo lo que te pareció por teléfono y yo no pude replicar, así que ahora me toca hablar a mí.

Máximo agarró la silla giratoria y se sentó a mi lado, subiéndola para quedar a mayor altura que yo.

—¿Cómo crees que debo sentirme cuando me llamas y me insultas, me dices que soy un mentiroso y cosas peores, y encima no me coges el teléfono? —empezó preguntando—. Porque, que yo sepa, si no te he hablado de mi vida, si no sabes nada de mí más allá de cómo follo o de qué color es mi baño, no puedo haberte mentido en nada.

Discrepaba en todo.

—El caso es que ahora sí tengo ganas de contarte algunas cosas, fijate tú por dónde, y no vas a tener más remedio que escucharlas. —Se cruzó de brazos, mirando el techo—. A ver, ¿por dónde empiezo? Bien... Me llamo Máximo Sarabia Luján. Cumpilé cuarenta y un años justo unos días antes de conocerte en el crucero, el cual fue un regalo precisamente de cumpleaños al que en un principio me negué a asistir. Soy odontólogo, aunque me encanta la historia, y llevo esta consulta con otro socio más desde hace nueve años, así que tranquila..., estás en buenas manos. Por otro lado, como ya te dije, no me gusta el fútbol, pero me encantan otros deportes, como el ciclismo y la natación; los practico siempre que puedo...

Ahí tenía el secreto de su culo tan perfecto.

—Me encanta ir a la playa y suelo pasar mi quincena de vacaciones allí, en una casa que alquilo cada año en Cádiz, más concretamente en Zahara de los Atunes. ¿Quieres más datos?

Negué, obstinada, pero él me ignoró.

—Tuve mi primera relación sexual con catorce años. Fue con la hija de unos amigos de mis padres y fue patético, pero, cada vez que nos vemos, lo recordamos con cariño. Después de eso he tenido varias relaciones, pero sólo dos han sido serias, durante dos y seis años, respectivamente —aclaró—. No soy celoso, me gusta madrugar y aprovechar el día; cuando me engancho a una

serie, me puedo pasar horas delante del televisor viendo capítulos, aunque al día siguiente sea un completo despojo... La edad no perdona, ya sabes.

Yo me limitaba a observarlo, rezando para que los minutos necesarios para que esa cosa secase en mi boca se acabasen y poder rebatirle.

—Mis padres están jubilados y viven en una casa adosada en el pueblo donde nacieron mis abuelos. Siempre había sido el sueño de mi madre, y mi padre se lo regaló por su sesenta cumpleaños. —Me escrutó durante unos segundos, en los que le mantuve la mirada—. Y yo no tengo edad para andarme con tonterías. Te he respetado incluso cuando quería conocerte y profundizar en lo que teníamos. Siempre me has parado los pies, alegando la farsa de que querías vivir el momento pero negándote a ti misma el hacerlo como te pedía el cuerpo, así que, si no quieres volver a verme, no hay ningún problema, dejaremos de hacerlo. Sin embargo, me gustaría saber qué es lo que se supone que he hecho tan mal como para que me llames, insultes a mi madre y te quedes tan a gusto.

Alcé una ceja y fui a contestar, sin poder callarme.

—Dame un momento. No te lo cargues ahora.

Me paró y se colocó de nuevo tras mi cabeza, extrayendo lo que ocupaba mi boca y liberándome de la posición en la que estaba.

Al intentar hablar, noté la boca pastosa y seca.

—Enjuágate —me sugirió, y así lo hice, secándome con el pañito que tan amablemente había puesto su ayudante en mi pecho.

—Me parece muy hipócrita por tu parte decirme todo lo que me has dicho —le espeté cuando recuperé la actividad normal de mis labios, observándolo cruzado de brazos y apoyado en el mueble encimera—. ¿Crees que lo que me has contado, las novias que has tenido, lo que haces en tu tiempo libre o el lugar en el que viven tus padres hace que sea menos horroroso lo que les haces a ellos?

Él me miró confundido y en silencio.

—¿No dices nada? —lo increpé, encendida—. Si tan poco te importa, que recaiga sobre tu conciencia, pero la mía no va a estar en una pelea constante sabiendo que hago mal estando contigo.

—¿Puedo saber de qué estás hablando?

—¡De Nicolás! —le chillé, enfurecida por su actitud—. Joder, Máximo. Me gustas... Me gustabas —rectifiqué—. Reconocí que estaba conteniéndome demasiado e incluso me planteé abrirme a ti y, justo entonces, descubro lo del

niño... No puedo formar parte de algo que a mí misma me han hecho y por eso sé cómo se sentiría ella. No voy a participar y que sigas engañando a tu familia.

—¿Qué tiene que ver Nico en todo esto? —preguntó, haciéndose el perdido.

—Todo. Tiene *todo* que ver —remarqué la palabra—. Es un niño pequeño, ¿no te da nada por el cuerpo cuando lo miras sabiendo que te estás acostando conmigo?

Él me miró encogiéndose de hombros y alzando las cejas.

—Te juro por lo que más quieras que no consigo entender a dónde quieres ir a parar. ¿Se supone que me tengo que sentir mal por mi relación contigo a cuenta de mi sobrino?

Giré la cabeza, noqueada.

¿Sobrino?

—¿Cómo que sobrino?

—Sobrino —repitió—. Mi ahijado, y por el que suelo tener que cancelar mis citas contigo, ya que sus padres siguen viviendo en una continua luna de miel y yo me dejo encasquetar al enano encantado cuando me lo piden...

¿Nicolás era su sobrino? Joder... Había metido la pata hasta el fondo.

—¿Pensabas que era mi hijo? —inquirió, incrédulo.

Asentí algo avergonzada y con reticencias aún a creerlo.

—Joder, Cristina. ¿De verdad tienes ese mal concepto de mí? Pensabas que estaba acostándome contigo poniéndole los cuernos a mi supuesta mujer, la madre de mi supuesto hijo...

—Tenía todo el sentido...

—Y, si no llega a ser porque te has roto un diente, ¡chupando un puñetero hielo! —recalcó—, no habrías hablado conmigo.

—Seguramente no.

Él se me quedó mirando, frente a mí, durante unos segundos en los que me puse nerviosa.

Él me ponía nerviosa.

—Tendremos que mantener una conversación sobre todo esto, pero ¿es verdad lo que has dicho antes?

—¿Qué parte? —pregunté en un susurro, teniéndolo más cerca.

—La de que estabas dispuesta a ir más allá entre nosotros... a hablarme de ti y querer saber de mí.

—Sí... —afirmé reticente—, pero no creas que...

No me dejó continuar y me agarró por la cintura, pegándose a su cuerpo.

—Me alegro de que te hayas roto el diente.

—Duele horrores.

—Admito que no te he puesto anestesia porque estaba enfadado —reconoció, con gesto culpable—. ¿Quieres algo?

—Por favor.

Sonrió antes de besarme con cuidado.

Al acabar, me tendió una pastilla.

—Seguramente tendrás sensible la boca unos días. Te recomiendo que lo tomes cuando sea necesario.

—Vale.

—Eres un desastre y una cabezota...

—Y tú eres dentista.

—Odontólogo.

—Es lo mismo.

—¿A qué te dedicas?

—Soy la profesora de tu sobrino en la guardería. —Al segundo, rehíce mi frase—: Soy auxiliar en su escuela.

—Humm... ¿Y utilizas ropa con muñequitos y colorines?

Me reí junto a su boca.

—Sí... normalmente.

—Interesante —contestó antes de volver a besarme.

Capítulo 29

Aunque la relación con mi madre había mejorado sustancialmente, el plan que me había propuesto Máximo el día anterior de pasar juntos el domingo fue mucho más suculento. Hacía una semana desde que el destino había vuelto a unirnos en su consulta, jugando de nuevo sus cartas, pero esta vez de forma algo más dolorosa para mí.

Por suerte no había sido más que un susto y el haber tenido a un odontólogo personal cuidando de mi progreso había ayudado a que mi recuperación fuese mayor.

Para mi desgracia, tuve que rechazarlo, pues mi hermana me insistió en que los acompañase, a ella y a Alessandro, a casa de mis padres para comer, indicándome que así el italiano no la pondría tan nerviosa delante de nuestros progenitores, los cuales eran totalmente ajenos a la relación que mantenían.

—¿Estás segura, Teresa? —preguntó mi madre.

—Sí. Creo que puede ser una buena oportunidad para despejarme.

—Ha trabajado muy duro durante los últimos meses, Adela —agregó Aless—. Y para mí será un placer tener la compañía de mi primita durante el tiempo que esté allí. Prometo que le enseñaré todo lo que pueda.

El doble sentido de sus palabras hizo que mi hermana se pusiera fosforescente y que yo contuviese la risa.

Mi padre nos miró con atención.

—¿Ya has entregado el trabajo de fin de carrera?

—Anteayer.

—Bien. —Papá se pasó la mano por los labios—. Por mí, no hay ningún problema. Te prestaré algo de dinero para que puedas...

—No es necesario, Leonardo —lo interrumpió Alessandro—. Yo me haré cargo de todo.

—¿Seguro?

—Totalmente.

Mi hermana dio un salto en la silla y supe que estaba siendo objeto de las

caricias de su pareja bajo la mesa.

—Qué calladito os lo teníais, ¿no? —los piqué—. No tenía ni idea de nada. ¿Por eso cuchicheabais tanto la otra noche?

—Exactamente —contestó él, sonriendo, sabiendo lo que intentaba.

—Voy a recoger la mesa. —Mi hermana se levantó abruptamente y comenzó a amontonar los platos y los cubiertos de todos—. ¿Queréis café?

Sonreí mirando a Alessandro y él movió un par de veces la ceja derecha con gesto cómico. Se los veía bien, aunque Teresa no supiera dónde esconderse la mitad de las veces. Eran las consecuencias de salir con un incorregible seductor de sangre caliente.

—Eres malvado —le susurró cuando mis padres hablaban entre ellos, tomando el café tras la comida—. Te pedí que no me pusieras más nerviosa de lo que ya estaba.

Él acarició su mejilla, escondiendo el gesto con su cuerpo.

—Sólo estaba jugando, mi pequeña. Era sólo un juego.

—Alessandro, ¿puedes venir? —le preguntó mi padre.

—*Certo*. —«Por supuesto», contestó animado, levantándose y guiñándole un ojo a mi hermana antes de girarse para ir a su encuentro.

Ella resopló y yo sonreí.

—Ya sabes cómo es...

—No me quejo, pero me muerdo de la vergüenza cuando se pone en ese plan.

—Entonces estarás a punto de hacerlo todo el tiempo...

Sonreímos y asintió.

—Perdona por no habértelo dicho antes. Lo del viaje —aclaró—. Me lo propuso hace unos días y hasta anoche no le di una contestación en firme. No sabía cómo decírselo a papá y mamá.

—Teresa, ya eres lo bastante mayorcita como para hacer lo que te venga en gana. Además, a mamá puede que le hayan pasado desapercibidos los detalles, pero te recuerdo que tu padre se rodea de más de veinte adolescentes hormonados cada día...

—¿Crees que se ha dado cuenta?

—Juraría que es de eso de lo que están hablando en su despacho.

Se llevó las palmas a la frente y resopló.

—Eh... —Le puse una mano en la espalda, animándola—. No eres la protagonista de una novela de Jane Austen, tranquila... Nadie va a pedir tu

mano ni nada de eso. Imagino que sólo quiere saber que va a cuidar de ti.

Se rio.

—Ya verás como todo va genial y os lo pasáis de maravilla en Italia —le repetí cuando la melodía de mi teléfono comenzaba a sonar.

Máximo.

Mi salvación...

—Hola —lo saludé, saliendo a la terraza—. ¿Ya me echabas de menos?

—Imposible no hacerlo. Estoy tumbado en el sofá con *Nube*, y sus lametazos en mi brazo no son ni por asomo tan sensuales como los tuyos.

Me reí.

—Yo no suelo chuparte el brazo...

—Humm..., no —contestó susurrando—, pero podríamos probar.

Volví a reírme.

—¿Qué haces?

—Veo una serie.

—Suenan bien.

—Pss. Más bien mato el tiempo...

—¿Y eso? —Me apoyé en un macetero que había en la entrada, cruzando los pies por los tobillos—. Seguro que estás mejor que yo.

—¿Y eso? —repitió él.

—A ver, si pudiera elegir estar contigo en tu casa, semidesnudos la mayor parte del tiempo, acallando las ganas en cada superficie... o continuar en casa de mis padres escuchando cómo mi hermana se muere de la vergüenza mientras su novio la pone nerviosa con cada gesto, me quedaría con la primera opción.

—No suena aburrido —se rio—. ¿Me presentarás a Alessandro?

—¿Quieres que lo haga?

Aunque aún no conocíamos todos los detalles de nuestras vidas, estábamos ahondando en ello. El tema de Alessandro salió irremediablemente un par de días antes, cuando le hablé de mi hermana y mi familia, explicándole quién era su pareja y lo que había ocurrido entre nosotros.

—¿Por qué no? Tiene pinta de ser un buen tío.

—Lo es. —Sonreí.

—Rebobinando... Me hablabas de estar semidesnudos y algo sobre unas ganas, ¿no? —murmuró pícaro—. ¿Y cuánto crees que tardarás en llegar a mi piso?

—¿Es una proposición?

—Más bien una plegaria.

Miré hacia la puerta entornada de la casa de mis padres y sopesé mi posible huida.

—Dame media hora y estaré llamando a tu puerta.

—Perfecto —contestó entusiasmado—. Iré echando a la otra y ventilando para que cuando llegues no huela a cuadra.

—Pobrecita —me reí—. Déjala que disfrute un poquito más de su dueño.

—La princesa destronada —dijo cariñoso—. *Nube*, mi cielo, la arpía de Cristina viene para acá, así que aprovecha mis caricias todo el tiempo que puedas —le habló a la perrita en tono dulce.

—Os dejo para que podáis despediros en condiciones —repliqué divertida—. Hasta dentro de un rato.

—Hasta luego, princesa.

Colgué y comencé con mi plan de fuga, alegando una terrible jaqueca y la necesidad de acostarme urgentemente para ver si así se me pasaba. No había mentido del todo... Salvo en el dolor de cabeza, y en la omisión de que no me iría a la cama sola, ni a oscuras y ni mucho menos dormiría. Vale, había mentido, pero era por el bien de mi integridad.

A lomos de mi moto, repasé la conversación que había tenido lugar en mi piso, el mismo día en el que nos habíamos reencontrado en su clínica. Máximo se había presentado allí tras salir de la consulta, sin hacer escala en su casa para ducharse. Mi hermana se escabulló a su habitación en cuanto nos vio hablar en la puerta y se lo agradecí, pues aún me sentía insegura y nerviosa por cómo iban a transcurrir los hechos.

No olvidaré lo primero que hizo nada más sentarse a mi lado en el sofá...

—Perdóname por venir oliendo así.

Sonreí, confirmando que lo acompañaba un olor característico y que nunca antes había percibido en él; un aroma antiséptico con un puntito de látex, menta y acrílico.

—No tienes que disculparte por eso.

—¿Qué te pasa? —me preguntó al cabo de unos segundos—. Te ha cambiado la cara.

Negué con la cabeza un par de veces.

—¿Recuerdas a Iván? El idiota de mi ex que nos encontramos en la calle —aclaré.

—Sí. Me acuerdo de él. Me costó un helado de tres bolas animarte de nuevo —bromeó y yo sonreí.

—Él siempre se quejaba de cómo olía cuando volvía de trabajar.

—¿Y a qué puede oler una preciosa maestra de guardería si no es a la inocencia de los niños que cuida?

—Eso mismo pienso yo...

Sonreí enternecida, con el mismo gesto de enamoramiento que se me instalaba en la cara al recordarlo, mientras llamaba al porterillo electrónico de su piso, pues Eugenio, el portero, no trabajaba los domingos.

—Vas a tener que pelearte con ella —me dijo Máximo nada más abrirme la puerta, señalando con la cabeza el interior del piso. Lo besé brevemente, sonriendo—. Se ha atrincherado en el dormitorio desde que ha oído el timbre y no tengo narices de hacerla bajar de la cama.

Me reí, asomándome a la puerta y observando a la pequeña bolita de pelo en medio del colchón.

Me volví hacia él, que esperaba a mi espalda.

—Déjala, pobrecilla.

—Te está ablandando con esos ojitos y su hocico resultón, pero no permitas que te gane terreno. —Abrazó mi cintura, pegándose a mí—. Será tu perdición.

—No creo que más que su dueño...

—¿Se te ocurre algo que podamos hacer mientras nos levanta el castigo y nos devuelve la cama? —preguntó sagaz.

—Humm... —dudé—. Seguro que encontramos otros lugares en los que divertirnos... La mesa de su despacho, señor odontólogo aficionado al canal Historia y con un estupendo dominio de las caderas, tiene una altura estupenda para un par de cosas que tengo en mente...

—Ah, ¿sí?

—Ajá. —Besé la comisura de sus labios.

—¿Y eso que tienes en mente te incluye sentada encima de mis papeles y sin ropa interior?

—Puede...

Me giré y me deshice de su abrazo, mirándolo por encima del hombro y caminando hacia la puerta de la estancia mencionada.

—¿Vienes?

Asintió con la mirada oscurecida.

—Sin duda...

Capítulo 30

Sí, finalmente había accedido a ir con Máximo unos días a la playa, aunque tuvo que convencerme a base de bien y no sin dejarme prometerle que cocinaría todos los días para así suplir el gasto que él tendría que hacer por los dos, porque no, no me sentía cómoda del todo con el hecho de que las vacaciones corriesen a cargo de su bolsillo mayoritariamente.

La noche anterior me había comentado que quería ir con la bicicleta a hacer unos kilómetros por el paseo marítimo, invitándome a acompañarlo.

—¿No hacemos ya suficiente ejercicio? —me quejé, satisfecha.

—Perezosa... —Me pellizó el trasero desnudo y yo me reí—. Me iré al amanecer y no creo que esté mucho rato. Cuando comienza a apretar el sol, no se puede estar ahí fuera.

—Vale, entonces despiértame con cariñitos cuando vuelvas.

Al poco me quedé dormida y, para cuando me desperté, aún no había regresado.

Decidí acercarme al paseo y comprar un desayuno reconstituyente compuesto de churros para cuando llegase, pero me entretuve en un par de tenderetes que estaban colocando, con abalorios hechos a mano, y piqué, comprándole una tobillera con accesorios marinos a cada una de mis amigas, junto con un par de pulseras para chico y chica que le regalaría a mi hermana y a Alessandro a mi vuelta.

Alessandro y Teresa... Un tándem por el que no hubiese apostado nada en un principio, pero que había superado con creces todas las suposiciones que pude hacer al respecto.

Según lo que me habían contado, el viaje a Italia les había supuesto un paso más en su relación, y eso era bastante positivo, teniendo en cuenta los miedos con los que habían comenzado. Ella, por no ser suficiente para él y que acabase cansándose, buscando entretenimiento con otras. Él, por no poder darle lo que ella quería, pues nunca antes había tenido una relación medianamente seria y no sabía bien cómo actuar. Pero el aire italiano les había

sentado bien, o quizá había sido el hecho de haber cambiado de escenario temporalmente, viviendo experiencias donde no parecían sentirse juzgados y en un paréntesis temporal que les había insuflado lo necesario para olvidarse de los recelos iniciales.

Habían recorrido juntos una buena parte del sur de Italia. Teresa se había enamorado de Nápoles, una ciudad llena de rincones con encanto, aunque admitía algo temerosa que sentía la presencia amenazadora del Vesubio tras ella a cada momento, más incluso cuando regresaron de la visita que realizaron a Pompeya, donde quedó sumamente sorprendida y algo afectada.

Alessandro había temido que a Teresa no le gustase. Sabía por propias experiencias que a Nápoles o la amas o la odias, pues su fama de sucia, caótica y peligrosa era bastante importante, pero él se volcó en mostrarle el encanto real de su tierra natal, donde sus calles estrechas, sus edificios antiguos y su gran ambiente se ganaron su corazón, así como mi hermana comenzó a ganarse el de él.

¿Y qué decir de Procida? Por algo la llamaban «isla de película». El italiano había jugado unas cartas que ni siquiera se había planteado llevándola allí.

Sin duda la frase con la que ella lo sorprendió, nacida de la más absoluta espontaneidad al recorrer ese remanso de paz apenas conocido, lleno de encanto con sus casas de colores, sus acantilados y sus playas de ensueño, le instaló una sonrisa perenne en su cara durante todo el viaje. Aún podía oír el eco de sus palabras: «Me enamoré de ti cuando era sólo una niña y lo he vuelto a hacer viéndote caminar por tu preciosa isla siendo una mujer».

¿Qué hombre no caería rendido con algo así?

Sin duda, Aless lo hizo. Cayó con todo el equipo.

Si Filippa se sorprendió al verlos juntos, no dio muestras de ello, sino que, por el contrario, rebotó de felicidad al vislumbrar que su revoltoso y seductor Alessandro por fin parecía que iba a sentar la cabeza... Si casi no podía despegarse de la dulce Teresa, atento a cada gesto y petición de ella. Con un poco de suerte, la convertiría de nuevo en abuela antes de marcharse con su querido Enrico al más allá, ¡y nada menos que con la hija pequeña de su querida amiga Adela!

Ver para creer...

Regresé y, nada más entrar en la casa, oí el agua de la ducha correr.

Sonreí. Máximo ya había llegado.

Dejé la bolsa de papel encima de la mesa de la cocina y redirigí mis pasos hacia su posición, intentando entrar sigilosa para darle un susto al otro lado de la cortina, pero todo pasó muy rápido.

Al recorrerla y hacer el típico sonido absurdo de «bu», encontrándola vacía, unas manos en mi espalda y una voz tenebrosa me hicieron pegar un grito y recular de un salto. Si no hubiese sido por sus estupendos reflejos, la ducha habría recibido el peso de mi trasero de forma brusca.

—¡Joder! —me quejé, con la mano en el pecho, mientras él se reía—. No tiene gracia.

—Sí que la tiene... Además, tú venías a hacerme lo mismo.

Me acabé riendo y el desayuno terminó por enfriarse a la misma vez que nosotros nos calentábamos bajo el agua, compartiendo más que el gel de baño.

—¿Por qué no vamos a la playa? —le pregunté después de almorzar, tirados en el sofá, donde él dormitaba.

—Luego —musitó medio dormido, abarcando mi cuello con su brazo y atrayéndome hacia él.

—Anda... Apenas hemos bajado y parezco un leucocito... Mi piel necesita sol.

—Ahora es peligroso —explicó con los ojos cerrados—. Mejor vamos más tarde.

—No tengo sueño... —protesté, rozando con mis dedos su ombligo en círculos—. ¿Hacemos algo juntos?

—Dormir. —Sonrió, y yo bufé, recostándome contra él.

Al cabo de los minutos, su boca abierta y su respiración sonora me hicieron saber que había caído grogui.

Lo miré enternecida y besé su mejilla, poblada de una exquisita y endurecida barba oscura de escasos centímetros de espesor.

—¿Qué? —murmuré—. ¿Que vaya yendo yo a la playa y luego tú me alcanzas? —Sonreí, asintiendo—. Está bien, cariño. Qué comprensivo eres...

Me reí en silencio al levantarme y verlo buscarme con las manos, por lo que le puse uno de los cojines turquesa entre los brazos. Se acurrucó junto a él y me marché a la habitación, para ponerme el biquini, el pareo y guardar uno de los libros que me había llevado, la protección solar y un par de cosas más que podría necesitar en la bolsa de playa.

Le escribí una nota en la pizarra de la cocina, aprovechando un hueco entre las palabras «huevos» y «aceite» de la lista de la compra, diciéndole que

volvería en un rato y que estaría en la playa.

Ya podía imaginarlo regañarme al regresar, diciéndome que era una cabezota... pero en ese tiempo había aprendido a engatusarlo y que se le pasase pronto el disgusto.

Hacía un calor de mil demonios encima de la butaca y lamenté no haber cogido una sombrilla de las que había en la casa para tal fin. Volví a aplicarme la crema solar, esparciéndola por toda mi piel y observando los grupos y familias que había a mi alrededor.

—¿Le importaría cuidarme las cosas mientras me doy un chapuzón? —le pregunté a una señora que jugaba con un bebé a escasos metros de mi posición.

El que supuse que era el nieto me miró durante unos segundos antes de llevarse una buena porción de arena a la boca, haciéndome mirarlo alarmada mientras que la mujer me asentía sonriente.

Las voces de riña de ella me acompañaron hasta la orilla, donde me sumergí poco a poco, pues el contraste de temperatura era bastante grande. Después de unos minutos regocijándome en el agua e introduciendo la cabeza bajo su superficie, salí escurriéndome el pelo y me encaminé hacia mis pertenencias, que se habían mantenido a buen recaudo gracias a la mujer.

Le agradecí con un movimiento de cabeza y una sonrisa su guarda y custodia.

Me senté de nuevo, esta vez más cómoda gracias al baño. Me puse las gafas de sol, bebí un poco del agua que aún se conservaba fría en mi bolsa, y comencé a leer la novela que me había llevado, una de las que me había recomendado Inma el viernes anterior a mi viaje con Máximo y que me había asegurado que me encantaría.

Tanto fue así que, cuando miré hacia arriba, el sol había cambiado de posición en el horizonte y la mitad de las familias que había a mi alrededor, con niños, ancianos y adolescentes, ya no se encontraban allí.

¿Cuánto tiempo había pasado?

Tan ensimismada estaba en la trama, que mezclaba delincuencia, acción, una relación tormentosa y peligrosa y un tercero en discordia que me había enamorado con su personalidad arrolladora y su lado oscuro, que no me había dado cuenta de que llevaba más de la mitad del primer libro de una biología de más de seiscientas páginas.

Máximo me iba a matar...

Guardé el libro en mi bolsa playera y miré el teléfono, que había permanecido en silencio desde que le bajara el volumen en la casa. Seis llamadas perdidas y unos cuantos mensajes de él me dejaron claro que iba a necesitar algo más de entusiasmo en mi excusa que un simple arrumaco.

Y encima había olvidado las llaves en mi loca escapada en silencio.

Cojonudo...

Llamé con los nudillos un par de veces.

Me dio tiempo a ensayar mi mejor expresión de chica arrepentida para cuando la puerta se abrió. Entré en tromba, dándole un beso apasionado que él recibió frío y distante.

Me lo iba a poner difícil.

—Lo sé, cariño —me excusé, entrando y depositando la bolsa en la mesa, sin querer mirarlo a la cara, pues así no sería consciente del cabreo que debía de tener y que intuía por no haberme devuelto el beso—. Sé que he sido una inconsciente, que no te he cogido el teléfono y que me merezco que estés enfadado, pero lo siento. Me puse a leer y no me di cuenta de la hora... y encima me he achicharrado con el sol, mira...

Me hice a un lado la parte de arriba del biquini, enseñando un trozo de piel de mi pecho que reflectaba de lo blanco que estaba, en contraste con el rojo salmonete que lucía el resto de mi piel expuesta al sol.

Lo miré a la cara y vi su gesto desconcertado durante los segundos que tardé en procesar su cambio.

—¿Te has afeitado?

—¿Cristina? —me preguntó una voz femenina a mi derecha.

Me giré sobresaltada a la vez que una voz infantil hacía acto de presencia en el salón.

—¿Nicolás? —pregunté sin entender nada—. Y tú eres su madre...

¿Qué hacía allí el sobrino de Máximo?

—¡Ya estás aquí! —exclamó su voz desde el lado equivocado—. Pensé que se te había llevado la marea y ya andarías en Tarifa por lo menos...

Lo vi acercarse a mí con una sonrisa y miré a mi espalda, donde se encontraba el Máximo al que había besado nada más entrar y con la cara despoblada de pelo.

—No eres Máximo —le dije y él negó, mirándome circunspecto—. No es Máximo —repetí, mirando hacia el verdadero.

Él se rio.

—No. Es mi hermano Félix —aclaró, y yo lo miré alarmada—. Ella es mi cuñada Sandra, y a Nicolás ya lo conoces...

—Hola. Hola, pequeño —los saludé, sin saber dónde meterme.

—Hola, seño —contestó sin darle mayor importancia a mi participación en la escena, como si fuera lo más normal del mundo, y continuó jugando con la perrita, que lo seguía incondicionalmente.

Sólo que todo eso no era ni remotamente normal...

Había besado a mi cuñado.

Me volví a girar hacia él.

—Lo siento —murmuré...

—¿Qué ocurre? —preguntó Máximo, aproximándose a nosotros.

—He besado a tu hermano.

—¿Cómo?

Lo miré sin saber dónde meterme. Eché un vistazo a Sandra sobre su hombro y ella me sonrió.

—Se parecen, ¿verdad?

—Como dos puñeteras gotas de agua —admití, mirándolos juntos.

—¿Has besado a mi hermano pequeño?

—¿No sois gemelos?

—No —aclaró—, para nada.

Félix no paraba de mirarme serio y me sentía tremendamente cohibida.

El parecido con mi chico era asombroso, aunque observándolos bien de cerca encontrabas suficientes diferencias sutiles.

Máximo era más corpulento, tenía barba, la nariz algo más ancha y sus cejas eran más pobladas. Félix tenía una mirada más fría y un pequeño lunar muy sexy junto a su labio superior.

—Lo siento, de nuevo —repetí a todos en general—. He entrado y no me he fijado... He besado al hermano equivocado y encima casi le enseño una teta —comenté abochornada.

Máximo se rio y me estrechó por la cintura.

—Menuda entrada triunfal, cariño... —Me besó y yo no le correspondí demasiado—. Te he estado llamando para comentarte que venían para acá. Nicolás me quería dar una sorpresa... ¿Crees que puedo presentarte ya o quieres darte una ducha rápida antes con mi cuñada para ir intimando?

Le di un manotazo en el brazo, divertida, y él me volvió a besar.

—Chicos, ella es Cristina, mi novia —les aclaró a los dos.

Ella se había acercado a su marido y lo había abrazado por la cintura, mirándonos sonriente. Él seguía con su rictus inamovible.

—Encantado —comentó él, escueto.

—Es un placer conocerte formalmente —añadió ella, divertida ante mi cohibición.

—Igualmente —añadí.

Máximo se hizo a un lado y se agachó, llamando a su sobrino, que acudió raudo y veloz.

—¿Crees que podemos incluir a Cristina en nuestra guarida de chicos?

—Pero es una chica —respondió con todo el peso de la verdad.

—¿Y qué tal si cambiamos las normas y jugamos a príncipes y princesas?

Yo miraba enternecida la escena.

—Lo siento, tito Mimo, yo soy el dragón *costudio* de la seño.

Su orgullosa explicación me hizo reír y me agaché para quedar a la altura de los dos.

—Es cierto —asentí, dándole énfasis mientras miraba a Máximo.

—Pues podemos ser dos guardianes y protegerla de los malos, ¿qué me dices, chaval? —expuso él, entusiasmado.

—No la protejo de los malos —aclaró con gesto de obviedad—. La protejo de los príncipes.

Máximo me miró arqueando una ceja y asentí, dándole la razón al crío.

—Es el dragón de mi castillo. Lo siento.

—Esto se pone cada vez más interesante —murmuró Máximo sin dejar de mirarme—. Entonces no me quedará más remedio que enfrentarme en un duelo por su honor. ¿Preparado, dragón?

—No quiero hacerme pupa.

Contuve la risa sin querer estropear el momento, donde sobrino y tío se miraban frente a frente, conmigo a un lado.

—Los dragones son valientes...

—Yo soy valiente, tito Mimo —protestó el pequeño—, pero las pupas duelen.

—Y mucho —agregué.

—¿Lo solucionamos entonces con una guerra de helado? —propuso Máximo.

—¡Trato hecho!

El entusiasmo del niño decayó cuando su padre intervino.

—Es casi la hora de cenar.

—Papá... —lloriqueó—. El tito y yo tenemos que arreglar nuestros asuntos.

—Tendréis que esperar a mañana.

—Jo...

Me acerqué a él y le acaricié la cabecita, mirando a los tres adultos, que observaban mis gestos.

—Nico, ahora tenemos una misión más importante y que no puede esperar —le susurré, haciendo ver que quería que Máximo no nos oyese.

—¿Cuál? —preguntó interesado, olvidando la regañina del padre.

—¡Hacerle cosquillas al tito!

Lo agarré de la mano y él me siguió, chillando y empujando las piernas de su tío hasta el sofá y tocándole en todas partes para provocarle más risas escandalosas de las que estaba simulando él, pues otra de las cosas que sí sabía de Máximo era que no tenía cosquillas... Se las había buscado, a conciencia.

Capítulo 31

—Estás más roja que las letras de Netflix.

—Au —me quejé—. Ten cuidado.

—Ya lo estoy teniendo... Es que te has achicharrado —explicó incuestionablemente—. ¿No te has puesto protección solar?

—Claro que sí. Dos veces.

—Ya te dije que era peligroso ir a esa hora a la playa.

Bufé cerrando los ojos, tumbada en la cama mientras él me echaba crema para después del sol por todo el cuerpo.

—Tranquilo, que ya no se me olvida más... —murmuré—. Creía que te ibas a enfadar.

—¿Contigo?

—Sí.

—¿Por qué? —Me miró con una ceja alzada—. ¿Acaso me han dado el papel de tu padre y no lo sabía?

—Supongo que no...

—Cristina, ya eres mayorcita y yo no tengo que decirte lo que tienes que hacer —comentó—. Pero... si me hubieses hecho caso, ahora no estarías así. Por cierto, ¿le has enseñado una de éstas a mi hermano?

Su pregunta fue acompañada de un pellizco cariñoso en un pezón, que lo contrajo.

Él sonrió al ver la reacción.

—Casi.

—¿Cómo se enseña *casi* una teta?

—Sólo mostré un poco de piel blanca. No vio nada más...

—No te lo pregunto porque me moleste. Ya estuviste sin la parte de arriba del bikini el otro día en la playa y no creo que te diese la impresión de que estaba enfadado, ¿no?

Lo miré divertida.

—«Enfadado» no sería la palabra que te definiría ese día.

Dirigí mis ojos a su entrepierna y él sonrió.

—Según me ha dicho Sandra, sólo han venido a pasar el fin de semana. Se marcharán el domingo por la mañana.

—Pueden quedarse todo el tiempo que quieran —le dije, por si dudaba de mi comodidad—. Son encantadores.

—Gracias.

—Aunque a tu hermano parece que le han cosido la columna y no relaja la postura.

—¿Lo dices porque es serio?

—Serio, formal, prudente... Llámalo como quieras, pero no lo he visto reírse en toda la cena.

—Siempre ha sido así. —Se encogió de hombros, restándole importancia—. Imagino que, como en todas las casas, siempre hay un hermano tranquilo y responsable, y luego está el que es un cabeza loca que no para quieto.

—Déjame adivinar..., tú eras el segundo.

Se carcajeó espontáneamente.

—Bingo.

—Sinceramente, no me los imagino yendo a la agencia para adquirir el pasaje en el crucero —admití, pues me habían contado, durante la conversación tras acabar el pescado frito que habían comprado para cenar, que habían sido ellos quienes le habían regalado el viaje a Máximo por su cumpleaños—. No le pega nada esa actitud de hermano enrollado.

—Realmente fue Sandra la que lo propuso, pero nunca les he preguntado quién fue a comprarlo.

—Y no querías ir...

—No, no quería.

—¿Por qué? —indagué, curiosa.

—Porque la última relación que tuve me dejó francamente quemado y no quería, bajo ningún concepto, oír hablar de mujeres durante una temporada...

—¿Quieres contármelo?

—Bueno, no hay demasiado que explicar. Ella estaba volcada en su trabajo, no quería formar una familia y decidió sincerarse cuando se suponía que llevábamos más de un año intentando tener juntos un hijo —explicó algo más grave—. Ni que decir tiene que no era cierto y tomaba anticonceptivos a mis espaldas, fingiendo un sofocón cada vez que le bajaba el período.

Abrí mucho los ojos, asombrada por su confesión.

—¿En serio?

Asintió, besando mi barriga.

—En serio.

—Lo siento —declaré—. La verdad es que es horrible...

—Lo fue.

—Y entonces aparecí yo... cuando no querías mujeres cerca.

—Exacto. —Me sonrió—. Apareciste tú, con tu cara de haber roto una vajilla entera a escondidas de tus padres, tu irresistible cuerpo y esa sonrisa... y reactivaste mis ganas.

Me miró frotándose las manos tras haber acabado su trabajo en mi cuerpo, que se encontraba bien hidratado pero igualmente dolorido.

Retomé el tema de las incógnitas que aún había en torno a nosotros, pues quería seguir hablando con él en ese ambiente tan cómodo.

—Ya nos conocíamos; tú hermano y yo, me refiero.

—¿De verdad?

—Sí, fue él quien vino a recoger a Nicolás a la guardería el día que enfermó y fue él quien propició, sin saberlo, mi llamada hecha una hidra de siete cabezas el día que te dije de todo... —le conté con gesto culpable.

—¿Me lo cuentas?

Le narré lo que había sucedido y mi sensación al pensar que estaba saliendo con un hombre comprometido, aclarándole a la vez lo que pasé con Iván y cómo terminó nuestra relación el día que lo pillé en el sofá con otra.

—Aunque no apruebo las maneras, comprendo que te sintieras así y la forma en la que reaccionaste.

—Lo de Iván me dejó algo tocada...

—Normal. —Me observó con atención—. Nadie debería pasar por algo así. Ten por seguro que conmigo no va a ocurrirte nada semejante. Si en algún momento alguien llama mi atención, serás la primera en saberlo. No me gustan las mentiras ni los engaños.

—Ni a mí. —Le sonreí, agradecida.

—Pero... —alargó la palabra en tono cómico—... puede que, si me hubieses dejado explicarme en el momento, no hubiésemos pasado por todo lo demás... Aunque quizá todo sucede por algo y eso ha ayudado a que hoy estemos aquí —se acercó con cuidado a mi cuerpo al tumbarse a mi lado—, juntos.

—Puede. El destino es muy caprichoso.

—Y tú preciosa.

—¿Aunque esté roja como las letras de Netflix? —Me reí por su referencia totalmente estrafalaria de un ratito antes.

—Aun con todo eso. —Me besó en el cuello—. Podemos hablar con el alcalde y decirle que, si se le estropea el faro, con tu piel reflectante se podría...

—Oh, ¡calla ya! —me quejé, atrayéndolo hacia mí y besándolo divertida—. Para... para —le pedí, dolorida—. Lo siento, pero me duele todo.

—Está bien. Anda, ven aquí, que intentaré no rozarme mucho con tu irresistible culito.

Me tumbé de lado y él me abrazó por la espalda, sin tocar demasiado mi piel delantera, que era la que había sufrido más la inclemencia del sol.

—Bueno, por esa zona no estoy demasiado quemada...

Él sonrió contra la piel de mi espalda, prodigándome varios besos en la columna.

—¿Eso significa que puedo entretenerme por aquí? —agarró el cachete y apretó, pegando su erección a mí.

—No creo que hoy sea el día más indicado para tener nuestra primera experiencia de ese tipo —me reí—. No voy a poder colaborar mucho.

—Bueno, entonces voy a entretenerme pasando el rato sin moverte demasiado. ¿De acuerdo?

Asentí, sintiendo cómo su mano, delicadamente, elevaba mi muslo y encajaba su miembro en el hueco, jugueteando entre mis pliegues durante lo que me pareció una eternidad. Estaba húmeda y tenía ganas de que fuese menos delicado, pero, cada vez que decidía moverme, un nuevo tirón abrasador me recordaba el motivo de mi languidez y respiraba hondo de nuevo.

Cuando la tortura a la que me estaba sometiendo llegó a ser demasiado hasta para él, con su mano guiando su erección más que dispuesta, encajó sus caderas.

—Ya jugaremos contigo en otro momento —dijo, paseando un dedo por mi orificio trasero—. Ahora tu vecino me llama poderosamente...

Me eché hacia atrás, cerrando los ojos y suspirando al sentir que me empezaba a llenar.

—Oh, vaya —fingió sorpresa—. Se ha colado dentro.

Mis paredes se contrajeron en torno a él.

Se mantuvo quieto. Podía notar las palpitations por toda su longitud, irradiando en mi cuerpo.

—Qué bien se está aquí dentro... —masculló a mi espalda—. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Te duele?

—No... no mucho.

—¿Quieres que pare?

—No. Sí.

Él sonrió contra mi oreja.

—¿En qué quedamos? —preguntó divertido.

—No te has puesto nada.

—Lo sé.

—Deberías...

—No tengo nada que puedas contraer, estoy limpio.

—Y yo, pero...

—¿Me dejas sólo un poco?

No quería verme como Jessica o Erika en unos meses, pero estaba tan bien con él dentro... Lo sentía tan diferente...

—De acuerdo, pero para antes de que tengamos que lamentarlo.

—Y tú mantén el volumen controlado, la habitación donde se quedan los tres da con ésta y sus cabezas están en paralelo con las nuestras.

—Calla —susurré—. No me quiero imaginar que están a menos de treinta centímetros de mí.

Una carcajada escapó de sus labios y su cuerpo vibró, haciendo que retumbase mi vagina llena.

—No voy a ser brusco ni rápido porque no quiero hacerte daño, ¿vale?

—Está bien.

—Así... —comenzó a moverse a cámara lenta, sacándola casi entera y metiéndola a un ritmo que nunca antes habíamos utilizado—... sin prisas.

Entraba y salía de mi cuerpo, causándome un placer lánguido con el que estaba disfrutando pero que no me llevaría a explotar. No me importaba, quería que continuase con lo que estaba haciendo.

—Máximo...

—Dime.

—Gracias por no desistir conmigo.

Durante un par de respiraciones, no se movió ni pronunció ninguna palabra.

—Gracias a ti.

El momento estaba siendo tan intenso y precioso, luchando contra el anuncio que mi castigada piel había pronosticado, que no pude contenerlo.

—Creo que podría enamorarme de ti.

—Me alegro de que me lo digas —murmuró, besando la parte trasera de mi cuello—, porque yo ya lo he hecho de ti.

Me di la vuelta, obviando las punzadas que sentía en cada poro de mi piel y separando ambos cuerpos unos centímetros.

—¿Hablas en serio?

—¿Crees que bromearía con algo así, arriesgándome a que no me devolvieses una de mis herramientas de seducción? —bromeó, haciendo referencia a su pene—. Sí, hablo en serio.

Sus ojos me observaron y yo hice lo mismo.

—Quiero ir despacio.

—¿Más que antes?

—Ya sabes a lo que me refiero... —me quejé, sonriendo.

—Sí. Lo haremos. Iremos despacio.

Me besó y me aferré a su nuca, atrayéndolo encima de mí y moviendo sus caderas con mis piernas.

—No tengo nada... —recordó.

—Lo sé.

—¿En tu concepto de ir despacio se contempla encargar un primo para Nicolás? —susurró, con la mitad ya dentro.

—¿No puedes más? —le pregunté, deseosa de continuar un rato y así poder encontrar mi propio placer al tenerlo encima.

Él sonrió de medio lado.

—¿Con quién te crees que estás hablando? —se guaseó, introduciéndose de lleno a la vez que yo curvaba la espalda—. Cristina... despacio.

Mis pies en su trasero y mis manos en su pecho lo instaban a moverse más rápido, pero él echaba el freno, frustrándome.

—Más... por favor.

—No te quiero hacer daño.

Moví mis caderas en su encuentro y él bufó.

—Más.

—Joder... —maldijo justo antes de comenzar a bombear encima de mí, rozando mi clítoris con su pubis y elevándome al orgasmo en pocos minutos.

Su mano derecha recayó en mi boca, tapándomela.

—Chist —me recordó, y cerré los ojos, mordiéndole la palma—. Quieta, caníbal...

—Estoy a punto.

—Y yo —reconoció, haciendo que frenase mis movimientos.

—Sal.

—Tranquila, ¿vale?

—Sal, de verdad.

—Cristina. —Me miró, serio—. No voy a correrme, no va a pasar. Relájate.

Solté el empuje de su pecho y él salió de mi interior, dejándome vacía. Reptando sin rozar mi cuerpo, se acomodó entre mis piernas y hundió su lengua entre mis pliegues, provocando que agarrase su pelo y lo aferrase en mi puño.

Lo quería rudo y lo quería en ese momento.

—Más rápido —susurré con mi respiración dificultosa—. Más...

Su lengua trabajaba a máxima potencia, extrayendo mis gemidos comidos mientras me abría con sus dedos. Su otra mano se mudó desde mi pierna hasta mi entrada, profundizando un par de dedos y haciendo que arquease las caderas.

Necesitaba gritar...

Levantó la cabeza y me observó, despeinado y totalmente erótico. Su sonrisa lobuna precedió al espasmo anteriormente conocido que provocaron sus dedos, moviéndose dentro de mi cuerpo a una velocidad vertiginosa. Lo miré, abriendo los ojos asombrada por la sensación que nacía de nuevo en mí, sabiendo que Alessandro no iba a ser el único en provocarme tal explosión.

Iba a manchar la cama. Mucho.

Apoyó su otra mano en la parte baja de mi abdomen, haciendo presión y sin dejar de moverse.

—No chilles —me advirtió, sonriendo al ver mi cara—. Por lo que más quieras, no chilles.

—Para —me limité a rogar.

—Ni hablar.

Miró hacia abajo, hacia el centro de mi cuerpo, mordiéndose el labio inferior en un gesto tan carnal como animal fue mi rugido al comenzar a

correrme, expulsando de mi cuerpo un orgasmo que llevaba fraguándose desde que Máximo había comenzado a jugar conmigo, hacía casi una hora.

—Para, para, para... —supliqué con el cuerpo lánguido al notar que sus dedos no se detenían, no me daban tregua—. Máximo, por favor.

—Calla.

—No... quiero... que...

—Sí quieres. Ya tienes la cama mojada, terminemos de empaparla un poquito más...

Se agachó de nuevo y lamió un par de veces mi clítoris, recuperando el ritmo urgente al incorporarse y mirarme lascivo. Sin tiempo para recobrar y aún sintiendo los espasmos dentro de mí, repitió la hazaña, consiguiendo el mismo resultado en pocos segundos.

Iba a acabar conmigo.

—¡Máximo! —exclamé con la voz ronca y sin querer chillar, mientras notaba que un nuevo brote salía de entre mis pliegues y mis piernas desfallecían, temblando.

Él me besó el estómago, ralentizando el ritmo de sus dedos. Cuando los sacó, marcó un camino con la humedad que desprendían por todo mi abdomen y hasta mi cuello.

—¿Qué tal? —preguntó antes de besarme tierno.

—Eres perverso... —susurré, permitiéndome unos segundos de respiro.

—¿Quieres más?

—No creo que pudiera —admití, exhausta.

—Ya lo creo que sí —aseguró—. Otro día que no tengamos que contenernos, te lo pienso demostrar.

—¿Esto también lo has aprendido en el canal Historia? —Me reí por su gesto.

—Sí. Emitieron un documental sobre cómo hacer que tu chica moje las sábanas.

—Guarro. —Le di con el empuje de mi pie, divertida—. ¿Lo he hecho mucho? —Miré hacia abajo.

—Un poquito —contestó distraído, llevándose la mano a su tallo, reclamando la atención que había perdido al moverla de arriba abajo—. ¿Quieres que yo también contribuya para que no te sientas tan culpable?

Sonreí, asintiendo y llevándome las manos a la cabeza.

—¿Y vas a hacerlo tú solito?

—¿Te gustaría?

—Me encantan las vistas —admití, deleitándome en cómo las venas de su cuello se marcaban y los músculos de su brazo trabajaban al masturbarse—.

¿Te importa?

—En absoluto, pero va a ser rápido.

—Que así sea... —Me relamí, sonriendo.

Capítulo 32

Aprovechar los fines de semana de ese verano en la playa se había convertido en algo fijo. Aunque ya prácticamente se había acabado la época estival, el buen tiempo del sur del país nos acompañaba, aunque hubiésemos pasado el ecuador del mes de septiembre.

Ese viernes nos habíamos llevado a Nicolás, quedando con sus padres en que vendrían el sábado para pasar el resto del fin de semana con nosotros...

Tenía que reconocer que ver a Máximo cuidarlo y pasar momentos con él me hacía enamorarme cada día un poco más. Estaba convencida de que sería todo un padrazo y eso, para una mujer que adoraba a los niños como yo, era un punto muy a su favor.

—Buenos días, Cristina.

—Hola, Sandra —la saludé, extrañada—. ¿Dónde están todos?

Había abierto los ojos en la cama y mi chico no estaba a mi lado, donde la noche anterior se había desplomado casi en coma después de una tarde de juegos en la arena con el crío. Su frase de «la edad no perdona» había sido lo último que había dicho antes de darme un beso y caer rendido.

—A Nicolás se le había antojado ir a ver las carreras de caballos en la playa y, cuando nos ha visto aparecer a su padre y a mí, no ha parado de insistir hasta que lo han llevado.

—¿Y tú no has ido?

—Estoy algo revuelta del viaje y he preferido quedarme —aclaró.

—Vaya, lo siento...

Me acerqué a la pequeña cocina a servir un par de cafés, dejándola sentada en la mesa que separaba esa estancia del salón.

—Os veo bien.

La miré y asentí, sonriendo.

—Estamos bien.

—Máximo es un gran hombre, pero nunca ha tenido demasiada suerte con las mujeres...

—Sí, algo me ha contado. —Sorbí de mi taza, sentándome a su lado—. A Félix también se le ve seriamente encantador.

Ella se rio despreocupada.

—Bueno, son la noche y el día, como habrás podido comprobar. Máximo te enamora con su forma de ser, con su carisma y con lo cariñoso y comprensivo que es. Félix, por el contrario, es más reservado.

—Eso he notado.

—Me enamoré de él cuando teníamos veintidós años —me contó—. Prácticamente hemos crecido juntos y lo conozco mejor que él mismo.

La observé sonriendo, contagiándome de su buen humor mientras continuaba hablando.

—Reconozco que a veces puede parecer algo raro. Suele gustarle ir por su propio camino, no a donde va toda la gente... y tuvimos muchas peleas al principio, porque no se mostraba ni receptivo ni comunicativo conmigo. Se encerraba en su caparazón y no había manera de que se abriese a mí.

—Imagino que algo así puede llegar a ser muy frustrante.

—Lo fue, aunque juntos pudimos con ello. —Sonrió, nostálgica—. Adoro su independencia y la forma que tiene de tratarme... por no hablar del amor que siente por nuestro hijo y lo volcado que está en su cuidado desde el primer día.

—Tenemos suerte de contar con los hermanos Sarabia —me reí—. Reconozco que a veces me da miedo que Máximo sea un espejismo... con su perfección y mis imperfecciones... Comenzamos la relación con demasiadas trabas por mi parte.

—¿Quieres hablar de ello?

Miré mi taza de café y me encogí de hombros, suspirando.

—Pasé por una mala experiencia antes de conocerlo y el miedo a volver a experimentar algo parecido me hizo comportarme con él como no merecía.

Le narré mi historia con Iván y los obstáculos que tuve al principio de mi relación con Máximo, poniéndome a mí misma la zancadilla para no avanzar más de lo que mis temores me permitían.

Ella me observaba comprensiva y añadía algún gesto o palabra cariñosa en determinados momentos.

Sandra era una gran mujer, sin duda.

Me acarició un brazo y me miró, sonriendo.

—Por cómo os veo juntos, eso lo tenéis más que superado.

—Sí..., ya sí.

—No sé si debería decírtelo, pero no siempre ha sido así... Estuvo sumido en una depresión hace algunos años que por poco se lo lleva por delante.

—¿Máximo?

—Sí... —Dudó antes de proseguir—. Tuvo una experiencia terrible que le marcó y nos costó bastante que volviese a ser el que siempre había sido. Nicolás fue el que lo consiguió cuando llegó a este mundo. Tienen una relación muy especial desde siempre.

—¿Qué ocurrió?

Ella me miró, implorándome que no ahondase más en ello, pero a la vez queriendo hacerme partícipe de ese trozo de historia de Máximo que todavía desconocía.

—Se fue a pasar el fin de semana a una casa rural en la sierra con su socio, su mujer y Rocío, la chica con la que estaba saliendo en ese momento — empezó a contar, algo más seria—. Máximo conducía, Gonzalo iba de copiloto y ellas, en la parte trasera. Tuvieron un accidente y la peor parte se la llevó Mónica, la mujer de Gonzalo, que no llevaba puesto el cinturón y salió despedida.

—Dios mío...

Me llevé las manos a la boca, horrorizada.

—Estuvo dos meses en coma y al final falleció.

Abrí los ojos desmesuradamente y negué con la cabeza, sabiendo la carga que tendría que haber llevado Máximo sobre sus espaldas desde entonces.

En ese instante entendí por qué insistía tanto en la seguridad cuando viajábamos.

—Es horrible.

—Lo fue. Gonzalo nunca se ha terminado de recuperar y Máximo estuvo bastante tocado durante un tiempo.

Intenté procesar la información, sintiéndome mal por saber algo tan importante e íntimo de él y que hubiese sido otra persona la que me lo hubiera contado.

—¿Lo de su pareja y buscar niño fue antes de eso?

—No. —Negó también con la cabeza—. Justo estaban intentándolo por esas fechas y unos meses después descubrió que ella lo había estado mintiendo con eso.

—Madre mía.

Alcé las cejas, incrédula, sintiendo un nudo en el estómago. Comprendía que no quisiera saber nada de mujeres antes de conocerme... Entre el accidente y la jugarreta que le había hecho su anterior pareja, lo raro era que no se hubiese convertido en alguien huraño y difícil de tratar..., pero Máximo era todo lo contrario a eso.

—Yo me quedé embarazada prácticamente cuando ocurrió el accidente y veía cómo lo estaba pasando, afectándonos a todos en la familia... Y justo cuando creíamos que tocaría fondo al descubrir el engaño de Rocío, nació Nicolás.

Su sonrisa aligeró en parte mi malestar.

—Máximo se volcó con el niño. Prácticamente vivía en nuestra casa y actuaba como un segundo padre para él.

Sonreí, imaginándolo con un Nicolás bebé en los brazos.

—Entendimos que había llegado al mundo con una misión, la de salvar a su tío... y ahora son como uña y carne.

—Es un crío muy especial.

—Lo sé, y Máximo también lo es. —Me agarró de la mano—. No quiero que te sientas presionada por lo que te voy a decir, pero ya sabes lo importante que es para él la sinceridad y el querer formar una familia. Por favor, no le hagas daño.

Negué rotundamente.

—Nunca.

Me sonrió justo cuando el sonido de unas llaves en la puerta llegó hasta nuestros oídos, traspasando el umbral un torbellino de tres años seguido de los dos adultos que habían sido objeto de nuestra conversación.

—¡Mami, mami! —chilló, acercándose—. Me han dejado montar en un caballo pequeño y el tito me ha prometido que cuando sea grande me va a regalar uno.

Sandra se rio y miró a Máximo divertida.

—¿Y en qué parte del piso lo vamos a meter?

El chiquillo miró a su tío, interrogante.

—Ya buscaremos una solución a eso —le contestó, aproximándose a la mesa con una sonrisa y revolviéndole el pelo cuando pasó por su lado—. Hola, cariño.

—Hola —le devolví el saludo, besándolo brevemente.

—¿Os apetece ir a echar un ojo a la ruta del retinto? —preguntó Félix

después de sentarse al lado de su mujer.

—¿Qué es eso? —inquirí.

—Son una serie de bares y restaurantes de Zahara que participan en una especie de competición con una tapa especial que cocinan especialmente para estos días —explicó Máximo—. Es obligatorio que tenga carne retinta como ingrediente principal.

—Suenan bien.

—¿Qué es retinta? —preguntó el pequeño.

—Una raza de vacas especiales que viven en Cádiz —aclaró su madre, cariñosa.

—¿Nos vamos a comer a las vacas?

La asustada pregunta de Nicolás me hizo tener que contener la risa.

—¿Y no hay ninguna ruta de helados? —pregunté, recibiendo el apoyo infantil.

Máximo se levantó con gesto formal y le tendió la mano al sobrino.

—Hecho. Primero nos vamos de tapas y luego a hacer la ruta del helado.

—¡Trato hecho!

Sonreímos por la euforia del chiquitín y nos dispersamos por la casa. Al entrar en la habitación seguida de Máximo, sentí sus brazos rodeando mi cintura y un beso en la nuca.

—Hola.

—Hola. —Sonreí.

—¿Me perdonas?

Me giré, extrañada.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Anoche me quedé frito en cuanto toqué el colchón y esta mañana te he dejado sola...

Le sonreí, acariciando el cabello que caía por su sien.

—Ayer estabas cansado y, por lo de hoy, no te preocupes, he estado entretenida charlando con Sandra.

—Ah, ¿sí?

Asentí, sintiéndome mal por ocultarle la información que conocía.

—Máximo, siento lo que ocurrió. —Él me miró con una ceja alzada—. En el accidente que tuvisteis...

—Sandra te lo ha contado.

—No te enfades con ella —le pedí, preocupada—. Hemos empezado a

hablar sobre vosotros y lo diferentes que sois, y una cosa ha llevado a la otra, pero quiero que sepas que te apoyo y que no debes sentirte culpable. Los accidentes se producen y...

Él se separó de mí y me miró serio, interrumpiéndome.

—¿No debo sentirme culpable? —preguntó circunspecto—. Si hubiese estado más pendiente de la carretera, seguramente no nos habríamos cruzado con ese animal y muy posiblemente Mónica estaría aún con su marido, viva.

Me acerqué a él, arrepentida por haberle sacado un tema que aún le afectaba.

—Sé que no puedo hacer nada por remediarlo, pero es imposible que no me culpe de ello.

—¿Te culpa Gonzalo?

—No. Nunca lo ha hecho —admitió—. Y eso me hace sentir todavía peor al recordarlo.

—Él sabe que no fue intencionado y que un cúmulo de circunstancias desencadenaron ese terrible final.

—Parece que hayas hablado con él... Dices lo mismo que me ha repetido desde entonces.

Su mirada apesadumbrada me encogió el corazón y lo abracé, besándole el pecho.

—Sabes que no, pero te conozco y sé que eres una persona maravillosa.

Él me miró, suspirando.

—Gracias.

—No tienes que darme las gracias, es la verdad.

—Tú también eres estupenda. ¿Cómo, si no, hubieses aprobado el examen de mi sobrino?

—Ah, pero ¿hay examen? —planteé divertida, aligerando un poco el tono de la conversación.

—Por supuesto.

—¿Y puedo saber mi nota?

—Eso es secreto de sumario. Te basta con saber que has pasado por su crítico ojo de la sabiduría infantil y me ha dado su bendición.

—Bueno es saberlo. —Agarré su cara con mis palmas y lo miré durante unos segundos—. Vas a ser un padre increíble.

Él me sonrió por toda respuesta antes de besarme.

Capítulo 33

—Qué morena estás, cabrona...

Sonreí, masticando el trozo de carne a la brasa que había cogido de la bandeja.

—Normal, lleva todo el verano aprovechando los fines de semana para escaparse a la playa con el novio —contestó Rosa—. Así cualquiera se pone negra.

—¿Eso que destila tu voz es envidia? —repliqué alegre.

—De la mala —admitió—. Este año no ha habido vacaciones para mí. Demasiado trabajo.

—Que todo sea eso —agregó Erika, a la que ya se le notaba una pequeña curva en el abdomen.

—Otra a la que el marido la tiene entre algodones y la lleva a donde quiere —se quejó—. No deberías consentirla tanto, Pablo.

—Cállate, bruja —la riñó la aludida, tapándole los oídos a su marido, que se reía por nuestra conversación.

Llevaba tantos años aguantándonos que ya tenía la convalidación para la entrada al cielo, con sitio privilegiado y sin pasar por taquilla.

—Yo tampoco me quejo —dijo Jessi, sonriendo y mirando a su chico, que jugaba con Nicolás en la piscina—. Le quedan bien los niños, ¿verdad?

—¿Por qué? —preguntó Inma—. ¿Estás pensando en tener más y aún no has soltado a Chicharito?

—No quiero que sea hijo único.

—O hija —agregó María, pasándole a Miguel, su pareja, una cerveza—. Yo creo que es niña.

—Yo también —se unió mi hermana a la conversación, sentada encima de Alessandro.

—No empecemos con eso, ya habéis hecho las apuestas —protestó Jessi.

—Sí, por favor... Sois muy pesadas —secundó Inma tras sus gafas de sol, poniendo los pies encima de la pierna de Rosa, que miraba el teléfono en ese

momento.

Máximo apareció por la puerta de la cocina, sin camiseta y con el pelo húmedo, revisando con la vista a su sobrino en el agua.

Estaba para comérselo.

—No vas a llegar vivo a los cuarenta y dos —le dijo Rosa, divertida—. Antes te habrá gastado de tanto mirarte.

—No le hagas ni caso. —Le sonreí cuando pasó por mi espalda y me dio un beso en la mejilla—. Le puede la envidia.

—Inma, vamos a tener que proponernos algo nosotras. Aquí todas traen al maromo y tú y yo no nos comemos una rosca. ¿Te hace que nos iniciemos en el rollo bollo?

—Habla por ti, bonita —le contestó—. Yo el único bollo que me voy a comer va a ser el que se rellene de secreto ibérico cuando salga del fuego... He invitado a alguien para comerme dos o tres roscas a tu salud.

La miramos todas y ella se volvió.

—¿Qué pasa? ¿Tan raro es?

—Sí.

—Sí.

—Sí.

—Sí.

—Sí.

—¿Ensayáis u os sale *naturale*? —preguntó Alessandro, risueño.

—Que alguien mire la barbacoa —pidió María, sentada a la mesa.

—Qué pereza, está a pleno sol —farfulló Jessi—. ¿Por qué no vais los hombres?

—A mí me lo prohíbe mi religión —contestó Miguel, el adorable chico de María, bromeando.

—Yo tengo que hacer una llamada —se excusó Máximo.

—Y yo tengo una cerveza recién abierta y pocas ganas —añadió Pablo.

Jessica bufó.

—Sois unos mojoneros...

El timbre sonó y Rosa fue a abrir, apareciendo al momento con un hombre que sobrepasaba la treintena, espaldas de al menos metro y medio, y totalmente rapado al cero.

—Inma, por aquí preguntan por ti.

Observamos cómo nuestra amiga se levantaba presurosa y se acercaba,

charlando animada con él.

—El nuevo, a la barbacoa —le dijo Pablo a Máximo con complicidad.

—Lo veo —le contestó éste contento, chocando el botellín y dándole un trago.

—¿Estáis viendo lo mismo que yo? —pregunté alucinada.

—No tiene ni un pelo.

—Es calvo.

—Como el culito de un bebé.

Contestaron casi a coro mis amigas, igual de pasmadas que yo; incluso mi hermana parecía asombrada.

—Y, por lo que he visto al abrir, conduce un taxi... Eso puede venirnos bien —murmuró Rosa.

—Chicos, os presento a Carlos. Ellos son... —Inma hizo un gesto con la mano, restándole importancia—. ¿Qué más da? Son una panda de zumbados.

Él nos saludó en general y nos fuimos acercando, presentándonos. Los demás hombres lo acompañaron a la barbacoa y se quedaron con él allí durante unos minutos, riendo y bebiendo mientras la carne acababa de hacerse.

—Tía, es clavadito a Don Limpio —le dijo Rosa.

—Qué va, se parece a Guardiola... —comentó Erika.

—Ni de coña, tiene más aire a Andre Agassi —intervine.

—Vosotras tres, a callar —nos riñó—. Y a vosotras dos —añadió señalando a María y a Jessica, que aún no se habían pronunciado—, ni una sola palabra en referencia a los pelos de Carlos.

—Es mono —agregó María.

—¿Todo lo tiene igual de despoblado? Porque eso siempre se agradece, que luego se pegan al paladar y dan arcadas —soltó Jessi.

Nos reímos con su comentario.

—¿Lo dices por experiencia? —inquirí divertida, viendo regresar a los chicos con la bandeja llena de carne, incluidos Nacho y Nicolás.

—Calla, ya lo tengo casi convencido para que se los quite —murmuró en voz baja—. Hola, cariño. ¿Cómo lo habéis pasado? —les preguntó a los recién llegados de la piscina, alegre.

Los observé a todos, sentados a la mesa comiendo y riendo, y agarré la mano de Máximo sobre mi pierna. Él me miró sonriente y volvió la cabeza para continuar charlando con Pablo y Alessandro, con los que había hecho

muy buenas migas en ese fin de semana que habíamos pasado en la casa de los tíos de María.

Al día siguiente todos regresaríamos a nuestras rutinas, pero esa barbacoa para despedir el verano había merecido la pena.

* * *

Unos días después me presenté en la clínica de Máximo al salir del trabajo.

—¿Puedo pasar? —pregunté, tocando con los nudillos la puerta de su despacho.

—Adelante —me dijo cuando asomé la cabeza por la rendija—. ¿Y esto?

Miró divertido la bata que llevaba puesta sobre la ropa, con conejitos rosas y celestes sobre un fondo que imitaba el cielo azul.

—Vengo de la guardería.

—No me preguntes por qué, pero lo había imaginado. —Miró el reloj—. Has salido pronto. ¿Todo bien?

—Sí. Hoy tenía el turno corto —aclaré, cerrando a mi espalda—. ¿Mucho jaleo?

—Ha sido una mañana movidita, pero parece que se ha calmado. En un rato iremos a comer, ¿quieres venir?

Me acerqué a su mesa y me senté encima de la superficie, frente a él.

—Si me invitas...

—Claro. —Me miró divertido, alzando una ceja—. ¿Me cuentas qué te ronda por esa cabecita?

Negué sonriente y me acerqué a él, tirando de su bata verde hacia mí.

—Vestido así pareces de verdad un neurocirujano venido del Amazonas —recordé, haciéndolo reír.

Unos nudillos en la puerta nos interrumpieron cuando comenzó a besarme. Él se retiró, impidiendo que me levantase.

—Adelante.

—Lo siento —se disculpó Carolina desde la entrada, con la cabeza asomando y haciendo que colgase su pelo liso y moreno—. Hola, Cristina.

—Hola —le devolví el saludo, sonriente.

Era una de las ayudantes de Máximo y una de las que mejor me caían. Estaba casada y tenía dos hijos, un niño y una niña preciosos de cuatro y seis años. Su acento cordobés se marcaba en cada una de sus palabras.

—Ha venido una urgencia y acaba de llegar la paciente de las dos menos veinte.

Él echó un vistazo al reloj y me miró, apesadumbrado.

—Pásale la urgencia a Gonzalo y en un minuto estaré con la cita.

—De acuerdo.

Salió del despacho, devolviéndonos la intimidad.

—Voy a tener que pedir hora para venir a verte yo también —me quejé de buen humor.

—No te vayas —pidió—. Es una revisión de una endodoncia y no tardaré demasiado.

Me besó antes de marcharse y me entretuve curioseando entre sus estanterías, donde una foto me hizo sonreír. Era un *selfie* de Nicolás, Máximo y yo en el paseo marítimo, uno de los fines de semana que nos quedamos con el pequeño.

Aunque el aspecto de la estancia era formal y, aparentemente, algo impersonal, ciertos detalles, como una concha dibujada por su sobrino sobre unos papeles, una taza con un mensaje personalizado al lado de la pantalla del ordenador y un par de fotografías más, dispersas por la habitación, ponían el guiño necesario para sentirla cálida.

Sonreí al notar sus brazos rodear mi espalda en un abrazo, rato después.

—Nunca he tenido sexo en la clínica y llevo queriendo hacerlo contigo desde que viniste aquí por primera vez con el diente partido.

—Ya será menos...

—En serio. Estabas preciosa toda mellada —bromeó.

Besó mi cuello y me agarré a la estantería que tenía enfrente, empujando con mi trasero el bulto de su bata.

—Podríamos tener los dos nuestra primera vez...

—Tampoco es que haya fantaseado demasiado con hacerlo aquí —reconocí—, pero si te hace ilusión...

—No me refería a eso —aclaró, llevando la mano a mi trasero y apretando en la unión—. Más bien a terminar lo que empezamos anoche. Estabas muy receptiva en cuanto al sexo anal.

—Llámalo de otra manera —le pedí—. La palabra «anal» es antimorbo.

—¿Prefieres que diga que quiero metértela por el culo?

—Pues no sé qué decirte... —me reí.

Unos nudillos en la puerta nos separaron, de nuevo.

—Máximo, vamos a... —Su socio se detuvo en el umbral al verme—. Hola, Cristina. No sabía que estabas aquí. Perdón por interrumpir —se excusó—. Queremos ir a comer ya. ¿Os esperamos?

—Ahora vamos. Id tirando sin nosotros.

Gonzalo sonrió y asintió.

Él había resultado ser el motivo por el que Máximo desapareció la primera noche que pasamos juntos en el barco, teniendo que salvarlo de una situación comprometida cuando, pasado de alcohol, se metió en una escena en la que no había sido invitado y estuvo a punto de perder su perfecta y, seguramente millonaria, dentadura.

Según me había contado, no era la primera vez que tenía que sacarlo de un apuro similar...

—Claro. Sin problema.

Cuando la puerta se volvió a cerrar, se giró hacia mí, travieso.

—¿Por dónde íbamos...?

Capítulo 34

—Lo he hecho... —cuchicheó mi hermana de forma cómplice mientras esperábamos en nuestro piso a que Máximo y Alessandro volvieran de comprar, pues se habían empeñado en llevar algo a casa de mis padres ese sábado al mediodía.

—¿Qué has hecho? —contesté de igual manera.

—Hablar con los vecinos.

—¿Los vecinos? —La miré confundida, abriendo los ojos desmesuradamente cuando comprendí a qué se refería—. ¿Hablas de *esos vecinos*? —recalqué.

—Sí... Aunque hablar, en el término literal de la palabra, tampoco es acertado...

—Ay, madre mía... ¿Vamos a tener que mudarnos?

—No lo sé —contestó indecisa.

—Explícate.

—Mejor te lo enseño. —Me tendió un papel doblado por la mitad—. No me mires así, era algo necesario y alguien tenía que darles un toque de atención.

La observé bien antes de cogerlo y ella me animó con un gesto afirmativo de la cabeza, estirando el brazo para que lo agarrase. Con la cara torcida, lo hice, temiendo lo que fuese que hubiera escrito en él.

Lo desdoblé bajo su atenta mirada, algo nerviosa, y leí.

Buenas tardes.

Soy una de las vecinas del Bajo A y me gustaría transmitir mis más sinceras felicitaciones por la vida sexual tan activa que tenéis. Espero de corazón que siga siendo así durante muchos años más, en vuestro propio beneficio y en el de vuestra salud, pero me veo en la obligación de escribiros esta nota con un fin bastante necesario.

En defensa de todos los vecinos (o, al menos, algunos con los que he podido hablar) y en mi propio nombre, os agradeceríamos que no nos hagáis partícipes del derroche de placer de estas prácticas, reduciendo el volumen de vuestras

expresiones de goce y entusiasmo en las mismas. De verdad, no necesitamos estar al tanto de los detalles de vuestra vida íntima y, aunque no estoy juzgándoos, sí os hago este ruego de forma encarecida. Pasé una época de exámenes bastante tortuosa por este motivo.

Deseo que tengáis en consideración esta solicitud y confío en que esta petición sea acogida desde la buena voluntad y la predisposición para una eficaz resolución de la misma.

Recibid mi agradecimiento de antemano...

Con afecto.

TERESA

Elevé la cabeza lentamente hasta ella, procesando las palabras.

—¿De verdad has escrito esto?

—Sí.

—¿Y se lo has dado a los vecinos?

—Lo colé por debajo de su puerta —aclaró, mirándome seria—. Y ellos me la han devuelto con la respuesta.

Volvió a sacar otro papel de su bolsillo y me lo puso en las manos.

—Te han respondido —exclamé, y ella asintió con la cabeza—. Madre mía...

Buenos días, Teresa.

Disculpa. Lamentamos tanto esta situación... No nos dábamos cuenta de lo ruidosos que éramos y, bueno, no sabemos si tendrás pareja, pero el sexo sin limitaciones puede ser tan delicioso... aunque comprendemos que os afecte, claro.

Nos lo hemos pasado muy bien leyendo tus palabras. ¡Qué divertida eres, Teresa! Sería estupendo poder conocernos y charlar. ¿Estás dispuesta a ello? Somos una pareja de treinta y siete y treinta y cuatro años, con una visión muy liberal de la vida; nos encantaría charlar contigo en persona. Mi chica ha hecho mucho hincapié en que te lo escriba y espera deseosa tu respuesta, como también espera que tuvieses mucha suerte en tus exámenes.

Si tienes pareja, también podemos vernos los cuatro; estamos abiertos a todo, como te he comentado antes. ¿Lo hablamos?

De nuevo, lo lamentamos mucho. A partir de ahora, vamos a tratar de mantener la diversión, aunque con menos ruido.

Con nuestros más silenciosos deseos.

FEDE Y ROCÍO

Estallé en carcajadas la segunda vez que la leí, sin poder llegar a creerme que mi hermana les hubiese escrito una nota tan formal pidiéndoles que bajasen el volumen al practicar sexo y la respuesta inesperada de ellos.

Bueno, al menos ya sabíamos los nombres.

—No te rías...

Continué haciéndolo unos segundos más, sin poder parar. Máximo y Alessandro hicieron acto de presencia en ese momento y, entre carcajadas, les expliqué qué me pasaba.

—Sólo tú podías escribir sobre *sessò* y que sonase tan sensato —le dijo su chico, besando su pelo, cariñoso.

—Os han hecho una proposición —apostilló Máximo.

—*Lo studieremo...*

—¡Ni hablar! —soltó Teresa.

—Yo no lo descartaría. Quizá ella me dé un poco de grima con tanta palabrería de porno malo, pero él es todo un portento a tener en cuenta —le dije, bromista, ante su expresión horrorizada.

—No puedo *competere* con él...

—Al menos ahora sabéis que van a intentar molestar menos.

—Eso está por ver —murmuró la artífice de la carta, con cara de pocos amigos.

—¿Nos vamos?

—Sí. *Buona* idea, no queremos hacer enfadar a Adela.

—Y menos el día que vas a conocerlos... —le dije a Máximo, besando su garganta—. ¿Nervioso?

—En absoluto. —Sonrió—. Soy el yerno perfecto.

—Después *di me* —agregó Alessandro, abriendo la puerta sonriente.

—Discutible. —Máximo lo siguió mientras yo negaba, risueña, con la cabeza.

La visita a casa de mis padres no fue en absoluto como había imaginado.

En mi mente se creaba un silencio incómodo después de las presentaciones y terminábamos lanzándonos puré de patata a la cabeza antes de marcharnos enfadados.

Siempre había tenido una imaginación muy teatrera.

La realidad fue que mi padre se granjeó las adulaciones de Máximo durante el camino de vuelta, pues había sido el perfecto anfitrión. Lo más curioso de

todo fue que mi madre también resultó encantadora, sin ningún signo de tener que forzarlo.

Parecía que les había caído en gracia mi pareja y no sentía que mi madre se hubiese tomado demasiado mal la noticia de mi hermana y Alessandro; al contrario, se alegró cuando los vio agarrados de la mano en un momento tras la comida, comentando lo feliz que sería organizando la boda con la tía Filippa.

Sí, se le iba un poco la cabeza, pero ya entraba en una edad en la que no había que tenérselo demasiado en cuenta.

Menos mal que Alessandro había sabido camelársela, en vez de salir despavorido por la puerta a causa de los futuros planes de casamentera de su suegra.

Era imposible no adorar a ese italiano.

—¿Cansada? —me preguntó Máximo cuando paramos el coche en el garaje de su piso, después de haber picado algo en un bar, con mi hermana y su chico, para cenar.

—No demasiado.

—Tienes unos padres encantadores.

—Mi madre lo es a ratos. Mi padre es un amor... De pequeña siempre decía que me iba a casar con él cuando fuese mayor de edad. —Me reí y él me siguió.

—Cristina, ¿quieres tener hijos?

Lo miré con una expresión asombrada.

—¿Y esa pregunta?

—Simple curiosidad, no lo hemos hablado todavía —contestó despreocupado.

—Bueno, sí. Claro que quiero, pero dentro de un tiempo, quizá...

—No te pongas nerviosa. —Me acarició la mejilla con una sonrisa—. No te estoy pidiendo que lo hagamos ya... Aunque, si quieres que yo sea el padre de las criaturas, no podemos tardar mucho, no quiero llevarlos al parque y parecer el abuelo.

—¿Criaturas? —pregunté, divertida.

—¿Dónde?

Me reí y él me acercó hasta su cuerpo, sonriendo.

—Mientras te lo piensas, podemos ir practicando para que luego nos salga perfecto.

—¿Ves? Esa idea me gusta más —le contesté melosa, mordiéndole el labio inferior.

Él se quejó y yo le saqué la lengua, para salir luego del coche.

—¿Nos queda alguna habitación por inaugurar en mi piso? —preguntó minutos después, al salir del ascensor y dirigir sus pasos hasta la puerta.

—Creo que no. —Me abracé a su ancha espalda mientras abría—. Anoche pusimos la bandera en la terraza, así que, a excepción del cuarto de Nicolás, que no pienso mancillar por muy bueno que estés, ya las tenemos todas hechas.

—Habrá que irse planteando buscar un nuevo hogar...

—¡No! —le dije decidida—. Me encanta esta zona y tu casa es genial para nosotros.

—Y tiene tres habitaciones —apuntó sin darle importancia.

—Las perfectas para proyectar el futuro...

—¿No lo descartas, entonces? —Me sonrió y yo le seguí de buen humor—. Apuesto a que ya tienes hasta los nombres.

—No te pienso contestar a esa pregunta —le respondí, sentándome en el sofá.

—Me conformo con que me digas que sí a venirte a vivir conmigo.

—Lo haré. —Me miró con una sonrisa triunfal—. En algún momento de los próximos... ¿años?

Se rio, sentándose a mi lado con la perra en su brazo. La acomodó y comenzó a acariciarla mientras ella se dejaba hacer, mimosa.

—¿Semanas?

—Meses.

—Te compro meses —aceptó.

Sonreí, consciente de que volvería a sacar el tema, pues no era la primera vez que me lo proponía, pero me gustaba estar en mi piso y, de momento, no quería dejar a Teresa sola. Ella no podría hacerse cargo del alquiler por su cuenta y no iba a forzar su vuelta a casa de mi madre o a poner a Alessandro en la tesitura de compartirlo con ella o acogerla en el suyo si no había salido de ellos la idea.

Sonó el timbre y me levanté, recibiendo un pellizco cariñoso en el trasero al hacerlo.

—Tiene que ser mi hermano con Nicolás. —Miró el reloj—. Se acabó la tranquilidad, *Nube* —le dijo a la perra, que levantó las orejas al oír un grito de júbilo infantil al otro lado de la puerta.

Sonreí y caminé hasta la entrada, abriendo al llegar.

—Hola, Cristina —me dijo Félix con su habitual rictus inmutable.

—Hola —le devolví el saludo, afectuosamente—. Hola, peque. ¿Y tu mochila?

—La tiene papi.

—Viene cenado y duchado —aclaró éste, tendiéndomela.

—Genial. —Le sonreí—. ¿Preparado para una peli nueva, cariño?

El niño chilló un agudo «¡sí!» y pasó corriendo pasillo adentro, en busca de su tío preferido.

—¿Quieres pasar? —le pregunté, sin perder la sonrisa.

—Tengo el coche mal aparcado —se excusó, oyendo las voces de Máximo y el niño en el salón—. Saluda a mi hermano de mi parte.

—Lo haré —le contesté, dándole un beso en la mejilla—. Mándale otro a Sandra.

Sonrió brevemente al hacer mención a su mujer.

—De tu parte.

Nos despedimos y regresé al salón. En ese corto trayecto, pensé en la diferencia que había entre los dos hermanos. Uno tan serio y circunspecto, y el otro tan jovial y dicharachero... Comprendía que, al no haber profundizado demasiado en mi relación con Félix, no podía hacer un juicio demasiado fiable. Además, siendo Sandra su pareja, estaba segura de que él tendría su encanto, aunque no lo mostrase a la mínima de cambio.

Al llegar, sonreí, apoyándome en la puerta de la entrada. Los observé preparar el sofá para la sesión de película infantil a la que nos habíamos aficionado cada vez que nos lo dejaban a dormir en casa.

El pequeño se terminaba de poner la parte de arriba del pijama con algo de dificultad.

—¿Todo listo, mis valientes dragones?

—¡Sí!

—Sí —secundó Máximo.

Entré y me senté en mi sitio habitual, al lado de Máximo, en uno de los laterales del sofá.

—Puedes ponerte aquí hoy —concedió el pequeño, señalando el lugar que solía ocupar Máximo a petición de él, pues siempre acababa dormido sobre las piernas de su tío y se agarraba a su brazo cuando algo le daba miedo en la película.

—¿Seguro?

—Sí —afirmó—. El tito Mimo se puede poner aquí. —Señaló el otro asiento a su lado, quedando él en medio de los dos con el nuevo reparto.

Miré a Máximo, contenta, no iba a poder acurrucarme en su costado libre, pero mentiría si dijese que no me emocionó que el crío me ascendiese de nivel, colocándome a su izquierda.

Mi chico me guiñó un ojo, sonriente, mientras nos acomodábamos.

—Me gusta que seas mi tita —murmuró cariñoso, agarrándose a mi brazo.

—Y a mí serlo, cariño. —Sonreí, emocionada, al empezar las letras de la película.

—¿Vosotros podéis encargarme un primito para que yo juegue con él...? *Nube* es muy divertida, pero no habla...

Miré a Máximo por encima de la cabeza rubia del niño y él se encogió de hombros, feliz.

¿Qué le pasaba a esa familia con el tema niños últimamente?

—Algún día, sí —concedí.

—¿Mañana?

Contuve la risa mientras veía a Máximo disfrutar del momento.

—Mañana es muy pronto...

—¿El jueves? —mencionó su día favorito de la semana.

—Algún jueves, sí.

Sonrió satisfecho.

—Me gustan los jueves...

Empezaron a salir las primeras imágenes, que terminaron con la conversación.

Di gracias a Walter Elias Disney y a todos los animadores, productores y directores actuales de la compañía por echarme un capote en ese instante.

Cuando Nico se durmió, a media película y con parte de su cuerpo sobre su tío, me levanté sigilosa y ocupé el diván, acurrucándome a su lado.

—Te he echado de menos...

—Y yo a ti, princesa.

—¿Has sido tú el artífice de la pregunta de un posible primo? —indagué en voz baja, sin querer despertarlo.

—En absoluto —negó sincero—. Habrá sido Sandra...

—Tendré que mantener una charla con ella —dije divertida—. Parece que todos os habéis puesto de acuerdo. La película de hoy es la guinda del pastel,

¿verdad?

Su pecho se movió al reírse en silencio.

—Un acuerdo es un acuerdo...

Lo miré confundida.

—¿Qué acuerdo?

—El que conlleva alquilarme media cama con derecho a todo.

Cerré los ojos, negando sonriente.

—Voy a matar a Rosa.

—No ha sido Rosa. Ha sido cosa de Alessandro.

—Menudo bocazas está hecho.

—Quizá...

—Y a ti te viene genial —reconocí.

Me guiñó un ojo antes de besarme escuetamente.

—Nos estamos perdiendo *Cigüeñas*...

Negué conteniendo la risa y me acomodé en su costado, centrando mi atención en la animación.

Cuando los créditos inundaron la pantalla, apagué la televisión y Máximo se encargó de coger en brazos a su sobrino.

Caminé delante de él y me apresuré a abrir la cama, para que pudiese acostarlo. Al hacerlo, le dio un beso en la frente y se acercó a mí, que me mantenía en la puerta.

—Quiero esto mismo —me abrazó por la cintura—, contigo en el papel de madre.

—No empieces —susurré poniendo los ojos en blanco—. Ya lo hemos hablado.

—Sí.

—Bien.

Cerré la puerta del dormitorio y nos acercamos al nuestro, entrando tras él.

A unos pasos de la cama, se giró y, con ímpetu, me agarró por las caderas y me estrechó contra él.

—El jueves.

Lo miré arqueando una ceja, sin entender.

—¿Qué pasa el jueves?

—El primito para Nicolás... —Sonrió canalla.

—¡Máximo! —Lo empujé, riéndome—. Deja el tema.

—Puedo ser muy persuasivo.

—Pesado. La palabra que te define es «pesado».

—Y te encanta —replicó sonriendo, alcanzándome y dándome un beso en la nariz.

—No te lo voy a discutir. —Le devolví la sonrisa, tirándole de los pelos de la nuca para atraerlo hacia mí—. Nada de niños por ahora. Te quiero en exclusividad para mí.

—Siento decirte que en esta relación tenemos a una tercera en discordia que no opina lo mismo. —Miró hacia la cama, dejando escapar una carcajada al ver a la perra acomodarse, dando vueltas sobre sí misma antes de tumbarse en el centro de la superficie toda despelucada—. *Nube*, fuera —murmuró al animal sin demasiada autoridad.

Me reí y atraje su atención, girándole la cabeza con una mano.

—¿Por qué me miras así?

—¿Así, cómo? —pregunté—. ¿Con ganas?

—¿Me tienes ganas?

—Muchas. —Sonreí seductora.

—Pues ya sabes lo que dicen...

—¿Qué, exactamente?

—Es un dicho muy conocido. Seguro que te suena, algo así como «no dejes para mañana las ganas que me tienes hoy».

—Juraría que terminaba de otra forma. —Contuve la risa, divertida por su inocencia fingida.

—¿Sí? —Asentí con la cabeza—. Puede ser. La edad hace estragos en mi memoria. Y ahora que me fijo... Me parece que también asoma por ahí un destello diferente. Sí. Justo ahí... —Señaló el rabillo de mi ojo derecho—. Parece intentar decirme algo, aunque no capto exactamente qué puede ser... ¡Ah! Sí, sí. Ahora lo veo claro, parece querer decirme algo así como que me quieres. Qué raro, ¿no? ¿Por qué será?

—Será porque lo hago —admití, por primera vez.

Su sonrisa se ensanchó y me miró embelesado.

—Dímelo —exigió.

—Te quiero.

—Me dejas mucho más tranquilo, porque yo lo hago desde que el camarero te ignoró en el chiringuito del barco; al descubrirete en la cata de vinos; apoyada en la pared del pasillo hacia los camarotes, sonrojada y excitada; con los ojos a punto de salirse de las órbitas mientras otros se lo montaban en

una bacanal romana frente a nosotros; apareciendo en mi consulta mellada y dolorida...

—No me lo recuerdes. —Sonreí enamorada, cortando su inesperada declaración.

Me besó, imprimiendo todo el amor que sentía por mí.

Yo hice lo mismo, sabiendo que ambos formábamos una parte fundamental en la vida del otro. Ya no quería una vida sin él.

—Te quiero, Cristina. En cada momento y por cada momento.

—Yo también te quiero, Máximo.

—¿Hasta el infinito y más allá? —Sonrió, emulando la voz de uno de los personajes favoritos de su sobrino.

—Mejor hasta el último jueves de nuestras vidas —contesté, besándolo entregada.

Epílogo

—Estás preciosa.

—Gracias. —Le sonreí, mirándola a través del espejo—. Tú también lo estás.

—Tienes la piel radiante —volvió a alabarme Sandra, mi cuñada, terminando de colocarme un adorno en el pelo—. Máximo se va a caer de espaldas en el altar cuando te vea.

—No seas exagerada —me reí, recolocándome el pendiente.

—No lo soy. Este vestido es perfecto, te sienta genial...

—¿Tú crees? —le pregunté, insegura—. Me parece que es demasiado llamativo para una boda.

—No lo es.

Me miré en el espejo, observando cómo la tela caía por mis caderas y mi piel se transparentaba en los lugares llenos de encaje. Era fantástico, pero quizá un poco atrevido para el día en el que estábamos.

—¿Me lo prestarás en alguna ocasión? —me pidió, sonriendo—. No soy tan alta como tú, pero nada que no puedan arreglar unos buenos tacones, que además son la perdición de Félix.

—Vaya... —contesté, sin llegar a imaginarme a mi cuñado encendido al ver un buen par de zapatos femeninos.

—Nunca os he dado las gracias por quedaros al niño tantos fines de semana —reconoció—. ¿De verdad que no os molesta?

—En absoluto. Es más, me viene bien para que Máximo no se ponga demasiado intenso con el tema embarazo.

—Quizá después de la boda...

—¿La de Nicolás? Vale.

Se rio y yo la acompañé hasta vernos interrumpidas por unos toquecitos en la puerta.

La cabeza del pequeño asomó algo tímida y lo invitamos a pasar, siendo seguido por los dos hermanos, que lucían imponentes.

Máximo llevaba un traje de chaqueta negro hecho a la medida de su cuerpo, con una chaquetilla abotonada de forma oblicua y un ribete rayado en el borde, a juego con la corbata, que lucía las mismas líneas algo más grandes en tonos grises y negros. La camisa blanca con cuello italiano resaltaba el moreno de su piel y de su barba, perfectamente cuidada.

Sus dientes resplandecieron cuando sonrió al mirarme.

—Pero qué preciosísimo está mi hombrecito —exclamó Sandra, explotando la burbuja de abstracción en la que me había subido—. Y tú tampoco estás nada mal, papá —comentó con deseo, mirando a su pareja mientras éste se acercaba a ella.

El chiquillo lucía un pantaloncito corto en color beige con una camisa de lino en un blanco roto, coronada con un cuello Mao. Los botones estaban forrados del mismo color del pantalón y lucía un fajín de tablas a juego.

Estaba guapísimo con todo el conjunto y el pelo atusado hacia atrás como el de su padre, que imponía con su traje de chaqueta gris tan formal como él.

—Mamá, tu vestido es como piel —le dijo, tocando la tela.

—¿Por el color? —Asintió—. ¿Estoy guapa?

—La más guapa.

La sonrisa triunfal de mi cuñada me hizo sonreír a mí también.

—Tú lo estás más —me susurró Máximo al oído, al aproximarse.

—Gracias. —Lo miré, admirada—. Tú también estás...

—¿Preciosísimo? —bromeó.

—Asombroso.

Me besó los labios, con cuidado de no llevarse parte del carmín.

—Tranquilo, no hay riesgos, es permanente.

—Te sienta bien el rojo.

Miré hacia abajo, donde la tela cubría mi cuerpo, observando de nuevo el vestido que no había llegado a utilizar en el barco y que había decidido aprovechar en la boda de una de las primas de Máximo.

—Gracias.

—¿Qué te pasa? —murmuró, buscando mi mirada.

—No sé si voy demasiado llamativa.

—Captarías la atención aunque te pusieras un vestido hecho de cáscaras de plátano.

Le sonreí, agradecida.

—¿Crees que le gustaré a tu familia?

—Eso es lo que te ocurre. —Sonrió—. Estás nerviosa porque vas a conocerlos, ¿verdad?

Asentí, mirando hacia la derecha.

—Eh... —Giró mi cabeza hasta hacer que lo mirase—. Les vas a encantar. No puede ser de otra forma. Y, en el hipotético, apocalíptico y nada probable caso de que no fuese así, me daría exactamente igual.

—No digas eso...

—Te quiero, y nada va a hacer que cambie de parecer, ni siquiera un puñado de familiares lejanos que veo de boda en boda. A mis padres les has parecido encantadora, así que sigue actuando así de bien y el resto también se creará la mentira.

Le palmeé el brazo, haciendo sonar las pulseras de mi muñeca.

—Tonto.

—De remate... por tu culpa. Tanta belleza me tiene alelado.

—Eso ya venía de serie, hermano —le dijo Félix, bromeando por primera vez en mi presencia—. Estás muy guapa, Cristina.

—Gracias. —Le devolví la sonrisa.

—¡Vamos! ¡Vamos! —exclamó el pequeño desde su escasa estatura—. Tengo que ir de la mano de la prima Sara y ayudarla para que no pierda los anillos.

—¿No me digas? —pregunté fingiendo asombro, y él afirmó orgulloso, recolocándose el fajín—. Pues entonces no puedes llegar tarde, venga.

Tanto el niño como sus padres caminaron hacia la salida de la habitación de la hacienda en la que nos habíamos arreglado y anduve tras ellos, pero mi mano fue atrapada por la de Máximo, que me detuvo, reteniéndome en la estancia.

—Quiero decirte algo.

—Dime. —Lo miré, recelosa por su seriedad.

—Me gustaría que a la próxima boda no asistiéramos juntos.

Abrí mucho los ojos y lo miré asombrada. ¿Qué estaba diciendo?

—Pero tampoco me apetecería que me hicieras esperar... —Se colocó de rodillas y lo miré, con los ojos a punto de salirse de las órbitas—. Cristina, cariño... He sido paciente y te he esperado cuarenta y un años, cediendo a los pecados de la carne porque soy así de débil, pero quedándome atrapado en tus ojos desde la primera vez que me miraste.

Lo observé, emocionada y sonriendo, con mi mano libre cercana a mi

garganta.

Llevó la suya hasta el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una cajita, la abrió y me dejó ver su contenido, donde un precioso solitario con una piedra central negra captaba la luz del atardecer y brillaba resplandeciente.

—Este diamante negro es el color de la prosperidad, la salud, la fidelidad, la fuerza y la felicidad, y seré el hombre más dichoso en cientos de kilómetros a la redonda si lo aceptas, accediendo a pasar hasta el último jueves de nuestras vidas juntos como marido y mujer. —Sus ojos me observaban desde abajo, hechizándome—. Cristina Barea, ¿quieres casarte conmigo?

Asentí, emocionada.

—Sí, claro que sí. —Sonreímos juntos.

Se levantó y, poniéndose a mi altura, me colocó el anillo en el dedo anular de la mano izquierda.

—En el Antiguo Egipto, el anillo de compromiso se llevaba en este dedo de esta mano; significaba que el corazón de la mujer pertenecía a la persona que se lo entregaba, ya que creían que había una arteria que conectaba directamente el dedo anular con el órgano más vital de nuestro cuerpo, el corazón.

Sonreí.

—El mío ya te pertenece, mi adicto al canal Historia.

Me devolvió la sonrisa, colándose en cada recoveco de mi cuerpo.

—Te quiero.

—Te quiero —le respondí, besándolo a continuación y sintiendo cómo las lágrimas corrían por mis mejillas sin control.

Era feliz.

Me había permitido serlo y había decidido que él sería con quien compartiría mi felicidad, acrecentándola cada día con risas, pasión y deseo, y fortaleciéndola con nuestros besos y nuestro amor desinteresado, que nos lo demostrábamos con creces en cada rincón, a cada momento.

Porque ya no permitíamos dejar las ganas para otro día.

Porque de una boda siempre salía otra boda.

Porque amaba a Máximo, y lo haría hasta el último jueves de nuestras vidas.

Nota de la autora

Debo aclarar que el crucero que se menciona en la novela es real. Su nombre es *Desire Cruise* y fue mi hermana la que me lo descubrió un día que miraba cosas por Internet (a saber qué clase de cosas...). Recuerdo que sus palabras textuales fueron: «Maca, ¡¡me parece una idea genial para una de tus novelas!!».

Desde ese momento, esa información no dejó de rondar por mi cabeza, acosándome y provocando que quisiera subir a bordo de él a todos los personajes con los que trabajaba en cada caso..., pero era Cristina la que se lo merecía, y por varias razones.

La principal, porque la pobre no lo pasó nada bien en su relación con Iván, siendo una cenicienta moderna y teniendo que aguantar carros y carretas con el que luego sería su ex. En fin, eso nos habrá pasado a muchas y no tenemos como premio algo tan divertido y tentador, ¿no es así? Pero se lo merecía, de verdad; de verdad de la buena... Sobre todo porque ha sido la que más paciencia ha tenido conmigo a lo largo de los años, desde que me embarqué en la aventura de ser autora, allá por el año 2013, cuando me quedé en paro y tuve demasiado tiempo libre.

Cristina fue el primer personaje que creé y a la que no le concluí su historia, abandonándola, cual dueña irresponsable de mascotas en plenas vacaciones.

Hace varios años permití que comenzase a contarme su vida y lo que estaba ocurriendo a su alrededor..., pero llegaron otras ideas, otras personalidades, y la dejé relegada al olvido, aunque guardando su historia inconclusa en una carpeta de mi ordenador.

La pobre de Cristina ha sido paciente y ha sabido esperar. No me ha reprochado nada y se ha puesto contentísima al saber que volvía a retomar su vida, dándole un giro a lo que en su día plasmé y, sobre todo, contenta por la sorpresa que le tenía preparada.

¡¡Como para quejarse!!

Admito que no hay demasiada información sobre este crucero más allá de lo general que se puede encontrar en su página web y que es demasiado genérico, pues, como he dejado dicho en la novela, guardan la privacidad total de los asistentes, así que muchas de las actividades que se desarrollan en mi crucero *Deseos* están sacadas de otros eventos del estilo o de mi imaginación, al igual que alguna modificación del recorrido para adaptarlo a los acontecimientos que iban sucediendo.

Lo siento, no os puedo garantizar que, si lo realizáis, os topéis con lo mismo que se encontraron Cristina y sus amigas a bordo, incluidos los chicos con los que se cruzaron. Me temo que Máximo no hay más que uno y, para nuestra desgracia, es ficticio.

Cristina, Máximo y Alessandro, habéis sabido esperar seis años el momento idóneo para daros la vida que merecéis, pero deseo que la espera haya merecido la pena..., de corazón lo hago. Ahora sólo os queda volar y llegar muy alto, continuando lo que yo he empezado.

Agradecimientos

En primer lugar quiero mencionar a todas las musas reales de esta novela, que no son pocas.

Me refiero a esas que, incluso sin saber qué me proponía, se mostraron eufóricas por formar parte de una de mis historias, llenándome de orgullo (y responsabilidad) por ello. Ellas son María Ferreira, Erika Cabrera, Inma Maqueda, Rosa Alonso y Jessica González... Os prometí, en algún momento pasado de este nuestro convento, que saldríais en una, y ¿qué mejor que en ésta, llena de aventuras?

Espero que os haya gustado, chicas...

También debo mencionar a más mujeres, de esas que llegan a la vida de una en un momento de gran cambio y adaptación, de las que te abren las puertas de su casa y te dan todo lo que tienen para hacerte feliz. Ellas me acogieron en mi aventura sudafricana como una más de su familia.

Esta novela está íntegramente creada en el continente africano que me ha separado de los míos durante seis largos meses, pero del que me llevo todo lo positivo que podría sacar. Sin duda, vosotras, chicas, sois un pilar fundamental de mis recuerdos en esa tierra: Esther Molina, Giovanna Giannantonio, Raquel Andreu, Marina Pazos, Susana Martín, Luana de Lima, Karo García y Beatriz Alonso. Son todas las que están, pero no están todas las que son, aunque el agradecimiento es para todas por igual.

¿Cómo no iba a contar con mis fieles lectoras cero para presentar en primicia a mis niños? Virginia Jiménez, María Ferreira y Estrella Serans, una vez más, ¡gracias! No sabéis lo importante que son para mí vuestras valoraciones (a veces tan sinceras como una patada en el culo) y palabras. Significan para mí tanto como para un niño la aprobación de sus progenitores... Sois tan estupendas que no sé si alguna vez podré devolveros tanto de lo que vosotras me aportáis.

Gracias a las voces de la sabiduría que me han ayudado a pulir fidedignamente cada uno de los detalles de la historia. Lola, de la clínica

Dentalcalá, por sus conocimientos odontológicos; Estrella Serans (de nuevo), en materia de derecho y moda; Toñi Martín, por perfilar a Alessandro con su idioma natal, y Bárbara Díez, por guiarme en las dudas sobre la escuela infantil.

A mi editora, Esther Escoriza, por confiar una vez más en mí y permitirme seguir formando parte de la familia editorial de Planeta.

Un gracias enorme a todas las personas que fomentan la lectura de una u otra forma: blogs, cuentas de literatura en redes sociales, lectoras y autoras que recomiendan desinteresadamente... Me siento orgullosa de formar parte de ese elenco y sé lo que se vive en los dos bandos, así que os ruego que nunca dejéis de hacerlo, de defender la literatura. ¡Arriba la romántica!

A mi familia, por apoyarme siempre y en todo. A los que están y a los que ya se fueron pero nunca dejarán de estar. OS QUIERO, con mayúsculas.

Y a ti, lector que lees hasta la última coma que cada autor plasma (yo también lo hago). Ha sido un enorme privilegio sumergirme en tu cabeza, narrándote lo que la mía ha orquestado para intentar hacerte disfrutar. Si he conseguido que eso sea así, estoy más que satisfecha.

A todos, gracias.

Biografía



Maca Ferreira nació un frío mes de diciembre de 1985 en Sevilla (España) y es la pequeña de su casa, aunque casi siempre ha sido la primera en todo.

Felizmente casada con su marido y su hipoteca (con esta última no tan felizmente), vive en un pueblo del Aljarafe sevillano acompañada de su marido, sus mascotas, su preciosa hija, Paola, y su bebé, Álvaro, los grandes motivos que la hacen sonreír cada día.

Independiente, metódica y algo impulsiva, estudió gestión administrativa y marketing comercial, y ejerce en ambas ramas desde que comenzó su carrera laboral.

Lectora empedernida y, durante muchos años, bloguera y reseñadora, utilizó su blog para dar a conocer su faceta de escritora compartiendo uno de sus relatos. Gracias a

los mensajes de apoyo y de ánimo que recibió, siguió escribiendo, hasta que en mayo de 2015 se animó a autopublicar su primera novela, *Descubriendo a Valentina*, que más tarde se reeditó en el sello Zafiro y, posteriormente, publicó *Conquistando a Rebeca*.

No dejes para mañana las ganas que me tienes hoy es su última publicación, pero en su cabeza ya existen otras historias que comienzan a correr por sus dedos, y promete que pronto regresará para hacernos reír y disfrutar.

Encontrarás más información de la autora y su obra en sus redes sociales y en su página web, donde además podrás leer algunos de sus relatos de manera gratuita:

<https://www.facebook.com/maramabel>

<http://macaferreira.wixsite.com>

No dejes para mañana las ganas que me tienes hoy
Maca Ferreira

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Maca Ferreira, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-08-20955-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!



